



Universidad Nacional
Autónoma de México

Facultad de Estudios
Superiores Acatlán

LOS MARCADORES DISCURSIVOS
COMO INDICADORES DE LAS
RELACIONES DE PODER DE GÉNERO
EN LA CONVERSACIÓN

TESIS

que para obtener el título de
Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas
presenta



Carlos Enrique Mora González

Asesorado por el

Lic. Luis Felipe Estrada Carreón

Santa Cruz Acatlán, Naucalpan de Juárez,
Estado de México. Mayo de 2022.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi mamá, quien ha llenado mi vida
de amor y cuidados.*

A mi papá, fuente inagotable de sabiduría.

*A mis hermanos: Luis Carlos, María Natividad,
Fernando y Alejandra, mis iguales, mis
compañeros vida.*

*A mis tíos: Pablo, quien fue mi única compañía
en mi etapa más difícil; Josefina, que siempre
está al pendiente de mí; Maric, que me apoya y
guía; Gotis, con quien he tenido muchas
conversaciones importantes y; Enrique, que me
inspiró y alentó en el mundo
del arte y la literatura.*

*A mis abuelos: Maga, mi eterna amiga, y
Enrique, de quien nunca habría aprendido
suficiente. También a María, porque sé que
nunca me ha faltado el amor que
ella quiso para mí.*

*A mis maestros y sinodales. Ojalá que esta tesis
esté a la altura de todo su trabajo y dedicación.*

*Para Paloma, min lille hayfrue, esta tesis y mi
vida. En la cercanía y la distancia; en la
compañía y la ausencia, esto siempre es verdad:
teamo-sincera-eterna-verdaderamente.*

たけのき

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN	9
II. LA CONVERSACIÓN	25
Definición y teoría	26
El corpus obtenido	35
Método de constitución del corpus	37
Descripción del corpus	42
III. EL PODER EN EL DISCURSO	49
El análisis del discurso y análisis crítico del discurso	51
El análisis crítico del discurso	57
Conceptos clave	60
Sentido común e ideología	60
Naturalización	62
El poder y el discurso	64
Poder en el discurso vs. poder tras el discurso	69
IV. LINGÜÍSTICA Y GÉNERO	79
La categoría de género	79
Los estudios lingüísticos con variable de género	82
Fenómenos lingüísticos relacionados con el género	89
El habla femenina	90
El habla masculina	97
V. LOS MARCADORES DISCURSIVOS	105
Diseño de una definición operativa de los MD	108
Propuestas alternativas y complementarias	123
Clasificaciones	130
El modelo de análisis	143

El puente teórico entre los MD y las relaciones de poder	147
VI. ANÁLISIS DE RESULTADOS	151
Usos femeninos de los MD	156
Los apéndices interrogativos como MD	157
La risa y MD de mitigación de la opinión	167
Usos masculinos de los MD	174
MD de toma y preservación del turno	175
Directivas y MD en modo imperativo	193
Observaciones generales	203
Caracterización de las estrategias individuales de los participantes	209
La viabilidad de un salto teórico desde los MD hasta las dinámicas de poder y caracterización general de las relaciones de poder observadas	216
VII. CONCLUSIONES	221
VIII. ANEXOS	237
IX. REFERENCIAS	281

I. INTRODUCCIÓN

Existen muchos prejuicios sobre lo que significa ser hombre o mujer y también sobre cómo hablan y deben hablar los individuos de uno y otro grupo. Se cree que las mujeres hablan más, tienden a dar rodeos, son más corteses y hablan de temas frívolos (Coates, 2013, p. 86). Pero, ¿es verdad que éstas son las propiedades del habla femenina? Y si es el caso, ¿dichas propiedades son negativas? Muchas de estas características son más bien subjetivas. Lo que es frívolo para algunos no lo es para otros. Algunas personas pensarán que el arte es frívolo y otras que es un tema de gran importancia, sin importar si son hombres o mujeres. Lo mismo con la cortesía: lo que es cortés en México puede no ser cortés en Japón o incluso en España. Igualmente, cabe preguntarse: ¿cuál es el valor de cada cualidad? No hay nada intrínsecamente bueno en ser directo y malo en ser indirecto. Muchas concepciones como esas se sustentan en relaciones de poder social y dominación

masculina. Así como en otras prácticas sociales, en el discurso, desde el más cotidiano hasta el más formal, los hombres tienen privilegios y facilidades que las mujeres no (Fairclough, 1989, p. 72). Esto se da por sentado tras la revisión de la literatura sobre diferencias de género en el uso lingüístico que se comentará en las siguientes páginas, pero también es posible que muchos de los lectores hayan llegado a la misma conclusión por experiencia propia.

Para hablar de este tema, primero que nada, es sumamente importante definir una distinción entre los conceptos de *sexo* y *género*. ‘Sexo’ es una categoría biológica, mientras que ‘género’ es una categoría social (Coates, 2013, p. 4). Por lo general, en las sociedades europeas y americanas se entabla una relación uno a uno entre sexo y género, pero ésta es sólo una de múltiples formas de concebir el género. En otras culturas esta categoría no corresponde tan estrictamente con el sexo (Handman, 2008; Lamas, 1986). Para los propósitos planteados en esta disertación, lo más adecuado es utilizar la categoría de género, ya que pensar los fenómenos a desarrollar en términos de sexo implicaría asumir un determinismo biológico que lleva a la conclusión de que no existe manera de cambiar las formas de hablar. Por el contrario, la intención es proveer información que facilite la transformación de los discursos, tanto público como interaccional, para combatir las relaciones de dominación entre grupos sociales. Además, existe una importante relación entre el habla y las distintivas formas de educación que reciben hombres y mujeres a partir del reconocimiento de su sexo y la asignación de su género (García Mouton, 2003, p. 23), lo cual ha sido de gran interés para los estudios de la antropología feminista (Lamas, 1986, p. 187).

Es importante mencionar que de ninguna manera se piensa que los géneros femenino y masculino son las únicas formas de construcción de la identidad. Tampoco que correspondan necesariamente con los sexos de hombre y mujer. Como se verá a lo largo de las siguientes páginas, no se comentan las posibilidades del uso lingüístico en casos de homosexualidad u otras identidades, pero esto no quiere decir que no se hayan contemplado ni que se ponga en cuestionamiento su validez. La decisión de limitar el estudio a identidades cisgénero responde a una necesidad de simplificación y reducción de las variables, nada más. De hecho, las líneas de investigación que se pueden abrir posteriormente incluyen las relaciones de poder entre otras expresiones de la sexualidad y construcciones de género. También vale la pena anunciar que es muy posible que en la redacción se utilicen tanto las palabras ‘femenino’ y ‘masculino’ como ‘hombre’ y ‘mujer’. Por lo general se estarán refiriendo a la categoría de género, a menos que específicamente se indique lo contrario.

Aunque desde hace mucho tiempo se entiende que el habla de hombres y mujeres es diferente en muchos sentidos, no se había estudiado el discurso femenino hasta recientemente (Coates, 2013, p. 4). Fue en los setentas, en buena parte gracias a la publicación de *“Language and Woman’s Place”* (1973) de Robin Lakoff, que comenzó el estudio serio de las diferencias lingüísticas entre hombres y mujeres. Trabajos como los de Jennifer Coates (2013), Susan Herring (1992; Herring et al., 1995), Deborah Tannen (1991, 1994) y Janet Holmes (1984; 2003) proliferaron en las décadas subsiguientes. Muchos de esos estudios han revelado tendencias lingüísticas y prejuicios sobre el uso del lenguaje que están directamente vinculados con relaciones de poder asimétricas derivadas de machismos y sexismos. Incluso,

bastantes de esos machismos son parte de la razón por la que, aunque se habían descrito propiedades—muchas de ellas prejuicios en sí—del habla femenina, las investigaciones partían de la presunción de que las formas del lenguaje usadas por mujeres eran deficientes e inferiores a las de los hombres, representativas de la norma (Coates, 2013, p. 10). Actualmente es todavía complicado, para los académicos, identificar y apartar preconcepciones sobre el objeto de estudio.

Desde la proliferación de los estudios lingüísticos con variable de género en los setentas y ochentas, se han desarrollado cuatro enfoques principales: los enfoques del déficit, de las diferencias culturales, de la dominación y el dinámico. El *enfoque del déficit* es el propio del artículo “*Language and Woman’s Place*” y parte todavía del supuesto de que las formas de habla femeninas son inferiores a las masculinas. Aunque, a diferencia de los tratados previos, Lakoff entiende que las mujeres no se expresan de ese modo porque así lo quieran, sino porque son obligadas mediante mecanismos culturales como la educación. Por su parte, el *enfoque de las diferencias culturales* considera que el habla femenina no es inferior, sino que responde a necesidades comunicativas distintas que son producto de las diferencias educativas en el contexto de hombres y mujeres. El *enfoque de la dominación* entiende que el discurso es un espacio de ejercicio del poder que desde hace eras ha existido en favor de los hombres y en detrimento de la mujer. Finalmente, el *enfoque dinámico* considera que el género está siempre en construcción y el discurso es una forma de “hacer género” (Coates, 2013, pp. 5–7).

Así pues, de acuerdo con Robin Lakoff, (1973) “if it is indeed true that our feelings about the world color our expression of our thoughts, then we can use our linguistic behavior as a diagnostic of our hidden

feelings about things” (p. 46)¹. El uso de la lengua contiene inevitablemente pistas de una visión de mundo y, por lo tanto, es importante poder discernir lo que dice del hablante y de los demás. *Grosso modo*, tales son las intenciones de esta investigación: reflexionar sobre aquello que las formas de hablar dicen sobre los hablantes. Con ese fin en mente y con la intención de delimitar los alcances del análisis, se han seleccionado los MD como unidad de análisis; una parte concreta y más manejable de la totalidad del discurso. En el uso de esta unidad es donde se esperan encontrar los “sentimientos ocultos” de los hablantes.

Los marcadores discursivos (MD) son palabras con un alto grado de independencia sintáctica y un significado procedimental que señala las inferencias necesarias para darle sentido al discurso (Fierro Inalef, 2018; Fraser, 1990, 1996, 1999; Landone, 2012; Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999; Schiffrin, 1987, 2001), cambiar el tema de conversación y también para llamar la atención del oyente hacia el proceso de enunciación o un enunciado en particular. Los MD no ejercen una función sintáctica, pues actúan fuera de las oraciones, es decir, no las afectan, y sirven para guiar las inferencias en la conversación (Martín Zorraquino y Portolés, 1999). Algunos investigadores son partidarios de que las instrucciones de interpretación aportadas por los MD construyen cohesión en múltiples niveles del discurso, más allá incluso del texto. Otros restringen el análisis de estas palabras al nivel textual, de los elementos meramente lingüísticos del discurso.

1 Si es cierto que nuestros sentimientos ante el mundo matizan la expresión de nuestros pensamientos, podemos utilizar el comportamiento lingüístico como un diagnóstico de nuestros sentimientos ocultos acerca de las cosas (todas las traducciones son propias).

Es decir, según esta última perspectiva, dan señales de una forma de sintaxis entre las oraciones del discurso. Para el análisis que atañe al trabajo expuesto en estas páginas, se tomará en cuenta la primera aproximación, aquella del estudio de los MD como elementos de coherencia en múltiples niveles del discurso. Se ha tomado esta decisión al considerar que se buscan las implicaciones de lo que se dice más allá del texto. Al estudiar otros niveles discursivos donde los MD tienen injerencia se espera encontrar preconcepciones que los participantes de la interacción tienen respecto a la relación entre ellos, el mundo y el propio discurso, particularmente las que revelan diferencias de género y relaciones de poder.

En los capítulos siguientes se abordarán varios de los fenómenos lingüísticos de género que se han documentado en las últimas décadas. La relación que se espera establecer es entre los MD—expresiones como ‘oye’, ‘¿no crees?’ y ‘obviamente’—y dichos fenómenos, pero, de manera más general, se deberá encontrar una relación con el concepto de ‘poder’. Para ello se recurrirá al marco teórico del análisis crítico del discurso (ACD). Esta área de estudio deriva del análisis del discurso, pero se distingue por ser crítico. Entiéndase ‘crítico’ como un término con un sentido muy concreto en el presente contexto. Tal característica consiste en un interés por investigar problemas sociales, como por ejemplo la desigualdad social, e intentar aportar información y evidencia que contribuyan a la solución de dichos problemas (Van Dijk, 2016, p. 28). Precisamente, uno de los objetivos planteados por el ACD es la explicación de las formas de poder en el discurso.

Puesto que la presente investigación busca identificar y explicar relaciones de poder, las da por sentado y usa el marco de trabajo del ACD, la aproximación coincide con el enfoque de la dominación. Esto

no significa que se ignore que las diferencias de uso lingüístico corresponden a diferencias culturales, ni que se espere que todos los fenómenos reflejen relaciones de poder. Lo que sí define este trabajo es la presunción de relaciones desiguales de poder originadas en las formas del discurso y la búsqueda de éstas como prioridad sobre otros potenciales fenómenos distintivos del género masculino o femenino.

La importancia general del ACD y, por ende, de la disertación en cuestión, radica en la posibilidad de revelar las actitudes que se esconden detrás del actuar discursivo. Frecuentemente, en lo que no se dice en el discurso, en lo que se asume, se insertan los prejuicios de los hablantes tan profundamente arraigados que son asumidos como *la realidad* sin cuestionarlos. Muchos de ellos están íntimamente relacionados con las estructuras de poder y propician el surgimiento de desigualdades sociales (Fairclough, 1995, p. 31). Tanto así, que el discurso es, en buena medida, el sostén de múltiples formas de poder en la sociedad. Estudiar los discursos y las ideas que subyacen en ellos permite traer a la superficie esos prejuicios y entender sus efectos en la sociedad. Si se pueden explicar los orígenes del poder en distintas formas discursivas y la gente se vuelve consciente de ellas, es posible desarticular esas estructuras de poder.

El objetivo principal del análisis a desarrollar en las próximas páginas es demostrar la validez del estudio de los MD como indicadores de las relaciones de poder de género y dominación masculina identificadas en un corpus de conversaciones dentro del marco del ACD. La hipótesis que deriva de ello es que el estudio de los MD pueden explicar las relaciones de poder y dominación masculina presentes en la conversación oral del habla de hombres y mujeres de del estado de

Aguascalientes, debido a su funcionamiento como señales de interpretación y constructores de coherencia en todos los niveles del discurso.

Como se puede inferir, la idea no es encontrar fenómenos novedosos, sino establecer puentes teóricas que contribuyan a una mejor comprensión de las relaciones entre grupos sociales. Con ello también se espera aportar más evidencia para explicar aquéllos que ya han sido descritos previamente por otros investigadores. La decisión de sostener el análisis en investigaciones previas y sujetarlo a ellas responde a las limitantes de tiempo y extensión de una redacción como la presente. Sin embargo, no debe entenderse que, de conseguir los objetivos planteados, las aportaciones serán insignificantes. En primer lugar se espera contribuir al conocimiento y estudio de los MD en español en todas sus dimensiones. La explicación de las relaciones de coherencia que aportan los MD entre los elementos textuales, contextuales y los propios participantes puede ser de utilidad en investigaciones no sólo de género, sino de todo tipo de relaciones entre grupos sociales. En segundo lugar, está la propia contribución de evidencia a los fenómenos ya estudiados por investigadores anteriores en la línea de las variaciones lingüísticas de género. Además de consolidar el conocimiento en este tema, o potencialmente cuestionarlo, un mayor cuerpo de ejemplos y casos permite hacer correcciones, especificaciones, profundizaciones y matices a las explicaciones ya dadas.

Quizá el aspecto más valioso de las intenciones de este trabajo es su condición geográfica. La mayoría de los estudios citados y referidos en las próximas páginas fueron realizados en lengua inglesa y con corpus obtenidos de hablantes anglosajones. En cambio, el corpus de conversaciones obtenido será de lengua española y de participantes mexicanos, más concretamente de Aguascalientes. Esta diversidad permitirá

que los datos obtenidos extiendan los alcances de las investigaciones previas y que se expliquen los fenómenos de desigualdad en conversaciones del español de México. Cabe mencionar que la mayoría de los antecedentes en la investigación de diferencias de género en el uso lingüístico han sido realizados en lengua inglesa, lo que también suma relevancia al desarrollo de los estos mismos en contextos hispánicos.

Para conseguir el objetivo principal, se plantearon los siguientes objetivos secundarios: a) constituir un corpus de conversaciones orales a partir de una actividad semiestructurada para un estudio de caso; b) construir una tabla de apariciones de los MD encontrados en las conversaciones obtenidas; c) identificar las diferencias estadísticas de uso de MD entre hombres y mujeres; d) analizar el funcionamiento de los MD cuya frecuencia de aparición es diferente entre hombres y mujeres en términos de las relaciones de poder de género y; e) relacionar el funcionamiento de los MD descritos con fenómenos observados por investigaciones previas. Estos objetivos serán detallados en los capítulos a desarrollar, pero a continuación se realizará una pequeña introducción de cada uno.

Primeramente se realizará una actividad semiestructurada que tiene el fin de obtener material de conversaciones para el análisis. La actividad se llevó a cabo con parejas de amigos o familiares que se seleccionaron específicamente en función de las permutaciones de la variable de género: mujer-mujer, mujer-hombre y hombre-hombre. Por lo tanto, se obtuvieron tres conversaciones con las que se espera representar diferentes relaciones entre los hablantes. El análisis no es exhaustivo, sino exploratorio y, por esa razón, se optó por realizar un estudio de caso que, a diferencia de un estudio de corpus más extenso, permita identificar fenómenos en mayor detalle para poten-

cialmente, en otra investigación, buscar evidencia estadística que respalde los descubrimientos.

Junto con la transcripción de las conversaciones orales, se realizará una tabla de apariciones de MD relacionados con el género del enunciador y la función del marcador. Esto permitirá identificar las diferencias más relevantes de uso de MD y facilitará el análisis. Se espera que tanto la tabla como las conversaciones sean publicadas para su libre acceso; éstas podrían resultar útiles para todo tipo de investigaciones. Utilizando esta tabla será posible conseguir el siguiente objetivo que es identificar las diferencias de uso más significativas de MD entre hombres y mujeres, primero por criterios estadísticos y, después, mediante el contraste entre los fenómenos encontrados y aquéllos descritos por la literatura revisada.

La siguiente disertación comienza por presentar en el capítulo “La conversación” los principios teóricos que rigen la conversación ideal y las características del material de conversaciones obtenido. Aquí se echa mano de los trabajos de Schegloff (2001, 2010) y el modelo conversacional propuesto por Sacks, Schegloff y Jefferson (1974). Posteriormente, en el capítulo “El poder en el discurso”, se plantean los conceptos mediante los cuales se entenderán y explicarán las relaciones de poder a partir de los trabajos de Teun van Dijk (1995, 2016) y Norman Fairclough (1989, 1995). Aquí también comienza a construirse la postura desde la que se lleva a cabo el análisis. Continúa el trabajo con los antecedentes de lingüística, discurso y género que a lo largo de aproximadamente cincuenta años han generado múltiples autoras en lengua inglesa en el capítulo “Lingüística y género”. Estos sirven como respaldo de las conclusiones que se harán en el análisis de resultados. Aquí mismo se exponen las referencias revisadas para

definir la categoría de género. El siguiente capítulo, “Los marcadores discursivos”, define la unidad de análisis lingüístico y aprovecha también para establecer la relación entre el uso de la misma y el poder entre los hablantes. Posteriormente, el capítulo “Análisis de resultados” comenta cuatro fenómenos en relación con el género y el poder indicados por la unidad de análisis: el uso de apéndices interrogativos, la risa y mitigación de la opinión propia, la toma de turnos y el uso de imperativos. Por último se cierra con las conclusiones finales sobre la relación de entre hombres y mujeres que describen los MD y la presencia o ausencia de sistemas de poder en la lengua.

En general, se pueden dividir las aportaciones de esta investigación en dos categorías: conocimientos y beneficios. Los ‘conocimientos’ se entienden como las aportaciones a futuras investigaciones. En ello entran tanto el corpus como la tabla, en tanto que los mayores beneficiarios de esos materiales serían en todo caso otros académicos que deseen usarlos para sus propios estudios. El conocimiento aportado se puede explicar en dos líneas temáticas: primero, las diferencias de uso lingüístico de género en México y en español y, segundo, los MD del español de México—muy particularmente de Aguascalientes. Por otra parte, se espera que el ‘beneficio’ sea un producto que permita a los grupos sociales, organizados, no organizados o de manera individual, fortalecer sus luchas y mejorar sus condiciones de vida. El estudio aquí presente no puede pretender resolver problemas con los datos obtenidos, pero habrá cumplido su propósito si alguna organización puede utilizarla para luchar por derechos humanos, si alguna persona puede leerla y cambiar para mejor algún aspecto de su vida o si un investigador la requiere para continuar la construcción del conocimiento en esta área.

Si bien, la accesibilidad y el conocimiento del dialecto fueron factores importantes en la elección de Aguascalientes para la constitución del corpus, también existen razones sociales que lo postulan como un punto de interés lingüístico que vale la pena analizar. Además, las condiciones socioculturales e históricas del estado no sólo sirven a su justificación como sitio de estudio, sino que también revelan aspectos contextuales relevantes para entender las conversaciones y las conclusiones de esta investigación.

Por un lado, es importante realizar estudios lingüísticos de poblaciones y variantes diferentes a las de la Ciudad de México en un espíritu de descentralización y diversificación. El registro del dialecto de Aguascalientes, así como el de muchos otros estados, realizado por Juan Miguel Lope Blanch y su equipo del Colegio de México para la realización del *Atlas Lingüístico de México*, data de los años 1968 y 1969. No sólo es anacrónico, sino que según el mismo Lope Blanch (1990), las zonas de mayor densidad poblacional, como el altiplano central, fueron “estudiadas con mucho mayor detalle que los semi-desérticos territorios del norte” (p. 12). Sin embargo, se puede decir que la situación social y demográfica de Aguascalientes ha vivido una época de muchos cambios y crecimiento. Desde los estudios de Lope Blanch es posible que el estado y en especial la ciudad hayan pasado por la época de mayores transformaciones urbanas y sociales en su historia. Con ello, no sólo ha adquirido una mayor relevancia en el panorama sociolingüístico de México, sino que también podemos esperar encontrar fenómenos lingüísticos particulares de una población cada vez más cosmopolita.

Aguascalientes es una entidad que colinda únicamente con dos estados: Jalisco al sur y sureste, y Zacatecas al norte, noreste y oeste.

Además, está ubicado en la región del Bajío en el centro de México. Ésta es una zona de llanura árida. Abarca los estados de Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro, parte de Jalisco y de Michoacán (Antúnez Reyes et al., 2017, p. 9).

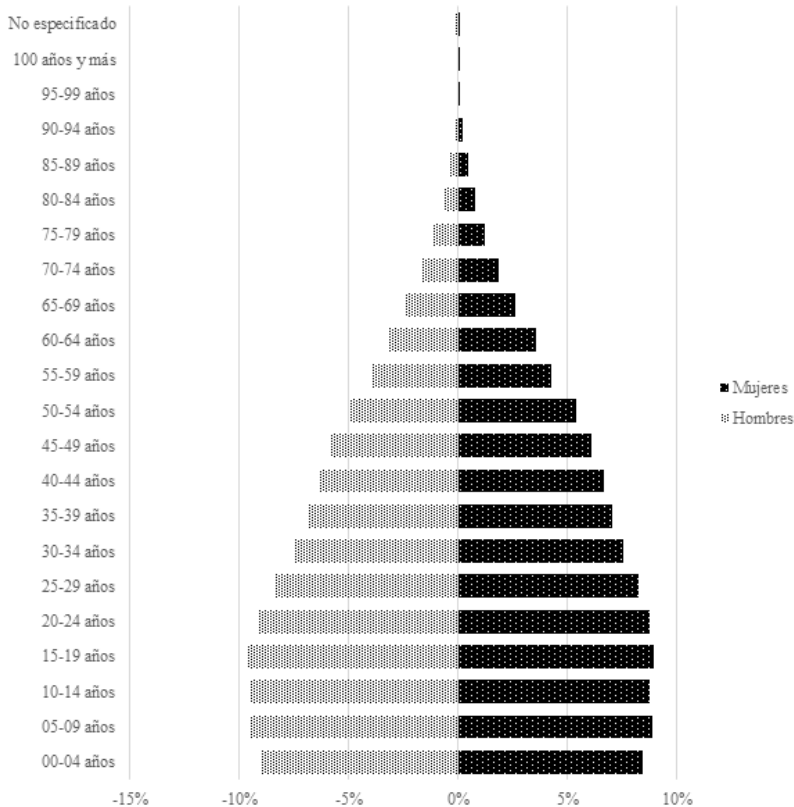


Figura 1. Pirámide Poblacional Aguascalientes 2020 (Censo Nacional de Población y Vivienda 2020. INEGI).

Según el Censo Nacional de Población y Vivienda 2020 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), el estado de

Aguascalientes tiene una población de 1'425,607 personas, de las cuales 863 893 (60.59%) residen en la Ciudad de Aguascalientes. El índice de grado promedio de escolaridad de la población de 15 y más años apunta a 10.25 años por habitante. Esto sitúa al estado por encima de la estadística nacional de 9.74 años por habitante, mientras que la tasa de analfabetismo de 2.1 % está por debajo del promedio nacional de 4.74 %. Además, como se puede apreciar en la Figura 1, el grupo quinquenal más representativo es el de 20-25 años en 2020, justo donde se encuentran los informantes—en 2021 algunos ya pasaban los 25 años, pero seguían siendo parte del mismo grupo quinquenal.

Según cifras del INEGI, la población del estado de Aguascalientes en 1995 era de 862,720 personas, mientras que en 2020 llegó a 1'425,607 personas. Según Jesús Gómez Serrano (1998a), el crecimiento de la entidad ha sido siempre constante, ni muy acelerado ni enfrentado por mayores dificultades (p. 61). Además, la población del estado se encuentra entre las menores del país, pero no hay que olvidar que también es uno de las entidades más pequeña. Dentro de los estados que constituyen la región del Bajío, Aguascalientes es el de mayor concentración poblacional. Según el Censo de Población y Vivienda 2020, en este territorio se encuentran 253.9 habitantes por kilómetro cuadrado, seguido de Querétaro con 202.6 habitantes por kilómetro cuadrado.

Según Gómez Serrano (1998b), existe en el estado un sector de la prensa que deriva de publicaciones históricamente católicas, de las cuales no se ha podido desligar por completo (p. 363). Por ejemplo, actualmente, el código de ética de la radiodifusora hidrocálida, Radio BI (*Código de Ética*, 2022), apunta que:

15. Se promoverá una práctica invariable de respeto hacia el matrimonio como fundamento de la familia, del hogar y de la sociedad. En consecuencia se evitarán temas que estimulen ideas o prácticas contrarias a la unidad familiar y a la integridad del hogar.

Esta condición suele relacionarse con una tendencia política conservadora. En efecto, Gisela Zaremborg y Álvaro Fernando Guzmán Lucero (2019) agrupan a Aguascalientes con otros estados mayoritariamente conservadores, pero lo estudian como un caso atípico por la presencia de una fuerte red feminista dentro de las instituciones estatales que contacta el poder estatal con los movimientos no institucionalizados de la sociedad civil.

A pesar de su histórica hegemonía conservadora y su posición como un bastión de estas ideologías en la actualidad, con el tiempo, Aguascalientes se ha vuelto un ejemplo de un estado en un proceso de modernización (Alonso González, 2012, p. 95). En relación con la industrialización y la globalización de la entidad, se ha constituido un sector de tendencia progresista que gana terreno ante la fuerte presencia conservadora que, desde sus orígenes, ha definido a la sociedad hidrocálida. La presencia de activistas feministas en cargos públicos y la aparición de instituciones que defienden los derechos de las mujeres son ejemplo de dicho fenómeno. Por ello, se trata de un caso interesante para múltiples investigaciones sociales que estudian la tensión entre los grupos políticos de México. A este respecto, poco se ha hecho en términos lingüísticos, pero cabe esperar un reflejo de la misma tensión en el comportamiento lingüístico de los hablantes de este territorio.

II. LA CONVERSACIÓN

Los géneros discursivos son entornos artificiales y convencionales que proveen lineamientos para el comportamiento y uso del lenguaje dentro de determinadas situaciones (Bajtín, 1982, p. 248). La conversación, con su estructura y contextos de uso, puede entenderse como uno de estos géneros (Fairclough, 1995, p. 11) y, de hecho, el más cotidiano de todos. Como tal, puede ser descrito en función de sus características estructurales y condiciones de desarrollo.

El material que se recopiló y se estudiará forma parte del género conversacional y, por tanto, la caracterización discursiva necesaria para la presente investigación partirá de una definición y teoría sobre la conversación. Describir y definir la conversación y sus condiciones regulares de realización permitirán identificar fenómenos que salgan de la norma y, así, ubicar los puntos de tensión y conflicto entre los participantes, donde se espera encontrar relaciones de poder.

En este capítulo se presentarán los fundamentos teóricos de la conversación, entendida principalmente como un género discursivo. Por una parte, se introducirán criterios de definición del género conversacional, y por otro, se comentará el modelo de organización de la toma de turnos propuesto por Sacks, Schegloff y Jefferson. Con los primeros se buscará plantear la caracterización discursiva del material de análisis obtenido para esta investigación en contraste con la teoría, mientras que con lo segundo se espera tener un marco de evaluación del curso de la conversación para identificar en el corpus elementos que salgan de los parámetros esperados.

Además, se comentará paso a paso el método de constitución del corpus y sus características en función de la teoría. Se espera también sustentar las decisiones tomadas de acuerdo con las necesidades del estudio.

Definición y teoría

Según Antonio Briz (2000), la conversación puede ser definida de diferentes maneras en función del punto de partida del análisis: como género discursivo, como nivel de análisis lingüístico y como unidad de análisis de la interacción (p. 225).

Entendida como género discursivo, la conversación es un discurso oral, dialogal, inmediato, dinámico y cooperativo. Su propiedad esencial, sin embargo, radica en la “alternancia de turnos no predeterminada, no negociada previamente” (Briz, 2000, p. 225). Un discurso público puede ser oral, una entrevista puede ser dialogal y, de la misma forma, existen múltiples órdenes discursivos que comparten características, pero la ventaja de la definición de Briz es que todo

aquello que cumpla con la alternancia no predeterminada de turnos es una conversación. Así, la conversación en *WhatsApp* y otras redes sociales también podrían entrar en la definición, dependiendo de los criterios sobre multimodalidad y oralidad de cada investigador.

Como nivel de análisis lingüístico, la conversación encuadra el estudio de la interacción y las relaciones entre los participantes (Briz, 2000, p. 226). Para Goffman (1981), así como para Schegloff (1988), esto convierte a la conversación en una forma de ritual, con reglas e implicaciones en la realidad. La relevancia de la conversación como fenómeno interaccional permite establecer vínculos importantes en el estudio de los MD y, especialmente, desde el punto de vista de Deborah Schiffrin, ya que ella también relaciona la interpretación de estas palabras con la estructura de la interacción y los intercambios entre los hablantes. Los MD deberán inyectar coherencia entre los elementos estructurales, como los turnos y, en términos de interacción, darán indicios de las relaciones entre los participantes y su lugar en la sociedad. Quizá, ésta es la interpretación que más se aproxima al pensamiento de Schegloff (2001), quien afirma que el discurso es un producto de la conversación y no al revés (p. 230).

Como unidad máxima del análisis interaccional, es la combinación de intercambios que constituyen una totalidad, los cuales están sujetos a análisis (Briz, 2000, p. 226). En este sentido, la conversación es una unidad delimitada *a posteriori* con el fin de acotar un análisis. En el caso que aquí compete, se trata de la delimitación de las tres conversaciones entre los participantes que se analizarán. Es importante reconocer que los límites de una conversación son muchas veces difusos y no siempre es claro dónde termina una conversación e inicia otra. Por ejemplo, siguiendo un criterio temático, muchas veces los participan-

tes cambiaron de tema durante la actividad, bien de una a otra película o incluso de una actividad a otra; en ese mismo sentido, sería absurdo pensar que la conversación dejó de existir cuando cesó la grabación. Así pues, los límites que arbitrariamente se impusieron al material de análisis para esta investigación son el tiempo de grabación y el final de la actividad impuesta, pero eso no quiere decir que los límites de la grabación coinciden con los de la conversación.

Para el presente trabajo, la conversación es primordialmente el género discursivo que define el corpus. Estas características definitorias de la conversación como una forma de discurso, son los criterios de construcción del material de análisis. Además, se pueden entender también como puntos con los que evaluar el buen desarrollo de una conversación y el comportamiento de sus participantes. Según Alejandra Meneses (2002), en el evento conversacional, los interlocutores cooperan, negocian y diseñan estrategias en función de los intereses que tienen en juego (p. 436). Así, las estrategias conversacionales pueden revelar las actitudes de los hablantes ante la interacción y sus interlocutores, lo cual será un pilar fundamental para ampliar los alcances del estudio de MD, tal como lo plantea este trabajo.

La oralidad, con el tiempo y el avance tecnológico, se ha vuelto una característica debatible de la definición de la conversación. Muchos medios de comunicación han surgido, tales como *WhatsApp*, *Facebook* y muchas otras formas de chat en línea, que semejan profundamente al género discursivo en cuestión, pero se desarrollan en canales multimodales—son una mezcla de oralidad, escritura e imágenes. Ante esto, cabe hacer dos notas que establecen la relación entre las conversaciones digitales y las presenciales: primero, ambas son estructuralmente similares y se pueden aplicar en ellas los conceptos

del análisis y; segundo, la ortografía emula y mantiene muchos rasgos de oralidad (Gascueña, 2016, p. 113).

Briz (2004b) entiende la característica dialogal de la conversación como un factor estructural que se conforma de elementos menores (p. 267). Así, un diálogo es la combinación de intercambios, los cuales están conformados por dos intervenciones—una iniciativa y otra reactiva—que, a su vez, se integran por uno o varios actos. El *acto* es una unidad autónoma y relevante en el lugar de su enunciación, de tal manera que se puede interpretar y procesar (p. 272). Estas acciones pueden funcionar como “inicio de habla, reacción o reacción e inicio a la vez” (p. 268). Aunque en estos párrafos no corresponde profundizar en toda la teoría sobre la estructura de la conversación, es relevante notar que esta interpretación de la estructura del diálogo implica un compromiso entre los interlocutores por sostener la dinámica de la interacción. Un inicio exige una respuesta porque sólo así continuará la conversación; los silencios son indeseables. Esta característica también es la que confiere un carácter cooperativo al género discursivo en cuestión, a lo que se suma el hecho de que la organización de la interacción depende de la interacción misma (Sacks et al., 1974, p. 726).

Además, la conversación es inmediata, porque, contrario al género epistolar, por ejemplo, sucede en sincronía; la respuesta a un inicio se espera que sea inmediata. También es dinámica porque los intercambios son relativamente cortos en comparación con una conferencia y los roles se invierten continuamente de iniciativo a reactivo y viceversa (Briz, 2000, p. 225).

Según Norman Fairclough (1995), en la dinámica interna de todo género discursivo, existen fuerzas de “creación” y repetición (p. 8).

Es decir, al mismo tiempo que los géneros son modelos de producción del discurso que contribuyen a sus posibilidades comunicativas, volviéndolos reconocibles y comprensibles para las audiencias, también existe un espacio de creación propia y distintiva que brinda los medios de expresión personal al productor. En los términos particulares de la conversación, Sacks, Schegloff y Jefferson (1974) hablan de aspectos independientes del contexto y aspectos sensibles al contexto, en tanto que toda conversación está “situada” (p. 700). En los aspectos independientes del contexto se define el género discursivo a partir de las características que se han comentado en los párrafos anteriores, propiedades que son comunes a todo aquello que se entienda como conversación.

Ya en los aspectos sensibles al contexto se puede situar la organización efectiva del habla. La alternancia de turnos en la conversación no solamente no está establecida de antemano, sino que es en su propio proceso que se diseña a sí misma. La organización de los turnos es administrada localmente y mediante la propia interacción en que se construye (Sacks et al., 1974, p. 725). No se puede subestimar la relevancia de este hecho, ya que el análisis crítico del discurso, como se verá más en detalle en el siguiente capítulo, reconoce que el control sobre la organización del discurso es uno de los medios para ejercer el poder. En este sentido se evidencia la importancia del análisis de la conversación en el estudio de las relaciones de poder social (Fairclough, 1989, p. 65). Aunque, como se ha comentado previamente, la conversación requiere de cooperación, si uno de los participantes gana el control de las características estructurales (oralidad, cambio de turnos, temas, nivel de formalidad, etc.), ya sea mediante sus estrate-

gias discursivas o porque se le está dado de antemano, estará ejerciendo una relación asimétrica de poder.

Sacks, Schegloff y Jefferson (1974) proponen un modelo de toma de turnos que comúnmente se sigue para cumplirla de manera ordenada (p. 700). Así pues, la conversación no tiene una organización predeterminada, pero sí está regida por principios fundamentales que responden a una conversación ideal, sobretodo en cuestiones de cooperación. Hasta aquí se ha hablado de las características estructurales que definen en términos genéricos lo que se entiende por ‘conversación’, pero las siguientes propiedades que se presentarán no son esenciales, sino que representan dinámicas de organización del discurso dentro de la espontaneidad que es propia de este género. Tusón Valls (2002) traduce el modelo al español como está a continuación:

1. El cambio de hablante es recurrente o, al menos, se produce. Es decir, una de las características de la conversación es que es dialogal.
2. En general, no habla más de una persona a la vez.
3. Los solapamientos (dos–o más–participantes hablando a la vez) son comunes pero breves.
4. Las transiciones más comunes entre un turno de palabra y el siguiente son las que se producen sin intervalos ni solapamientos, o las que se producen con un breve intervalo.
5. El orden de los turnos de palabra no es fijo.
6. La duración de los turnos de palabra no es fija, si bien se tiende a un cierto equilibrio.
7. La duración de una conversación no se especifica previamente.
8. Lo que dicen los hablantes no se ha especificado previamente.

9. La distribución de los turnos de palabra no se ha especificado previamente.
10. El número de hablantes puede variar.
11. El discurso puede ser continuo o discontinuo.
12. Existen técnicas para la distribución de los turnos.
13. Se utilizan diferentes unidades formales de construcción de los turnos (una palabra, una frase, una oración, etc.).
14. Existen mecanismos para reparar los errores o las transgresiones en la toma de la palabra (p. 137).

Así pues, una conversación ideal—no sólo ideal, sino que común—sigue estos principios que facilitan la organización espontánea ante la falta de preparación. Esto no quiere decir que las conversaciones sigan todas estas recomendaciones. Existen estudios sobre las diferencias discursivas de género que apuntan al silencio como un mecanismo de control de la conversación, concretamente de control de la validez de la conversación (Coates, 2013, p. 120). Además, también se puede esperar que los hablantes sean más o menos competentes en el uso de la conversación como forma de interacción. En el ejemplo (1) se puede ver cómo B, el participante hombre, tiene problemas al responder la pregunta de A, mujer, dando espacio a un intervalo de silencio de once segundos, lo cual rompe rotundamente con la organización pretendida de la conversación.

(1)

89 A: [ah] °(entonces / ¿se te ocurre una mejor?)°

90 B: **mmm** (ACLARA LA GARGANTA) (11'') **es que** hay máas **es que** hay máas **a ver** (7'') piensa / piensa / [piensa] (ACLARA LA GARGANTA)

91 A: [jejeje] / [Jimmy Neutron el Niño Genio] jaja

El valor de estudiar la conversación radica en la posibilidad de analizar y describir la interacción cotidiana y fundamental. Una vez que se tiene un modelo de lo regular, se pueden evaluar las rupturas. Es decir, el modelo de toma de turnos permite observar cómo el control sobre la organización de la conversación se adjudica inequitativamente. Los estudios sobre conversación proveen un modelo ideal cuya ruptura revela fenómenos de interés para el análisis crítico del discurso, en torno a las estrategias comunicativas de los hablantes. Los derechos, obligaciones y oportunidades en la conversación están distribuidos de manera desigual y en ella también se pueden encontrar formas de poder y control (Wooffitt, 2005, p. 162).

La conversación es la forma más común y básica de la interacción en todos los ámbitos (Meneses, 2002, p. 436) y constituye los bloques de construcción de la organización social. Para Schegloff (2010), en tanto que es una de las formas básicas de interacción, soporta macro-estructuras sociales (p. 346). Es lo que queda cuando las instituciones—la política, la economía, la educación y demás—se fracturan y derrumban. La razón por la que se ha buscado un corpus de conversaciones es que los fenómenos que se esperan encontrar son parte de la educación y las costumbres más cotidianas. Si el discurso conversacional, casual y cotidiano, está imbuido con desigualdad, ésta puede esperarse en otro tipo de discursos.

Como forma de interacción, la conversación es una estructura social que permite el desarrollo de acciones de distinta índole (Schegloff et al., 2002, p. 4). Las consecuencias de ésta tienen consecuencias materiales y muy significativas, principalmente en el ámbito de las relaciones sociales entre los individuos (Tannen, 1991, p. 28). La forma de responder e incluso el no responder son acciones como tal que producen efectos. En este sentido, según Schegloff (2010), las diferencias culturales pueden producir malentendidos (p. 348), lo cual coincide con la perspectiva de Deborah Tannen (1991), quien también toca frecuentemente el tema de los malentendidos en la conversación. Así se logra comenzar a establecer relaciones teóricas importantes entre los estudios de conversación y análisis del discurso con variable de género y lo mismo se puede hacer con la teoría sobre marcadores discursivos, especialmente apuntando a las propuestas de Deborah Schiffrin (1987), quien también vincula su análisis con la interacción a partir de las aportaciones de Erving Goffman.

En resumen, la conversación se puede definir como un género discursivo con características estructurales independientes del contexto, de las cuales la más esencial es la alternancia no preparada de turnos. Además, dado que la organización de la conversación se da en el propio proceso de la interacción, existen principios de cambio de turnos que facilitan su realización en una situación dada e improvisada, los cuales son más sensibles al contexto. Dichos principios no se deben entender como instrucciones a seguir, sino como un modelo de aspectos comunes que se dan en una situación neutra e ideal que, en realidad, no está muy alejada de lo común. Precisamente, el incumplimiento de los mismos puede ser significativo y utilizarse como indicio de las relaciones entre los participantes; específicamente las relacio-

nes de poder que interesan al presente estudio. Esto se sustenta en las interpretaciones de la conversación como un aspecto constitutivo fundamental de las estructuras sociales desde las más sencillas hasta las más complejas propias de Schegloff y Meneses. Así, la organización de la conversación se puede entender como un espacio de construcción de las relaciones de los participantes tanto con su contexto social como con su interlocutor.

El corpus obtenido

Los objetivos de la presente tesis van en dos líneas. En su línea principal, busca demostrar la validez del estudio de los marcadores discursivos (MD) como indicadores de las relaciones de poder de género y dominación masculina dentro del marco del análisis crítico del discurso. Éste es el ámbito de los MD en su relación con los aspectos sociales del discurso. En una línea secundaria y en servicio al objetivo principal, se espera explicar las relaciones de poder de género—las cuales, desde la perspectiva de la dominación, se entiende que favorecen a los hombres y perjudican a las mujeres—mediante las relaciones de coherencia discursiva que, según el modelo de Schiffrin (1987), construyen los MD en múltiples niveles (p. 316).

En ese sentido, también se plantean dos hipótesis: una principal y una secundaria nula. En la línea central, se espera que gracias a su funcionamiento como señales de interpretación y constructores de coherencia en todos los niveles del discurso, mediante el estudio de los MD, se puedan explicar las relaciones de poder y dominación masculina presentes en la conversación. De conseguirse, no sólo las relaciones de género quedarían sujetas a este tipo de análisis, sino

también relaciones sociales de toda índole. En un segundo nivel, como hipótesis nula se piensa que, idealmente, aun si existen diferencias entre hombres y mujeres en el uso de los MD, éstas no deberían construir relaciones de poder, ya que no existe razón alguna para pensar *a priori* que los hombres dominan el discurso. Esto quiere decir, que encontrar relaciones de poder en el análisis de MD falsearía la hipótesis nula y reafirmaría la hipótesis principal.

Así como no todas las formas de sentido común tienen un carácter ideológico, no se puede asumir que todas las diferencias discursivas entre hombres y mujeres son consecuencia de las relaciones de poder. Sin embargo, sí se sabe que tales relaciones existen (De Barbieri, 1993; Fairclough, 1989; Lamas, 1986) y, además, se reflejan en la lengua (Lakoff, 1973, p. 46). El valor de los MD se revelará si pueden aportar datos relevantes a estos estudios previos a la hora de explicar las dinámicas de poder entre hablantes de distinto género.

Para Schegloff (2010), la conversación, en tanto que es una de las formas básicas de interacción, soporta macro-estructuras sociales—la política, la economía, la educación y demás. Es lo que queda cuando las instituciones se fracturan y derrumban; el bloque básico de construcción de la sociedad (p. 346). La razón por la que se ha buscado un corpus de conversaciones es que los fenómenos que se esperan encontrar son parte de la educación y las costumbres más cotidianas. Si el discurso conversacional, casual y cotidiano, está imbuido con desigualdad, ésta puede esperarse en otro tipo de discursos.

Tal como se ha mencionado, la conversación oral y la conversación escrita en medios de comunicación digitales, entendidas como géneros discursivos tienen mucho en común. De hecho, en su momento se planteó conformar un corpus de conversaciones de *WhatsApp*

para esta tesis. Las ventajas de corpus conversacionales obtenidos de plataformas digitales radican en que, gracias al registro escrito de las conversaciones, es posible solicitar el material a los participantes después de enunciar el discurso y, por lo tanto, preservan la espontaneidad y naturalidad con que fueron producidos. Sin embargo, por el carácter exploratorio de este trabajo, se optó por la forma más sencilla. De haber usado conversaciones digitales aún se habría necesitado una caracterización de la conversación, pero a ello se habría sumado la teoría particular sobre la conversación en *WhatsApp* y otros medios multimodales.

Método de constitución del corpus

A fin de obtener material de análisis, se decidió conformar un corpus de conversaciones propio, en lugar de recurrir a acervos constituidos por grupos como el *Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América* (PRESEEA) o el *Corpus de Referencia para el Español Actual* (CREA). La razón por la que se optó por dicho camino, fue la intención de tener grabaciones con condiciones específicas para servir a los objetivos planteados, específicamente criterios de homogeneidad y heterogeneidad. Los problemas giraron, principalmente, en torno al control de las variables, ya que resulta sumamente importante establecer condiciones de producción homogéneas, a fin de destacar variables heterogéneas muy puntuales y tener la posibilidad de estudiar relaciones de poder entre dos grupos sociales muy concretos.

Lo cierto es que existen múltiples acervos y corpus, principalmente digitales, que recopilan las expresiones lingüísticas del español. Uno

de los primeros que se contempló fue el del PRESEEA. Las ventajas de este acervo están en que recopila conversaciones de las ciudades más importantes del mundo hispano y también aporta una metodología clara y aplicable para caracterizar a los hablantes. Las desventajas radican, precisamente, en que para Latinoamérica se tomaron en cuenta pocas ciudades y, en el caso de la Ciudad de México, sólo existen dos entradas que corresponden a los criterios de hombre y mujer (en el buscador del sitio web el filtro es ‘Cualquiera’), edad de entre veinticuatro y treinta y cinco (‘Grupo 1’) y estudios universitarios (‘Alto’). Habría sido posible complementar con grabaciones de la ciudad de Monterrey, pero esto habría introducido una nueva variable: la variante dialectal de los informantes.

Otros acervos son el Corpus de Referencia del Español Actual (CREA), el cual no podemos utilizar porque recopila documentos escritos y lo mismo sucedió con la consulta que se hizo al Grupo de Ingeniería Lingüística de la UNAM para revisar el *Corpus Sociolingüístico de WhatsApp en Español entre Estudiantes Universitarios*. Como su nombre lo indica es un corpus escrito y no oral, pero al tratarse de *WhatsApp* se contempló la posibilidad de utilizarlo, ya que es una modalidad reciente que coincide con muchas características de la conversación presencial, pero no fue posible por cuestiones técnicas, como la imposibilidad de aportar ejemplos citados del corpus por falta de permisos de ambos interlocutores a la hora que se recolectaron las conversaciones. Esto sin mencionar las complicaciones teóricas de dicha metodología, comentadas en párrafos anteriores de este mismo capítulo.

La primera decisión que se tomó respecto al control de las variables para la conformación del corpus a trabajar, fueron la categoría

etaria y de género. Se consideró que la primera generación sería el grupo etario a estudiar porque abre la posibilidad a analizar potenciales cambios a futuro conforme la población de hablantes crece. También se decidió analizar conversaciones entre hombres y mujeres tanto homogéneas como mixtas. Por ello y por la intención de estudiar a detalle los potenciales fenómenos en un estudio de caso exploratorio, no se buscó un gran corpus de conversaciones y se limitó a las necesarias para cubrir todas las permutaciones de la variable de género. Aunque cabe esperar que las relaciones de poder entre hombres y mujeres como grupos sociales sólo se hagan evidentes en la conversación mixta, las conversaciones homogéneas sirven al propósito de identificar cambios en las actitudes y estrategias de los hablantes así como su sensación de seguridad en la interacción (c.f. Herring, 1992). En la Tabla 1 se representan las variables sociolectales comentadas.

	Generación 1		Generación 2		Generación 3	
	H	M	H	M	H	M
Grado de instrucción 1	-	-	-	-	-	-
Grado de instrucción 2	-	-	-	-	-	-
Grado de instrucción 3	X	X	-	-	-	-

Tabla 1. Comparación de variables de edad, *género* y *grado de instrucción* (*Metodología del "Proyecto Para El Estudio Sociolingüístico Del Español de España y de América,"* 2003, p. 8).

Uno de los problemas más importantes que surgieron a la hora de constituir el corpus fue el de la naturalidad de la conversación, ya que se buscaba obtener las conversaciones más arquetípicas posibles. Dicho criterio no es mero capricho, sino que responde a la necesidad de representatividad del corpus, por más pequeño que fuera, y, al mismo

tiempo, de control de las variables para validar las posibles conclusiones. Las características principales de la conversación que identifica Antonio Briz (2000), y en las que están basadas los criterios a considerar, son: la inmediatez o relativa espontaneidad; el ritmo dinámico, porque los turnos tienden a ser relativamente cortos; la cooperatividad de los participantes y; esencialmente, el intercambio no predeterminado ni negociado de los turnos (p. 225). Con la intención de obtener material que cumpliera con los criterios de homogeneidad y heterogeneidad propuestos, se decidió plantear a los informantes una actividad semiestructurada que propiciara una conversación fluida. Es importante reconocer que, aunque la actividad fue diseñada con los criterios de definición del género conversacional en mente, no deja de haber sido dirigida y planeada hasta cierto punto, lo que rompe con lo que se esperaría de una conversación cotidiana.

Para afrontar las complicaciones y satisfacer las necesidades planteadas, se desarrolló una actividad que permitió controlar las variables al mismo tiempo que brindaba a los participantes un espacio donde expresarse con relativa naturalidad. Para ello se tomaron como modelo ejercicios orales para exámenes de competencia de lenguas extranjeras (Cambridge English, 2014) similares a lo que se presenta a continuación.

Primeramente, los participantes fueron reunidos en una casa particular. El espacio era el hogar de, por lo menos, uno de ellos o, en su defecto, era un espacio donde habían estado con anterioridad varias veces. Ahí se los ubicó en un lugar que ellos escogieron con una mesa cerca que pudiera soportar la computadora, el micrófono y la cámara. Las grabaciones se realizaron con una cámara digital HD y un micrófono de señal mono. El audio se grabó con el software *Audacity*. La

grabación de video tenía un limitante técnico que permitía una extensión máxima de nueve minutos, pero ésta simplemente se consideró como una forma de delimitar la duración del material. Luego de comenzar la grabación de audio y antes de comenzar la grabación de video, se comunicaron las instrucciones a los participantes. Una vez obtenidas las grabaciones deseadas, se utilizaron las convenciones ortotipográficas del grupo Val.Es.Co para realizar las transcripciones necesarias para el análisis, todo lo cual se puede revisar en el Anexo J.

Hubo múltiples ocasiones en que los participantes preguntaron por los objetivos y temas de la investigación. Considerando su derecho a conocer el uso que se haría de las conversaciones que estaban proporcionando, se acordó con ellos dar todas las respuestas que quisieran, pero únicamente después de haber completado la grabación. De esta manera, se evitó sesgar el desarrollo de la conversación y respetar los deseos de los participantes al mismo tiempo.

La actividad que se planteó a los participantes para facilitar el flujo de la conversación se presenta a continuación de manera textual:

Deben realizar un Top 5 de sus películas favoritas. Es decir, ordenar cinco películas que ambos hayan visto de la que más les gusta a la que menos.

Las condiciones son las siguientes:

- a. Deben ser 5 películas que ambos hayan visto. Si uno de los dos no ha visto una película, no la pueden incluir.
- b. Deben acordar las posiciones. Es decir, ambos deben estar de acuerdo en que cada película corresponde con su posición y deben ser capaces de justificarlo individualmente después.
- c. Tienen un máximo de 9 minutos. Si quieren revisar el tiempo, pueden hacerlo ustedes por su cuenta, pero no recibirán ningún

- aviso de que se acaba el tiempo. Al final se cortará la grabación y se utilizará el material que esté disponible para entonces.
- d. Durante ese tiempo, no pueden interactuar con nadie más que su interlocutor predeterminado, a menos que haya un problema que imposibilite el seguir conversando.
 - e. Así pues, se obtuvieron tres conversaciones con seis participantes. Esto permitió completar todas las permutaciones de la variable de género a estudiar: hombre-hombre, hombre-mujer y mujer-mujer. La caracterización de los participantes se hizo tomando en cuenta tanto los criterios del PRESEEA (*Metodología Del “Proyecto Para El Estudio Sociolingüístico Del Español de España y de América,”* 2003, p. 8) como los de Antonio Briz y el Grupo Valencia Español Coloquial (Val. Es.Co.) De estos dos últimos, también se tomó la guía de estilo para la transcripción de conversaciones (Briz, 2004a, pp. 15–18).

Descripción del corpus

El corpus obtenido se conforma de tres conversaciones, de entre 131 a 194 turnos de habla, llevadas a cabo mediante un actividad semiestructurada, con duraciones de entre siete y once minutos y recuperadas entre el 14 de mayo de 2021 y el 7 de junio de 2021. En todas ellas, el tema fue las cinco películas favoritas de los participantes y, por lo tanto, el propósito fue interpersonal. Los participantes fueron tres hombres y tres mujeres distribuidos de manera que abarcaran todas las permutaciones de la variable de género - considerando únicamente femenino y masculino. Todos los hablantes han vivido por lo menos los últimos cinco años en la ciudad de Aguascalientes, México; todos

cuentan con nivel licenciatura y; tienen diferentes ocupaciones. En la sección de anexos, se pueden encontrar el Anexo A que muestra la caracterización de los hablantes y la Anexo B donde se resumen las fichas técnicas de las conversaciones.

Para una mejor comprensión de los ejemplos extraídos de las conversaciones analizadas, a continuación se presentará una breve descripción de los factores contextuales de cada una de las conversaciones y los participantes que las integraron.

La Conversación 1 (Anexos C y D) tuvo lugar el 14 de mayo de 2021, aproximadamente a las 21:00. Fue la primera de las tres y es la única donde la variable de género es mixta. Los participantes son hermano y hermana. B es hijo mayor de tres y A es la hermana de en medio. Ambos vivían solos en la casa donde se llevó a cabo la actividad. El investigador estuvo presente para dar las indicaciones y controlar la grabación. La conversación entre los participantes duró 10 minutos con 5 segundos durante los cuales se cumplieron 139 turnos. Eso fue suficiente para concluir la actividad por completo. En promedio, hubo 13.78 turnos por minuto, lo cual representa una densidad baja en comparación con las otras dos grabaciones.

De manera general, algunos aspectos llamativos que vale la pena notar son los siguientes. En primer lugar, rápidamente se hizo claro que la hermana menor participaba más activamente, mientras que el hermano era pasivo y poco propositivo. Algo que posiblemente no es tan evidente en las transcripciones anexadas es que hubo extensos silencios en los momentos que se esperaba que B hablara, ya sea porque A preguntaba o porque él mismo comenzaba un turno. Desde el momento de la actividad se ha considerado que B no estuvo cómodo del todo.

La participante A es una joven de 22 años. En el momento de la grabación estaba concluyendo la Licenciatura en Nutrición de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). A grandes rasgos, tiene una personalidad alegre, amigable y segura.

El participante B es un joven de 25 años. Estudió Ingeniería en Sistemas Computacionales en la UAA y en el momento de la grabación era administrador de red. Su personalidad es tímida y gentil.

La Conversación 2 (Anexos E y F) tuvo lugar el 21 de mayo de 2021, en torno a las 20:00. Las participantes de esta conversación eran ambas mujeres. Tenían una relación familiar de primas. C es la prima mayor y D la menor. La grabación se llevó a cabo en casa de D, donde también se encontraba su padre, pero sin intervenir en ningún momento. El investigador estuvo presente para dar las indicaciones y controlar la grabación. La duración de la conversación fue de 7 minutos y 57 segundos durante los cuales tuvieron lugar 131 turnos. En este tiempo, las participantes lograron concluir la actividad y, de hecho, fueron quienes terminaron más rápidamente. El promedio de turnos por minuto fue de 16.47, lo cual es superior a la Conversación 1 (Anexos C y D), pero menor a la Conversación 3 (Anexos G y H).

En general, en esta conversación es C quien dirige y propone la organización de la actividad. D procura colaborar, pero por lo general sus respuestas son cortas. Vale la pena mencionar que, por una parte de la conversación, D estaba comiendo pizza, lo cual podría ser también un factor que influya en sus respuestas cortas. Es interesante que fueran ellas quienes terminaran antes, ya que se suele pensar que el discurso cotidiano femenino es menos transaccional que el masculino.

La participante C tiene, al momento de la grabación, 26 años. En el formulario no se brindó mayor información sobre su ocupa-

ción más allá de que es una empleada, pero se sabe también que su máximo grado de estudios es licenciatura. Vivía sola. No nació en Aguascalientes, sino en la Ciudad de México, pero se mudó allí durante su infancia temprana. Es una persona segura, alegre y extrovertida. Inmediatamente al inicio de la actividad propone una orden entre las dos para proponer películas y llegar a acuerdos.

La participante D tenía 25 años. Se empleaba en ese tiempo como agente de callcenter y había concluido sus estudios en la Licenciatura en Gestión Ambiental en la UAA. Ella tampoco es originaria de Aguascalientes, pero al igual que C, llegó de muy pequeña. Su personalidad es más tímida que la de C, pero también es alegre, gentil y segura de sí misma.

La Conversación 3 (Anexos G y H) se llevó a cabo el 7 de junio de 2021 alrededor de las 21:00. El espacio de grabación fue el departamento de un tercero quien, junto con el investigador, estuvo presente en silencio durante la grabación. Aunque no es la casa de uno de los participantes, se consideró que seguía siendo un lugar familiar, puesto que el dueño del departamento era amigo de los dos y ambos informantes habían estado ahí en muchas otras ocasiones. También cabe mencionar que se trata de la única pareja que no tiene una relación familiar sanguínea. La conversación tuvo una extensión de 9 minutos y 8 segundos, a lo largo de los cuales se distribuyen 194 turnos, suficiente para concluir la actividad completa. La tasa de turnos por minuto es de 21.24, la más alta de todo el material. Es llamativo que los hombres sean muy productivos aunque las mujeres concluyen más rápido, mientras que la conversación mixta es la menos productiva y, aun así, la más extensa.

En esta ocasión, es F quien adopta el rol de dirección de la conversación haciendo preguntas y proponiendo opciones a E, quien también propone, pero tiene intervenciones más cortas. Curiosamente, es E quien propone inicialmente la organización, pero F toma el control del canal. Muy posiblemente aquí hay una mayor tensión por el control de la conversación en diferentes aspectos, como la organización, los temas y las acciones.

El participante E es un hombre de 25 años. Estudió Ingeniería en Sistemas Computacionales en la UAA, al igual que B, y trabaja en esa misma área en una empresa norteamericana con una división en Aguascalientes. Es una persona asertiva, decidida y sensible.

El participante F es un joven de 24 años. En el momento de la grabación era pasante de Medicina, egresado de la UAA y trabajaba como médico familiar en una farmacia. Al mismo tiempo, estudiaba para ingresar a una especialidad. Su personalidad es espontánea y proactiva.

En la Tabla 2 se pueden encontrar las principales características sociolingüísticas de los informantes.

	Participante					
	A	B	C	D	E	F
Género	Mujer	Hombre	Mujer	Mujer	Hombre	Hombre
Edad	22	25	26	25	25	24
Nivel de estudios	Alto (Licenciatura)					
Ocupación	Pasante de Nutrición	Administrador de red	Empleado	Agente de calleenter	Ingeniero en Sistemas	Pasante de Medicina

Tabla 2. Desglose de las características sociolingüísticas de los participantes.

Una variable con valores desiguales no intencionada fue la duración. Debido a cuestiones técnicas ya mencionadas se decidió poner un límite a la conversación de nueve minutos. En un inicio se contemplaba que la actividad podría tomar más tiempo, cortarían las conversaciones en un punto medio y, así, todas quedarían con la misma extensión de tiempo. Por el contrario, todas las parejas fueron capaces de terminar la actividad en tiempo. Más aún, la pareja de mujeres acabó considerablemente antes con ocho minutos contrastados con los nueve y diez minutos de las otras dos parejas. Al final se obtuvieron conversaciones de diez, nueve y ocho minutos aproximadamente. Será necesario reflexionar la pertinencia de mencionar el valor de ese factor en el análisis, pues fue el par de mujeres el que se puso de acuerdo y acabó con mayor rapidez.

A pesar del tinte de artificialidad que le imprime el diseño de una actividad, se considera que, efectivamente, se logró estimular una conversación natural entre los informantes. Lo más importante es que

la característica principal, la alternancia no predeterminada, no negociada previamente de los turnos, se logró mantener intacta. Si bien, es verdad que hubo planeación de la conversación, no fue así respecto a la estructura de los turnos, sino que ésta fue decidida plenamente por los propios participantes. Incluso es posible presentar evidencia de esta afirmación en el ejemplo (2) donde la participante C propone a su compañera, D, la organización a seguir desde el inicio.

(2)

1 C: YO digoo↑ que nada más escojamos / tres películas y tres películas cada quién↓

2 D: **okey** (NASAL)

3 C: § que entonces no sea tan difícil ↑ / y nada más tenga / tenemos **como** un comodín / de que es la sexta películaa↑ para por si no nos decidimos con en una / para ponerla en orden

En la cuestión oral se puede decir que se mantiene íntegra, así como el diálogo. El dinamismo conversacional, por su parte, es una de los aspectos que variaron entre las tres conversaciones, especialmente en la Conversación 1 (Anexos C y D) de género mixto entre A y B, donde la dinámica de cambio de turnos fue mucho menos ágil. Finalmente, la cooperatividad fue un aspecto de sumo interés, ya que diseñar una actividad que propiciara la competición habría podido generar más oportunidades de conflicto y lucha por el poder en la interacción. Por el contrario, se optó por mantener una actividad más bien cooperativa, aunque no necesariamente impedía completamente la competición y el conflicto.

Con esta caracterización discursiva, en conjunto con la teoría provista hasta aquí, se espera poder validar el corpus constituido.

III. EL PODER EN EL DISCURSO

El análisis de la conversación es una forma de estudio de la conducta en interacción (Schegloff et al., 2002, p. 3). Este modelo hace énfasis en el ‘habla en la interacción’ como base de las estructuras sociales. A partir de él es posible analizar los elementos lingüísticos y extralingüísticos que están en juego, así que la pregunta que cabe hacer es: ¿por qué no bastan los esquemas propuestos por el análisis de la conversación para atender los propósitos planteados en esta investigación? La respuesta no puede dejar de ser subjetiva, ya que el diseño de un marco teórico que justifique los análisis a realizar no puede escapar a las limitaciones del propio autor–postura ideológica, contexto social y bagaje teórico. Aun así, no es un factor que se tome a la ligera.

Para Schegloff (1999, 2001), la conversación es una forma de discurso oral a la vez que precede al propio discurso y lo constituye. Más allá de lo aparentemente contradictorio de las dos proposiciones,

el autor reconoce la íntima relación entre la conversación y el discurso. Además, el análisis de la conversación ha sido criticado por su falta de atención a fenómenos sociales como las manifestaciones del poder y las desigualdades sociales (Wooffitt, 2005, p. 158)—ambos temas de mucho interés para este estudio. Esta crítica es un poco injusta, porque el estudio de las estructuras en condiciones neutrales e idealmente simétricas permite, efectivamente, descubrir las irregularidades que evidencian fenómenos como el poder y la discriminación (Schegloff, 1999, p. 406; Wooffitt, 2005, p. 162), pero no se puede dejar completamente de lado que existen marcos conceptuales más adecuados para analizar dichos fenómenos. He aquí la relevancia del análisis crítico del discurso (ACD), el cual tiene especial interés en tales asuntos (Van Dijk, 1995, p. 84).

Así pues, tomando en cuenta que la perspectiva de Deborah Schiffrin (2001) sobre los marcadores discursivos (MD) está basada en una perspectiva discursiva (p. 55), se ha decidido partir del análisis del discurso para abordar las propiedades de los MD y describir los fenómenos relacionados a la variable de género que se encuentren en el corpus. Concretamente, es el ACD el marco conceptual con el que se establecerá una relación entre las diferencias de uso de MD y los fenómenos de interés en el discurso masculino y femenino. A fin de desarrollar conceptos clave para el análisis, las siguientes secciones sobre ACD y poder, buscarán sembrar las bases teóricas del análisis de las relaciones de poder.

El análisis del discurso y análisis crítico del discurso

El ACD y su aproximación acrítrica son dos perspectivas íntimamente relacionadas. Fundamentalmente, no es en los aspectos teóricos esenciales donde divergen, sino en la posición desde la que atienden sus tareas y el lugar que dan a su trabajo. Por ello, aquí se recurre a las bases generales del análisis del discurso para después profundizar en los conceptos particulares de su versión crítica.

Existen muchas perspectivas sobre lo que es el análisis del discurso y éstas dependen, en buena medida, de la definición de ‘discurso’ que adopten. Mientras que algunos investigadores consideran al análisis del discurso como una disciplina centrada en estructuras lingüísticas mayores a la oración, para otros es el estudio del uso del lenguaje e incluso hay quienes lo conciben como un fenómeno social amplio que incluye actividades no lingüísticas (Adger et al., 2001, p. 1). Así pues, en términos estructurales, el discurso es una unidad lingüística superior a la oración y, como ésta, presenta una estructura interna propia. En términos funcionales, el enfoque se hace desde el uso comunicativo del discurso (Blakemore, 2001, p. 100). Como fenómeno social, se trata de un proceso tanto de producción como de interpretación influido por condicionantes sociales (Fairclough, 1989, p. 14). En todo caso, no es extraño que el análisis del discurso sea un campo de estudio tan vasto y difuso si se considera que tiene raíces no sólo en la lingüística sino en la antropología, filosofía y otras múltiples ciencias sociales (Adger et al., 2001, p. 1; Schiffrin, 1987, p. 2; Van Dijk, 1980, p. 45).

De entre la variedad de interpretaciones sobre el discurso y su análisis, aquella apropiada para esta investigación es la de Norman

Fairclough, (1989), quien define el discurso como un proceso social y concibe su análisis en tres dimensiones de descripción, interpretación y explicación que contemplan “the social determination of the processes of production and interpretation, and their social effects”¹ (p. 26). Según esta definición, el discurso es tanto un proceso, como el producto y recurso de este mismo proceso; producto de la enunciación y recurso de la interpretación. Ello denota su profunda influencia en la vida social que consume y genera discursos. Por otra parte, entenderlo como una actividad social no sólo coincide con los presupuestos del ACD, sino que también engloba la posibilidad de análisis de la sintaxis supraoracional y función de los textos. Se puede decir, por tanto, que dicha definición es la más amplia.

Debería ser más o menos claro que interpretar el discurso únicamente como una unidad superior a la oración es insuficiente para los propósitos planteados. Si el análisis de los marcadores discursivos (MD) se llevará a partir, principalmente, de la teoría de Deborah Schiffrin y los diversos niveles discursivos que ella desarrolla—los cuales abarcan factores extralingüísticos, de la interacción, como el marco de participación—, la oración limita considerablemente las posibilidades interpretativas. Esto sin mencionar que, directamente, no alcanza a explicar las relaciones de poder que son el fin último. Además, como comenta Schiffrin (1987), la oración como unidad de análisis no es “the unit most germane to undersanding language use and social interaction”² (p. 32). No hace falta demeritar los logros de la lingüística oracional, pero sería incongruente adoptar la perspectiva

1 La determinación social de los procesos de producción e interpretación y sus efectos sociales (trad.)

2 La unidad más fértil para comprender el uso del lenguaje y la interacción social (trad.)

de esta autora por su aplicabilidad en el estudio de la interacción para luego constreñir el análisis a una unidad como la oración.

Por otra parte, el discurso entendido como uso del lenguaje es mucho más aproximado a los objetivos de análisis de esta tesis. Particularmente, esta interpretación se relaciona con las teorías de MD de Martín Zorraquino y Portolés y Bruce Fraser, ya que éstas parten del análisis pragmático de las funciones de dichas palabras dentro de la construcción del texto (Fraser, 1999, p. 938; Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4072). Evidentemente estos autores también interpretan la relación de los MD en un sentido supraoracional, pero ellos definen sus perspectivas como funcionales y no se puede negar que llegan hasta los factores de su uso.

Una vez definida una posición respecto a la aproximación tomada, se puede hablar de elementos constitutivos y características de interés. El discurso, como proceso social al igual que como lenguaje en uso, depende de una relación entre lo que se dice en él y la situación en que sucede. En ese sentido, lo que se dice corresponde con el texto, una unidad lingüística, teórica y abstracta (Van Dijk, 1980, p. 32). Es una estructura lingüística porque se construye de párrafos, oraciones y enunciados, y es teórica y abstracta porque hablar de 'texto' en estos términos es un ejercicio metalingüístico. Es decir, el texto es el material lingüístico del discurso, pero extraído de la situación comunicativa que le dio origen y enmarcado en un entorno académico de interpretación. Así está abstraído de su contexto de producción y situado en uno teórico de interpretación.

El otro elemento que conforma la relación esencial del discurso es el contexto. Para Teun van Dijk (1980), "uno de los mayores logros recientes de la lingüística y sus disciplinas próximas es la creciente

atención prestada a la pertinencia de varias clases de CONTEXTOS” (p. 19). Éstos, en términos generales, no son sino la “situación de la interacción del habla” (Van Dijk, 1980, p. 273). El aspecto relevante de la situación para los estudios críticos del discurso es la condición social. Ésta se traduce en estructuras, comúnmente institucionalizadas, que enmarcan el comportamiento de los individuos tanto en el discurso como en otras prácticas sociales (Fairclough, 1989, p. 28). El párrafo anterior ya advierte la presencia de dos formas de contexto relevantes, lo que para Fairclough (1989) son las condiciones sociales de producción y las condiciones sociales de interpretación del discurso (p. 25). La conversación es inmediata (Briz, 2000, p. 225), pero existen otros géneros discursivos que permiten una distancia en tiempo y espacio que genera dos contextos sociales distintos de producción e interpretación—piénsese en la *Epopéya de Gilgamesh*, pero también en el género epistolar e incluso la conversación de WhatsApp. De todas formas, ni siquiera en la conversación inmediata se puede decir que los participantes comparten exactamente el mismo contexto, puesto que en ello interviene lo subjetivo. Además de las condiciones sociales, otro factor en el proceso discursivo son los recursos mentales de los que se valen los participantes, conformados por su conocimiento del lenguaje, representaciones del mundo natural y social que habitan, valores, creencias, prejuicios y muchas ideas más (Fairclough, 1989, p. 24). Gracias a ello, tanto la producción como la interpretación del discurso están imbuidas de subjetividad, pero hay que destacar que estos recursos mentales también están influidos por factores sociales.

Además de influir en los constructos mentales de los participantes de la interacción, el contexto social también define las convenciones que delimitan la elaboración de los discursos. Norman Fairclough

(1989) denomina a estas convenciones el ‘orden del discurso’ (p. 28), concepto retomado de Michel Foucault y que evoca la perspectiva crítica de las estructuras de poder del autor francés (c.f. Foucault, 1978). Nótese la similitud entre los términos ‘orden’ y ‘género’. En el capítulo anterior se ha utilizado ‘género’ por ser el uso propio de Schegloff y Briz en torno a la conversación, pero a partir de ahora será mejor recurrir al concepto de ‘orden’ por su compatibilidad con las intenciones de la investigación y por congruencia teórica con el ACD.

Las convenciones constitutivas de los diversos órdenes discursivos no forman moldes independientes que se deben seguir para formar discursos, sino redes interdependientes que proveen estructura. Es decir, el discurso no se cumple en una única situación abstracta, sino que lo hace en relación con otras estructuras que pueden a su vez ser o no discursivas. Por tanto, no sólo difieren en sus aspectos internos, sino también en sus relaciones con otras estructuras. De tal manera, el orden del discurso es, en realidad, parte de convenciones sociales mayores que conforman el orden social (Fairclough, 1989, pp. 29–30). La conversación, por ejemplo, es una estructura discursiva que puede ocurrir en medio de otras estructuras sociales como podría ser una fiesta. Este modelo establece una jerarquía de prácticas sociales con estructuras convencionales dentro de las cuales está el discurso (Fairclough, 1989, p. 23). Las mayores contienen a las menores y establecen sus convenciones de realización.

Sin embargo, una interpretación unidireccional de las relaciones estructurales de las prácticas sociales ignoraría la posibilidad de modificar las prácticas que contienen desde las prácticas contenidas, en sentido ascendente. Ciertamente, la fuerza de las prácticas sociales mayores a las menores es la dirección más fundamental, pero no es la

única (Fairclough, 1995, p. 37). La interacción verbal es parte de una práctica social mayor que le da lugar y forma, pero la propia interacción verbal actúa sobre el mundo mediante acciones. A través de estas acciones, el discurso puede modificar otras prácticas, incluyendo a las estructuras mayores que lo contienen, o producir nuevas. Esto quiere decir que existe un proceso dialéctico de influencia desde las macroestructuras a las microestructuras sociales, pero también en sentido inverso, desde lo micro a lo macro (Fairclough, 1995, pp. 35, 37). Esto coincide con la interpretación de Schegloff (2010) de la conversación y otras formas de interacción como bloques básicos de las estructuras sociales más complejas (p. 346). Entender así las dinámicas sociales es fundamental para lograr cambios desde las microestructuras que forman la base de las instituciones. Si uno admite este modelo, se revela la importancia y el poder del cambio de las conductas cotidianas, claro, sin caer en la omisión del poder institucional.

Así pues, para interpretar un discurso hace falta, primero, establecer las relaciones entre los elementos textuales y, luego, formular conexiones entre el texto y el conocimiento convencional del 'mundo'. De ello resultan dos tipos de conexiones: entre los elementos del texto (texto-texto) y entre el texto y el 'mundo' (texto-contexto) (Fairclough, 1989, p. 78). Por tanto, el significado del discurso carece de sentido hasta que se lo sitúa en un lugar del conjunto de preconcepciones que conforman la comprensión de la realidad. Por eso el contexto es tan importante para todo análisis discursivo. En este tema todavía queda un debate. Diane Blakemore (2001) comenta que para la Teoría de la Relevancia es inverso el orden de factores en la asimilación del discurso: primero se busca una relación entre el discurso y las preconcepciones del intérprete y sólo después se le asigna coherencia a los

elementos del texto. Según esta perspectiva, es incluso más importante la información contextual que el tema del discurso para lograr la comprensión (pp. 102-104). En todo caso, tanto la perspectiva de Fairclough como la de Blakemore resaltan lo absolutamente crucial que es el papel del contexto y, más específicamente las presuposiciones del intérprete para establecer una relación significativa entre el discurso y lo que el intérprete entienda como la realidad. No es prioridad en este estudio el analizar los procesos cognitivos de interpretación, así que bastará quedarse con la versión de Fairclough—una vez más por coherencia teórica. Evidentemente, hace falta distinguir entre la totalidad del contexto y lo que está dado por la sociedad, pero es verdad que la sociedad influye en lo que los hablantes entienden por ‘el mundo’. En ocasiones se hace difícil distinguir lo que es la realidad objetiva y lo que es la realidad cultural incluso entre los académicos, como es el caso del sistema de sexo-género, donde hasta recientemente hacía falta reconocer la influencia de una “parcialidad androcéntrica” y “mojigatería científica” (Handman, 2008, p. 77) a la hora de describir los fenómenos observables. Un avance es ser capaces de señalarlo y detectarlo, pero no por ello ha desaparecido por completo.

El análisis crítico del discurso

Una vez establecidos los puntos en contacto entre las dos aproximaciones, es importante aclarar la diferencia entre el análisis del discurso y el ACD. El interés por las estructuras sociales que determinan las condiciones de producción e interpretación del discurso es muy relevante en el ACD, pero ésa no es una característica que lo diferencia necesariamente de un análisis ‘acrítico’. Teun A. van Dijk (2016)

expone varios puntos que sí establecen una distinción entre ambos enfoques. Primeramente, la perspectiva crítica no se enfoca en teorías y paradigmas, sino en problemas sociales—entenderlos como “problemas” es importante—; segundo, asume en principio una aproximación multidisciplinar; tercero, busca explicar el uso del lenguaje en “términos de estructuras, procesos y constreñimientos sociales, políticos, culturales e históricos” y; finalmente, busca contribuir o ayudar en cierta medida a solucionar los problemas a los que se enfrenta (p. 28). Una investigación sobre la coherencia discursiva y los MD pertenecería al ámbito del análisis del discurso, pero al establecer aquí un vínculo no sólo de coherencia, sino directamente entre las unidades de análisis y las brechas de poder entre grupos sociales—hombres y mujeres en este caso—se integra al ACD. Especialmente debido a que el estudio se lleva a cabo con la consciencia de un problema social y la voluntad de contribuir a una solución.

Para el ACD, es fundamental describir las relaciones formales del texto, interpretar la relación entre el texto y la interacción—el texto y su situación comunicativa—y explicar las estructuras sociales que conforman el contexto y determinan los procesos de interpretación y sus efectos sociales. Así pues, “analysis of texts should not be artificially isolated from analysis of institutional and discursal practices within which text are embedded”³ (Fairclough, 1995, p. 9). De lo contrario, se pierde mucho del sentido e intención con que fueron producidos. Más aún, el análisis debe ser crítico ya que esta área de estudio trata asuntos políticos y problemas sociales. Ante ellos, el investigador se asume a sí mismo en una postura, subjetiva pero fundamentada,

3 El análisis de textos no debe ser artificialmente aislado del análisis de las prácticas institucionales y discursivas en las que se enmarcan (trad.)

respecto a los fenómenos que estudia, en contraposición a aproximaciones “acríticas” que corresponderían con el análisis del discurso. El ACD busca contribuir a la solución de los problemas sociales que analiza. Esta decisión consciente genera un constante interés por los avances y descubrimientos, por una parte, y, por otra, exige una precisión metodológica y teórica, ya que será puesta a prueba a la hora de intentar resolver y explicar problemas sociales (Van Dijk, 2016, p. 24). Piénsese que, si los discursos pueden modificar las instituciones sociales y, por ende, la realidad de la gente, es en verdad importante poner atención a los resultados de ello. Especial énfasis se debe dar a los discursos de poder, pues el acceso a ellos es escaso y restringido (Fairclough, 1989, p. 63; Van Dijk, 2016, p. 23) pero influyen en las vidas de mucha gente.

Como consecuencia de la definición de discurso como práctica social y su interés por contribuir a problemáticas sociales, una de las tareas más cruciales e importantes del ACD es el dar cuenta de las relaciones entre discurso y poder social (Van Dijk, 1995, p. 84). Muchos de los temas centrales de esta corriente tienen relación con el poder, tanto dentro como fuera del discurso. En este capítulo se hablará específicamente del concepto de *poder* atinente a este tipo de estudios, pero antes, en relación con ello se explicarán algunos conceptos fundamentales para la esquematización de las dinámicas de poder desde la perspectiva de Fairclough y Van Dijk. Entre algunos de ellos se encuentran los términos de *ideología*, *sentido común* y *naturalización*.

Conceptos clave

Un aspecto central para entender los mecanismos internos de las relaciones de poder es identificar su sustento en el discurso. Ésta es otra forma de plantear el objetivo de la presente tesis. No se puede asumir que cada vez que los hombres conversan con una mujer establecen una lucha consciente por reafirmar su poder, pero sí se espera que las relaciones de poder subyacentes, sistémicas, permeen y se hagan evidentes en la conversación. No cabe duda que, mientras más se profundiza en el tema, más se hace evidente que los procesos de construcción del poder social son sumamente complejos¹. Así que, una vez establecida la esencia del ACD, sigue describir los esquemas conceptuales con los que ésta perspectiva explica los fundamentos del poder.

Sentido común e ideología

El concepto central que sustenta toda la interpretación de Fairclough (1989) sobre el origen y las dinámicas de poder es el de *sentido común*. Sin distanciarse de su acepción cotidiana, éste consiste en una serie de suposiciones que se dan por sentadas de manera convencional en la interacción verbal, y de las cuales la gente, por lo general, no es consciente (p. 2). “El doctor sabe y el paciente no” es un ejemplo práctico del tipo de ideas que lo constituyen. Se trata de un factor esencial en la conformación de los recursos mentales de interpretación de textos, ya que comúnmente está tan arraigado que los hablantes difícilmente pueden desprenderse de él. Lo que resulta absolutamente central para el análisis y el establecimiento de las relaciones de poder es que el concepto de ‘sentido común’ no atiende estrictamente al ‘conoci-

miento de la realidad', sino a la asimilación de las convenciones de comprensión del mundo (Fairclough, 1989, p. 78). Incluso la ciencia y su lugar en los discursos son derivados de la cultura en que están inmersos. Por supuesto, la convencionalidad del contexto mental es muy importante para la comunicación, y cuando las ideas sobre el mundo no son compartidas pueden surgir malentendidos originados por una discordancia entre lo que uno y otro hablante considera 'sentido común'. Parte de las presuposiciones que derivan de ello giran en torno a lo que implican nuestros enunciados y las formas efectivas de comunicar. Con frecuencia, los hablantes asumen la obviedad de sus intenciones, pero ellas no siempre son obvias para todos. Cuando los hábitos comunicativos son similares o complementarios, no hay problema, pero es posible que los participantes no compartan hábitos lingüísticos y, entonces, pueden darse malentendidos, descortesías intencionadas y ofensas (Tannen, 1991, p. 45).

Una forma particular del sentido común, relacionado específicamente con las convenciones sobre el poder, es la *ideología*. En otras palabras, es una forma del conocimiento compartido del contexto que consiste en concepciones y presuposiciones sobre la realidad natural y la organización social que se podrían concebir o suponer de una manera distinta; es decir, son arbitrarias, y, lo más importante, están fundamentadas en representaciones de origen social—piénsese en la educación, cultura, cortesía, ciencia, familia y muchas otras instituciones sociales que determinan las visiones de mundo de la gente (Fairclough, 1995, p. 31). Tal como con todo sentido común, estas concepciones arbitrarias difícilmente llegan a la superficie de la conciencia. Precisamente esto es lo que las hace más poderosas. Contrariamente a la interpretación de 'ideología' como un pensamien-

to político explícito, es su carácter subyacente e implícito lo que las vuelve peligrosas, en tanto que se pierde la posibilidad de cuestionarlas a partir de su arbitrariedad. Una forma de ideología muy común en nuestros tiempos es, por ejemplo, el pensamiento de que las ciudades deben estar diseñadas para dar lugar a los automóviles, antes incluso que a las personas. Así, cuando un vehículo atropella a un transeúnte o ciclista, difícilmente alguien dudará de la validez de preguntarse si la víctima estaba teniendo el suficiente cuidado. Sin importar quién resulte responsable al final, nunca se cuestiona que las calles son para los coches, aunque no siempre ha sido así.

Cabe mencionar que las ideas del dominio del sentido común contribuyen en diferentes grados a la preservación del *statu quo* (Fairclough, 1989, p. 84). Aun así, hay ocasiones en que el sentido común no oculta estructuras sociales. Por ejemplo, los límites de lo que se entiende por ‘nariz’ forman parte del sentido común, pero no establecen relaciones ni sociales ni de poder de ningún tipo (Fairclough, 1989, p. 95).

Naturalización

La *naturalización* es la manera como una ideología pasa de ser explícita a implícita y se vuelve parte del sentido común; la disociación de la base social y los intereses particulares que la originaron (Fairclough, 1995, p. 35). Si un discurso domina no sólo dentro de una comunidad, sino también de una institución a su vez dominante, suprimirá otros discursos y, así ganará visibilidad y relevancia hasta que deje de ser evidente su arbitrariedad y se entienda como natural, es decir, hasta que se vuelva sentido común. Un ejemplo de ello es la teoría de la evolución, la cual fue, en su momento, una idea radical,

aunque actualmente se puede decir que, al menos dentro de ciertos grupos sociales, la gente no se cuestiona su validez. Un discurso naturalizado parece no pertenecer a un grupo en particular o atender a intereses individuales, sino estar libre de la influencia de toda ideología (Fairclough, 1989, pp. 91–92). Este fenómeno ocurre en diferentes grados (Fairclough, 1995, p. 31). Así como se pueden tener discursos muy naturalizados también habrá otros que apenas comienzan a naturalizarse o desnaturalizarse. Es un proceso de tira y afloja donde las sociedades buscan adaptar sus valores a las necesidades y condiciones de los diferentes grupos que las conforman.

Esto lleva a hablar de lo que Fairclough (1989) llama *luchas sociales* (*social struggle*). Con esto se refiere a la interacción entre grupos sociales con intereses distintos (p. 34). Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grupos rurales y urbanos y muchas otras clases en las que se divide una sociedad. Ésta es una consecuencia natural de las relaciones de poder, pero a pesar de ello, no debería ser frecuente encontrar momentos de tensión en las conversaciones recuperadas, puesto que en la conversación cotidiana se trata de establecer una participación hasta cierto punto equitativa y colaborativa. Aun así, existe lugar para conflictos entre los dos grupos que reciben el foco de esta investigación: hombres y mujeres. Particularmente, en tanto que la teoría apunta a que los hombres tienen más acceso que las mujeres al orden conversacional (Van Dijk, 1995, p. 86) y normalmente tienen estrategias comunicativas diferentes (Tannen, 1991, p. 31).

A partir de los conceptos mencionados, una vez logrados los objetivos de análisis lingüístico-discursivo de los MD en las conversaciones registradas, se pueden plantear los siguientes objetivos de análisis en términos críticos. Primeramente, identificar momentos de las conver-

saciones donde se noten conflictos o diferencias que reflejen la lucha social que se está dando por sentado. Segundo, describir las ideologías que rigen el uso de unos u otros MD y que serán más evidentes en momentos de tensión o conflicto. Tercero, explicar cómo las partes están dando por sentado sus respectivas ideologías y construyen un sentido común compartido o no, donde un sentido común compartido es siempre el que favorece la estructura de poder (Fairclough, 1989, p. 26). Este será el proceso que la presente investigación tratará de seguir para dar luz sobre los fenómenos de brechas de poder entre hombres y mujeres que se puedan evidenciar mediante usos distintivos de MD.

El poder y el discurso

Norman Fairclough (1989) comenta que “the myth of *free speech*, that anyone is ‘free’ to say what they like, is an amazingly powerful one, given the actuality of a plethora of constraints on access to various sorts of speech, and writing”⁴ (p. 63) Realmente es asombroso lo arraigado de esa creencia, sobre todo en los países orgullosos de sus democracias. En el día a día es muy difícil que la gente tome consciencia de las percepciones que se originan en las ideologías preponderantes de su sociedad y mucho menos las identifiquen como ideológicas; como ideas arbitrarias, no universales, producto de una cultura. Esa misma situación facilita el manejo y regulación de los discursos en favor del poder establecido (Fairclough, 1995, p. 28). Por ello son de gran rele-

4 El mito de la *libertad de expresión*, de que cualquiera es ‘libre’ de decir lo que quiera, es uno sorprendentemente poderoso, dada la realidad de una plétora de restricciones al acceso a varios tipos de habla y escritura (trad.)

vancia los estudios que exponen los mecanismos por los cuales se ejerce el poder sobre y a través del discurso.

Teun A. van Dijk define el poder en función del control. De tal manera, aquél que tenga el control sobre los actos y mentes del otro, quien influya el entendimiento, las actitudes y las ideologías, es quien tiene el poder (1995, p. 84, 2016, p. 26). Él trabaja el término como una propiedad que tiene su origen en las relaciones entre grupos sociales, organizaciones o instituciones y, por tanto, habla de poder social y no individual (Van Dijk, 1995, p. 84). Éste se ejerce, pues, por grupos y no por individuos; grupos que comparten condiciones sociales, como ya se mencionó en la sección anterior. Por otro lado, la magnitud del poder depende del alcance del control; así se puede tener más o menos poder en una escala gradual. El grupo controlador tendrá más poder que aquellos que controla, por lo menosⁱⁱ, y se comparará con los que ejerzan otras formas de control o lo ejerzan sobre otros grupos. El control de la ideología es un poder mucho mayor de lo que se puede pensar. Cuando los hablantes son capaces de influir los modelos mentales, conocimientos, actitudes y, eventualmente, ideologías de los oyentes, pueden controlar indirectamente sus acciones futuras (Van Dijk, 1995, p. 89).

Además, la habilidad de controlar presupone un poder dado de base que consiste en “el acceso privilegiado a recursos sociales escasos, tales como la fuerza, el dinero, el estatus, la fama, el conocimiento, la información, la «cultura», o incluso varias formas del discurso público y de la comunicación” (Van Dijk, 2016, p. 26). El control del acceso al discurso, es decir, quién puede decir qué cosas y a quién, es un tema muy importante y, según Robin Lakoff (1973), las mujeres no tienen acceso a formas directas y fuertes de decir las cosas (p. 48).

Norman Fairclough (1989) considera que el acceso al discurso es un recurso igual que “la riqueza acumulada, un buen trabajo, una casa y demás” (p. 63). El gran problema del poder es que siempre genera una brecha cada vez más grande de desigualdad, en tanto que se nutre a sí mismo y tiende a acumularse entre los mismos grupos que ya lo poseen.

Quizá, una de las características más peligrosas del poder social es que muchas veces se encuentra institucionalizado y forma parte de la propia organización social de las comunidades (Van Dijk, 1995, p. 85). Esto está directamente relacionado con las ideologías, tan arraigadas en la visión de mundo del hablante que le resultan obvias, universales e incuestionables. Por su carácter social y la profunda influencia de las estructuras de poder en todos los aspectos de la vida social, la ideología también puede entenderse como “*common sense in the service of sustaining unequal relations of power*”⁵ (Fairclough, 1989, p. 84). Una de las cualidades más valiosas del ACD es la identificación y exposición de estas ideologías subyacentes al discurso, lo cual arrebató a los poderosos la ventaja de la invisibilidad. Norman Fairclough (1989) comparte este pensamiento y comenta que “*ideology is most effective when its workings are least visible. If one becomes aware that a particular aspect of common sense is sustaining power inequalities at one’s own expense, it ceases to be common sense, and may cease to have the capacity to sustain power inequalities, i.e. to function ideologically*”⁶

5 Sentido común al servicio del sostenimiento de relaciones desiguales de poder.

6 La ideología es lo más efectiva cuando sus mecanismos son lo menos visibles. Si uno se vuelve consciente de que un aspecto particular del sentido común está sustentando desigualdades de poder a costa de uno mismo, deja de ser sentido común y puede perder la capacidad de sustentar desigualdades de poder, es decir, dejar de funcionar ideológicamente (trad.)

(p. 85). Existen formas de poder institucionalizado donde es explícito y la gente es consciente de que dichas instituciones y sus integrantes tienen una ventaja de poder. Tal es el caso, por ejemplo, de la policía. Sin embargo, esto no quiere decir que sean explícitas las ideologías que les dan sustento—la ideología de que debe existir un cuerpo policial que ejerza justicia por la fuerza o que deban existir prisiones para castigar a los delincuentes o la misma idea de que se debe castigar a los delincuentes son ideologías subyacentes que se dan por sentado. Hay que recalcar que por ‘ideología’ no necesariamente se debe entender algo inmoral, sino ideas sobre la organización social que no suelen ser puestas en cuestión (Fairclough, 1995, p. 31).

Para Van Dijk (2016) existe un uso legítimo del poder en el discurso que parte de criterios éticos como los acuerdos, las leyes y los derechos humanos (p. 26). Nótese que estos criterios éticos son, después de todo, discursos sobre los cuales también imperan los grupos poderosos. Ciertamente, esto no quiere decir que no sean criterios razonables, pero sí es importante considerar que no están libres de ser influidos por los intereses de unos pocos. Más adelante se verá cómo, en los setenta, el propio discurso lingüístico académico, el cual buscaba contrarrestar la dominación masculina del habla, y la propia investigación lingüística cayeron en la misma discriminación de género que deseaban combatir. En todo caso, contrapuesto a este uso legítimo está lo que Van Dijk llama ‘*dominio*’ y define como “los modos en que se abusa del *control* sobre el discurso para *controlar* las creencias y acciones de la gente en interés de los grupos dominantes” (Van Dijk, 2016, p. 26). El dominio, entonces, consiste en abusar de las estructuras convencionales de prestigio discursivo, indiferentemente de los criterios éticos, para beneficio de los propios dominantes. Uno de esos

intereses, quizá el más importante, es el del control del discurso, de manera que el poder se alimenta a sí mismo y produce más y más desigualdad (Van Dijk, 2016, p. 32).

La dinámica de obtención o concesión del poder en el discurso resulta un fenómeno interesante. ¿Cuáles son las condiciones que permiten realmente la fluctuación del poder entre participantes mediante la propia realización del discurso? Aunque no atañe a este estudio, quizá sea positivo mencionar que una condición aparentemente recurrente es la disposición del poder como un objeto de deseo del discurso en sí. En un debate, por ejemplo, es más plausible, aunque no necesario, que una mujer sea capaz de competir por el poder y efectivamente ganarlo contra un hombre. Incluso si el hombre recurriera a machismos y tácticas de dominación, esto se haría mucho más evidente en el contexto de un debate formal, puesto que el control sobre los participantes está estrictamente restringido y las expectativas dictan que la lógica y la retórica prevalecen sobre los prejuicios. Aun así, el moderador, quien sería el individuo más poderoso en tal ejemplo y debería proteger dichos aspectos formales del discurso, podría ser parcial en favor de uno u otro grupo y permitir o promover atropellos. Finalmente, quienes tienen el poder sobre el discurso determinan el género discursivo y las concesiones que se permiten en unos y otros casos para ciertos participantes y no así para otros. En todo caso, se puede ver que existen géneros discursivos que tienen como objetivo el poder en mayor o menor medida. Estos, por consecuencia favorecerán una actitud competitiva sobre una colaborativa y, posiblemente, se construirán a partir de un terreno común y parejo para los participantes.

Lo anterior es relevante porque, a diferencia de un debate, la conversación tiene como objetivo principal establecer relaciones y

mantener relaciones sociales (Tannen, 1991, p. 28). Ello lleva a priorizar a los interlocutores sobre el contenido y, por tanto, se enfoca en su relación y en la imagen que presentan en la comunidad. En ese sentido, se puede pensar que será mucho más difícil poner en juego el control de la conversación, ya que el individuo debe responder a ciertas convenciones de comportamiento, entre las que pueden estar la sumisión o dominación de la interacción. El problema para los participantes es que, incluso si son conscientes de dichas convenciones, es difícil librarse de ellas, pues su imagen y sus relaciones, están en juego sin que ellos tengan control sobre los posibles resultados negativos. Es necesario considerar que, para Erving Goffman (1967) y otros investigadores de la interacción, la imagen no es algo sobre lo que se tenga control, sino que se trabaja con la esperanza de recibirla y no perderla por la sociedad (p. 11).

Poder en el discurso vs. poder tras el discurso

Si el poder social se define en términos de control, el *poder en el discurso* consiste en “controlling and constraining the contributions of *non-powerfull participants*”⁷ (Fairclough, 1989, p. 46). Controlar y constreñir contribuciones no consiste únicamente en determinar lo que se puede o no se puede decir, sino en todos los aspectos estructurales del discurso: organización de los turnos de habla, control del espacio comunicativo, definición de las relaciones entre los participantes, posiciones sociales relativas de los participantes y muchos otros factores. El control sobre las intervenciones del interlocutor faci-

7 Controlar y constreñir las contribuciones de participantes sin poder (trad.)

lita al poderoso hacer prevalecer su propia ideología y transmitirla de manera más efectiva.

Fairclough (1989) agrupa el análisis de estos aspectos en tres categorías: los *contenidos*, entendidos como lo que se dice o hace; las *relaciones* sociales que adoptan los individuos al participar en el discurso y; los *sujetos* o posturas que los individuos ocupan en la interacción (p. 46). Aunque las relaciones y los sujetos parecen ser lo mismo, se pueden distinguir como derivadas de la condición social, las primeras, y determinadas por el propio orden discursivo, los segundos.

El poder presente en el control interno del discurso—el *poder en el discurso*—puede estar escondido detrás de diversas ideologías que pretenden hacerlo parecer completamente natural (Fairclough, 1989, p. 49). Así, a pesar de la presencia de estructuras de poder que conceden ventajas a una parte, se puede lograr que todos los participantes accedan a esa organización y, muchas veces, ni siquiera la cuestionen gracias a que reconocen un orden. Más aún, muchas veces el orden (*orderliness*) es valorado por encima de la justicia, la solidaridad o el respeto, lo cual es, a su vez, profundamente ideológico y sostiene las propias estructuras de poder (Fairclough, 1989, p. 66). El surgimiento de conflictos en estas dimensiones refleja una desestabilización del orden del discurso. Esto quiere decir que lo que había sido normalizado y considerado sentido común deja de serlo (Fairclough, 1989, pp. 170–171) y se da lugar a una potencial lucha entre las dos partes sociales de la interacción.

Por otra parte, el *poder tras el discurso* es el sostenimiento, mediante el poder, de los órdenes discursivos (Fairclough, 1989, p. 55). Así el acceso por parte de ciertos grupos sociales a herramientas de control dentro del discurso se preserva mediante ideologías en

todo orden social. La concepción de una lengua nacional u oficial es parte de ello. Éste es un proceso de *estandarización* por el cual una variante social de la lengua, ya sea por geografía–dialecto–o por clase social–sociolecto–es elevada a una categoría representativa de todos (Fairclough, 1989, p. 56), lo cual invisibiliza la diversidad y enaltece a un grupo particular. Un ejemplo muy relevante es el caso de la propia habla femenina. Jennifer Coates (2013) narra con un amplio respaldo documental, el cual incluye afirmaciones del propio Otto Jespersen, cómo hasta hace algunas décadas, la academia había entendido los usos femeninos de la lengua como una divergencia deficiente del habla masculina (p. 6). Mediante el poder tras el discurso es que se consigue manipular la *formalidad* de los mismos. Ésta no es otra cosa que una propiedad de las situaciones sociales que produce determinados efectos en el lenguaje (Fairclough, 1989, p. 65).

La formalidad es la fuerza del poder *tras* el discurso que produce estreñimientos *en* el discurso. De tal manera, se pueden promover *contenidos, relaciones y sujetos* ideales que favorecen la preservación del *statu quo*. Aun así, existen condiciones sobre las que se puede problematizar una ideología y la posición de su (re)productor, tanto para fines académicos como para fines de cambio social.

El *contenido* puede problematizarse cuando existen discrepancias entre el sentido común–ideológico–del discurso y el mundo real (Fairclough, 1989, p. 170). Esto puede suceder cuando se evidencia una ideología que está completamente distante de la realidad–piénsese en los incrementos a las tarifas del metro en Chile en 2020 o a la luz en España en 2021–, pero también cuando el productor no entiende o no asume que lo que él consideraba como sentido común ha dejado de serlo en su contexto social. La discrepancia entre los sentidos comu-

nes del productor y los intérpretes es tan grande que hace evidente las diferencias de grupos sociales y sus intereses.

Esto quiere decir, además, que se está problematizando la posición del enunciador también en términos de *relaciones*, hablando tanto de relaciones interpersonales como sociales. En ambos sentidos se pueden establecer brechas de poder diversas. Así, se hablará de hermanos, padres e hijos o amigos, pero también de hombres y mujeres, ricos y pobres, adultos y niños, sin perder de vista que un individuo puede pertenecer simultáneamente a diferentes grupos. En esta investigación se verá que se seleccionaron participantes con distintas relaciones interpersonales, pero grados similares de familiaridad. La relación personal es la misma, más o menos, pero la relación social es el punto a tratar.

En términos de *sujetos*, se puede problematizar gracias a los roles que el orden del discurso concede a los participantes (1989, p. 170). Éstas son también relaciones entre productores e intérpretes, pero se originan no en convenciones sociales, sino en el género discursivo como tal. Ejemplos de esto son maestro-alumno, entrevistado-entrevistador y autor-lector. El orden discursivo de la conversación no es muy sensible a las relaciones de sujeto, ya que su finalidad más común es la propia interacción social entre ambas partes. Aun así, puede tener un grado de transaccionalidad más o menos importante: uno de los hablantes puede tener más en juego que el otro, o tener una intención de reparación de la imagen, con lo que también se encontrará en una posición más vulnerable (Goffman, 1967, p. 19). Para este trabajo, se homologó el objetivo final de la conversación para todos los participantes: completar la actividad propuesta mediante la formulación de una lista de sus películas favoritas. Por ello, se esperaba que no surjan

directamente brechas importantes de poder en estos términos. En cambio, se puede ejemplificar este tipo de relación con participantes que tienen posiciones más asimétricas: un empleado en una conversación con su jefe, por más cotidiana que sea ésta, puede adoptar una postura particular en función de su interés en preservar y, posiblemente, mejorar sus condiciones laborales.

<p><i>Poder en el discurso-contexto</i> Restricciones de acceso por: Dinero Infraestructura Género (discurso político, videojuegos, deportes, etc.)</p>	<p><i>Poder tras el discurso-contexto</i> Control de la percepción de los temas Dirección y ejecución de actos de habla Control de las ideologías relativas al género (restricción a lo masculino/femenino)</p>
<p><i>Poder en el discurso-texto</i> Control de turnos Control del tema Interrupciones</p>	<p><i>Poder tras el discurso-texto</i> Formalidad Lengua de prestigio (estandarización) (In)validación del habla femenina</p>

Figura 2. Relación del poder en el discurso y tras él con el texto y el contexto.

A partir de todo lo anterior, se pueden notar dos dimensiones en las que el poder influye en el discurso: a) la manera como los más poderosos controlan el discurso—y el acceso a él—y b) la manera como el discurso controla la mente de los menos poderosos y las consecuencias de ello. Así pues, el discurso es recurso y producto del poder y se puede explicar en su relación con él desde sus dos dimensiones: el texto y el contexto (Van Dijk, 2016, p. 27) en relación con el poder en el discurso y el poder tras el discurso (Fairclough, 1989, pp. 43, 55). De tal manera, se podrían visualizar cuatro campos de este vínculo, como se ilustra en la Figura 2. Dentro de cada relación se anotan

las posibles formas de ejercicio del poder y control del discurso y un ejemplo de cada cuadro atañe a las diferencias de género.

Los elementos textuales en los que se manifiesta el control son: los temas, dados por la relevancia que se asigna a las proposiciones; los esquemas discursivos, definidos por una «forma» canónica del discurso; el significado local, dado por la coherencia, la cual exige que se den por hecho ciertos presupuestos que pueden incluso ser elididos; el estilo, como las estructuras léxicas y sintácticas que permiten subrayar o minimizar significados, al igual que; los recursos retóricos; los actos de habla que determinan la interpretación del mensaje y, finalmente; las dimensiones interaccionales como la distribución de turnos y la división de secuenciasⁱⁱⁱ (Van Dijk, 2016, pp. 32–33). El control de los poderosos sobre el texto, está directamente relacionado con el discurso verdadero, con el orden del discurso. La *formalidad* es un aspecto muy común de las constricciones sociales del discurso. Es una propiedad de los discursos prestigiosos que exige a los hablantes ciertos requisitos que producen un acceso inequitativo al discurso (Fairclough, 1989, p. 65) y esto, de nuevo, apunta al problema del acceso. Aunque parece que son factores externos como, en este caso, la educación lo que impide el *acceso* al discurso son en realidad las convenciones sociales sobre el orden del discurso las que demandan arbitrariamente condiciones que guardan el *acceso*. Se trata de una forma de naturalización que logra ocultar el hecho de que las convenciones sobre la estructura “correcta” de hacer uso del habla son eso: convencionales, en cuyo lugar planta la idea de que son una propiedad intrínseca de los discursos a la cual sólo se puede llegar por medio de la razón, por lo que quien no los siga es irracional.

El contexto, por su parte, es definido por Van Dijk (1980), en una de sus interpretaciones, como “un transcurso de sucesos”, donde existe una infinidad de sucesos posibles, pero dentro de los cuales uno cumple con la cualidad de ser “real” (p. 274). Es importante notar que dentro de la infinidad de posibilidades del contexto, lo realmente relevante para la producción y comprensión del discurso es determinado mediante una representación mental (Van Dijk, 2016, p. 27). En pocas palabras, aunque hablemos de un mundo “real”, su construcción e interpretación son procesos sociales, mentales, subjetivos y dependientes de la percepción. Así pues, no es necesario que exista un agente físico, externo y objetivo que propicie el control del discurso—piénsese, por ejemplo, en una pistola o alguna forma de fuerza física. Por el contrario, basta controlar la percepción del otro sobre la situación social, especialmente en la relación entre los interlocutores, para construir una brecha de control. Algunas categorías que se contemplan en el contexto y sobre las que se puede tener el control son:

la definición global de la situación, su espacio y tiempo, las acciones en curso (incluyendo los discursos y sus géneros), los participantes en roles variados, comunicativos, sociales o institucionales, al igual que sus representaciones mentales: objetivos, conocimientos, opiniones, actitudes e ideologías. (Van Dijk, 2016, p. 27)

Nótese que Deborah Schiffrin ofrece un modelo discursivo más completo que lo propuesto por Van Dijk y la influencia del poder se puede entender perfectamente en relación el estado de la información, marco de participación, estructura ideacional, estructura de la acción y estructura del intercambio. Evidentemente también influyen en el

contexto del discurso factores sociales materiales como la desigualdad en las líneas del género, clase, etnia, “raza”, profesión y muchas otras (Van Dijk, 2016, pp. 32–33), los cuales no comenta Schiffrin. Las desigualdades que históricamente se han producido entre los individuos pertenecientes a diferentes grupos de estas categorías conceden privilegios *a priori* que los participantes muchas veces dan por sentados y aprovechan inconscientemente en detrimento de unos y favor de otros. Aun así, “también es posible que algunos sectores de los grupos de poder sientan y muestren solidaridad con los grupos dominados, y que los apoyen en su lucha contra la desigualdad” (Van Dijk, 2016, p. 33).

En buena medida, el discurso académico, con su prestigio y capacidades de difusión, puede tomar partido en los problemas sociales para, desde su posición de poder, contribuir con soluciones que, de otra manera podrían resultar más difíciles de conseguir. Después de todo, ¿no es la aplicación del conocimiento y la investigación para el progreso social el objetivo del ACD? En sí misma, la proposición de ideas y órdenes sociales alternativos representa una profunda contribución al mejoramiento de las condiciones de vida de todos, porque “ideological diversity sets limits on what I have been calling *ideological common sense*”⁸ (Fairclough, 1995, p. 88).

En los capítulos siguientes se espera explicar la relación entre el uso lingüístico y el poder social, tanto en una mayor libertad de expresión, como en la estandarización de ciertas formas del lenguaje sobre otras. A partir de este momento, será esencial tener en mente preguntas como ¿qué ideologías sostienen qué usos lingüísticos y se perpe-

8 La diversidad ideológica pone un límite a lo que he estado llamando *sentido común ideológico* (trad.)

túan en ellos? ¿Quién puede hacer uso de qué formas de habla y por qué? ¿Cuál es la forma estandarizada? Y, a partir de los usos que se identifican, ¿quién tiene más control y, por ende, más poder?

Notas al final

- i Por no dejarlo pasar, hace falta decir que sería importante complementar este análisis con una perspectiva sobre la cortesía verbal, aunque por cuestiones de tiempo y complejidad no será aquí posible.
- ii Todo un tema de estudio son las formas de poder que los controlados son capaces de tomar y asumir, aunque no corresponde con los alcances de esta investigación.
- iii Según la propuesta de Deborah Schiffrin (1987), “all the markers have uses in more than one component of discourse (either separately or simultaneously)” (“todos los marcadores tienen usos en más de un componente del discurso (ya sea de manera separada o simultánea)”; p. 315).

IV. LINGÜÍSTICA Y GÉNERO

En este capítulo se abordan los fenómenos de género en la lingüística que se han identificado en la literatura previa. Esto servirá al propósito de contrastar los resultados obtenidos, guiar el análisis y fundamentar teóricamente las conclusiones. Para ello se parte del concepto de género como fenómeno social y categoría de análisis.

La categoría de género

Primero que nada, es sumamente importante definir una distinción entre los conceptos de *sexo* y *género*. ‘Sexo’ es una categoría biológica, mientras que ‘género’ es una categoría social (Coates, 2013, p. 4). Por lo general, en las sociedades europeas y americanas se entabla una relación uno a uno entre sexo y género, pero ésta es sólo una de múltiples formas de concebir el género. En otras culturas no corres-

ponde tan estrictamente con el sexo (Handman, 2008, p. 78; Lamas, 1986, p. 191). “Los límites sociales establecidos por modelos basados en el género varían tanto histórica como culturalmente” (Bourque et al., 2013, p. 22). Si ser hombre o mujer no es lo mismo en América del Norte que en África ni en el siglo XXI que en el XIII, no cabe sino la conclusión de que existe un factor más allá del biológico que determina a los individuos en su sociedad. Así, el género se define como las construcciones sociales del sexo biológico. Según Teresita de Barbieri (1993), los sistemas de sexo/género son conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómica-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y, en general, al relacionamiento entre las personas. (p. 149)

El género se puede entender también como una unidad de análisis antropológica. En este sentido, se trata de un término que responde a la pregunta “¿qué característica se encuentra presente en todas y cada una de las sociedades para que estas produzcan y reproduzcan un orden sexual distinto?” (Lamas, 1986, p. 184). Desde la “antropología feminista”, se interpreta que el género opone al hombre y la mujer en un orden jerárquico (Bourque et al., 2013, p. 32), pero, como se ha dicho, de manera diferente según el momento histórico y las condiciones culturales. Para Joan W. Scott (2016), el objetivo de los estudios de género, entonces, es cuestionar las relaciones entre hombres y mujeres desde una perspectiva histórica (p. 99). Es decir, no se puede homologar un sistema de sexo/género para todo lugar ni todo momento. De acuerdo con lo anterior, es importante considerar que no se pueden esperar exactamente los mismos resultados de las investigaciones

anglosajonas de lengua y género en esta investigación, que apunta su lente sobre una comunidad mexicana, específicamente del Bajío. Así, es crucial no conformarse con estudios extranjeros al respecto, sino formular tradiciones nacionales e incluso locales que se aproximen desde lo específico.

Esta disertación emplea el concepto de género y no el de sexo, ya que pensar los fenómenos a desarrollar en términos de sexo implicaría asumir un determinismo biológico que lleva a la conclusión de que no existe manera de cambiar las formas de hablar. Por el contrario, la idea es proveer información que facilite la adaptación de los discursos para mejorar las condiciones de grupos sociales dominados. Más aún, se considera que la descripción de estrategias discursivas masculinas y femeninas facilitará su adaptación, fuera de las constricciones y expectativas sociales, a todo individuo independientemente de su identificación como hombre, mujer o ninguna de estas categorías binarias. Además, se entiende que las diferencias de uso lingüístico derivan no de factores anatómicos o fisiológicos, sino de la educación que los hablantes reciben desde pequeños (García Mouton, 2003, p. 23) y, por ende, son un producto social.

Si bien, Bourque et. al. (2013) señalan que “los sistemas de género, sin importar su periodo histórico, son sistemas binarios que oponen el hombre a la mujer” (p. 32), Marie-Élisabeth Handman (2008) defiende la posición “qu’on s’oppose à la réassignation sexuelle des intersexes et que, au nom de la fluidité des genres et du respect de la différence, on appelle de ses vœux le changement d’état civil des transgenres qui ne souhaitent pas être opérés”¹ (p. 83) y da cabida a

1 De oponerse a la reasignación sexual de los intersexos y que, en pos de la fluidez de los géneros, se anuncia partidaria del cambio de estado civil de aquéllos que no

la posibilidad, no sólo de más categorías de género, sino también de sexo. Independientemente de la mayor o menor amplitud del término, se considera importante mencionar que éste no debe tomarse como uno restrictivo de la categoría. Como se verá a lo largo de las siguientes páginas, no se comentan las posibilidades del uso lingüístico en casos de homosexualidad, bisexualidad, asexualidad o identidades transgénero, pero esto no quiere decir que no se hayan contemplado ni que se ponga en cuestionamiento su validez. La decisión de limitar el estudio a identidades cisgénero responde a una necesidad de simplificación y reducción de las variables, nada más. De hecho, las líneas de investigación que se pueden abrir posteriormente incluyen las relaciones de poder entre más variables de la categoría de género. También vale la pena anunciar que es muy posible que en la redacción se utilicen tanto las palabras ‘femenino’ y ‘masculino’ como ‘hombre’ y ‘mujer’. Por lo general se estarán refiriendo a la categoría de género, a menos que específicamente se indique lo contrario.

Los estudios lingüísticos con variable de género

Este trabajo, al igual que muchos otros que siguen la misma línea de investigación, encuentra su origen en el texto “*Language and Woman’s Place*” escrito por Robin Tolmach Lakoff y publicado por primera vez en 1973. Aunque ha sido criticado por sus polémicas afirmaciones y escasez de evidencia empírica (Coates, 2013, p. 5), ha sobrevivido hasta ahora como una referencia que ilustra una gran cantidad de los fenómenos de diferencias en el uso de la lengua en función de la variable de género. Por un lado, sorprende la precisión con que

deseen operarse (trad.)

apuntó a tantos problemas sin evidencia empírica, pero por otro, se tiene la sensación de que, efectivamente, está señalando fenómenos que se saben a voces y nadie se había molestado en comentar—aunque haría falta hacer un contraste en los avances que se han hecho desde su publicación hasta el día de hoy a la hora de reconocer discriminación de género, porque sólo recientemente se comenzó a estudiar el habla de mujeres. Por un lado, la dialectología tradicional estudiaba a hombres mayores, rurales y locales, pero cuando este criterio cambió para mirar a las minorías, las mujeres no fueron consideradas como tal (Coates, 2013, p. 5). No sólo dominan los hombres el discurso, sino que también se asumía que el habla masculina era el estándar y el habla femenina una divergencia.

Desde que se comenzó a estudiarlas, las diferencias de género en la lengua han sido interpretadas de cuatro maneras distintas: la perspectiva del déficit (*deficit approach*), la perspectiva de la dominación (*dominance approach*), la perspectiva de la diferencia (*difference approach*), la perspectiva dinámica o construccionista social (*social constructionist approach*), que es más reciente y entiende el género como un fenómeno performativo, que se actúa (Coates, 2013, pp. 5, 126). Actualmente se considera que la perspectiva del déficit, que entendía el discurso femenino como una forma deficiente de la lengua, ha sido superada, pero las otras tres aún conviven, aunque en cierta tensión (Coates, 2013, p. 7). Estas aproximaciones al problema revelan una constante adaptación que trata de seguir los avances que la misma investigación genera. Como se verá más adelante, las transformaciones corresponden a la realización de que la propia actitud de la investigación puede estar, como ha estado por siglos, sesgada por

los factores culturales del investigador y el lugar que se asigna a las mujeres en la sociedad.

Reconocer estas situaciones, en que el propio discurso académico de la lingüística ha sido parte del sistema de poder que ejerce su fuerza sobre las mujeres, es un buen punto de partida para hablar de fenómenos más generales. Los ejemplos anteriores se pueden explicar en términos de estandarización lingüística y de ideologías de poder, pero también se puede hablar acceso al discurso (Van Dijk, 2016, p. 33), control de turnos (Coates, 2013, p. 117) y otras dimensiones más específicas.

Lakoff (1973) identifica dos formas en las que se ejerce discriminación lingüística contra las mujeres: por un lado, la forma como se les enseña a hablar y, por otro, en la forma como se habla de ellas (p. 46). Actualmente, podría decirse que existe una tercera que corresponde a los prejuicios sobre las diferentes formas de hablar masculinas y femeninas que están inculcados en las sociedades (Coates, 2013, p. 86). Irónicamente, esta tercera manera de discriminación apunta precisamente a interpretaciones como la del texto de Lakoff que suele encasillarse en la aproximación del déficit comunicativo. Evidentemente, este es un caso muy complejo que demuestra el poder de las ideologías naturalizadas para influir incluso en los discursos que intentan resistirlo, pero existen ejemplos más cotidianos que ilustran el mismo punto. Jennifer Coates (2013) comenta que en Reino Unido se enseña comúnmente que las mujeres hablan más que los hombres, que “chismean”, que los hombres maldicen más y que las mujeres son más corteses (p. 86). Estos prejuicios son, como menos, infundados, porque la misma autora identifica y recopila evidencia que muchas veces los contradice (Coates, 2013, p. 110). Estos ejemplos recalcan la relevancia de cuidar los principios y presuposiciones de los que parte

toda investigación, por lo que es muy importante distinguir claramente las aproximaciones que se han comentado anteriormente e identificar lo que corresponde a este trabajo.

La perspectiva del déficit, como se ha dicho, fue la aproximación característica de “*Language and Woman’s Place*” y de otros trabajos iniciales en la misma línea de investigación (Coates, 2013, p. 6). Dicha aproximación entiende que las condiciones de machismo en el contexto social de los individuos fuerzan a las mujeres a utilizar un lenguaje deficiente en términos comunicativos; inferior al masculino. Las formas femeninas ahí son descritas como débiles y no asertivas (Coates, 2013, p. 6). Por ejemplo, Lakoff (1973) menciona que este discurso “submerges a woman’s personal identity, by denying her the means of expressing herself strongly, on the one hand, and encouraging expressions that suggest triviality in subject-matter and uncertainty about it”² (p. 48). La cuestión recae, de nuevo, en que se asume que el habla masculina es lo normal, el estándar con el cual evaluar otras. No existe una razón completamente lógica para pensar que una forma “correcta” de comunicarse es fuerte y asertiva. Este pensamiento es síntoma de la ideología que permeó las primeras aproximaciones a las diferencias lingüísticas de género. Tanto este error como la falta de estudio previo del habla femenina son ejemplos de la estandarización de dialectos que es explicada por Fairclough (1989, pp. 55–56), aunque en este caso corresponde a un sociolecto, y que ejerce poder mediante la minimización e invisibilización de grupos sociales que comparten formas de hablar particulares. De tal forma, el habla

2 Sumerge la personalidad de la mujer al denegarle los medios para expresarse de manera fuerte, por un lado, y promueve el uso de expresiones que sugieren trivialidad e incertidumbre con respecto al tema a tratar (trad.)

masculina queda como un ideal al que se debería aspirar y al que las mujeres frecuentemente no logran llegar.

No hace falta invalidar o descartar los avances del trabajo de Lakoff y los analistas de la aproximación del déficit. Estos trabajos iniciales representaron un gran salto de una completa ignorancia e indiferencia desde la academia a la puesta bajo la lupa de múltiples fenómenos lingüísticos, sociales y pragmáticos que subyacen estas a diferencias. Sin embargo, es importante tomar el caso como una advertencia para los investigadores, así como los lectores, para ser cuidadosos y críticos.

La misma Lakoff (1973) nota que, aunque el habla masculina es postulada como ideal; “if a girl ‘talks roughly’ like a boy, she will normally be ostracized, scolded or made fun of”³ (p. 47). Esto habla de cómo la estandarización se ha utilizado en nuestra sociedad no necesariamente para establecer estructuras formales que faciliten la comunicación sino directamente para justificar la discriminación de un grupo e impedirle de esa manera el acceso al discurso legítimo y prestigioso. A su vez, los criterios formales constriñen las posibilidades comunicativas de los hombres en tanto que se desprecian valores como la sensibilidad. Existen investigaciones que apuntan a que las mujeres suelen conversar sobre personas y sentimientos, mientras que los hombres prefieren temas de actualidad, viajes y deportes (Coates, 2013, pp. 127–128). Así que la estandarización del habla masculina afecta la expresividad de los hombres como consecuencia inintencionada de la búsqueda de la segregación de las mujeres.

3 Si una niña ‘habla rudo’ como un niño, normalmente será segregada, regañada y se burlarán de ella (trad.)

El segundo enfoque, el de la dominación, “interpreta las diferencias lingüísticas como consecuencia del desequilibrio de poder que desde tiempos inmemoriales, ha existido en detrimento de la mujer” (Prieto & San Martín, 2002, p. 271). A estas alturas, seguramente será evidente que la presente investigación se sitúa en dicha perspectiva, porque no se está buscando cualquier diferencia, sino específicamente aquéllas que reflejan diferencias de poder. Esto no quiere decir que todas las diferencias lingüísticas impliquen asimetrías, a pesar de que la cita de Prieto y San Martín así lo hace parecer. El enfoque de la dominación también identifica las causas educativas y entiende que ellas pueden producir simples malentendidos que no necesariamente derivan del ejercicio del poder. Sin embargo, considera que muchas veces no basta con explicar las diferencias culturales, como en el incidente de la Blizzcon de 2010—donde un diseñador respondió de manera sexista a una fan (Zwiezen, 2021) y no es posible asumir que simplemente se trató de un malentendido entre la participante y los desarrolladores. La característica esencial de esta aproximación sería la preocupación por exhibir los síntomas de la dominación masculina en el lenguaje (Coates, 2013, p. 6). Esta intención es muy compatible con la actitud del análisis crítico del discurso y, en realidad, sería incoherente empatar esta rama específica del análisis del discurso con una aproximación al problema de género que no contemple la dominación masculina, en tanto que ése es concretamente el problema social que demanda análisis.

El enfoque de las diferencias culturales se centra, como su nombre lo dice, en las diferencias lingüísticas entendidas como representativas de diferentes subculturas. Deborah Tannen es uno de los mayores exponentes de esta postura. Su planteamiento gira en torno a la idea

de que hombres y mujeres tienen diferentes “estilos conversacionales” (Prieto & San Martín, 2002; Tannen, 1991). Estos derivan de las formas de criar a niños y niñas respectivamente. Por un lado, los niños adoptan formas masculinas de hablar y las niñas adoptan formas femeninas, pero por otro, también existen estímulos externos que se encargan de asignar a los infantes un rol a partir de su sexo (García Mouton, 2003, p. 23; Lakoff, 1973, p. 47; Prieto & San Martín, 2002, p. 272). No sólo se aprende la gramática, sino también un sentido de propiedad (Coates, 2013, p. 85). Esto mismo es lo que da pie al género como construcción social, por lo menos, en su dimensión lingüística. Para Tannen (1991), estos estilos conversacionales se traducen en diversos esquemas y expectativas y cuando éstas no coinciden es posible que surjan malentendidos (pp. 52-53). Una de las mayores críticas que se hace a este enfoque es que ignora las condiciones de desigualdad y discriminación que conducen a tales diferencias en educación y cultura. A ello, Tannen (1994) responde asegurando que quienes apuntan a diferencias formales no están descartando las dinámicas de poder que son trasfondo de dichos fenómenos (p. 7). Así como el enfoque de la dominación detecta las diferencias, pero se interesa más por los problemas sociales subyacentes, la aproximación de las diferencias culturales es consciente de las condiciones sociales que las producen. Todo lo anterior lleva a hacer hincapié en que se trata de *enfoques* que reflejan el interés central del investigador, no que se estén pasando por alto elementos de análisis.

La cuarta aproximación, más reciente y muy interesante, es el enfoque dinámico. Éste entiende el género como un constructo social y las formas lingüísticas como parte de él. Autores de esta perspectiva conciben que el género no ‘es’, sino que ‘se hace’ (Coates, 2013, p. 7).

Éste es un enfoque muy llamativo que vale la pena explorar, pero, para los fines de esta investigación, basta el par de las diferencias culturales y la dominación.

Tal como se ha visto, los enfoques comentados no son excluyentes, sino complementarios. Incluso, hasta cierto punto, podría decirse que uno da por sentado los otros. La mayor diferencia se encuentra en objeto de estudio de interés para el investigador. En el caso del presente trabajo, el aspecto más relevante es el poder. Ante tal ambición, lo mejor ha sido buscar apoyo en el análisis crítico del discurso y, a fin de cuentas, todo ello sitúa la tesis dentro del enfoque de la dominación. A continuación, se especificarán algunos de los fenómenos previamente descritos por la teoría que podrán, en su momento, servir de antecedente teórico y herramienta explicativa de las características de los fenómenos encontrados en el material que se recopiló.

Fenómenos lingüísticos relacionados con el género

Las diferencias de género producen una lucha social en tanto que existe una reconocida diferencia en el poder dentro y fuera de la práctica del discurso (Fairclough, 1989, p. 34). Esta lucha está caracterizada por una posición dominante del discurso masculino y, como se ha visto en comentarios anteriores, históricamente ha resultado en la estandarización del habla masculina y la invisibilización y estigmatización del habla femenina. A continuación se comentarán algunas diferencias lingüísticas de género que la literatura previa ha desarrollado. Es importante mencionar que se hablará principalmente de fenómenos pragmáticos y léxicos, ya que son los niveles que tienen más relación con los MD. Se han encontrado también diferencias fonológicas, por

ejemplo, pero ello no tiene relevancia en tanto que aquí no se plantea ninguna consideración de ese tipo. Concretamente, los fenómenos que se comentarán serán el uso de groserías y palabras tabú, las respuestas mínimas, titubeos, preguntas de etiqueta o confirmación, órdenes y directivas, cumplidos, cortesía, toma de turnos, control del espacio comunicativo y la no-cooperatividad. Para cumplir con ello, se agruparán en aquéllos que comúnmente se entienden como propios del habla femenina y los que se reconocen como masculinos.

El habla femenina

Comenzando por las propiedades que, *a priori*, parecerían corresponder con el habla femenina, vale la pena partir del concepto de *cortesía*, ya que informará el resto de características de habla que se encontrarán. La cortesía, en un sentido amplio, es un “tipo de actuación lingüística que busca el beneficio del oyente, en lugar del beneficio propio” (Escavy Zamora, 2011, p. 162). Es decir, la cortesía es un comportamiento que, en principio, es desinteresado o altruista; que antepone al interlocutor sobre el hablante. Es un término relacionado con el concepto de ‘*imagen*’ (*face*) que propone Erving Goffman (Coates, 2013, p. 105), el cual, a su vez, se define como “the positive social value a person effectively claims for himself by the line others assume he has taken during a particular contact. Face is an image of self delineated in terms of approved social attributes”⁴ (Goffman, 1967, p. 5). Uno muestra consideración por su interlocutor al respetar

4 El valor social positivo que una persona efectivamente demanda para sí a través de la investidura que otros asumen que ha tomado durante un contacto particular. La imagen es una representación del ‘yo’ delineada en términos de atributos sociales aprobados (trad.)

dos necesidades humanas básicas: la necesidad de que no se le imponga la voluntad de otros; es decir, el ser respetado—que corresponde con la *cortesía negativa*—y la necesidad de ser querido y admirado—*cortesía positiva* (Brown & Levinson, 1988, p. 70; Coates, 2013, p. 105; Escavy Zamora, 2011, p. 158). Nótese en la definición de ‘imagen’ la demanda y el requerimiento de aprobación. No es algo que el individuo pueda obtener por sí mismo, sino que tiene que buscar la aprobación de su imagen en otros. Para ello existen protocolos, *rituales* en términos de Goffman (1981), que determinan las maneras de ganar o perder imagen (p. 21). La cortesía se conforma, más que de intenciones entre los participantes de la interacción, de normas sociales que rigen la interacción entre individuos (Escavy Zamora, 2011, p. 153). Según Goffman (1967), es necesario un estado en que las imágenes de los participantes sean aceptadas—incluso si dicha aceptación es falsa o sólo momentánea—para permitir la interacción cara a cara (p. 11). Así, la cortesía puede entenderse también como un conjunto de normas que relativamente facilitan la interacción para todos.

Según Brown y Levinson, sociológicamente, existen tres factores que afectan la evaluación *in situ* de los “actos amenazantes de la imagen”. Es decir, el valor social de dichos actos y, por tanto, la gravedad de esas amenazas. Estos factores son: a) la ‘distancia social’ del hablante y el oyente (relación simétrica); b) el ‘poder’ relativo del hablante y el oyente (relación asimétrica) y; c) el grado de imposición dentro de una cultura (Brown & Levinson, 1988, p. 74; Escavy Zamora, 2011, p. 166). Dependiendo de estos factores, los hablantes deberán acomodar sus estrategias de cortesía.

La idea común es que las mujeres son más corteses que los hombres y existen investigaciones que apuntan a que esa idea es correcta.

Particularmente, parece que son más sensibles a la posibilidad de afectar la imagen de su interlocutor (Coates, 2013, pp. 105–106). Otras conclusiones de estas investigaciones apuntan a que las mujeres están más abiertas a conversaciones orientadas al ámbito de lo afectivo e interpersonal que los hombres y que, en general, hombres y mujeres tienen patrones de cortesía distintos. Lo preocupante, dice Jennifer Coates (2013), es la degradación que se hace de los patrones femeninos de cortesía en ámbitos públicos, especialmente cuando éstos pueden ser muy valiosos en ciertos contextos (p. 106). Estos estilos podrían explicarse con la dicotomía de Deborah Tannen (1994) entre *poder* y *solidaridad* (p. 36). Ella entiende poder tal como se ha comentado en secciones anteriores, donde éste consiste en la capacidad de controlar y no ser controlado. La *solidaridad*, por su parte, es un concepto que no se había mencionado y se refiere al “impulso de ser amistoso” (1991, p. 97). Ambos están en conflicto, pero no son necesariamente excluyentes. Por un lado, la implementación de estrategias de solidaridad mengua el poder y viceversa, el ejercicio del poder crea distancia social entre los participantes (Tannen, 1991, p. 101). Por otro, las estrategias de solidaridad también pueden ser signo de condescendencia y, por ende, de poder (Tannen, 1994, p. 26). Considerando que la evidencia apunta a que, efectivamente, el lenguaje femenino es generalmente más cortés que el masculino, podría asumirse que el primero cede facultades de control. Tannen habla de una “actitud de superioridad” en los hombres y una “ceremonia de igualdad” entre las mujeres (1991, p. 140). Sin embargo, no hay que olvidar que las estrategias de cortesía están influidas por factores sociales (Brown & Levinson, 1988, p. 74; Escavy Zamora, 2011, p. 166). Entre ellos, el género y las condiciones sociales impuestas sobre él.

De nuevo aparece la pregunta de si es el estilo de habla femenino el que es incapaz de ganar y sostener el poder en la interacción. Algunas de las razones por las cuales este pensamiento ya se ha descartado se trataron en párrafos anteriores, por lo que aquí se tocará muy brevemente. El hecho es que muchas de las estrategias que usualmente se consideran femeninas se pueden encontrar también en intervenciones masculinas y no en mucha menor medida. Lo relevante es que, sin importar la estrategia, se verá que los hombres en general adoptan una actitud competitiva—de superioridad, si se quiere—y las mujeres una de cooperatividad (Coates, 2013, p. 126). En las investigaciones de Brown sobre comunidades mayas que comenta Coates (2013), las mujeres no utilizaron más partículas de cortesía específicamente para los hombres, mientras que los hombres sí lo hicieron, pero las mujeres utilizaron un mayor número de partículas en total, lo cual es indicio de un mayor nivel de cortesía (p. 106). De esto se puede concluir que el habla femenina no se somete de forma especial al interlocutor hombre, al menos en el caso estudiado. Aún haría falta revisar que, como uno se puede imaginar, no sea evidencia de que en dicha cultura las mujeres tienen más poder social que los hombres.

Una propuesta es hablar de un *lenguaje poderoso* (*powerful language*) y un *lenguaje sin poder* (*powerless language*), sin relacionarlos de antemano con lo masculino o femenino (Coates, 2013, p. 107). Tanto hombres como mujeres pueden, en ciertas circunstancias estar en una posición de poder y hacer uso de un lenguaje poderoso. En general, es cierto que existe una correlación entre el lenguaje sin poder y el género femenino, pero esto se debe más bien a que comúnmente las mujeres se encuentran en situaciones de menos poder por su posición social. Otras investigaciones contradicen dicha propuesta al presentar

casos en que un hombre con un menor estatus social está dispuesto a usar un lenguaje poderoso si su interlocutor es mujer (Coates, 2013, p. 109). Coates concluye que, cuando el estatus y el género entran en conflicto, el género predomina. También que es importante no usar términos como ‘poderoso’ o ‘sin poder’, ya que perpetúan los prejuicios positivos o negativos con respecto a las formas de hablar (Coates, 2013, p. 110). En ese caso, también hablar de ‘solidaridad’ y ‘poder’ (Tannen, 1991, p. 97) implica asignar valores a las formas de hablar. En general, todos son estilos que contribuyen a diferentes propósitos y que, en ciertas condiciones, pueden ser más o menos útiles que otros.

Una de las formas concretas que se consideran más femeninas es la de las *respuestas mínimas* (*minimal responses*). Éstas son palabras o expresiones muy cortas que únicamente cumplen una función fáctica de mantener el contacto e informar que el oyente está poniendo atención a lo que se está diciendo; muchas veces incluso indican que se apoya lo que se oye. Algunos ejemplos son ‘mm’ (generalmente corto), ‘sí’ y ‘ya’. Las investigaciones concuerdan unánimemente con la afirmación de que esta técnica de conversación es mayoritariamente femenina (Coates, 2013, p. 87). No sólo eso, sino que las mujeres tienen una habilidad superior a la de los hombres en su aplicación. Ellas son, en general, más precisas al utilizarlas y procuran hacerlo en pausas breves del comentario al que responden. Por su parte, los hombres cuando las usan, frecuentemente lo hacen de manera retrasada, lo que provoca solapamientos y, en cierta manera reafirma su poder (Coates, 2013, p. 123). Las interrupciones son generalmente más comunes en hombres, pero eso se comentará más adelante.

Por otro lado están las ‘coberturas’ (*hedges*). Éstas son expresiones que señalan certeza o incertidumbre a la hora de hablar (Coates, 2013,

p. 88). Algunos ejemplos son ‘pienso que’, ‘creo que’ o ‘estoy seguro que’. Éstos son muchas veces verbos de modalidad que expresan lo que Catherine Kerbrat-Orecchioni (1997) identifica como *verbos de aprehensión intelectual* u *opinión* (p. 137). En este caso se puede interpretar que se trata de coberturas que reflejan incertidumbre en el habla de las mujeres. Lakoff (1973) afirma que el “lenguaje de mujeres” cubre de incertidumbre la expresión incluso del estado emocional propio (p. 54). Sin embargo, estas palabras no solamente reflejan seguridad o inseguridad, sino también experiencia personal, reflexión y la propia subjetividad del enunciado (Kerbrat-Orecchioni, 1997, p. 137). Coates (2013) comenta que es importante tomar en cuenta las funciones que cumplen las coberturas y que incluso una misma cobertura puede expresar certeza en algunos casos e incertidumbre en otros—el ejemplo que ella usa es ‘*you know*’. Algunas investigaciones demuestran que, al hacer esta distinción, resulta que las mujeres usan ‘*you know*’ mayoritariamente en su función de certeza, contrario a la expectativa (pp. 88–87).

Otra de las características que Robin Lakoff (1973) incluye en el “lenguaje de mujeres”ⁱ son las *preguntas de etiqueta* (*tag questions*) (p. 56). Éstas son preguntas que comúnmente se colocan al final de una afirmación, muchas veces para minimizar su fuerza ilocutiva. Éste es uno de los fenómenos más interesantes y relevantes que se esperan encontrar en el corpus. Ahora bien, mientras que para Lakoff las preguntas reflejan inseguridad, para Deborah Tannen (1991) pueden ser una forma de mostrar interés. Ella dice que las preguntas “como todo lo que decimos, trabajan en dos niveles simultáneos: el mensaje y el metamensaje” (p. 54). El mensaje podemos entenderlo en este caso como la solicitud de información de la pregunta y el metamen-

saje como la fuerza ilocutiva de la enunciación—¿por qué pregunta? ¿Es sarcasmo? ¿Es una prueba? Estas funciones se pueden explicar en términos de significado *modal* o *afectivo*. Las preguntas de etiqueta con significado modal están orientadas a expresar el nivel de seguridad que el hablante tiene sobre lo que está diciendo; es decir, reflejan incertidumbre—aunque podría pensarse en casos en que una pregunta expresa certeza, como cuando un maestro pregunta a su alumno en un tono correctivo si *realmente es ésa su respuesta final*. Por el contrario, las afectivas orientan su expresividad al oyente, suelen propiciar la continuidad de la conversación y corresponden más bien con la cortesía (Coates, 2013, p. 91; Holmes, 1984, p. 71). Por eso, las preguntas afectivas son más comunes en aquel participante que adopta el rol de facilitador de la conversación (Coates, 2013, p. 92; Holmes, 1984, p. 71). Lo llamativo de las preguntas de etiqueta es que reflejan claramente la diferencia de intenciones en el uso de una misma estrategia.

Las investigaciones previas aportan resultados difíciles de interpretar. En ciertos contextos los hombres utilizan más las preguntas de etiqueta y en otros son las mujeres las que hacen un uso mayoritario de ellas (Holmes, 1984, p. 71). Si bien, el uso total de las preguntas no difiere mucho entre hombres y mujeres, sí es diferente la proporción de los usos modal y afectivo. El uso afectivo de estas formas es mayor entre las mujeres y el uso modal—el uso que expresa incertidumbre—, contrario a la presuposición inicial, es mayor en los hombres (Coates, 2013, p. 92). Esto contradice la suposición de que los hombre son vistos como “repositorios del conocimiento” (Coates, 2013, p. 93).

Tal como se puede ver, en general no existe una clara diferencia estadística entre hombres y mujeres en el uso de unas u otras formas lingüísticas. Más que en el hecho de hacer preguntas o no, o usar

coberturas o no, la diferencia parece encontrarse en una actitud de habla; en las expectativas sobre el orden de la conversación. “Algunas personas hacen preguntas para mostrar interés y otras esperan que los demás digan voluntariamente lo que quieren” (Tannen, 1991, p. 53). Parece que son las diferencias culturales las que llevan a hombres y mujeres a tener dificultades para entenderse. Pero también es verdad que muchos de los estereotipos que hasta aquí hemos comentado asumen que la conversación femenina es frívola e insustancial (c.f. Coates, 2013, p. 10; Tannen, 1991, p. 31), lo cual deriva de ideologías que favorecen a los hombres y sus discursos.

El habla masculina

Con respecto a las formas discursivas de hombres, se entiende por lo general que es directo, confrontativo, competitivo, autónomo, dominante del canal comunicativo, agresivo y enfocado a las tareas, acciones y al mundo referencial (Holmes & Stubbe, 2003, p. 574). Hay que recalcar que estas no son características de los hombres, sino de sus estrategias discursivas y que, evidentemente es una generalización; no todos los hombres usarán todo el tiempo estas estrategias. Más aún, se trata de las características que construyen la masculinidad en el discurso. Una mujer podría hacer uso de ellas también, pero estereóticamente se entenderá que hace uso de un discurso más masculino.

De entre las estrategias de dominación de la conversación, quizá la toma de turnos es la más obvia. Éste es un aspecto esencial de la conversación y, cuando alguien domina la conversación, normalmente se entiende que está rompiendo la estructura de turnos. Idealmente, no existen ni silencios ni solapamientos en un intercambio. Se espera

que los hablantes interpreten claves semánticas, sintácticas y prosódicas para prever el final del turno e intervenir justo en el momento adecuado (Coates, 2013, p. 112). Claro, se trata de un objetivo ideal y muchas veces se requiere de una relación personal muy desarrollada para conseguirlo. Sin embargo, existen formas de minar deliberadamente el desarrollo de la conversación. Tres de ellas son la *toma de turno* (*grabbing the floor*), el *sostenimiento del turno* (*hogging the floor*) y la *no-cooperación* (*non-cooperative behaviour*).

Es necesario hacer una distinción entre un simple solapamiento y las interrupciones. Los solapamientos son ocasiones de ligera anticipación del hablante en el cambio de turno y las interrupciones ocurren cuando un hablante comienza su turno sin que el otro haya terminado de hablar (Coates, 2013, p. 113). Las interrupciones, en pocas palabras, implican un arrebato del turno entero. Por lo tanto, bloquean las aportaciones y rompen la coherencia del interlocutor, al mismo tiempo que controlan las conclusiones de los enunciados.

Existen investigaciones que apuntan a que, en conversaciones mixtas, los hombres interrumpen frecuentemente el turno de habla de las mujeres, mientras que ellas evitan los solapamientos más que en conversaciones con otras mujeres. Coates (2013) interpreta esto como un indicio de que las mujeres se preocupan por no hablar hasta que su interlocutor masculino haya concluido, pero cabe otra interpretación según la cual, los hombres no darían las señales necesarias para prever un cambio de turno. Los hombres interrumpen más que las mujeres tanto en conversaciones mixtas como homogéneas (p. 115).

Una de las consecuencias de las interrupciones es el control del tema. Como se ha dicho, interrumpir permite controlar las conclusiones de los enunciados y “tener la última palabra”. En el control del

tema no sólo interviene el género y el poder, sino también el nivel de maestría en el mismo mismo. Sin embargo, comparando personas con un alto nivel de maestría, hay evidencia que señala una actitud más dominante en los hombres y más solidaria en las mujeres (Coates, 2013, p. 116). Esto quiere decir que es más común que los hombres utilicen sus conocimientos como medio para controlar la interacción, mientras que las mujeres mantienen una actitud solidaria aunque se sepan más expertas que su interlocutor en ciertos temas. Esto es muy relevante, ya que el control de los temas y de los contenidos de un discurso es un síntoma claro de las relaciones de poder *en el discurso* y ello permite construir ideologías que se asumen en él (Fairclough, 1989, pp. 46, 83).

Una segunda tendencia de la interacción masculina es el sostenimiento del turno. Normalmente, las conversaciones consisten de una participación más o menos proporcional por cada participante (Tusón Valls, 2002, p. 137). Un prejuicio ampliamente generalizado es que las mujeres hablan más, aunque las investigaciones constantemente encuentran evidencia que lo contradice. Especialmente en el ámbito público, son los hombres quienes hablan más (Coates, 2013, p. 117). Además, la crítica hacia las mujeres es inconsistente, ya que, en general, la extensión de una intervención está correlacionada con influencia y estatus en el discurso público. A esto se ha argumentado que las mujeres necesitan menos tiempo de la conversación porque su comunicación es más efectiva, pero esto también está descartado actualmente (Mendelberg & Karpowitz, 2016, p. 23). Para Jennifer Coates (2013), una explicación más acertada sería que existen diferentes expectativas: se espera que los hombres hablen más y las mujeres permanezcan en silencio (p. 118). No sólo eso, sino que existen

también registros y estudios sobre la manera como las mujeres son silenciadas en los discursos públicos, lo que resulta en intimidación y falta de participación (Herring, 1992; Herring et al., 1995).

Las investigaciones de Susan Herring revelan otro problema en las conversaciones entre hombres y mujeres, concretamente, la manera como los hombres invalidan las aportaciones de las mujeres simplemente ignorando su presencia. La investigadora estudió conversaciones de grupos mixtos de académicos en línea y encontró casos particulares en los que las insistentes e incluso en ocasiones mayoritarias intervenciones de las mujeres frecuentemente no obtuvieron respuesta más que de otras mujeres (Herring et al., 1995, p. 74). Coates (2013) denomina ‘no-cooperatividad’ (*non-cooperation*) a la falta de compromiso por tener una conversación mostrada por un participante (p. 120). Esto se traduce simplemente en la falta de participación e interacción de uno de los participantes. Este fenómeno es más común en el ámbito privado, pues tal parece que los hablantes distinguen cuando están proyectando una imagen a terceros—como sería en el ámbito público, donde su silencio puede dar la impresión de una menor capacidad de control y poder (Coates, 2013, p. 120).

Un fenómeno de interés para los propósitos de este trabajo es aquél encontrado en la investigación de Pamela Fishman, quien propone que el uso de ‘*you know*’ entre mujeres responde muchas veces a un intento por mantener andando la conversación, ya que su interlocutor no da respuesta (en Coates, 2013, p. 120). ‘*You know*’ es uno de los MD más reconocidos en lengua inglesa y, aunque se ha reconocido su función fática, no parece haber estudios sobre el caso particular de la no-cooperatividad. Posiblemente se encontrarán MD que cumplan una

función equivalente a ‘*you know*’ y muy posiblemente también servirán para buscar una respuesta ante los silencios en la conversación.

La no-cooperatividad rompe con el principio conversacional de no permitir intervalos de silencio en el cambio de turnos (Tusón Valls, 2002, p. 137). Para Herring et al. (1995):

when members of a subdominant group say something that members of the dominant group do not wish to address—for example, because it challenges or is otherwise outside of their system of meanings—the initial reaction of the dominant group may be to avoid acknowledging what was communicated⁵. (p. 76)

Así pues, el silencio puede ser también un indicio de dominación masculina. Estas actitudes negativas ante la interacción con mujeres se codifican, como muchas otras, en estereotipos masculinos que son positivamente interpretados en las sociedades. Aún en nuestros días es común encontrar que la imagen del hombre callado y reservado es un modelo popular de padres, esposos y amantes (Tannen, 1991, p. 137). Un resultado muy perverso de los últimos párrafos es que, el prejuicio de que las mujeres hablan mucho y la no-cooperatividad construyen una fuerte sinergia que deslegitima el discurso femenino sin importar lo que diga.

Todas las estrategias, fenómenos y actitudes que se han descrito hasta aquí tienen algo en común: todos pueden encontrarse en mayor o menor medida tanto en hombres como mujeres, pero la lectura que la gente hace cotidianamente de ellos es diametralmente opuesta y

5 Cuando miembros de un grupo subordinado dicen algo que los miembros del grupo dominante no quieren atender—ya sea porque los desafía o de alguna manera está fuera de su sistema de significados—la reacción inicial del grupo dominante suele ser evadir el reconocimiento de lo que se comunicó (trad.)

frecuentemente favorece a la dominación masculina. Esta es una idea muy importante que deberá estar siempre presente en el análisis de cualquier interacción entre hombres y mujeres. Es verdad que no todas las iteraciones de interrupciones o no-cooperatividad deberán responder a una práctica de dominación, lo que da pie a las interpretaciones desde la aproximación de las diferencias culturales. Sin embargo, no se puede ignorar que las relaciones de poder subyacen a toda interacción y se hacen presentes aun si el hablante no lo quiere, lo que abre camino a la perspectiva de la dominación. En este caso en particular se es consciente que desde la elección del análisis crítico del discurso como nodo de conexión entre los MD y las diferencias de género la investigación se inclina al enfoque de la dominación. Esto no quiere decir que no se admitirán los casos en que evidentemente el hablante no esté ejerciendo poder, sino que el lector deberá tener en cuenta el punto de partida para poder evaluar de manera informada las aseveraciones y los resultados que el próximo análisis arroje.

Existen muchos otros aspectos de la interacción mixta que se pueden estudiar en mayor profundidad y muchos de ellos seguramente estarán presentes en el material de análisis de esta tesis, tales como la hipercorrección sintáctica, los fenómenos fonológicos, la disparidad en el acceso a ciertos órdenes discursivos y la falta—muchas veces deliberada—de categorías que expliquen las condiciones y experiencias de los grupos subdominantes como son las mujeres y, de hecho otras tantas formas de género, por mencionar algunos (Coates, 2013; Herring, 1992; Herring et al., 1995; Lakoff, 1973). Lamentablemente será necesario concentrarse en unos cuantos, que son en los que, luego de una revisión preliminar de las conversaciones obtenidas, se espera encontrar en mayor abundancia.

Notas al final

i Ya se ha comentado que ‘lenguaje de mujeres’ es un término superado, pero es el término que Robin Lakoff utilizó en su momento para explicar sus ideas sobre la ineficacia de las formas solidarias, consideradas y más corteses.

V. LOS MARCADORES DISCURSIVOS

Los *marcadores discursivos* (MD) son un tema sumamente controversial dentro de la pragmática. Según Deborah Schiffrin (2001), “although there were scattered studies of discourse markers in the 1980s, their study since then has abounded in various branches of linguistics and allied fields”¹ (p. 54). Por ello, tanto su definición como su clasificación han sido planteadas desde muy diferentes perspectivas, lo que resultó actualmente en poco consenso al respecto.

Por un lado, está el problema de la amplia variedad morfo-sintáctica de los MD en términos estructurales. María Teresa Poblete (1997) escribe que “los marcadores discursivos comprenden unidades lingüísticas clasificadas en las gramáticas tradicionales como conjunciones, locuciones adverbiales, adverbios (especialmente los

1 Aunque existían estudios esporádicos de los MD en los ochenta, su estudio, desde entonces, ha proliferado en varias ramas de la lingüística y campos similares (trad.)

temporales), frases preposicionales, formas verbales e interjecciones” (p. 68). Evidentemente, se está hablando de una unidad que no se ciñe a las categorías convencionales, a lo cual habría que sumar la propia diversidad de interpretaciones sobre las categorías gramaticales del nivel oracional.

Ni hablar de la variabilidad que introduce el estudio de una lengua u otra, o incluso de un dialecto u otro. Muchos MD, como ‘güey’ en Méxicoⁱ, son propios exclusivamente de un dialecto. Schiffrin (2001) apunta que entre una lengua y otra puede haber equivalencias o no, pero también puede haber pequeños matices en su uso (p. 63).

A pesar de todas las discusiones en cuanto a clasificación y definición exacta de los MD, un aspecto comúnmente enlistado es el significado de procesamiento (Fierro Inalef, 2018; Fraser, 1990, 1999; Landone, 2012; Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999; Schiffrin, 1987, 2001). Los MD no ejercen una función sintáctica, pues actúan fuera de las oraciones, es decir, no las afectan, y sirven para guiar las inferencias en la conversación (Martín Zorraquino y Portolés, 1999). Es decir, los autores que definen esta unidad de análisis reconocen que su significado no es conceptual o referencial, en el sentido que refiere a elementos de la realidad o la imaginación. En cambio, se trata de “una serie de instrucciones semánticas que guía las inferencias que se han de efectuar de los distintos miembros del discurso en los que aparecen estas unidades” (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4072). Muchas de estas palabras o locuciones tienen su origen en palabras con significado conceptual, pero lo pierden al usarse como MD. Algunos autores reconocen que, en ocasiones, conviven un significado procedimental y uno conceptual, pero ampliamente se considera esencial la presencia del significado

de procesamiento (Fraser, 1990, 1999; Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999). Otros elementos convencionales, aunque no tan centrales, son la independencia sintáctica (Fraser, 1999; Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999; Schiffrin, 2001), así como los procesos de lexicalización (Portolés Lázaro, 2015) y gramaticalización (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999; Schiffrin, 2001) que dan origen a estas palabras.

Habiendo establecido la distinción entre significado conceptual y de procesamiento, es necesario señalar que justo en la delimitación de lo que es el significado de procesamiento es donde se encuentran discrepancias. Mientras que para Fraser (1990) un MD “señala una relación semántica específica que se sostiene en la interpretación de los dos segmentos de Actos Illocucionarios, S1 y S2 ” (p. 299), para Schiffrin (1987), quien considera el discurso no sólo como unidad de la lengua, sino también “as a basis upon which to build interaction”² (p. 12), puede ocupar tanto posiciones iniciales como intermedias y finales y operar en diferentes planos del discurso: estado de la información, marco de participación, estructura ideacional, estructura de la acción y estructura de la interacción (Landone, 2012; Schiffrin, 1987, 2001). Martín Zorraquino y Portolés (1999), al igual que Schiffrin admiten una función menos estricta, en tanto que, para ellos, estos marcadores “poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación” (p. 4057). En todo caso, los autores españoles reconocen la diferencia entre los MD que conectan dos o más elementos y aquellos que no, pues han

2 Como base sobre la cual construir la interacción (trad.)

denominado estos últimos como “operadores” (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4072).

Diseño de una definición operativa de los MD

Esta disertación entenderá los MD como *unidades de habla con una amplia independencia sintáctica y un significado procedimental, no conceptual, que contribuyen a la coherencia discursiva en múltiples niveles*. Éstos son los criterios mediante los cuales se determinó cuáles serían los elementos de la conversación que se identificarían como MD. La independencia sintáctica y el significado procedimental son propiedades ampliamente reconocidas por la teoría precedente, mientras que la amplitud del concepto de ‘unidades de habla’, así como la conformación de coherencia en múltiples niveles del discurso son contribuciones de Deborah Schiffrin (1987).

Además de lo anterior, otras propiedades que se tomaron en cuenta para evaluar la presencia de los MD son las respuestas que producen sus significados procedimentales, su permutabilidad y el solapamiento.

Las respuestas son sumamente relevantes, porque, en concordancia con el pensamiento de Erving Goffman (1981), una respuesta comúnmente contiene información sobre a qué está respondiendo y, por lo tanto, se pueden estudiar los pares adyacentes como una unidad. Incluso la ausencia de respuesta es, en sí misma, una respuesta y también se puede formar un par adyacente cuando no hay una pregunta si un interlocutor da una respuesta a cualquier señal que interprete como par inicial (pp. 33-34). Hace falta mencionar que no necesariamente se está hablando sólo de preguntas, sino también de todo estímulo que dé pie a una respuesta. La valoración de las respuestas

a los MD es muy relevante para su análisis. Debido a su significado procedimental—de las instrucciones de interpretación que provean—se puede analizar su potencial cumplimiento. Tómese en cuenta el ejemplo (3), donde D, mujer, usa ‘obviamente’ para expresar la solidez del acuerdo en lo que está proponiendo, pero C, también mujer, considera que no es tan obvio e inmediatamente aclara cuál de todas las películas de *Mulán* es la que tiene en mente.

(3)

18 D: [entons(ces)] **obviamente** MulÁN / ya queda

19 C: § la dos

Otra cualidad de los MD que se tomó en cuenta fue su permutabilidad dentro de un enunciado. Debido a que su significado es procedimental y no conceptual, los MD deben poder ser eliminados del enunciado o intercambiados por otro sin que esto afecte las condiciones de verdad de la proposición. Así, en el ejemplo (4), B, hombre, hace dos proposiciones donde la primera es una evaluación positiva de la película y se puede interpretar que la segunda, aunque está incompleta, se contrapone y es una valoración negativa de la película. El elemento crítico que provee la información para tal inferencia es el MD ‘pero’. Éste podría ser cambiado por ‘y además’ y, así, la información apuntaría más bien a una proposición en concordancia con el anterior y, por tanto, positiva. Nótese que cambian la valoración del segundo enunciado, pero no cambian sus condiciones de verdad. El MD únicamente provee indicaciones de coherencia interna y de las ideas de su locutor, no respecto a la realidad.

(4)

109 A: [¿no te gusta?]

110 B: **pu[es sí] / noo / es que** sí deja unn gran mensaje **pero / no sé** se me hace / **no sé**111 A: **o sea** la cuestión es que si te gustaa o no te gustaa

En cambio, cualquiera que hubiera sido el significado de la oración, estaría sujeto a unas condiciones de verdad. En este mismo ejemplo se puede ver que los MD ‘no’ y ‘es que’, así como ‘pero’ y ‘no sé’, se utilizan juntos. Entre ellos hay una pausa, así que podría pensarse que no trabajan de manera coordinada, pero existen otros casos como (5), donde una larga lista de MD puede aparecer coordinando uno tras otro en el intercambio entre E y F, ambos hombres. Tal parece que funcionan de manera autónoma: las instrucciones de procesamiento no se alteran, pero sí se suman y refuerzan entre sí. En (5), parece que F tiene una objeción en mente, pero está dispuesto a dejarla a fin de dejar la discusión, ya que introduce un ‘pero’ entre múltiples MD que indican acuerdo.

(5)

99 E: no me dijiste **además** ninguna mejor que Infinity War100 F: **bueno pero bueno está bien / okey** ésa me tomé °()°

Las características anteriores no son definitorias, pero sí son parte importante de las cualidades de las construcciones a analizar. No sólo permiten identificarlas, sino también entender su funcionamiento, describirlas y clasificarlas. Respecto a las propiedades más esenciales que se expresan en la definición, se hablará a continuación a partir de las propuestas más relevantes en torno al estudio de los MD. A lo largo de todo el trabajo se podrá ver que se han tomado las aportaciones

de Deborah Schiffrin como eje central y las de otros autores como complementarias. Las razones se harán evidentes conforme se traten, pero cabe adelantar que, en general, Schiffrin tiene una perspectiva más adecuada a los intereses del análisis gracias a sus fundamentos en el análisis de la interacción y el análisis del discurso.

La propuesta de Deborah Schiffrin

La aproximación de Deborah Schiffrin a los MD, desarrollada principalmente en su obra de 1987, *Discourse Markers*, es ecléctica y sumamente flexible. Por ello, es muy adaptable y, en este trabajo, se utilizará su perspectiva en conjunto con la de María A. Martín Zorraquino y José Portolés Lázaro. Su interés principal radica en la función de estas palabras a la hora de construir coherencia discursiva (Fraser, 1999, p. 934; Schiffrin, 1987, p. 48), pero mantiene una interpretación ambigua de los límites formales de lo que es un MD (Schiffrin, 1987).

Deborah Schiffrin (1987) define los MD como “sequentially dependent elements which bracket units of talk”³ (p. 31). Aspectos importantes que hay que aclarar de esta definición son: la *dependencia secuencial*, la función como *soporte (brackets)* y las *unidades de habla*.

Primeramente, es esencial entender que esta perspectiva está profundamente inspirada en el análisis de la interacción y, particularmente, en el trabajo de Erving Goffman. Esto es evidente en tanto en su definición de los MD como en su interpretación de que trabajan en el nivel pragmático del *marco de participación* (Schiffrin, 1987, pp. 26–27) que se definirá más adelante. Precisamente el término de *soporte (bracket)* está retomado de Goffman (Schiffrin, 1987, p. 36) y

3 Elementos secuencialmente dependientes que soportan a las unidades del habla (trad.)

se puede entender como marcas (*brackets*) convencionales que separan ciertas actividades, enmarcadas en un contexto social organizado, del contexto que las rodea. Estas marcas se pueden encontrar en los límites, antes o después, de la actividad tanto en términos espaciales como temporales (Goffman, 1974, pp. 251–252). Como se verá más adelante, este término es muy adecuado para Schiffrin porque coincide con la interpretación de los MD como caracterizadores del discurso mediante mecanismos de coherencia en múltiples niveles, no sólo del discurso, sino de la interacción comunicativa. Ya para Goffman (1981) es relevante la conversación como interacción y como ritual, en tanto que existen unas normas que asumen las posibles conductas como buenas o malas, de lo que se sigue que los soportes determinen la estructura formal de la interacción (p. 37). En el caso de la presente investigación es relevante porque se interpretarán los MD como delimitadores de la interacción y, por ende, índices de las estructuras de poder subyacentes.

Goffman (1974) nota que las marcas iniciales son más significativas que las finales, porque no sólo delimitan un “episodio” sino también modifican las interpretaciones de los elementos dentro de ese episodio (pp. 255–256). En un contexto lingüístico, los episodios son las unidades de habla. Sin embargo, para Schiffrin la influencia de los MD es más dinámica y amplia que esto, lo cual explica mediante el término de dependencia secuencial.

La dependencia secuencial y las unidades de habla van de la mano y tienen que ver con el punto de partida de la autora, que es el análisis del discurso y las presuposiciones que extrae de dicha disciplina. De tal forma, el significado de los MD es un significado discursivo, que proporciona coherencia no sólo a la oración, sino a todo el discurso.

En ese sentido, la contribución de estas palabras es anafórica y catafórica al mismo tiempo; “it is important to note that brackets look **simultaneously** forward **and** backward—that the beginning of one unit is the end of another and viceversa”⁴ (Schiffrin, 1987, p. 37). Este fenómeno se explica por la cualidad del discurso como acción. Conforme el discurso se desenvuelve, él mismo se integra al contexto y al conocimiento compartido por los participantes, gracias a lo cual, la interacción también se desarrolla y modifica a cada instante (Schiffrin, 1987, p. 11). Schiffrin (1987) ejemplifica con el MD ‘*and*’ utilizado por una mujer quien argumenta a favor de la existencia del destino al enlistar anécdotas personales y conectarlas con esta palabra. A partir de ello, concluye que:

and has both a cohesive role and a larger structural role. First, *and* has a structural role because it links together events which together function as support for the position. Second, *and* has a cohesive role because interpretation of those events as fateful hinges on their being understood as part of a single, larger situation.⁵ (p. 53)

Esto es precisamente a lo que ella se refiere con dependencia secuencial.

Por características como la anterior, es difícil identificar la unidad particular en la que funcionan los MD (Schiffrin, 1987). En concreto,

4 Es importante notar que el soporte mira simultáneamente hacia adelante y atrás - que el inicio de una unidad es el final de otra y viceversa (trad.)

5 *And* tiene tanto una función cohesiva como una más amplia función estructural. Primero, *and* tiene una función estructural porque vincula eventos que funcionan juntos para apoyar la postura. Segundo, *and* tiene una función cohesiva porque la interpretación de los eventos como legítimos se articula al ser parte de una única situación mayor (trad.)

para el análisis del discurso muchas veces son insuficientes las unidades de análisis estructurales como la oración o la frase y, por lo tanto, lo son también para el estudio de los MD. La oración no es “the unit most germane to understanding language use and social interaction”⁶ (p. 31). En contraposición a Bruce Fraser (1990), para quien la estructura sintáctica y la función como conector son muy relevantes a la hora de definir y clasificar los MD (p. 299), para Schiffrin, se trata de elementos que, aunque pueden formar estructuras sintácticas propias, son independientes de la estructura oracional; simplemente no se puede apuntar a una relación evidente, por lo que la sintaxis oracional aporta poco al estudio y comprensión de estas palabras (Schiffrin, 1987, p. 32). Esta postura está en consonancia con la característica de independencia sintáctica comúnmente aceptada y comentada en la introducción de esta sección.

Ya que la anterior unidad de análisis, la oración, no satisface las necesidades del estudio de los MD como elementos de la interacción social, es necesario considerar como alternativas otras unidades de análisis. Una opción es la *proposición*. Este término parte de la lógica formal y se refiere a una enunciación con un significado verificable, es decir, que puede ser verdadero o falso (Van Dijk, 1980, p. 52). Como se puede ver, es una unidad de análisis definida a partir de criterios semánticos. Es equivalente al significado declarativo o referencial (Geoffrey Leech & Mary Louise Pratt, 2000, p. 14).

El problema continúa al notar que muchas ocurrencias de lo que Schiffrin considera MD quedarían excluidas si se los considerara modificadores proposicionales. Por ejemplo, *because* funciona como una producción lingüística de la que se pueden entender las condiciones

6 La unidad más relevante para entender uso de la lengua y la interacción social (trad.)

de felicidad—las condiciones que permiten dilucidar la acción que se implica, por ejemplo, una promesa o una solicitud (Geoffrey Leech & Mary Louise Pratt, 2000, p. 13). En este caso se indica una razón o explicación. Por tanto, implican una función pragmática (Schiffrin, 1987, p. 32). No se debe olvidar la importancia que tienen, en esta interpretación de los MD, la función discursiva global y la interacción, las cuales quedan excluidas si su análisis se ciñe a una condición veritativa. El propio Bruce Fraser (1990) advierte que los MD no aportan a las condiciones de verdad del mensaje (p. 302). Además, estudiarlos en función de una unidad de análisis semántica como ésta, rompe con el consenso general que apunta a su significado procedimental (Landone, 2012, p. 431; Schiffrin, 1987, p. 33, 2001, p. 57).

Otra posible unidad de análisis sería la *enunciación*. Ésta es definida por Zellig S. Harris (1951) como “any stretch of talk, by one person, before and after which there is silence on the part of the person”⁷ (p. 14). Esta definición sigue un criterio fonético en tanto que va de un sonido a un silencio y no incluye ningún criterio semántico ni estructural. Por una parte, en esta definición entran balbuceos e incluso accidentes como estornudos, pero también da pie a la posibilidad de analizar palabras (o sonidos si se quiere) que, aunque no tengan significado, sí tienen sentido. Sin más, este trabajo propondrá en su momento la enunciación ‘mm’ como un MD con su propia función en la conversación. Es evidente que esta unidad fue una de las más atractivas para Schiffrin (1987, p. 33), pero aun así, decidió no comprometer su análisis con una unidad de habla particular.

7 Cualquier extensión de habla por parte de una persona, antes o después de la cual hay un silencio por parte de la persona (trad.)

Así pues, la definición de MD de Deborah Schiffrin (1987) los sitúa, de manera deliberada y conscientemente ambigua, en *unidades de habla* porque no sólo se ubican ahí (p. 36), sino que funcionan en relación con ellas. Es decir, los MD sí cumplen funciones tanto estructurales como semánticas y fonéticas, a lo que se añade una función ilocucionaria, en tanto que determinan actos performativos, y de organización y coherencia discursiva (Fraser, 1999, p. 935; Schiffrin, 1987, pp. 32, 48, 55).

Una vez aclarada la definición de MD, el siguiente aspecto a desarrollar es la propuesta de su clasificación según la perspectiva explicada. Comúnmente, los trabajos que atienden el tema de los MD buscan clasificarlos individualmente los según su función procedimental (Fraser, 1990, 1996, 1999; Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999). De tal forma, se proponen tipos como *operadores argumentativos* para MD que introducen y desarrollan argumentos o explicaciones, *reformuladores* para MD que introducen un miembro discursivo más adecuado que uno anterior, *contrastivos* cuando los MD contraponen ideas (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4080), *elaboradores* cuando suman ideas (Fraser, 1990, p. 296) y muchas categorías tipológicas más que siguen una tendencia a caracterizarlos por las ideas que conectan. El trabajo de Schiffrin ha sido tan relevante—quizás el más relevante desde que se estudian estas palabras—porque su aproximación parte de cero, como se habrá podido ver en su definición, y no asume que la única función de los MD es conectar elementos del discurso, sino una función de coherencia más amplia y general. En lugar de enfocarse en los tipos de relaciones que construyen los MD, esta autora se concentra en su funcionamiento en diferentes niveles del discurso, lo cual permite hacer inferencias más significativas

sobre las implicaciones de su uso. De hecho, muchas veces funcionan en más de uno de estos niveles discursivos y es precisamente eso lo que integra y brinda coherencia a la totalidad del discurso (Schiffrin, 1987, p. 315).

Desde esta perspectiva, más que una clasificación, se establece un modelo de diferentes niveles discursivos en los que pueden trabajar los significados procedimentales. Incrustados en él, los MD trabajan en los siguientes niveles: estado de la información (*information state*), marco de participación (*participation framework*), estructura ideacional (*ideational structure*), estructura de la acción (*action structure*) y estructura del intercambio (*exchange structure*) (Fraser, 1999, p. 934; Schiffrin, 1987, 2001, p. 57). Hace falta explicar en detalle estos términos, pero cabe recalcar la clara influencia del estudio de la interacción en esta interpretación.

La *estructura del intercambio* es el nivel del discurso que determina las secuencias de alternancia de roles y la relación de esos roles entre sí. Típicamente puede entenderse como las mecánicas discursivas de cambio de turnos, pero también las condiciones de los pares adyacentes y otros actos de habla se definen en este nivel—por ejemplo, una pregunta siempre exige una respuesta (Schiffrin, 1987, p. 24). La estructura del intercambio, pues, está delimitada por las convenciones admitidas en dado género discursivo (Bajtín, 1982, p. 248). En el caso de este trabajo, al estudiar la conversación, se espera encontrar una estructura espontánea y poco regulada, pues es bien sabido que la conversación es dinámica (Briz, 2000, p. 225, 2004a, p. 51).

En segundo lugar está la *estructura de acción*. Éste es el nivel discursivo en que se desarrollan los actos de habla, tales como solitudes, promesas y muchos otros. En él, los hablantes construyen su

identidad y afectan el escenario social, siempre bajo las constricciones rituales de la interacción (Schiffrin, 1987, p. 25). Dichas constricciones rituales protegen la posición y la imagen de los hablantes y, así, la interacción misma (Goffman, 1981, p. 18; Schiffrin, 1987, p. 25). Posiblemente, es aquí donde se encontrarán las consecuencias más evidentes de las formas y actitudes de habla de los participantes. Por ejemplo, en el intercambio (6), A, mujer, la hermana a B, el hermano, su falta de participación en la conversación, pero por un momento se ríe ligeramente, reduciendo la tensión que genera su reclamo.

(6)

133 A: ¡**ohh** B! (QUEJÁNDOSE)

134 B: ¡**noo**! / yo no estoy diciendo que no

135 A: **noo pues** ya piensa en algo jeje / di algo // estás rebuscando demasiado

La *estructura ideacional* es un nivel discursivo que se conforma de unidades semántico-proposicionales (Schiffrin, 1987, pp. 25–26). Los elementos proposicionales se configuran de manera lógica para estructurar el discurso. Los MD que funcionan en este nivel contribuyen a dicha lógica proposicional y existen tres sentidos en los que las relaciones entre ideas aportan a la configuración general del discurso: relaciones cohesivas, relaciones temáticas y relaciones funcionales (Schiffrin, 1987, p. 26). Las relaciones cohesivas se construyen cuando un elemento hace referencia a otros elementos del discurso; las relaciones funcionales establecen los vínculos de oposición, sustentación, causalidad y otras múltiples funciones lógicas—por lo que a Schiffrin le resultan más evidentes—y; finalmente, la autora no propone una evaluación de los fenómenos de relaciones temáticas. Las relaciones temáticas en lenguas indoeuropeas no son tan claras en la estructura de

la lengua—en contraste con las relaciones funcionales, por ejemplo—, pero sí en otras lenguas, como el japonés. Es posible que el estudio de los MD contribuya a localizar indicios de estas relaciones.

La estructura ideacional es la más propiamente lingüística, en contraste con la estructura de la acción y la del intercambio, las cuales son más bien pragmáticas (Schiffrin, 1987, p. 29) en tanto que se conforman de actos de habla y sus elementos—fuerza ilocutiva y efecto perlocutivo. Cuando Schiffrin habla de que es más lingüística no quiere decir que los otros niveles no estudien fenómenos lingüísticos—después de todo, los MD son siempre unidades verbales y lingüísticas—, sino que en este nivel los aspectos sintácticos y semánticos están en un punto central, mientras que en los otros estos quedan en segundo plano. Posiblemente por esto, en este nivel es donde parecen ser admitidas la mayoría de categorías que otros autores reconocen para clasificar los MD, como los inferenciales y elabroativos de Bruce Fraser (1990, p. 296).

El *marco de participación* es un término introducido por Erving Goffman (1981), quien lo define como la codificación de cada una de las posiciones o roles que están presentes cuando se genera una enunciación y las normas que especifican las conductas apropiadas para cada una de esas posiciones (p. 3). Goffman distingue entre diferentes formatos de producción con sus propias normas y condiciones (Schiffrin, 1987, p. 27), lo cual también tiene su equivalencia con la idea de *géneros discursivos* (Bajtín, 1982, p. 248). Esta definición engloba lo que, en análisis crítico del discurso, Norman Fairclough (1989, p. 170) explica con el término de *sujetos*, ya que atiende a los roles disponibles en el propio género discursivo. Schiffrin (1987, p. 27) admite usar las palabras hablante y oyente para referirse

a los participantes en tanto que se tome en cuenta que abarcan de manera imprecisa una infinidad de posibilidades en cuanto a roles y relaciones interpersonales.

Hablantes y oyentes no sólo se relacionan entre sí, sino también con las proposiciones, los actos y los turnos dentro del marco de participación. Tal como se puede notar, éstas corresponden con las estructuras ideacional, de la acción y del intercambio respectivamente. Respecto a las formas en que los participantes se relacionan con estas estructuras, Schiffrin (1987) comenta:

Speakers are oriented to their own ideas: they evaluate them, or present them neutrally; they express commitment to them, or distance from them. Speakers take stances in performing actions: they may perform an action indirectly and thus deny responsibility for its consequences. And finally, speakers are related to their turns: they may claim them, fight for them, relinquish them⁸. (p. 27)

Todas estas relaciones de los hablantes con lo que dicen también afectan la relación entre ellos (Schiffrin, 1987, pp. 12, 27). De tal forma, los participantes tienen que negociar para obtener lo que esperan de la interacción, pero tienen que hacerlo con las herramientas y estrategias limitadas que admiten su sociedad y su cultura (Goffman, 1981, p. 17). Para el presente trabajo, el marco de participación es muy importante, ya que es donde se puede esperar encontrar más clara-

8 Los hablantes perciben sus propias ideas: las evalúan, las presentan como neutrales, expresan compromiso por ellas o distancia de ellas. Los hablantes adoptan posturas respecto a las acciones llevadas a cabo: pueden cumplir actos de manera indirecta y, así, denegar la responsabilidad de sus consecuencias. Finalmente, se relacionan con sus turnos: los reclaman, luchan por ellos y los rechazan (trad.)

mente una diferencia tanto en las condiciones previas con que mujeres y hombres se insertan en la interacción, así como en las actitudes que expresan entre sí.

Finalmente, el *estado de la información* es un nivel cognitivo del discurso porque gira en torno al manejo del *conocimiento* y *meta-conocimiento* disponible en la interacción (Schiffrin, 1987, p. 28). El *conocimiento* corresponde a la información y los datos que hablante y oyente tienen a su disposición. Uno u otro pueden tener más o menos información o ambos pueden compartir los mismos detalles. El *meta-conocimiento* es lo que los participantes asumen de su propio conocimiento y el de su interlocutor (Schiffrin, 1987, p. 28); básicamente es la idea que tiene sobre su posición en el nivel de conocimiento. Evidentemente no todo conocimiento es relevante, sino sólo aquél que tiene relación directa con la interacción en curso. Por lo tanto, sólo una parte del conocimiento de hablantes y oyentes tiene que estar activo para lograr la decodificación del mensaje (Schiffrin, 1987, p. 28). En (7)—donde ambas participantes son mujeres—se puede ver cómo el MD ‘obviamente’ refleja la noción de las hablantes de que el gusto por la película que se comenta es compartido. Coinciden tanto en el conocimiento de la película y su valoración, como en la comprensión de que ese conocimiento es claro para ambas, esto es el meta-conocimiento.

(7)

7 C: **ajá** // Mean Girls // **y luego** / voy a poner también / voy a poner Hércules / **porque** me gusta mucho esa película /// **y luego** voy a poner también Midsummer

8 D: § **OBVIAMENTE** Midsummer / sí sí [sí]

9 C: [**obv**]iamente / ésa va a ser la uno / ¿[te] parecee↑?

10 D: [sí] jajaja

Estos son los cinco niveles del discurso en los que Schiffrin detecta la influencia de los MD. Como ya se mencionó, un MD puede funcionar en uno o varios niveles, ya sea en ocasiones independientes o simultáneamente en una misma (Schiffrin, 1987, p. 37). En el caso último, de todas las funciones en diferentes niveles que el MD cumple, una será central y más preponderante (Schiffrin, 1987, p. 60).

Además, los niveles discursivos se pueden integrar de tres maneras distintas. Primero, puede ser que se relacionen diferentes elementos de un mismo nivel—ideas e ideas, acciones y acciones y otras unidades de la misma forma. Segundo, se pueden relacionar diferentes niveles—estructuras de acción con estructuras del intercambio, por ejemplo. Tercero, un nivel se puede relacionar con un elemento de otro nivel—la estructura de la acción con una idea (Schiffrin, 1987, p. 29). Por ejemplo, en (7) el MD ‘obviamente’ está reflejando tanto el conocimiento como el meta-conocimiento compartido mutuamente por las dos participantes. Pues bien, el MD, aunque está funcionando principalmente en el nivel del estado de la información, cumple la acción de hacer notar ese estado y, además, estimula y fortalece la relación de familiaridad entre las dos participantes al hacer notar una coincidencia entre ellas. En este caso se puede hablar de una relación entre el estado de la información como nivel, una acción y el marco de participación.

Según la misma Deborah Schiffrin (1987), el cumplir acciones mejora las relaciones entre los hablantes (p. 12). En el ejemplo mencionado, la coincidencia tiene tanta relevancia para las participantes, que le asignan el “número uno”.

Como se puede ver, esta interpretación intenta abarcar todos los aspectos no sólo de la comunicación sino de la interacción, incluyendo aquellos que no son lingüísticos (Schiffrin, 1987, p. 29). La teoría de Deborah Schiffrin no sólo da cuenta de los mecanismos de funcionamiento de los MD, sino que representa una teoría general del discurso. Ésta es la principal cualidad de la interpretación de Schiffrin. Otras teorías se concentran en las relaciones que los MD construyen entre segmentos del discurso, pero para Schiffrin (1987), la cohesión deriva no sólo de la conexión entre elementos discursivos, sino de los múltiples niveles en que se construye también (p. 23). Ello permite encontrar los mecanismos por los cuales la lengua influye en diferentes aspectos de la interacción. Por esta razón, esta propuesta es la que resulta más adecuada para el análisis que se pretende hacer en esta investigación y, posiblemente, para el análisis del discurso como tal.

Propuestas alternativas y complementarias

La interpretación de María Martín Zorraquino y José Portolés (1999) parte de un análisis morfosintáctico, semántico y pragmático. Es decir, se trata de una explicación formal, en contraposición a la perspectiva más funcional de Schiffrin, aunque para lograr una clasificación sí contemplan aspectos funcionales (cf. Anexo K). Estos autores reconocen y retoman la tradición hispánica de Gili Gaya y Alcina y Blecua (p. 4055). Ello los lleva en una línea paralela, que parece no cruzarse,

a las investigación en lengua anglosajona respecto a los MD (Fraser, 1990, 1996, 1999; Schiffrin, 1987, 2001).

Según su interpretación, los MD son “unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional—son, pues, elementos marginales—y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación” (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro 4057). Esta definición está evidentemente centrada en la independencia sintáctica y el significado procedimental, ambos elementos que ya se han tratado ampliamente en otros tratados de MD (Fierro Inalef, 2018; Fraser, 1990, 1999; Landone, 2012; Schiffrin, 1987, 2001). Los MD no ejercen una función sintáctica, pues actúan fuera de las oraciones, es decir, no las afectan, y sirven para guiar las inferencias en la conversación (Martín Zorraquino y Portolés, 1999 y que ya se comentaron en la introducción a este apartado. También cabe mencionar que, desde un principio, se deja de lado la aspiración a encuadrar los MD en una categoría gramatical (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4054). Ésta es una conclusión a la que los académicos llegan rápidamente tomando en cuenta la muestra de palabras que ellos mismos se proponen analizar (Fraser, 1990, p. 303, 1996, p. 170; Poblete B., 1997, p. 68).

Pese a que la definición de estos autores considera la función pragmática de los MD en el discurso, realmente, sus criterios de definición son plenamente formales. A continuación, se enumeran todos para explicar algunos detalles posteriormente: a) distintos grados de gramaticalización; b) amplia movilidad sintáctica; c) delimitación por pausas; d) carencia de modificadores o adyacentes complementarios;

e) imposibilidad de coordinación; f) imposibilidad de negación; g) relación con unidades sintagmáticas completas pese a una independencia sintáctica del núcleo de las mismas; h) imposibilidad de ser destacados por perífrasis de relativo; i) diferentes niveles de independencia sintáctica; j) autonomía ocasional en los turnos y; k) vinculación con muy diversas categorías léxicas y sintagmáticas (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, pp. 4059–4071). Estos criterios son mayoritariamente sintácticos. Las únicas dos excepciones son (b), el cual es un criterio fonético, y (j), que es pragmático en tanto que toma en cuenta los turnos. En sentido práctico, estos criterios son muy útiles para poder identificar un MD y distinguirlo de conjunciones o adverbios con funciones oracionales. Gracias a ello, se convierten en los criterios de selección de MD más detallados y prácticos de los que dispone esta investigación.

La *gramaticalización* se refiere a la invariabilidad de las palabras. Quiere decir que los MD no pueden ser sujetos a flexión o combinación de miembros, sino que están relativamente fijos en su forma (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, pp. 4059–4060). Se habla en términos relativos porque existen casos en los que se permiten ciertos grados de variabilidad. Lo mismo sucede en relación con la carencia de modificadores o adyacentes complementarios y la imposibilidad de coordinación.

Sin embargo, cabe mencionar que, aunque ciertamente parece que los MD no pueden ser coordinados, sí que pueden acumularse de cierta forma. Considérese el ejemplo en (8)—donde A es mujer y B hombre. Como se puede ver, el turno de B consiste únicamente en una serie de tres MD (‘o sea’, ‘bueno’ y ‘es que’) que, aunque mantienen su independencia sintáctica y semántica, se suman para expresar una idea

general de reformulación con cierta duda o incertidumbre. Dentro de su propio conjunto, esos tres MD pueden cambiar de posición, pero sólo se mantienen el mismo sentido y función si permanecen juntos. Además, mientras más MD se acumulan, más se intensifica la fuerza de ese sentido, en este caso la incertidumbre.

(8)

67 A: sí

68 B: **o sea / bueno es quee**

69A: § **ah pu(es)** /primero es Infinity War y luego End Game
Tierra de Osos / **pero es que** así nos vamos acordando / ¿estás / de
acuerdo que serían así?

(9)

155 E: ¿la tres es cuando van al futuro pasado?

156 F: sí

157 E: ah la tres

158 F: **jarre arres!** / (APLAUDE) ya / tenemos el top cinco oficial
// da el veredicto / **por favor**

En (8), los MD que se acumulan son diferentes, aunque pertenecen a la misma clasificación como *conversacionales*, según los criterios de Martín Zorraquino y Portolés (1999, p. 4068). Únicamente ‘es que’ podría entenderse como un *operador argumentativo*.

También parece ser posible que los MD se reduplicquen para enfatizar o reforzar su significado, tal como en el ejemplo (9). En este caso, F, hombre, repite el mismo MD (‘arre’) dos veces para enfatizar la afirmación y el acuerdo con E, del mismo género. Nótese, además, que se presenta un menor grado de gramaticalización en tanto que la segunda iteración añade un /s/ que podría interpretarse como un plural que hace concordancia con la presencia múltiple del mismo MD. Sea

ésa la razón o no, lo cierto es que existe una modificación en la morfología de la palabra que desafía la idea de invariabilidad.

Si bien, el aspecto sintáctico es el que define los MD, los aspectos semántico y pragmático proveen su clasificación. A partir de las indicaciones provistas por el significado de procesamiento de un MD se distinguen los de uno y otro tipo. Con este criterio, una técnica práctica para identificar MD con la misma categoría de sentido es la conmutación: agrupar palabras que en un contexto dado se pueden sustituir, ya sea que cambie o no el significado (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4072).

Así pues, investigando el significado de los MD, Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) clasifican las instrucciones que proveen en las siguientes: *instrucciones de conexión*, *instrucciones argumentativas* e *instrucciones sobre la estructura informativa* (p. 4072).

Primeramente, Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), en términos de las instrucciones de conexión, distinguen entre los MD que conectan dos sintagmas y los que funcionan en relación únicamente con uno. Los últimos son denominados *operadores*. Entre los que funcionan con dos elementos del discurso se ubican los *estructuradores de la información*, los *conectores* y los *reformuladores*. Finalmente están los MD *conversacionales*, los cuales se distinguen por ser los de mayor independencia sintáctica (p. 4060). Además, éstos últimos pueden funcionar tanto como operadores como relacionando dos sintagmas. Ejemplifican esta idea con un contraste entre el MD ‘hombre’ y ‘vamos’ (p. 4072), posiblemente, pensando en un enunciado como (10). Éste no es un ejemplo que los autores aporten, pero tomarlo en cuenta pone en cuestión la propuesta de los autores españoles, ya que podría decirse que ‘vamos’ no está conectando los

sintagmas, sino que es completamente independiente de ellos. Bien podría estar al inicio o al final de todo el enunciado.

(10)

La pintura de Velasco es una maravilla, **vamos**, es todo un referente del paisajismo mexicano.

Es posible también que un mismo MD funcione de maneras distintas en diferentes contextos. El MD ‘en definitiva’ puede ser un reformulador en unos contextos y un operador en otros (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4072). Esto complica la interpretación, pero es un aspecto esencial para este género de palabras. Como ya se ha mencionado desde Schiffrin (1987), es esencial para los MD la capacidad de cumplir simultáneamente múltiples funciones (p. 60).

Una segunda distinción sería la de las instrucciones argumentativas que los MD establecen entre los elementos. Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) reconocen la relevancia del contenido proposicional de las enunciaciones para determinar las posibilidades interpretativas y los requerimientos de especificación que condicionan la aparición de los MD (p. 4076). Ante proposiciones como las de (6a) uno puede formar un enunciado como *Están divorciados, **pero** aún viven juntos*, mientras que con (6b) sería extraño y, en cambio, se podría formar algo como *Están divorciados, **entonces** ya no viven juntos*.

(11)

a) Están divorciados. Aún viven juntos.

b) Están divorciados. Ya no viven juntos.

En sentido argumentativo, los MD establecen las inferencias que se deben hacer en torno a relaciones lógicas entre las proposiciones (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4075). Ésta es posi-

blemente la interpretación más arquetípica que se puede hacer en este tema. Ésta es la dimensión en la que Bruce Fraser (1990) diseña su interpretación de los MD como elementos que conectan dos segmentos del discurso de manera contrastiva, elaborativa e inferencial (p. 296).

Una tercera distinción en el sentido de los MD es en cuanto a las instrucciones que proveen en relación con la estructura informativa del discurso. En este ámbito, pueden ordenar la información dentro del discurso y agrupar proposiciones, ideas y conceptos (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4076). Esta función es, quizá, la más relevante para relacionar con el lugar primordial que tienen estas palabras en la construcción de la coherencia total del discurso, tal vez porque aquí se hace evidente que los MD hacen referencia y unen piezas discursivas que pueden estar muy distantes (Schiffrin, 1987, p. 315).

En términos generales, la interpretación de Bruce Fraser (Fraser, 1990, 1996, 1999) sobre los MD coincide con lo que ya se ha dicho en las secciones anteriores. Un contraste muy importante es que para él, los MD son una clase perteneciente a una categoría superior denominada *marcadores pragmáticos* (*pragmatic markers*). Ésta es, más que nada, una diferencia terminológica, ya que, como se verá en seguida, este autor identifica más o menos las mismas propiedades y funciones que Schiffrin y Martín Zorraquino y Portolés encuentran para la totalidad de lo que ellos consideran MD.

Para Fraser (1996), existen casos de ambigüedad donde es muy difícil distinguir si una palabra es o no un MD. El ejemplo que propone es “**Now** where are we?” (p. 170), que se puede traducir como “**Ahora**, ¿dónde estamos?” manteniendo cierto grado de ambigüedad. En ambos casos, la palabra en negritas podría bien funcionar como

un MD que introduce un enunciado–estructurador de la información comentador, según la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés–, pero también es un adverbio que, según la interpretación que se haga, tiene relación sintáctica con el núcleo del sintagma al que se dirige. No existe una solución muy práctica a tal problema. La interpretación que se haga en estos casos siempre dependerá del contexto y hará falta una explicación respectiva.

Clasificaciones

Una consideración importante con respecto al significado de los MD es la idea de “*efectos de sentido*”. Esto tiene relación con el problema de los diferentes sentidos de vocablos que, en cierta forma, parecen ser los mismos, pero cuyos significados cambian en diferentes ocasiones. Esto tiene dos posibles soluciones: o bien, existen diferentes MD con la misma forma pero significados distintos (homonimia), o bien, un solo MD tiene un significado amplio o múltiples significados y define su sentido cuando obtiene un contexto (polisemia) (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4078). Los autores se decantan por la segunda opción y a ello se refieren con efectos de sentido, pero éste es un problema más grande de lo que parece, particularmente si se pretende hacer una clasificación de los MD, ya sea en términos formales o funcionales. Piénsese en un MD como ‘pues’. En un intercambio como (12a), ‘pues’ funciona como un operador de refuerzo argumentativo que introduce una razón, mientras que en (12b), funciona como un MD conversacional. Si un MD puede presentar diferentes significados, incluso a través de categorías como las propuestas por Martín Zorraquino y Portolés, ¿cuál es el propósito de la categoría? Visto de

esa forma, podría ser más sensato no ofrecer una clasificación categórica, sino un marco de funcionamiento, tal como lo hace Deborah Schiffrin (1987, 2001).

(12)

a) A: ¿Por qué te lo llevas?

B: **Pues** es mío.

b) Quiero decir que es complicado, **pues**.

Sin embargo, es verdad que las clasificaciones indican ciertas cualidades de los elementos que delimitan. En este trabajo se considerarán como complementarias las propuestas de Deborah Schiffrin y Martín Zorraquino y Portolés. La primera autora explica en gran detalle los mecanismos de funcionamiento de los MD, pero carece de las descripciones morfosintácticas específicas que ayudarían a describir aspectos básicos y distintivos de cada palabra. Los segundos aportan los aspectos morfosintácticos y una clasificación de los MD en español.

A partir de las distinciones semánticas que se han comentado anteriormente se obtiene una clasificación (cf. Anexo K) que se conforma de las categorías de *estructuradores de la información*, *conectores*, *reformuladores*, *operadores argumentativos* y *marcadores conversacionales*. Cada una de estas tiene sus propias subclases que especifican las funciones particulares de los MD.

Para Martín Zorraquino y Portolés (1999), los *estructuradores de la información* establecen relaciones temáticas, en tanto que agrupan y ordenan miembros discursivos en lo que se podría entender como líneas temáticas. Estos se dividen en *comentadores*, que introducen o preparan un nuevo comentario; *ordenadores*, los cuales organizan una serie de comentarios y también agrupan dicha serie como un

solo miembro discursivo, y; *digresores*, que introducen un comentario paralelo con poca relación temática a la idea principal (pp. 4083, 4086, 4090).

Los MD ordenadores también se pueden clasificar en tres categorías que tienen que ver con la posición del elemento que ordenan en el discurso: *marcadores de apertura, de continuidad y cierre* (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4087).

Los *conectores*, definidos como MD que vinculan “semántica y pragmáticamente un miembro del discurso con otro miembro anterior”, delimitan las inferencias que han de hacerse respecto al conjunto de miembros discursivos conectados. Están clasificados en *aditivos*, que mantienen una misma orientación argumentativa; *consecutivos*, que presentan un miembro como consecuencia de otro miembro anterior, y; *contraargumentativos*, que introducen un miembro discursivo como atenuador de conclusiones de otro elemento (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, pp. 4093, 4099, 4109), o mejor dicho, introducen un elemento que puede entenderse como contraintuitivo o inesperado, uno que no se esperaría naturalmente de los miembros previos.

Los MD *reformuladores* introducen un elemento de una manera o perspectiva distinta, pero que refuerza, apoya o sigue un miembro previo (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4121). En ocasiones, el significado proposicional o performativo puede ser exactamente el mismo entre los miembros vinculados y lo único que cambia es la forma o planteamiento. Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) interpretan que son una forma de reparación de un miembro que no satisface al hablante (p. 4121), pero hay que preguntarse si no está toda la estructura pragmática decidida desde el inicio. Es decir, existe la posibilidad de que estos MD funcionen muy parecido

a los conectores aditivos, en tanto que se usan para apoyar un miembro con otro. Incluso en lenguaje escrito, tal como en la oración anterior a esta, se hace uso de estos MD; si fueran meramente un intento de corrección, en un texto escrito se podría hacer un borrón en lugar de corregir con un MD. Los autores reconocen este problema, pero consideran que los reformuladores ponen énfasis en el segundo miembro, el que corrige, sobre el que es corregido (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4121). Ciertamente podría decirse que la reformulación como la plantean parece usar el primer miembro como complemento o introducción del segundo. Gracias a ello, son muy usados como operadores en relación con un solo miembro (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4121).

En todo caso, la clasificación de los MD reformuladores, según Martín Zorraquino y Portolés (1999), los divide en *explicativos*, que aclaran o detallan un miembro previo para restringir las conclusiones que se pueden obtener de él; *rectificativos*, los cuales califican como equívoco o inexacto un miembro e introducen una corrección; *recapituladores*, que, a partir de un miembro anterior, introducen uno nuevo como una conclusión que puede mantener, o no, la misma orientación argumentativa, y; *de distanciamiento*, que restan relevancia de un miembro previo (pp. 4122, 4127, 4133). Es interesante que éstos cumplen una función similar a la de los estructuradores de la información digresores, pero con la diferencia de dirigirse a un miembro previo y no uno siguiente.

Llama la atención que Schiffrin (1987) no logró encontrar un mecanismo de evaluación de la estructura temática del discurso (p. 26), pero la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro sugiere que los MD se pueden usar como indicio de esas estructuras temáticas.

Específicamente, MD como los de distanciamiento y digresión aportan instrucciones para que los hablantes sean capaces de distinguir el tema del discurso.

Los *operadores argumentativos* son MD que delimitan las posibilidades de interpretación lógica de un miembro discursivo, pero no lo vinculan con otro. Entre estos encontramos los *de refuerzo argumentativo*, que asignan un carácter argumentativo al miembro discursivo que introducen, y; los *operadores de concreción*, que introducen un ejemplo o especificación de una idea más general (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, pp. 4139, 1440, 4142).

Finalmente, están los MD *conversacionales*. Aquí, Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) distinguen cuatro grupos: marcadores de modalidad epistémica, marcadores de modalidad deóntica, enfocadores de la alteridad, metadiscursivos conversacionales. Todas estas categorías están ligadas a funciones conversacionales particulares que están más allá de la informativa. Entre ellas, los autores reconocen la relación de los hablantes y, por lo tanto, están muy relacionados con la cortesía verbal y la actitud de los hablantes—a esto se refieren cuando hablan de ‘modalidad’ (pp. 4143, 4144).

Los MD de modalidad epistémica’ denotan la actitud o percepción que los hablantes tienen de la información que comentan (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4146). Por lo tanto, están muy relacionados con lo que Schiffrin denominaría ‘estado de la información’ (Schiffrin, 1987, p. 28). Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) identifican tres modalidades epistémicas que pueden indicar estos MD: a) la posibilidad o necesidad; b) evidencia empírica; c) información obtenida de fuentes (p. 4146).

Los ‘marcadores de modalidad deóntica’ denotan la actitud *afectiva* (la voluntad) del hablante. Es decir, reflejan distintos grados de aceptación del fragmento discursivo que marcan. Según Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), “estas partículas—a diferencia de las epistémicas—afectan enunciados directivos, que implican una propuesta, un ofrecimiento, una evaluación, etc., que el hablante valora, aceptándola o rechazándola” (pp. 4161–4162). Nótese que esta caracterización los acerca mucho a la dimensión del ‘estructura de acción’ que contempla Deborah Schiffin (1987, p. 25). Sin embargo, los autores españoles hablan de MD que reaccionan a los actos de habla, mientras que para Schiffin (1987) se trata de tanto de la recepción como de la construcción de actos performativos (pp. 27–48).

Luego, los ‘enfocadores de la alteridad’. Éstos pueden aportar la cualidad del significado (proposicional o performativa) y están relacionados con la cortesía verbal, pues dan pie a estrategias de cooperación entre los participantes (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4171). Piénsese en los niveles de ‘estructura de acción’ y ‘marco de participación’ (Schiffin, 1987, p. 27).

Finalmente, los ‘metadiscursivos conversacionales’ son un indicio del esfuerzo que hacen los hablantes por formular y estructurar su discurso. Todos estos participan en la función fática, la de mantener el control sobre el canal de comunicación (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4191). Esta categoría no está caracterizada en detalle por los autores y parece englobarse el grupo de MD que tienen propiedades más expresivas o de construcción de la identidad (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4051; Palacios, 2002, p. 226). En ese sentido, debería existir cierta diferencia de género en el uso de

estos MD en particular, ya que las identidades de hombres y mujeres son dos construcciones culturales distintas (Hierro, 2001, p. 12).

De tal forma, la totalidad de la clasificación de MD según María Antonia Martín Zorraquino y José Portolés Lázaro queda ilustrada por la tabla del Anexo K. Es una clasificación bastante compleja que contempla múltiples niveles y funciones de los MD. Ciertamente, existen algunos solapamientos entre las categorías, como ya se ha mencionado, por ejemplo, en la función temática de MD reformuladores de distanciamiento y los estructuradores de la información digresores. Justo en ese caso, llama la atención que no sólo se entienden como categorías distintas, sino como parte de dos macro-categorías diferentes también: las de estructuradores de la información y la de reformuladores. Esto podría entenderse como el resultado de una combinación de criterios semánticos y funcionales para definir los dos niveles de clasificación de palabras que usaron los autores (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4072). Cabe también señalar la grave complicación que implica establecer categorías que resulten siempre prácticas debido a la gran libertad que los MD tienen en el discurso, su amplia variedad y la muy diversa funcionalidad que tienen a la hora de construir cohesión en el discurso (Schiffrin, 1987, p. 55). La solución práctica que se tomará en este trabajo será considerar la clasificación como una categorización de las funciones en potencia de los MD y no como una categorización de los MD como tal. Así, se tendrían cinco niveles discursivos en los que los MD construyen coherencia y dieciséis funciones concretas que pueden cumplir en términos sintácticos, semánticos, y pragmáticos a menor escala.

Para cerrar el comentario de la teoría de María Antonia Martín Zorraquino y José Portolés Lázaro, vale hacer un repaso de los puntos

más importantes que proponen. Primero que nada, está claro que se trata de una perspectiva sintáctica y semántica. Es verdad que los autores afirman tomar en cuenta aspectos pragmáticos también, pero es muy limitada la explicación que se hace de fenómenos propiamente pragmáticos. En un sentido, la conexión de elementos sí es comprendida generalmente como un factor pragmático, pero hacen falta indagaciones sobre la relación de los MD y los actos de habla, la relación de los interlocutores, el contexto discursivo y otros elementos que son fundamentales para explicar los fenómenos lingüísticos desde una perspectiva pragmática.

De todos modos, estas carencias no son un problema para poder desarrollar la investigación, ya que se suplen con las aportaciones de Schiffrin. Ambas perspectivas son muy complementarias, pues, como se ha dicho antes, el trabajo de Deborah Schiffrin, por su lado, no describe en profundidad los detalles sintácticos y semánticos de los MD. Las carencias de un modelo son suplidas por el modelo complementario.

Otro problema que se comentó fue la interposición de unas clases de MD con otras; el que un MD en distintas circunstancias dé como resultado distintos sentidos y, por ende, diferentes funciones. Este problema, más que nada, pone en duda el valor de trabajar sobre una clasificación que no puede prometer distinguir categóricamente un MD como parte de una clase u otra. Aun con todo esto, es un trabajo sumamente útil ya que enlista las principales funciones que pueden cumplir los MD en español. Así, no hace falta determinar *a priori* la clase de un MD, sino que es posible usar la clasificación como un marco de interpretación con el que describir las funciones de cualquier MD en un contexto determinado.

De hecho, se puede establecer una relación entre las clases de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro que, a partir de ahora, se entenderán como funciones y los niveles discursivos de Deborah Schiffrin. No es posible establecer concretamente todas las relaciones entre el *marco de participación*, el *estado de la información*, las *estructuras de acción*, del *intercambio e ideacional* y las funciones como *estructuradores de la información*, *conectores*, *reformuladores*, *operadores argumentativos* y *marcadores conversacionales*. Algunas sí que se pueden encontrar mediante las definiciones aquí expuestas, como es el caso de los marcadores conversacionales de modalidad deóntica y la estructura de la acción, pero más allá de eso, sería muy útil poder identificar estas relaciones en el análisis de los MD que se encuentren en el corpus. Con esto se espera poder hacer una descripción más profunda de los fenómenos encontrados mediante el soporte de la teoría precedente. Evidentemente, no basta con señalar el nivel del discurso y la función correspondiente a cada MD, pero sería un gran avance que podría sostener otros hallazgos.

Al igual que Martín Zorraquino y Portolés, Bruce Fraser diseña su propia clasificación a partir de la función discursiva de los MD. Como ya lo indica el término *marcadores pragmáticos*, ésta se basa en criterios pragmáticos, quizá un poco más que la de su equivalente hispánica, ya que no ahonda tanto en detalles sintácticos y semánticos. Nótese que para este autor, los marcadores pragmáticos pueden ser tanto unidades léxicas, tal como se ha visto hasta este punto, como estructuras sintácticas o morfología, en cuyo caso ejemplifica con las estructuras interrogativas y la modalidad imperativa de los verbos (Fraser, 1996, p. 171).

Primeramente, están los *marcadores básicos* (*basic markers*). Éstos aportan información sobre la fuerza del mensaje. Tienen sus antecedentes en los comentarios de Searle sobre los “indicadores de fuerza ilocutiva”. Se dividen en a) *estructurales*, que no son palabras sino estructuras sintácticas que delimitan la modalidad y la interacción del enunciado—por ejemplo, la estructura declarativa contra la interrogativa o imperativa; b) *léxicos*, palabras que cumplen la misma función y se dividen en expresiones performativas, las cuales contienen información sobre actos performativos que se cumplen mediante la enunciación, y expresiones pragmáticas, que son formas estandarizadas de hablar, relacionadas con la cortesía y frases idiomáticas y que atienden a la necesidad de imprimir urgencia, deseo o mitigar la fuerza ilocutiva; e c) *híbridos*, estructuras sintácticas con cierto grado de gramaticalización que se usan igualmente para transmitir la modalidad del enunciado, por ejemplo, las preguntas adjuntas que en inglés se conocen como *tag questions* (Fraser, 1996, pp. 171–177). Éstas son preguntas que no modifican plenamente la modalidad y pueden estar relacionadas con la cortesía, tal como en los ejemplos de (13). En cierta forma son estructurales, porque forman sus propias unidades sintácticas, pero afectan independientemente y no de manera integrada a la oración.

(13)

a)

51 A: umm (DANDO BRINCOS) ¡igh! / de miedo no te gustan ¿**verdad**?

b)

8 F: ¿noo pero así es más fácil ¿**no**?

9 E: mejor vámonos / es más / [top cinco del / *MCU*]

En segundo lugar, están los *marcadores pragmáticos de comentario* (*commentary pragmatic markers*). Estos son expresiones léxicas que tienen tanto significado proposicional como procedimental sobre la evaluación del enunciado que comentan. Se dividen en a) *marcadores de evaluación*, los cuales evalúan la proposición en función de una visión de mundo que tiene el hablante; b) *marcadores de forma de hablar*, que indican el modo con que se quiere transmitir el mensaje; c) *marcadores evidenciales*, cuya función es interpretar el grado de veracidad del mensaje; d) *marcadores de consecuencia-efecto*, que señalan el efecto que se pretende obtener; e) *marcadores de rumor*, los cuales proveen información sobre la fuente o la manera como se obtuvo la información del mensaje; f) *marcadores de mitigación*, que pretenden reducir una potencial pérdida de imagen derivada de la enunciación, y; g) *marcadores de énfasis*, que intensifican la fuerza básica del mensaje principal (Fraser, 1996, pp. 179–184). Todos estos marcadores pragmáticos, como se mencionó parecen tener una mayor carga de significado proposicional, posiblemente porque la categoría se conforma en buena medida de adverbios.

A continuación están los *marcadores paralelos* (*parallel markers*). Ellos tienen la función de demarcar un mensaje completo en suma al principal, pero con poca relación temática. Dicho grupo considera los

a) *marcadores vocativos*, que llaman explícitamente la atención y dirigen el mensaje principal al interlocutor; b) *marcadores de disgusto*, que, como su nombre lo indica, expresan el disgusto del hablante, y; c) *marcadores de solidaridad*, los cuales establecen una relación entre los hablantes. Como se puede ver, estos marcadores trabajan claramente en el nivel del marco de interacción, más allá de otros niveles en los que también ejerzan fuerza en mayor o menor grado.

Finalmente están lo que Fraser (1996) denomina propiamente *marcadores discursivos* (*discursive markers*). Para este autor, dicho término atiende únicamente a marcadores pragmáticos que establecen una relación entre el mensaje y el discurso corriente (p. 186). El criterio definitorio para que una unidad lingüística sea entendida como MD es que sea admisible en la estructura S1+DM+S2, donde S1 y S2 son segmentos discursivos, cada uno representando un acto ilocucionario respectivo y DM es el MD (Fraser, 1990, p. 297). En este sentido se trata de una especie de sintaxis discursiva, donde estas palabras señalan las relaciones que unas proposiciones tienen con otras. Entre todas las categorías de marcadores pragmáticos, ésta es la única que tiene nulo significado proposicional (Fraser, 1990, p. 299).

Fraser divide los MD entre a) marcadores de cambio de tema, b) marcadores contrastivos, c) marcadores elaborativos y d) marcadores inferenciales (Fraser, 1996, p. 187). Todos estos términos son bastante transparentes y explican claramente los tipos de relación que cada clase de marcador establece entre uno y otro segmento.

Si bien, ésta es una interpretación muy similar a la de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), quienes también consideran que es muy importante la presencia de dos unidades sintácticas (p. 4072), Fraser (1990) adelanta que es posible que uno o incluso dos

de los segmentos que une un MD pueden estar elididos del discurso, dependiendo del contexto. Lo mismo pasa con lo que los autores españoles denominan ‘operadores’, pero Fraser contempla que, en estas ocasiones, puede entenderse que los marcadores pragmáticos asumen el propio contexto como un elemento del discurso y pueden conectarlo con sus unidades lingüísticas (p. 300).

Para concluir, se puede notar que ésta es una interpretación más enfocada en la función que la de los autores españoles, si bien, son parecidas en puntos como la identificación de funciones conectivas. Ellos se concentran más bien en la sintaxis y semántica. Además, el trabajo de Fraser (1999) sí que reconoce y se basa en las investigaciones de Deborah Schiffrin (p. 933). Por ello, también es importante reconocer y describir sus aportaciones, pero esto nos presenta un problema: si se elige el trabajo de Deborah Schiffrin como eje central de esta investigación, las propuestas de Martín Zorraquino y Portolés son complementarias desde ángulos distintos. Por un lado, en el presente caso, Zorraquino y Portolés son sumamente útiles porque trabajan MD en español, no en inglés. Además, se aproximan desde análisis suplementarios a los de Schiffrin, la sintaxis y la semántica. Por otro lado, Fraser reconoce y utiliza los estudios de Schiffrin, por lo que se puede esperar que sean más compatibles.

Una de las ventajas principales de la propuesta de Deborah Schiffrin y buena razón por la que se ha elegido como columna vertebral de la investigación, es el hecho de que no clasifica los MD ni enlista explícitamente sus funciones, sino los niveles en los que esas funciones se cumplen. Las propuestas de Martín Zorraquino y Portolés y Fraser, por su parte, sí que ofrecen clases funcionales, pero por eso mismo, son incompatibles entre sí. O bien, se sintetiza una clasificación que

beba de ambas fuentes, o bien, se prioriza una sobre otra. Por cuestiones de tiempo y practicidad, no se realizará una síntesis de ambas y, por la mayor complementación de la perspectiva de Schiffrin y la ventaja de la lengua, será la perspectiva de los españoles la que se priorizará sobre la de Fraser. Esto sin mencionar que la terminología de Fraser generaría confusiones entre marcadores pragmáticos y MD.

Esto no quiere decir que las consideraciones de Fraser no se tomarán en cuenta, pero sí que se antepondrán las propias del resto de autores. Finalmente, parece que se construye un muy completo esquema de interpretación de los MD que encontraremos en el corpus con la suma de estas tres perspectivas. Schiffrin explica y describe los diferentes niveles discursivos en que los MD construyen cohesión y Martín Zorraquino y Portolés y Fraser enlistan las funciones que estos MD cumplen en un contexto lingüístico más inmediato, los primeros mediante criterios sintácticos y semánticos y el segundo mediante criterios más pragmáticos.

El modelo de análisis

A partir de la teoría de la conversación, el ACD, los estudios de lengua y género y los MD, es necesario diseñar un método de análisis reproducible y consistente. No sólo eso, sino que tiene que ser suficiente para explicar relaciones de poder a partir de una base teórica previa en un inicio y de manera autónoma en un futuro. Debe ser riguroso, claro, y práctico. El objetivo de este modelo no es únicamente explicar una situación particular, sino ser aplicado al estudio de relaciones de poder entre, idealmente, todos los grupos sociales.

Para lograr dicho objetivo, se propone un análisis del funcionamiento de los MD concentrado en las instrucciones de procesamiento que estas unidades insertan en el discurso. Los factores estructurales, es decir, morfología y sintaxis, son importantes, pero se subordinan a la necesidad de explicar la función. Por ello, éste es un análisis pragmático, del uso lingüístico. La columna vertebral de este análisis funcional, será el modelo discursivo de Deborah Schiffrin (1987), de cinco niveles ya explicado: marco de participación, estado de la información, estructura de la acción, estructura del intercambio y estructura ideacional (p. 316).

A fin de realizar el análisis, el primer paso fue identificar los MD de las tres conversaciones recuperadas. Es importante hacer notar que éste es siempre un proceso de revisión continua. Muchas palabras fueron categorizadas inicialmente como MD para luego ser descartadas y viceversa. En primer lugar y más importante, se tomó en cuenta la definición operativa diseñada a partir de la revisión de la teoría previa. Por lo tanto, las entradas debían considerar los criterios de *amplia independencia sintáctica* y *un significado procedimental*. Otras características importantes de los MD fueron la *yuxtaposición* y *reduplicación*. En múltiples ocasiones se notó que una palabra que aparece acompañada MD antes y después, suele ser ella misma un MD. Esta cualidad se origina en la yuxtaposición de estas unidades para intensificar, mitigar o matizar sus significados al sumarlos con otras instrucciones de procesamiento provistas por otros MD. Igualmente, es posible intensificar el sentido de un MD al repetirlo una o más veces, lo que también facilitó la identificación. Finalmente, las respuestas de los oyentes fueron de suma ayuda, no sólo para la identificación,

sino también para la interpretación de los elementos de interés. Erving Goffman (1981) define las propiedades de una respuesta como sigue:

1. They are seen as originating from an individual and as inspired by a prior speaker.
2. They tell us something about the individual's position or alignment in what is occurring.
3. They delimit and articulate just what the 'is occurring' is, establishing what it is the response refers to.
4. They are meant to be given attention by others now, that is, to be assessed, appreciated, understood at the current moment.⁹ (p. 35)

Como conclusión de las propiedades anteriores, se puede decir que una instrucción de procesamiento incluida en un MD implica un acto ilocutivo al que corresponde un efecto perlocutivo. Las respuestas son la enunciación de tal efecto y, como enunciación, el resultado material del mismo. Gracias a ellas es posible acercarse considerablemente a las intenciones originales del hablante al que se responde. Si él no remarca un malentendido, se puede asumir con relativa certeza que la respuesta—el efecto—concuera con la intención, haya sido o no la deseada.

El análisis de los MD de interés dependió de las necesidades explicativas del fenómeno. O sea, no se utilizó un único método, sino que hubo un grado de adaptabilidad, no muy alto, que correspondió con los detalles que constituían las diferencias más significativas. Por lo

9 1. Se entienden como originadas por un individuo inspirado en un hablante previo. 2. Dicen algo respecto a la posición o alineamiento del individuo con lo que está ocurriendo. 3. Delimitan y articulan 'lo que está ocurriendo', en tanto que establecen aquello a lo que la respuesta atiende. 4. Se espera que sean atendidas ahora, es decir, que sean evaluadas, apreciadas y entendidas en el mismo instante.

general, se trató de aspectos afectivos y modales. Por esta razón, se plantean dos momentos del análisis.

Primero, se hizo una tabla general en el software *Google Sheets*, donde se vertieron todas aquéllas palabras que eran de interés. Las entradas fueron lematizadas. Esto quiere decir que las variaciones fonéticas y flexiones fueron agrupadas en una forma general. No todo MD identificado fue incluido en la tabla. La revisión de la literatura sobre lingüística, discurso y género, así como aquélla correspondiente a MD en ningún momento apuntó a diferencias sustanciales en el uso de *operadores argumentativos* u *ordenadores*, entre otros grupos. Por esta razón, MD como ‘porque’, o ‘primero’, no fueron incluidos. Esto no quiere decir que no exista la posibilidad de encontrar datos relevantes que apunten a un uso distintivo de estas palabras. Desde el diseño de la presente investigación se determinó la necesidad de respaldarse en investigaciones previas con las cuales contrastar los resultados obtenidos, así que, al no tener una base en torno a estos MD, no se consideraron adecuados. Los MD que sí fueron incluidos en la tabla recibieron un número correspondiente al orden de su identificación. Además se identificó también la conversación, el turno de aparición y el hablante que lo enunció. Se consideró también importante anotar si el hablante era de género masculino o femenino y, finalmente, se añadió el contexto de aparición para referencia rápida y una última columna para explicar detalles interesantes de su uso. Una vez completada una primera versión de esta tabla, se identificaron grupos de MD que, a primera vista, parecieron interesantes. A estos se les anotó el nivel principal de su funcionamiento según el modelo discursivo de Schifffrin (1987) y, en ocasiones, también según la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999). El Anexo I

muestra un ejemplo parcial del diseño. Cabe mencionar que esta no fue la etapa más fructífera del análisis, pero sirvió para comenzar a conocer los datos.

Después de lo anterior, se realizó una tabla aparte donde se enlistaron los MD encontrados y las estadísticas de aparición entre hombres y mujeres para cada uno. Además se añadió una columna con la tasa de aparición. Mediante el ‘Formato Condicional’ del software se subrayaron las entradas donde en una de las variables de género aparecieron más de nueve MD y aquellas donde la tasa de aparición reflejaba una diferencia de tres décimas o más. Así se identificaron los MD con la mayor disparidad de aparición entre hombres y mujeres.

Más importante que la diferencia individual entre los MD fue la diferencia entre grupos de MD con las mismas funciones. Cabe recordar que no es el objetivo hacer una caracterización de palabras en lo particular, sino utilizar el análisis de estas unidades para describir las relaciones entre los participantes. Por ello, son el uso de las funciones y señales de interpretación lo que interesa. A fin de ejemplificar, piénsese que lo que atañe es la función de un MD, cualquiera, para tomar el turno. Ninguna de sus formas—‘este’, ‘es que’, ‘mm’—explica por sí mismo una relación de poder, pero si la totalidad del uso de esta función es preponderante en uno u otro grupo social, entonces, probablemente se puede hablar de una relación asimétrica.

El puente teórico entre los MD y las relaciones de poder

La relación entre los MD y las relaciones de poder es, precisamente, el vacío teórico que esta tesis trata de subsanar. Como punto de partida, se está buscando una relación directa entre las relaciones de

poder y los MD sin ninguna otra estructura conceptual de por medio. Seguramente, las deficiencias se harán evidentes y hará falta mucho más trabajo, pero es posible usar el presente estudio de caso como una evaluación de las circunstancias y una prueba a fin de detectar las carencias y las vetas de interés.

Si los MD contribuyen a la estructuración e interpretación del discurso (Schiffirin, 1987, p. 55), su valor como unidad de análisis de las relaciones entre los participantes, como productores y receptores del discurso y usuarios de MD, se hace evidente. Las formas como el enunciador estructura y el oyente interpreta el mensaje dependen de sus expectativas sobre la interacción (Tannen, 1991, p. 53) y, por ello, no están exentas de un contenido ideológico subyacente, es decir, una idea de cómo debería llevarse a cabo el intercambio, cuáles son las prioridades y cuáles son los niveles de respeto y familiaridad.

Uno de los aspectos de las relaciones que se ha considerado importante desde el principio del presente estudio es el de la cortesía. Es bastante claro que las estrategias y expectativas sobre el comportamiento lingüístico de diferentes grupos sociales son un derivado de la educación que dichos grupos reciben y, a su vez, se codifica en lo que entendemos como cortesía. La cortesía es, por un lado, una actitud altruista donde se antepone al otro sobre uno mismo, pero también como un conjunto de normas que coaccionan la conducta de los individuos (Escavy Zamora, 2011, p. 140). En ese sentido, la cortesía es un conjunto de normas sociales de comportamiento mediante las cuales se puede explicar la discrepancia en las estrategias lingüísticas de hombres y mujeres. Dado el caso, esto representaría otra capa de control en la que se sostendría la relación de poder en cuestión, sin embargo, debido a las condiciones de extensión y tiempo, no se profun-

dizará en esta cuestión. Queda, pues, entendido que hace falta detallar en este aspecto, pero esta disertación se limitará a apuntar diferencias estadísticas de uso que se fundamenten en investigaciones previas.

Se concluye, entonces, que el análisis estadístico de funciones e instrucciones de procesamiento, más que de MD particulares, es el elemento que se usará para revelar formas de poder social en el discurso conversacional en cuestión. Estas funciones e instrucciones en conjunto reflejan distintas estrategias y, a su vez, habrá estrategias de mayor y menor control sobre el discurso. Finalmente, tal como propone la perspectiva del ACD, las estrategias que ejerzan mayor control sobre los elementos del discurso serán entendidas como las más poderosas. Todo este proceso se llevará a cabo en la base de los estudios previos de lengua y género como fundamento.

Para definir el control sobre el discurso a partir de los MD, se puede establecer un paralelismo entre el modelo discursivo de Schiffrin (1987, p. 316) y el de Norman Fairclough (1989, p. 46). El concepto de *relaciones* corresponde al *marco de participación*, el *contenido* corresponde a la *estructura ideacional*, la *estructura de la acción* y el *estado de la información*—aunque aquí se puede sumar el contenido proposicional de los enunciados que no existe en los MD—y, por último, los *sujetos* podrían entenderse como una categoría que toca tanto la *estructura del intercambio* como el *marco de participación* de manera parcial. Para finalizar, como último comentario hay que notar que todas las relaciones de poder social se expresarán de una u otra forma en el marco de participación, sin importar el nivel donde se ejerza el control de un elemento del discurso en específico.

Notas al final

i Respecto a ‘güey’ y otros MD dependientes del dialecto, véanse Palacios, Niktelol. “Algunos marcadores discursivos característicos del habla de los adolescentes mexicanos”. *Iztapalapa*, vol. 53, núm. 23, 2002, pp. 225–47 y Opazo Crisóstomo, Vania, y Francisca Valenzuela Céspedes. *Los marcadores discursivos hueón/hueona como indicadores de construcción de identidad de zgénero en la comunidad homosexual santiaguina*. Universidad de Chile, 2018.

VI. ANÁLISIS DE RESULTADOS

Como parte de los objetivos de la investigación, se formó una tabla con las características de los MD que se contemplaron para análisis en esta parte del trabajo. Como se ha comentado, esta tabla no es exhaustiva, ya que se excluyeron desde el principio palabras sin mucha fuerza emotiva o de modalidad, como los operadores argumentativos (‘porque’, ‘pero’, ‘aunque’). En la Tabla 3, se muestran todos los MD que sí se tomaron en consideración. Por el espacio disponible, no incluye todas las columnas de caracterización de los MD, ni las entradas individuales, sino que es una lista de todas las diferentes unidades.

MD	Hombres	Mujeres	Total
Supongo	0	1	1
Pues	9	8	17
¿no?	3	4	7

MD	Hombres	Mujeres	Total
Creo	1	7	8
Pero	7	21	28
Bueno	11	6	17
Entonces	9	5	14
Como que	1	0	1
O sea	4	6	10
Igual	1	0	1
Es que	28	10	38
Ah jajaja	0	8	8
Ah	19	26	45
Como	1	3	4
¿verdad?	2	3	5
Ay	1	9	10
Porque	4	8	12
No sé	2	1	3
Fijate	3	1	4
Pero	4	1	5
Acá	1	0	1
Nada más	1	1	2
Así	1	0	1
A ver	8	0	8
No manches	0	2	2
Y	0	1	1
El chiste es que	0	1	1
¿no crees?	0	1	1
Por ejemplo	0	1	1

MD	Hombres	Mujeres	Total
Fue como de	0	1	1
Luego luego	1	0	1
Ajá	1	6	7
Ya	2	3	5
Yo creo	6	1	7
No	10	1	11
Oh	0	6	6
Ujum	0	1	1
De acuerdo	0	1	1
Uy	0	1	1
Yo digo	7	5	12
Okey	28	9	37
Luego	1	3	4
También	0	2	2
Obviamente	1	3	4
¿te parece?	0	1	1
¿qué tal?	0	1	1
Aunque	0	1	1
Por eso	0	2	2
¿sí?	0	3	3
Aparte	0	1	1
Eso sí	0	1	1
Ih	0	2	2
Ya sé	1	1	2
Híjole	0	1	1
¿viste?	0	1	1

MD	Hombres	Mujeres	Total
Bien	0	2	2
Oye	0	1	1
Por favor	1	1	2
Jesus Christ	0	1	1
Y ya	0	1	1
En corto	2	0	2
Mira	4	0	4
Este	20	0	20
Mejor	4	0	4
Es más	1	0	1
Ash	2	0	2
Deja ver	1	0	1
Va	7	0	7
Rayos	1	0	1
Wey	1	0	1
Cierto	2	0	2
De hecho	1	0	1
Sí	1	0	1
Más bien	1	0	1
Además	2	0	2
Está bien	1	0	1
Eh	1	0	1
Siento	3	0	3
Espérate	2	0	2
¿qué te pasa?	1	0	1
Mamón	1	0	1

MD	Hombres	Mujeres	Total
Me caga	1	0	1
Qué menso	1	0	1
Acuérdate	1	0	1
En ese caso	1	0	1
Arre	2	0	2
Okey	1	0	1
Ey	3	0	3
Ahora	1	0	1
Yo diría	1	0	1
Mm	32	19	51
Um	1	3	4
Amm	4	0	4
Emm	3	1	4
Umm	1	1	2
Ehh	6	0	6

Tabla 3. MD considerados para el análisis.

A partir de la teoría y las investigaciones revisadas en capítulos anteriores, se identificaron cuatro fenómenos concretos que llaman la atención por su discrepancia estadística entre hombres y mujeres. Los dos primeros tratan estrategias predominantemente femeninas y los últimos dos giran en torno a aquéllas que son identificadas como mayoritariamente masculinas tanto en las conversaciones de este trabajo como en los casos de investigaciones anteriores.

Usos femeninos de los MD

Según Jennifer Coates (2013), el lenguaje femenino se fundamenta en la solidaridad y el apoyo (p. 126). Según Holmes (1984), en una conversación, las mujeres tienden a adoptar un rol facilitador y colaborativo (p. 75). Para Tannen (1991), la colaboración propia del lenguaje femenino facilita entablar relaciones personales (p. 31). Al mismo tiempo, para Paloma Trenado (2011), las cualidades del lenguaje femenino muchas veces relegan a las mujeres a roles pasivos (p. 170). También Robin Lakoff (1973) propone que las mujeres están constreñidas a estrategias menos directas que carecen de fuerza y expresividad (p. 57).

Además de los condicionamientos de las formas de comunicación, existen también prejuicios negativos sobre el habla femenina. Se piensa que es un lenguaje inseguro de sí mismo (Holmes, 1984, p. 75), que es emocional y carente de estructura (Coates, 2013, p. 17) e incapaz de expresar pensamientos complejos (Trenado, 2011, p. 170).

Partiendo de la premisa de que no hay razón lógica ni datos reales para concluir que el habla femenina es menos efectiva que la masculina ni inferior en ningún sentido, la presente disertación se plantea varias preguntas. ¿Cuál es el funcionamiento interno del lenguaje femenino en contraste con el masculino? ¿Cómo logra la comunicación? ¿Cuáles son las expectativas y costumbres de las mujeres en el discurso—la conversación en este caso? ¿Qué ideología sustenta los prejuicios al respecto? Y, ¿cómo los prejuicios y la estrategia discursiva femenina, si *a priori* no es inferior a la masculina, se insertan en la relación de poder que se asume? Mediante el análisis de dos grupos

de MD, los apéndices interrogativos y el MD ‘ah jajaja’, se espera dar respuesta a estas preguntas.

Los apéndices interrogativos como MD

Uno de los contrastes más relevantes en el uso de MD entre hombres y mujeres, encontrado luego de la comparación estadística de apariciones en la tabla de MD, es aquél existente entre MD con forma de pregunta. Rápidamente, se hizo notable una posible relación entre los MD y las ‘apéndices interrogativos’ (*tag questions*)ⁱ, cuyo uso, desde la publicación de “*Language and Woman’s Place*”, se ha relacionado con el habla femenina (Coates, 2013, p. 90; Holmes, 1984, p. 71; Lakoff, 1973, p. 53).

Un apéndice interrogativo es un enunciado con estructuras y significados que están a medio camino entre una afirmación y una pregunta (Lakoff, 1973, p. 54). Ana María Cestero Mancera, también les adjudica la función fática en tanto que controlan el contacto en la interacción (2019, p. 7)—lo cual ya establece relaciones con el significado procedimental de los MD. En las estructuras que se han recuperado de las conversaciones obtenidas en la presente investigación, se plantea el elemento final de pregunta como un MD. En el ejemplo (14), la participante A termina su turno con una afirmación que al final convierete en un apéndice interrogativo interrogativo—B es hombre. Según la interpretación que se hace en este análisis, el ‘¿no?’ final es un MD que indica la estructura de pregunta de la afirmación anterior. En contraste, al inicio de su turno hace una pregunta en forma negativa, donde ‘no’ funciona como adverbio y no como MDⁱⁱ en tanto que forma parte de la sintaxis oracional. Además, toda la oración, desde el inicio, tiene

un carácter interrogativo. Los MD con carácter de apéndice interrogativo que aparecieron en las conversaciones obtenidas son ‘¿no?’, ‘¿verdad?’, ‘¿no crees?’, ‘¿te parece?’, ‘¿qué tal?’, ‘¿sí?’ y ‘¿viste?’ En el Anexo L se pueden encontrar todas las entradas de MD que se tomaron en cuenta para esta sección.

(14)

45 A: ¿no te gustó **como** la dee Los Treinta y Uno? // sí es Los Treinta y Uno **¿no?**

46 B: Los Treinta y [Tres ¿los mineros?]

Según Robin Lakoff, existe un uso mayoritario de los apéndices interrogativos entre las mujeres y ello responde a la falta de certeza sobre lo que se está diciendo. Este es uno de sus argumentos para plantear que el lenguaje femenino expresa incertidumbre y titubea, mientras que el masculino es directo, asertivo y más fuerte en general (1973, pp. 51, 54). Sin embargo, aunque la autora también contempló los usos modales y de cortesía de los apéndices interrogativos, pocos autores tomaron en cuenta tales distinciones, debido a lo cual, las investigaciones que han evaluado el uso de estos interrogativos muchas veces se limitan a una comparación estadística sin consideración del uso particular que se hace de ellos en cada caso (Holmes, 1984, p. 71).

Ciertamente, existen otras funciones de los apéndices interrogativos más allá de la mera confirmación de una proposición. También tienen una función “expresivo-apelativa y fática” de control de la interacción. Así, la totalidad de funciones se puede desglosar en reafirmación o justificación del yo, retardos en la comunicación, llamadas de atención y fórmulas exhortivas que invitan a la participación (Cestero Mancera, 2019, p. 11). Estas funciones pueden agruparse en usos con

significado *modal* y significado *afectivo*. El primero se centra en el hablante y su imagen, ya sea revalidando o minimizando responsabilidad ante sus aportaciones y el segundo está relacionado más bien con el interlocutor y se vincula con la cortesía (Cestero Mancera, 2019, p. 11; Coates, 2013, p. 91). La reafirmación y justificación de lo que se dice entran en la categoría modal y las exhortaciones y llamadas de atención en la categoría afectiva. Como parte de la función afectiva, Janet Holmes identifica una división entre aquellos interrogativos que sirven para fomentar la fluidez de la conversación, a los que llama ‘*facilitadores*’, y los que cumplen una función de ‘*atenuadores*’ y “constituyen una estrategia de cortesía negativa” con la que se suavizan enunciados que pueden afectar la imagen del oyente, tales como órdenes (Holmes, 1984, p. 71).

Contrario a las expectativas populares y de las investigaciones iniciales, cuando se ha hecho recuento de las tasas de aparición, se ha revelado que ambos géneros hacen uso de los apéndices interrogativos con frecuencias similares (Coates, 2013, p. 92; Holmes, 1984, p. 72). Las diferencias se encontraron en el tipo de interrogativo que usaron, como se puede ver en la Tabla 4. Las mujeres utilizaron la función afectiva, particularmente la facilitadora, con una frecuencia mucho mayor. Esto significa, además, que, proporcionalmente, el uso de interrogativos con función modal y carga de incertidumbre—lo mismo que de refuerzo—es menor en el género femenino también.

Función del apéndice	Femeninos	Masculinos	Total
Modal	18	25	43
Afectivo facilitador	30	10	40
Afectivo atenuador	3	5	8
Total	51	40	91 ⁱⁱⁱ

Tabla 4. Adaptado de Holmes (1984, p. 72)

Las tasas de aparición de MD de este tipo encontrados en las conversaciones analizadas en este trabajo—las cuales se pueden ver en la Tabla 5—coinciden en buena medida con lo que se esperaba a partir de las investigaciones de Janet Holmes. Muchas de ellas están incluso más pronunciadas, aunque cabe resaltar la poca relevancia estadística del estudio de caso en cuestión. Los mayores contrastes se encuentran en la totalidad de los apéndices interrogativos—donde en este caso se encuentran números más cercanos a lo que sería la expectativa popular *a priori*—y en la diferencia de facilitadores en favor de las mujeres, todavía mayor. A pesar de la escasa evidencia estadística que se puede ofrecer, vale la pena destacar la posible validez de análisis cuantitativos en español que, en un futuro, podrían obtener conclusiones distintas a las de la investigadora británica.

Función del apéndice	Femeninos	Masculinos	Total
Modal	3	4	7
Afectivo facilitador	9	1	10
Afectivo atenuador	1	0	1
Total	13	5	18

Tabla 5. Apariciones de apéndices interrogativos obtenidos en la presente investigación.

Es interesante notar una diferencia clara entre las respuestas que los apéndices interrogativos modales propician y las de los afectivos, lo cual facilitó considerablemente su identificación. La alternancia de turnos que regularmente sigue a un apéndice interrogativo es mínima en el caso de los interrogativos modales. De un total de siete apariciones, cinco consisten en respuestas que atienden únicamente a la solicitud de información. Tal como se puede ver en el ejemplo (15) F y E, ambos hombres, tienen un intercambio donde, luego de una intervención relativamente extensa, F introduce el apéndice interrogativo ‘¿verdad?’ y, aunque E intenta conseguir un turno completo para dar una respuesta elaborada, F vuelve a intervenir rápidamente^{iv}. Entre todos los interrogativos modales se encontraron otros tantos ejemplos como éste en que apenas se permiten respuestas como ‘sí’, ‘no’ u ‘okey’. De hecho, pareciera que los participantes son conscientes de cuándo se trata de un interrogativo modal y cuándo de uno afectivo. Al parecer que la posición y la entonación son también indicios de su significado procedimental (Cestero Mancera, 2019, p. 12), pero, lamentablemente, análisis de esa índole quedan fuera de los alcances de la presente disertación.

(15)

132 F: noo no / me caga el doblaje↑ de Anne Hathaway // como tenemos tiempo yo creo que podemos o sea / si se nos acaba el tiempo ya / pusimos ésa / sí pero yo creo que la podemos °(catafixiar)° / y era dee / de drama, ¿verdad?

133 E: **ehh** pue(s)

134 F: **bueno** cuenta como algo ahí↑ re / algo ahí rarillo↓ // estee

Tal parece que los MD con función de apéndice interrogativo modal, contrario a los afectivos, trabajan principalmente en el nivel discursi-

vo del *estado de la información*—al indicar una falta de información que potencialmente pueda resolver el interlocutor—y sus consecuencias en la *estructura del intercambio*—al ceder el turno—son inintencionadas. Es decir, el hablante necesita solicitar cierta información para poder desarrollar su turno, pero, al mismo tiempo, sabe que hacer una pregunta implica ceder el turno, cosa que no quiere hacer puesto que no ha concluido. En ese sentido, los apéndices interrogativos son la forma mínima de hacer preguntas, con la que se espera que el interlocutor entienda que no debe tomarse un turno completo, sino responder de manera concreta y nada más.

A partir del corpus obtenido, no parece que sea el significado del MD la característica definitoria del valor del apéndice interrogativo en el discurso, aunque sí destaca ‘¿no?’ como mayoritariamente de uso modal. Otro muy usado con la misma intención es ‘¿verdad?’, pero éste también aparece frecuentemente con un uso afectivo. De hecho, ‘¿verdad?’ en su función facilitadora es muy interesante en términos de MD porque establece relaciones tanto en la *estructura del intercambio* como en el *estado de la información*, la *estructura de la acción* y el *marco de participación*. Tómese en cuenta el ejemplo (16) de dos mujeres conversando, donde se podrán desarrollar varios de los puntos hasta aquí mencionados.

(16)

107 C: yo también / por eso me acordé / **bien** / **entonces** / El Diario de la Princesa (4^a) ¿y si la cinco es el diario El Diablo Viste a la Moda?

108 D: §sí

109 C: ¡¿verdad que sí?! ↑

110 D: §sí

111 C: **bien** / **o sea** / ME LLEGÓ / ME LLEGÓ

112 D: y yo no lo dudé [jejeje]

En este caso se interpreta que ‘¡¿verdad que sí?!’ es un MD que funciona como apéndice interrogativo afectivo facilitador. Nótese que la respuesta de D siguiente a la pregunta de C es la mínima; un simple ‘sí’. A pesar de ello, existen varias condiciones que llevan a pensar que es imposible interpretarlo de otra forma. Primero y más concluyente es el hecho de que no hay manera en que C no tenga la información por la cual pregunta; en (16-108) D ya confirma el asunto en cuestión. Además, el énfasis con que C enuncia, parece implicar que la confirmación de C tiene implicaciones emotivas para D y ella desea profundizar en ellas; concretamente, busca que C dé su punto de vista al respecto. C parece no notarlo o tener dificultades para elaborar un turno, así que D sigue facilitando al especificar el punto que quiere desarrollar. Esto da pistas sobre la intención original de C, que parece ser el énfasis en el acuerdo logrado entre ellas.

En términos del modelo discursivo de Schiffrin, ‘¡¿verdad que sí?!’ está funcionando primordialmente en el nivel de la *estructura del intercambio*, ya que está invitando a D a tomar un turno en el cual dar su opinión. En segundo lugar, está funcionando en el *estado de la información* no como lo haría un interrogativo modal de incertidum-

bre, sino con una modalidad de refuerzo. Es similar a lo que haría el MD ‘obviamente’, en tanto que hace referencia al conocimiento compartido por los participantes. Si se admite esta característica en el ejemplo dado, se estaría hablando de un caso híbrido entre la afectividad y la modalidad—pero modalidad de refuerzo y énfasis, específicamente. Además del efecto positivo del conocimiento compartido—más relevante aún: una opinión subjetiva compartida—, cabe mencionar que el acuerdo que se consigue en el intercambio es el último requerido para concluir la actividad, lo que significa que con él lograron acabar la conversación que se les había solicitado. En este sentido, el MD en cuestión también tiene la carga emocional de haber completado juntas una actividad. Tanto el acuerdo como la conclusión de la tarea solicitada, son acciones logradas mediante el propio discurso conversacional y por eso se interpreta que ‘¡¿verdad que sí?!’ funciona también en el nivel de la *estructura de la acción*. Finalmente, tanto el acuerdo como las acciones conjuntas estimulan la relación personal entre las participantes. Como se puede ver en (16), C buscaba desde la enunciación del MD, enfatizar su valiosa aportación y con ello cultivar su imagen social, lo cual sucede en el *marco de participación*. No sólo contribuyó al logro, sino que también acertó espontáneamente a decir una película que les gusta a ambas y eso refleja un buen conocimiento de su interlocutora. En ese sentido, ella no busca posicionarse por encima de D, sino acercarse y fortalecer la relación.

Finalmente, de los fenómenos que se han desarrollado hasta este punto de la investigación, se pueden obtener una serie de conclusiones sobre las estrategias discursivas masculinas y femeninas que los participantes hombres y mujeres utilizaron en las conversaciones grabadas. Primeramente, contrario a la investigación de Janet Holmes sobre

el mismo tema, las mujeres sí usaron más apéndices interrogativos que los hombres. Esto podría ser a causa de la pequeñez de la muestra, pero también podría ser indicio de una mayor brecha en el uso de estas formas en español de México o Aguascalientes en comparación con el inglés. Segundo, en concordancia con la teoría previa, la mayor diferencia entre hombres y mujeres en cuanto al uso de apéndices interrogativos está en la función que les dan. Los hombres hacen un mayor uso de interrogativos modales de confirmación y las mujeres parecen preferir los afectivos facilitadores. Estos usos, según Coates y Holmes, se pueden relacionar con estrategias generales y expectativas que los hablantes tienen en torno a la interacción: los hombres parecen competir por los turnos, mientras que las mujeres acostumbran cederlos y estimular el habla de su interlocutor (Coates, 2013, p. 92; Holmes, 1984, p. 75).

Las diferencias de uso de los apéndices interrogativos comentadas en estas páginas podrían entenderse desde la perspectiva de las diferencias culturales como una diversidad de estrategias discursivas donde ninguna es intrínsecamente mala o buena. Así es y cada una de ellas tiene ventajas y desventajas que se pueden aprovechar en diferentes contextos comunicativos. Sin embargo, se nota un problema a partir de los conceptos de ideología y naturalización de Norman Fairclough (1989, p. 33), en tanto que un grupo social ha adoptado una estrategia que consiste en ceder y el otro una que consiste en tomar turnos de habla. Ambas forman parte de las expectativas de hombres y mujeres, lo que implica que sus formas de hablar respectivas son parte de la ideología de nuestra sociedad. La presencia entre la gente de una idea arraigada de que las mujeres deben callar y los hombres hablar es una conclusión a la que se ha llegado en otras investigaciones también

(Coates, 2013, p. 118). Ambas estrategias pueden ser positivas, pero cuando ciertos grupos están restringidos a una, aunque sea inconscientemente—ideológicamente—, es que las diferencias en el uso lingüístico están estableciendo relaciones de poder.

Por el lado de los MD, se puede decir que la perspectiva de Schiffrin, aporta un profundo detalle al análisis de la interacción. Esto no demuestra todavía la validez de los MD como una unidad de análisis relevante para el estudio de las dinámicas de poder, pero es un punto a favor. De hecho, es particularmente útil como primer argumento en tanto que buena parte del análisis ya se ha realizado desde el tema de las *tag questions*.

Finalmente, aunque en este estudio no se puede ser concluyente al respecto, tal parece que los apéndices interrogativos se pueden entender como un subconjunto de los MD. Uno de los aspectos más interesantes de aproximarse a ellos desde esta perspectiva, es que se han estudiado mucho y aportan datos e interpretaciones que no se han hecho respecto a otros MD. La clasificación de Holmes entre modales y afectivos es muy práctica y se adapta perfectamente al modelo de análisis de MD de Deborah Schiffrin. De hecho se puede hacer una relación bastante sólida entre interrogativos modales y MD de función primaria en el estado de la información; afectivos facilitadores y MD de función primaria en el marco de participación y; afectivos atenuadores y MD de función primaria en la estructura de la acción. De poder aplicarse esta interpretación, la lingüística se estaría acercando a una clasificación funcional más práctica de los MD. Por lo menos, se podrían complementar las categorías de Fraser, Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, con una nueva clase: los MD apéndices interrogativos modales, afectivos facilitadores y afectivos atenuadores.

La risa y MD de mitigación de la opinión

Otro fenómeno muy interesante en el discurso femenino, aunque con mucha menos evidencia estadística, es la mitigación de la opinión. La mitigación es una estrategia de mantenimiento y recuperación de la *imagen* pública y, por ende, una forma de cortesía. Está íntimamente relacionada con los rodeos y titubeos (*hedges*) que expresan incertidumbre y que Lakoff entiende como integrantes del habla femenina (Holmes, 1984, p. 61). En estos casos, lo que se mitiga es un posible desacuerdo (Móccero, 2010, p. 72), por lo que se trata de corregir los efectos de una amenaza a la imagen del interlocutor y, así, esta acción forma parte del *proceso correctivo* del trabajo de imagen (Goffman, 1967, p. 19).

Según Erving Goffman (1967), una de las formas del proceso correctivo es hacer ver la amenaza como una broma que no debe ser tomada en serio (p. 20). Plantear una opinión o una aseveración como una broma permite convertir un posible conflicto en una oportunidad para establecer una conexión de simpatía entre los participantes mediante la risa. En la experiencia de Claudia Chapetón Castro (2009), la risa en el salón de clases sirve para “release tension and to create a relaxed, comfortable atmosphere in which everyone is welcome to participate”¹. Según esta autora, aunque ésta no puede considerarse un MD, es interesante porque aparece frecuentemente y también sirve para señalar la presencia y participación—nótese que hablar de señales de participación tiene una fuerte similitud con las funciones

1 Liberar la tensión y crear una atmósfera relajada y reconfortante en la que todos están invitados a participar (trad.)

de los MD, aunque este tema deberá quedar al margen y a disposición de otras investigaciones.

En las conversaciones recuperadas, se obtuvieron múltiples señales de mitigación de las proposiciones. Por ejemplo, estructuras como ‘yo creo’, o simplemente ‘creo’ al inicio o al final de una proposición fueron frecuentes a la hora de expresar opiniones. De entre estas expresiones, sobresale el uso del MD ‘ah’ seguido de una risa, lo que se registró como ‘ah jajaja’. Al igual que en el trabajo de Chapetón Castro (2009), aquí no se piensa plantear la risa como un MD, pero independientemente de ello, se puede hablar con seguridad, por lo menos, del MD ‘ah’. La presencia de la risa es un indicador del uso particular de ‘ah’ que es de interés. No sería imposible encontrar este MD cumpliendo la misma función sin ella, pero en las conversaciones analizadas no hay presencia de algo así. La risa puede ser más o menos extensa, pero en todos los casos se sigue la misma estructura: S1+‘ah jajaja’, donde S1 es una proposición, generalmente la propuesta de una película. Por lo tanto, se puede decir que se está hablando de un uso muy concreto y regular.

Un ejemplo de este MD se puede ver en (17-29), donde A, la hermana, propone *Toy Story* para la lista de sus películas favoritas. Ella hace su propuesta en forma de pregunta, lo cual ya es una técnica de mitigación de la fuerza ilocutiva de la propuesta al dar a B, el hermano, la opción de negarse sin entrar en conflicto con ella. Además, agrega el MD ‘ah jajaja’, pero es evidente que intenta plantear una propuesta seria cuando redobla la propuesta con ‘¿no?’ A partir de este ejemplo podría decirse, entonces, que A está tratando de ingresar una película en la lista sin ser descortés, lo que la lleva a titubear entre su intención ilocutiva y la evasión de un potencial efecto perlocutivo negativo.

(17)

29 A: *¿Toy Story?* → **ah jajaja** [¿no?]30 B: **mm** [nah] yo no

La aparición del MD ‘ah jajaja’ fue muy irregular y, por lo tanto, es difícil asegurar la certeza de las conclusiones que se harán en esta disertación. Del total de 8 apariciones registradas en el corpus, todas se encuentran en la categoría de género femenino y, Más aún, todas fueron enunciadas por la participante A. Debido a lo anterior, es importante tener en mente la posibilidad de que se trate de una variante de *estilo*; de uso personal de la lengua, y no de un fenómeno extrapolable a todo un grupo social—las mujeres, en este caso. La Tabla 6 refleja la aparición del MD entre los participantes.

Género	Mujeres			Hombres		
	A	C	D	B	E	F
Participante						
Apariciones	8	0	0	0	0	0

Tabla 6. Aparición de ‘ah jajaja’ entre los participantes.

Si bien, sólo una participante de tres hizo uso del MD en cuestión, hace falta recalcar que esto sucede únicamente en la conversación de género mixto. Este tipo de resultados deben esperarse de un estudio de caso, pero no por ello deben ser ignorados. Una causa podría ser el hecho de que sólo en la conversación mixta es necesario hacer uso de la mitigación. Según Janet Holmes (1984), es el subordinado quien debe tener cuidado de no ser descortés y también es quien tendrá dificultades para hacer valer sus afirmaciones (p. 59). Si se asume que la relación de poder que se está analizando existe no entre los individuos, sino

entre los grupos sociales, no hay razón por la que ésta surgiría entre iguales. Esto ciertamente coincide con la dinámica de la Conversación 1 (Anexos C y D), donde A siente dificultades para lograr que B colabore con la conversación y las expresa, como se puede ver en (6). Por lo tanto, una interpretación sería que, dada una relación desigual de poder entre A, mujer, y B, hombre, la participante siente la necesidad de mitigar constantemente la fuerza ilocutiva de sus enunciados para poder participar sin ser interpretada como descortés.

Sin embargo, la interpretación de que la mujer es un ente indefenso en la relación de poder cae en la perspectiva del déficit que, como se ha comentado anteriormente, está superada actualmente. En lugar de plantear el funcionamiento del MD como una herramienta de sumisión, es posible también entenderla como una estrategia discursiva que busca el desarrollo óptimo de la interacción, sin dejar de lado la relación de los grupos sociales involucrados. Retomando el breve comentario de Chapetón Castro (2009), la risa funciona como constructora de un entorno reconfortante y agradable para la interacción, donde todos son bienvenidos. En ese sentido, el MD 'ah jajaja' forma parte de una estrategia discursiva que está enfocada en el refuerzo de la relación entre los participantes, más que en el valor transaccional de la conversación—lo que en este caso es la realización efectiva de una lista conjunta de películas favoritas.

Autores como Deborah Tannen (1991) consideran que es común la idea de que el discurso masculino es más transaccional y el femenino es más interaccional (p. 31). Por ello, no es descabellado pensar que la intención de A no es únicamente mitigar la incomodidad que sus intervenciones pueden producir en B, sino generar para él un espacio de comunicación cómodo y, así, igual que sucede con los apéndices

interrogativos, propiciar su expresión personal. Así pues, el MD tiene una función afectiva doble, tanto atenuadora como facilitadora. La atenuación trabaja en los niveles de la estructura de la acción: reduce la fuerza ilocutiva del mensaje y así también su efecto perlocutivo; y en el marco de participación: refuerza la relación entre los participantes. La facilitación, como se ha tratado en la sección anterior, funciona en los mismos niveles y, además, en la estructura de la interacción, al ceder y promover el turno del interlocutor. Es importante notar que el MD ‘ah jajaja’ busca un efecto perlocutivo muy concreto: la risa. Su objetivo principal es convertir una proposición, sin descartarla, en una broma que sitúe a los oyentes en sintonía con el hablante mediante la risa conjunta. Obsérvese en el ejemplo (18) cómo A, mujer, insiste en el uso de esta estrategia cuando B responde negativamente. Ella introduce el MD en (18), pero B, hombre, responde con una negativa relativamente fría, así que ella vuelve a intentarlo en (18). En esta ocasión, quizá porque ahora entiende B el propósito de A, él sigue el juego. Todavía en (18), A ríe, aunque sin el MD ‘ah’, pero B no continúa. Póngase mucha atención a la efectividad de esta estrategia discursiva, pues, aunque en un inicio se ha entendido que no tiene un enfoque transaccional sino interaccional, sí sirve eficazmente al objetivo de la actividad planteada, ya que facilita que B responda con otra propuesta—incluso si es a manera de “juego”. Desafortunadamente, B cambia rápidamente la dinámica por una más transaccional en (18).

(18)

27 A: **ah** ¿pero para favoritaa? ↑ [**ah jajaja**]28 B: [**uumm**↑] (ACLARA LA GARGANTA)29 A: ¿*Toy Story*? → **ah jajaja** [¿no?]30 B: **mm** [**nah**] yo no31 A: **umm** // je Bob Esponja **ah jajaja** [la película]

32 B: [la pel Los] Simpsons

33 A: § Los Simpsons / la película jejeje

34 B: je /// **ammm** ¡HACHIKO!

El MD ‘ah jajaja’ es uno sumamente interesante para el estudio general de estas unidades. En primer lugar, es una puerta abierta para finalmente integrar a la risa, no sólo a los MD, sino a las unidades lingüísticas en general. Si la risa llega a consolidarse como un factor característico y definitivo del MD aquí comentado, será muy difícil argumentar en contra de su cualidad verbal, más allá de una reacción fisiológica. En segundo lugar, es un ejemplo crucial de los mecanismos estratégicos del discurso femenino—la aproximación cooperativa en comparación con la competitiva—y su aplicabilidad efectiva. Además, cabe mencionar que ‘ah’ es un MD muy frecuente, que aparece en situaciones muy distintas. Su análisis puede contribuir a la comprensión de la multifuncionalidad de los MD.

Por el lado de las relaciones de poder, tal como con los apéndices interrogativos, se puede plantear el problema desde dos perspectivas. *A priori*, se ha pensado que titubeos y rodeos (*hedges*) como estos representan indicios de inseguridad entre las participantes femeninas (Holmes, 1984, p. 59; Lakoff, 1973, p. 56; Móccero, 2010, p. 76; Serrano, 1997, p. 284). El problema de esta interpretación es que plantea que las mujeres asumen un rol sumiso y esto sólo tiene sentido

en una estructura asimétrica de poder que no tiene necesariamente que ser. Es decir, entender la conversación en un marco maniqueo de dominio o sumisión significa caer en una aproximación competitiva de la misma y sesgar la interpretación de las actitudes de hablantes que, potencialmente, no comparten esa perspectiva. En cambio, hace falta entender que, si bien, existe una estructura de poder, ésta no necesariamente está expresada en los roles de participación; en lo que Fairclough (1989) denomina la categoría de *sujetos* (*subjects*) (p. 46). Primeramente, porque la conversación, en teoría y como se planteó en la actividad, no da lugar a roles asimétricos y, en segundo lugar, porque es posible que los participantes no estén activa y conscientemente adoptando roles.

Una segunda reflexión del problema lleva a pensar que son las diferencias en las estrategias discursivas y el abuso de estas diferencias lo que permite las relaciones de poder. Si bien, los MD apéndice interrogativos y los metadiscursivos conversacionales de toma y posesión de turno dan luz sobre una dinámica de concesión de parte del género femenino y ganancia y control del género masculino, ‘ah jajaja’ permite ver una perspectiva más amplia de las dinámicas de relación entre ambos géneros. Dentro del orden discursivo conversacional, la estrategia femenina, que se puede también entender como la estrategia cooperativa, se enfoca en el desarrollo de las relaciones de los participantes; es decir en la interacción. A partir de los MD analizados hasta aquí, no se puede realmente concluir que la estrategia masculina es competitiva, pero sí que está más enfocada en el aspecto transaccional de la conversación. Es decir, en lograr objetivos y resolver problemas. Con esto no se busca proponer que las mujeres analizadas no se enfocaron en la meta final de la actividad que

se les asignó. De hecho, podría decirse que, si bien usaron una ruta indirecta, sus estrategias fueron incluso más eficientes que las masculinas. Por un lado, la Conversación 2 (Anexos E y F) fue en la que las participantes cumplieron la actividad en el menor tiempo y, por otro, ejemplos como (18) muestran la efectividad de tales métodos a la hora de fomentar la participación del otro. Todo lo cual demuestra la importancia de reconocer el valor de las diferentes aproximaciones a las situaciones comunicativas. Aun así, no se puede negar la existencia de una relación de poder, en tanto que existe la ideología de que la actitud transaccional y directa es mejor que la interaccional e indirecta (Tannen, 1991, p. 30). Como se ha planteado a partir de los ejemplos expuestos en esta sección, no existe razón para sostener una idea como esa y, por lo tanto, debería ser claro que se trata de un pensamiento fundado en una ideología machista. Concretamente, esta idea perpetúa la noción de que, en general, el discurso masculino es superior y más completo que el femenino (Coates, 2013, p. 18; Tannen, 1991, p. 31). En ese sentido, analizar formas discursivas marginadas, tal como la femenina, cumple con la vital tarea de revalorizar estas variedades y asignarles relevancia académica y, quizá en un futuro, pública. Además, demostrar los mecanismos de su funcionamiento efectivo, da pie a un replanteamiento de las estrategias de comunicación efectiva y ofrece una diversidad en las mismas que puede propiciar mayor adaptabilidad a las necesidades de una situación comunicativa dada.

Usos masculinos de los MD

Coates (2013) comenta que el discurso masculino es más competitivo, jerárquico y está basado en el énfasis de su individualidad y la búsqueda

da de poder (p. 126). También se suele entender que los hombres al hablar prestan mayor atención al valor transaccional de la interacción que a la relación personal que está en juego (Tannen, 1991, p. 31). Además, el habla masculina también está ligada a estereotipos y prejuicios. Tannen (1991) resalta la imagen del hombre fuerte y callado como un ideal de padre, esposo y amante (p. 137). Contrario a los la idea popular, se ha identificado que los hombres hablan más y suelen tomar el rol de experto (Coates, 2013, p. 134).

Al igual que con los usos femeninos de MD, mediante el siguiente análisis, se espera encontrar respuestas para las siguientes preguntas: ¿cómo funciona la estrategia competitiva de los hombres? ¿Cómo esta estrategia les permite tomar el control de los elementos del discurso? Y, ¿qué efectos tiene para los participantes masculinos la dinámica conversacional que se establece a partir de las diferencias con los usos femeninos?

MD de toma y preservación del turno

Uno de los fenómenos más evidentes es el uso de uno o más MD que parecen servir como indicación de la toma de turno y control de la palabra. Elementos recurrentes correspondientes con este uso son ‘este’, ‘es que’ y ‘mm’. En el Anexo M se pueden encontrar todas las entradas de MD que se tomaron en cuenta para esta sección. Éstos no sólo sirven al propósito de ganar la palabra, sino también para preservarla, pero además, tienen distintas cargas de modalidad epistémica.

El modelo de toma de turnos de Sacks, Schegloff y Jefferson contempla la importancia de la fluidez en el cambio de turnos. Especialmente en los puntos 1) “no habla más de una persona a la

vez”; 2), “los solapamientos (...) son comunes pero breves”; 3) “las transiciones más comunes entre un turno de palabra y el siguiente son las que se producen sin intervalos ni solapamientos, o las que se producen con un breve intervalo” (Tusón Valls, 2002, p. 137). Con estos puntos en mente, se puede pensar en un cambio ideal de turno donde el locutor concluye su enunciado e inmediatamente inicia el turno del interlocutor. Este proceso requiere de una coordinación muy precisa por parte de todos los participantes, y no se puede decir que se cumpla en todos los casos, sino que frecuentemente se intenta cumplir. Por eso se contemplan los solapamientos, aunque sean indeseados, en el segundo punto.

Para facilitar el cambio fluido de turno, los MD se presentan como señales de la organización propuesta *in situ* por los participantes. Comenzando por su posición en el enunciado, estas palabras contienen en sí funciones de organización discursiva que pueden indicar el inicio, mantenimiento o cierre del turno^v (Montañez Mesas, 2007, p. 4). Las funciones de organización interna del discurso, en este caso la conversación, corresponden generalmente al nivel de la *estructura del intercambio*, en términos de Schifffrin (1987, p. 24) y, por lo tanto, éste es el nivel primordial de funcionamiento de estos MD. Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), por su parte, clasifican a los elementos con este tipo de funciones como *metadiscursivos conversacionales*—en los que incluyen ‘ya’, ‘sí’, ‘bueno’, ‘eh’, ‘este’—e identifican en ellos otras funciones, tales como la confirmación de la recepción y comprensión del mensaje (p. 4143), las cuales también serán importantes para el análisis, pero forman parte más bien del nivel del *estado de la información*. En (19-46), un intercambio entre dos hombres, se puede ver un ejemplo de F utilizando el MD ‘este’ para

iniciar su turno, pero también para mantenerlo, a pesar de los múltiples intervalos de silencio que permite.

(19)

44 F: haay que brincar una / para no perder tiempo

45 E: **okey**

46 F: **estee** acción oo **bueno** fantasía // [yo] **diría estee** /// **ahh**

47 E: [fantasía] / *Let it* / no

Las conversaciones del corpus presentan una amplia variedad de MD de esta clase: ‘okey’, ‘ajá’, ‘pues’, ‘bueno’ y muchos otros. Sin embargo, ninguno de estos presentó un índice de apariciones irregular o sobresaliente, por lo menos estadísticamente. En cambio, se encontró una considerable diferencia en tres de estos metadiscursivos conversacionales: ‘este’, ‘es que’ y ‘mm’. La mayor parte de las apariciones de estos corresponde a hombres con una ventaja amplia. En el caso de ‘este’, 21 (100%) apariciones corresponden a hombres, 23 (74%) en el caso de ‘es que’ y 31 (62%) para ‘mm’. En total, los hombres acaparan el 73,5% del uso de estas palabras. La Tabla 7 refleja las apariciones tanto en hombres como en mujeres.

	Hombres	Mujeres	Total
este	21	0	21
	100%	0%	20,5%
es que	23	8	31
	74,1%	25,8%	30,3%
mm	31	19	50
	62%	38%	49%
Total	65	27	102
	73,5%	26,4%	100%

Tabla 7. Apariciones de metadiscursivos conversacionales analizados.

Si se admite que los MD presentados en esta sección están funcionando como iniciadores y preservadores del turno, se puede decir que, en términos de MD, los hombres presentan un mayor uso de herramientas de posesión del turno. Sin embargo, cuando se analizan de manera específica las proporciones de uso individuales entre todos los participantes, se revela un fenómeno más complejo. Como se puede ver en Tabla 8, ‘mm’, el más balanceado de todos los metadiscursivos analizados, concentra sus apariciones entre los participantes A y B, de la Conversación 1 (Anexos C y D) y F concentra ni más ni menos que el 95,2 % de las incidencias de ‘este’ y el porcentaje restante corresponde a E, con lo que el MD aparece únicamente en la Conversación 3 (Anexos G y H). Esto no demerita la amplia ventaja estadística que tienen los hombres en el uso de estas palabras. Después de todo, de los hombres es únicamente uno el que no hace uso de ‘este’ y en el resto de MD son proporcionales las diferencias de aparición entre hombres y mujeres. Lo que estos porcentajes plantean es la cuestión de la presencia de una posible variación ideolectal—es decir, del *estilo* particular

de los hablantes muestreados—que sesgue el análisis de fenómenos sociolectales de mayor amplitud. Por consecuencia, es necesario obtener una muestra de hablantes más amplia y representativa para poder hacer conclusiones categóricas. Aun así, es posible usar el material presente en esta tesis para contrastar un análisis de MD con otros análisis discursivos de diferencias entre hombres y mujeres a la hora de participar en la conversación, tales como la de Herring (1992; 1995) y Holmes (1984).

Participantes						
MD	A	B	C	D	E	F
‘mm’	28,5 %	40,8 %	10,2 %	2 %	8,1 %	10,2 %
‘es que’	9,6 %	22,5 %	12,9 %	3,2 %	6,4 %	45,1 %
‘este’	0%	0 %	0 %	0 %	4,7 %	95,2 %

Tabla 8. Porcentajes de uso de los MD analizados para cada participante

Si bien, hasta aquí se ha hablado de la función de los metadiscursivos conversacionales como señales de control del turno, ésta no es la única función de las palabras analizadas y no siempre es su función principal. En los tres casos particulares a tratar, los niveles donde ejercen más influencia son el *marco de participación*, el *estado de la información* y la *estructura ideacional*. El MD ‘es que’ fue el único que presentó una función en el nivel de la estructura ideacional realmente significativa, si se comparan sus nueve incidencias con las nulas de ‘este’ y la única de ‘mm’. En cambio, ‘este’ y ‘mm’ presentaron más frecuentemente una función en el marco de participación con veinte apariciones cada una contra dos de ‘es que’. Finalmente, en el estado de la información presentaron una incidencia ‘este’, veinte ‘es que’ y dieciséis ‘mm’. A continuación, en la Tabla 9 se desglosa la rela-

ción de las apariciones de los MD con sus funciones en los niveles discursivos más relevantes.

	‘Este’	‘Es que’	‘Mm’	Total
Estructura ideacional	0	9	1	10
Marco de participación	20	2	20	42
Estado de la información	1	20	28	49

Tabla 9. Relación de MD y nivel discursivo de funcionamiento.

Vale la pena mencionar que la función de control de turno es muy común en los MD en general, en buena medida debido a su capacidad de organizar la información (Meneses, 2000, p. 320), y todos los MD analizados en esta sección cumplen con ella. La Tabla 9 refleja el nivel prioritario en los contextos respectivos, pero no es excluyente. Con esto en cuenta, nótese que, si bien ‘es que’, no tiene más que una entrada en el marco de participación, esto no quiere decir que no funcione en ese nivel, sino que su significado procedimental destaca más en otros; de hecho, todas las apariciones de MD que se contemplan en esta sección son entendidas como parte del marco de participación en mayor o menor medida. Por otra parte, la relevancia de estos meta-discursivos conversacionales en particular radica, primero en las diferencias de aparición, pero también en la presencia de ciertas fuerzas expresivas propias de cada uno de ellos.

Además de la función metadiscursiva, Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) identifican dos fuerzas que los MD conversacionales pueden transmitir: la *modalidad deóntica* y la *modalidad epistémica*,

dos categorías cohipónimas de los metadiscursivos conversacionales (p. 4143). Kerbrat-Orecchioni (1997) reconoce la modalidad como la expresión de aprehensión intelectual u opinión, reflexión, experiencia personal y subjetividad (p. 137). Particularmente en el caso de ‘es que’, quizá como derivado su función potencial como introducción a una causa o premisa, parece existir una negación de la subjetividad del enunciado y un alto grado de certeza en lo que se dice. Así, en (20), B, hombre, responde afirmativamente a la pregunta y agrega una causa mediante el MD ‘es que’. En cambio, en (21-93), A, mujer, utiliza el mismo MD, no para introducir una premisa, sino para establecer un hecho que A misma entiende como objetivo. En este sentido, además del marco de participación, los MD como ‘es que’, pueden trabajar también en los niveles del estado de la información—al expresar la relación subjetiva del hablante con la proposición de sus enunciados—y en la estructura ideacional—caso muy concreto de ‘es que’, ya que puede establecer una relación lógica causal entre los elementos proposicionales del discurso. Estas relaciones, tal como sucede en (20), se pueden establecer entre segmentos distintos e incluso entre segmentos producidos por diferentes participantes.

(20)

73 A: **eh** ¿**pero** éstas las pondrías en primero? ↑

74 B: **umm** [**es que** fueron las que más me emocionaron]

(21)

93 A: [**jajaja** / **no manches** / muy apenas] / muy apenas y te acordabas de ésa / **es que** también el chiste es que entre más fresco esté significa que te gusta más

De tal manera, los tres MD que aquí se comentan pueden funcionar como controladores del turno de habla en el marco de participación,

como indicadores de la relación subjetiva entre el hablante y sus proposiciones en el estado de la información o como conectores argumentativos en la estructura ideacional, aunque esta última función no es de interés para hablar de relaciones de poder puesto que establece relaciones entre las ideas y no entre los participantes^{vi}.

La relación de estos MD con las estructuras de poder de género en el discurso se vislumbra a partir de la posibilidad de hablar de temas como las interrupciones y el control de la organización del discurso o la valoración social de la veracidad de las proposiciones de los hombres. El primer punto se refiere al poder sobre el turno de palabra que permite a los hombres dirigir la organización de la conversación. Esto, a su vez, permite el control de la presentación de las ideologías en juego (Fairclough, 1989, p. 30). El segundo quizá no es tan claro porque se origina de la posición que se asume para los hombres en la conversación y el prestigio de sus aportaciones, los cuales se encuentran en aspectos muy sutiles de la interacción. Un ejemplo claro es el de la joven en la *Blizzcon*, quien plantea gentilmente una pregunta muy razonable, pero es tomada a broma por los hombres sin ninguna justificación más que su género (Zwiezen, 2021). Debido a que todos los MD de esta sección trabajan en el marco de participación, será más adecuado comenzar por el análisis de dicho nivel antes de matizar los significados procedimentales que influyen también en el estado de la información.

Debido al criterio con el que se delimitaron los turnos en la conversación, no existe disparidad en la distribución de los mismos, pero los MD son indicios de las intenciones de los hablantes a la hora de ganar o mantener un turno. Además, hay que tener en cuenta que no se están tomando en cuenta todos los MD de las conversaciones que cumplen

con la función de tomar o preservar la palabra, sino únicamente aquéllos donde se encontró diferencia estadística. Las mujeres también hacen uso de MD de toma de palabra, pero no más que los hombres o, al menos no lo suficiente como para compensar la diferencia que se presenta en esta sección. Evidentemente, hace falta un estudio más profundo para entender los detalles de las diferencias discursivas en este sentido, pero debido a la diferencia que se presenta en la Tabla 7, y a que no apareció una en favor de las mujeres que compense dichas estadísticas, se puede asegurar que, en las conversaciones comentadas en esta investigación, existe una brecha entre hombres y mujeres en el uso de MD metadiscursivos conversacionales que funcionan como señal de toma de palabra. A partir de tal diferencia, se realizan los siguientes comentarios.

La toma de turnos plantea dos dimensiones en las que se obtiene ventaja sobre el interlocutor: por un lado, se gana la palabra y el canal de comunicación, lo que permite desarrollar en mayor profundidad las ideas e ideologías propias y; por otro, se silencia al interlocutor, minimizando el volumen—y, por tanto, el impacto—de las ajenas. Para mitigar este efecto, el modelo ideal de conversación contempla un cambio de turnos recurrente y cierto equilibrio en la duración de los turnos de cada participante (Sacks et al., 1974, p. 700), pero las conversaciones obtenidas reflejan una amplia brecha en el uso de MD para tomar el turno.

Además de la mera toma de turnos, dos fenómenos interesantes son los solapamientos y las interrupciones. Éstos representan una ruptura del modelo de Sacks, Schegloff y Jefferson (1974, p. 700) y por ello se pueden entender como pistas de relaciones asimétricas o, por lo menos, *sui generis* dentro de la conversación. Según Coates (2013),

los solapamientos son momentos de ligera sobre-anticipación por parte del siguiente locutor que no impiden el término del turno. Por el contrario, las interrupciones son violaciones de la organización de los turnos de la conversación que le arrebatan a uno de los participantes la posibilidad de concluir su turno (p. 113). La Tabla 10 refleja las incidencias de solapamientos e interrupciones ocurridas entre hombres y mujeres en las conversaciones obtenidas y desglosadas según cada uno de los MD analizados.

	Total	Mujeres	Hombres
'Este'			
Solapamientos	6	0	6
Interrupciones	0	0	0
'Mm'			
Solapamientos	1	0	1
Interrupciones	0	0	0
'Es que'			
Solapamientos	4	2	2
Interrupciones	2	0	2
TOTAL			
Solapamientos	11	2	9
Interrupciones	2	0	2

Tabla 10. Solapamientos e interrupciones entre los MD analizados en esta sección.

Las interrupciones son una forma de controlar el tema de la conversación (Coates, 2013, p. 116) y, por ende, las ideologías; es decir, son una herramienta directa de ejercicio del poder. Nótese cómo, en el ejemplo (22), F, hombre, termina su turno con 'este', tratando de mantenerlo en lugar de anunciar un cierre. Lo interesante es que él, en realidad está haciendo una pregunta a E, también hombre, sin embargo, el MD interrumpe la respuesta siguiente. Este caso puede interpretarse como un intento de F por anular la capacidad de respuesta a su cuestionamiento que, en esencia, es sarcástico. F acusa a E de no

aceptar sus propuestas y, más que eso, de no tener el conocimiento cinematográfico necesario para diseñar un top cinco que satisfaga a F. Al entender que está cometiendo una descortesía grave, rápidamente, F introduce el MD de mantenimiento de turno—casi podría decirse que es de toma, ya que la pregunta, en teoría había lo había devuelto—para plantear un nuevo enunciado y tratar de ocultar la ofensa. Ya Goffman (1981) reconoce la presencia de estrategias como ésta a las que denomina ‘*buried query*’, donde se enlista una secuencia de elementos para aparentar que la presencia de uno de ellos no es particularmente distintiva (p. 43).

(22)

96 F: [**es que es**] **que** no has visto nada, Poo // **estee** / **de hecho** ¿sí te das cuenta que **más bien** yo estoy aceptando lo que tú propones? / [**estee**]

97 E: [**ash**] // °(**porque** yo siempre tengo buenas recomendaciones)

98 F: **pero** sí está **okey** lo acepto / maa

99 E: no me dijiste **además** ninguna mejor que Infinity War

100 F: **bueno pero bueno está bien** / **okey** ésa me tomé [°()°]

101 E: [no me dijiste] nada mejor que El Conjuero Doos / **obviamente** la mejor [película dee terror / de la historia es] / El Exorcista **pero** no la has visto]

102F: [**es que** / no me acuerdo // sí estamos de acuerdo **pero ahh**] // ¿has visto / **estee** / Pesadilla en la Calle del Infierno? / la uno

Cabe notar que no todos los MD que están clasificados como “Interrupciones” interrumpen un turno. En cambio, algunos de ellos son interrumpidos por otro turno que, potencialmente no utiliza ninguno de estos tres MD. Esto no deja de ser interesante, ya que revela

otra cualidad de los metadiscursivos conversacionales, a saber, que protegen el contenido conceptual y proposicional de los enunciados de ser interrumpido. De tal manera, el hablante puede evitar que la información más relevante para expresar su pensamiento se malentienda o no se escuche debido a la enunciación de su interlocutor. El que los hombres hagan uso de esta estrategia, al mismo tiempo que se solapan e interrumpen más frecuentemente, significa una ventaja discursiva muy amplia a la hora de hacerse escuchar si las mujeres no tienen acceso a esta estrategia. La pregunta entonces es: ¿esto refleja o se deriva de una relación de poder social? Si es así, ¿cómo se sostiene dicha relación?

Cuando Michel Foucault (1978) afirma que “antes de poder ser llamada verdadera o falsa, [una proposición] debe estar, como diría Canguilhem, en la «verdad»” (p. 21), está hablando de un criterio de valoración del discurso que no depende de la verdad, pero aparenta hacerlo—a través de mecanismos ideológicos, claro está. La «verdad» de la que habla el autor no es una propiedad de los discursos de adecuarse a condiciones veritativas, sino a integrarse a condiciones de formalidad, dentro de las cuales es esencial pertenecer a un grupo validado por la sociedad para adoptar un orden del discurso dado (c.f. Fairclough, 1989). Como lo demuestra la historia, la realidad social no se sostiene ante el escrutinio de la razón y lo verdadero se construye desde el discurso poderoso. Con relación al tema que atañe al presente estudio, investigaciones como la de Susan Herring (1992), a través de la disparidad en los índices de participación en discursos académicos (p. 2), reflejan una inclinación de la balanza de la «verdad» en favor de los hombres. Es decir, la participación de los hombres tiene una valoración más positiva y sus contribuciones son asumidas

como certeras y objetivas (Coates, 2013, p. 18), no por su coherencia textual, contenidos proposicionales o condiciones de verdad, sino, *a priori*, por venir de un hombre y no una mujer. Esto no quiere decir que sea imposible que una mujer se imponga discursivamente sobre un hombre, sino que existe una condición social inicial dispar que discrimina en función del género.

En los casos de las conversaciones obtenidas, la valoración de las aportaciones masculinas se evalúa en el nivel del estado de la información. Los MD que funcionen en este nivel pueden dar indicios sobre las perspectivas de los hablantes respecto a sus propias proposiciones, esto es la modalidad epistémica. ‘Es que’, gracias a su funcionamiento como conector lógico, parece siempre introducir una premisa. Además, la forma en presente del indicativo da la sensación de siempre presentar hechos indiscutibles. Por estas razones, se interpreta que es un MD que establece una modalidad epistémica de mucha certeza por parte del hablante en lo que dice. Contrapuesto a formas como ‘yo creo’, ‘supongo’ u ‘opino’, distancia el contenido proposicional del enunciado de la subjetividad del hablante. Por lo tanto, este metadiscursivo conversacional suele introducir elementos que el enunciador espera que no se pongan en duda. En (22), F, hombre, esperaba que no se pusiera en duda su crítica y parece haber considerado necesario insistir en cambiar el tema. No lo logró y E, también hombre, acertó a decir una larga lista de réplicas que F trató constantemente de evadir restándole importancia al tema que él mismo trajo. En este sentido, el MD en cuestión es un gran indicador de las ideologías y lo que el hablante entiende como sentido común. Un ejemplo claro de esto es el de (23), donde F introduce lo que él considera la actitud correcta para ver una película con ‘es que’ y la perífrasis verbal ‘tener que’,

similar a una regla. Otro aspecto que refuerza esta interpretación es la mitigación del impacto del enunciado que hace al final, diciendo ‘yo creo que eso sí’. Nótese que (23) es dos turnos después del conflicto en (22), cual podría ser una razón para que F sea más cauteloso.

(23)

105 E: **ssí** / [**pero** / me dio risa]

104 F: [¿no la no / te gustó mucho?] / **ay** ¿cómo te dio ((una mamada))? **Es que** tienes que / cuando ves una película tienes que / ponerte en el / contexto en el que se hizo / [**entonces**] / **yo creo que** eso sí

‘Mm’ y ‘este’, por otra parte, tienen una carga epistémica distinta. Su relación con el estado de la información parece centrarse más en el proceso de razonamiento que en, efectivamente, introducir una proposición. Es decir, cuando los hablantes utilizan estos MD, están solicitando un momento para reflexionar en torno a las ideas en juego o la estructura de su enunciado, por lo que no atienden al contenido del enunciado como sí lo hace ‘es que’. En el ejemplo (24) tanto A como B, hermana y hermano, utilizan ‘mm’ para darse tiempo de formular su enunciado. Particularmente en (24), parece que A—mujer—utiliza el MD para atender rápidamente la pregunta que se le hace sin dar lugar a intervalos, mientras formula su respuesta—ya sea pensando en una película en la estructura gramatical.

(24)

4 B: [síi] bien impactados / pon las dos pon las dos (4") **mm** ¿de la infancia cuál te / cuál recuerdas más?→

5 A: **mm** / Mulán tiene algo / siempre la uso de referencia

Una pregunta interesante respecto al uso de estos MD en el estado de la información es ¿por qué los hombres, quienes también expresan más certeza, dan más señales de reflexión sobre sus aportaciones? Este cuestionamiento es interesante, no porque su respuesta sea compleja, sino porque da pistas sobre el proceso de participación de los hombres en la conversación. Evidentemente, si un participante invierte más tiempo en preparar su intervención, será más propenso a exhibir un mayor grado de certeza, pero el tiempo que se necesita para pensar produce intervalos de silencio que son indeseables (Sacks et al., 1974, p. 700). Como ya se mencionó, los MD pueden mitigar la aparición de esos intervalos, pero, sobre todo entre los hombres también se mantienen los turnos únicamente para no perder el control, como en (22), y se producen largos intervalos a pesar de la presencia de MD como en (24). Aunque hace falta un estudio más profundo, quizá desde la psicología, a partir de los ejemplos (23) y (25) una posible interpretación de este hecho lleva a pensar que los hombres y las mujeres de las conversaciones analizadas interpretan la actividad propuesta de maneras muy distintas. Por un lado, parece que los hombres buscan lo que ellos consideran “objetivamente buenas películas”, mientras que las mujeres buscan aquéllas que a su interlocutor podrían gustarle también. Un ejemplo de esto último es (4), donde B intenta explicar propiedades de la película, pero A busca obtener su opinión subjetiva. Esta dinámica, donde el género femenino procura enfocarse en el acuerdo y el género

masculino en que sus aportaciones sean indiscutibles, parece producir tensión entre los participantes. Nótese cómo en (25-90) B, el hermano, se muestra cada vez más tenso con su hermana, A: primero usando el MD ‘mm’, para ganar tiempo de reflexionar; luego, introduciendo condiciones con una fuerte carga epistémica usando el MD ‘es que’ y; finalmente, instigándose a sí mismo a pensar en una propuesta.

(25)

88 B: § **o sea** yo **nomás** dije Tierra de Osos para que la anotaras **así** [paraa] // para ver luego más opciones

89 A: [ah] °(**entonces** / ¿se te ocurre una mejor?)°

90 B: **mmm** (ACLARA LA GARGANTA) (11”) **es que** hay máas **es que** hay máas **a ver** (7”) (A SÍ MISMO) piensa / piensa / [piensa (ACLARA LA GARGANTA)]

El ejemplo anterior, se vislumbra un conflicto ideológico que no existe únicamente entre participantes de distintos grupos sociales, hombres y mujeres en este caso, sino también en la consciencia y la *imagen* de los individuos. La ideología detrás de este conflicto parece ser la idea de que el discurso de los hombres es más “informativo”, “importante” y “real” (Tannen, 1991, p. 31). Por una parte, esto le resta control y validez al discurso femenino a la hora de defender su posición y persuadir frente a un hombre, pero también deposita toda la responsabilidad de la construcción del discurso en el participante masculino, lo cual, sobretodo en la conversación que es un discurso dialógico, puede resultar en tensión y angustia como en (25). En términos de Erving Goffman (1967), si la línea de un hombre consiste, por convención social, en ser informativo, importante y real, se sentirá vulnerado al fallar a dichas expectativas. A partir del material obtenido, los intervalos parecen surgir únicamente en la Conversación 1 (Anexos C y D)

entre A y B, mujer y hombre respectivamente, donde también es más evidente la tensión por las estrategias de los participantes; A trata de ofrecer una amplia gama de opciones y B busca una propuesta ideal. Tanto en la Conversación 2 (Anexos E y F) entre C y D, como en la Conversación 3 (Anexos G y H) entre E y F existen muchos menos intervalos de silencio y menos momentos de conflicto. También es importante hacer notar que el hecho de que los hombres también puedan padecer las relaciones de poder no quiere decir que no sean un privilegio dirigido a y aprovechado por los mismos.

En conclusión, se puede decir con seguridad que, dentro del material analizado, los hombres hacen más uso de MD de toma y mantenimiento del turno. Esto se traduce en una mayor capacidad de competir por el espacio de habla y también protege el contenido proposicional de sus enunciados de solapamientos e interrupciones, los cuales también son más comúnmente asociados con hombres (Coates, 2013, p. 114) y representan una herramienta directa del poder y control sobre las ideologías en cuestión. Los MD ‘mm’, ‘este’ y ‘es que’ funcionan en tres niveles discursivos: en primer lugar, el marco de participación y también en el estado de la información y la estructura ideacional. Su función esencial a la hora de ganar y preservar el turno del hablante corresponde al marco de participación; en el nivel del estado de la información se encontraron dos modalidades epistémicas, a saber: un alto grado de certeza en el caso de ‘es que’ y una señal de reflexión y razonamiento ya sea del contenido proposicional o de la estructura gramatical de un enunciado, en el caso de ‘mm’ y ‘este’. El MD ‘es que’ presentó, además, una función en la estructura ideacional, pero ésta no resultó relevante para el análisis.

Por su naturaleza espontánea, cabría esperar que la conversación esté libre de los factores sociales de control y privilegio, sin embargo, según las estadísticas mostradas en las tablas presentadas, no es así. Los MD de toma y mantenimiento del turno forman parte de un problema más amplio que también se ha tocado en la sección de “Los apéndices interrogativos como MD”: la estrategia discursiva femenina procura estimular el turno de su interlocutor y la estrategia masculina regularmente toma la palabra. Así como, en la sección mencionada, los MD apéndices interrogativos son el indicador de esta relación, en este caso los MD metadiscursivos conversacionales coinciden con esa interpretación y mutuamente se refuerzan. Con esto en mente, es inevitable la pregunta: ¿por qué las mujeres no hacen uso de las mismas herramientas de control de la conversación que los hombres si, en teoría, así serían capaces de recuperar la ventaja y contrarrestar la fuerza de control ejercida por los participantes masculinos? Aquí es donde entra el condicionamiento y adoctrinamiento de la educación en el comportamiento de los hablantes hombres o mujeres en el discurso. Debido a que la educación influye profundamente en el proceder de los practicantes de una lengua, es posible encontrar ahí los orígenes de sus diferencias conductuales (García Mouton, 2003, p. 23). Es decir, se enseña directamente o por ejemplificación a los hombres a ser competitivos, interrumpirse y luchar por el control de la interacción; mientras que a las mujeres a ser calladas y dóciles. Según Jennifer Coates (2013), el modelo de la mujer silente sigue presente hasta nuestros días (p. 25). Además, uno de los puntos menos polémicos del trabajo inicial de Robin Lakoff (1973) es la afirmación de que las niñas son castigadas y marginalizadas si llegan a adoptar un habla arquetípicamente masculina para sí (p. 47). Así pues, no es

que las mujeres no sean capaces de adoptar estrategias más asertivas o competitivas, sino que las constricciones de género se lo impiden, mientras que a los hombres se les da más libertad de elección—aunque igualmente parece que ellos están condicionados socialmente.

Directivas y MD en modo imperativo

El último fenómeno que se comentará en esta tesis es el uso de MD con una morfología de verbo en modo imperativo. Las palabras que cumplen con este criterio y aparecieron en las conversaciones obtenidas son: ‘oye’, ‘fijate’, ‘mira’ y ‘no manches’. Otras apariciones interesantes son ‘espérate’, ‘acuérdate’ y ‘deja ver’, sin embargo, éstas se identificaron en relación sintáctica con la oración, por lo que fueron descartadas inmediatamente de una potencial clasificación como MD. En el Anexo N se pueden encontrar todas las entradas de MD que se tomaron en cuenta para esta sección. En (26)—interacción entre B hermano y A hermana—se puede ver un ejemplo de estas palabras, concretamente ‘fijate’, en uso.

(26)

78 A: [yo yo pondría en] primer lugar a Hachiko / jaja ay mi favorita / **porque no sé** // es algo

79 B: **es que fijate** yo / sólo la vi una vez // **pero** con ésa sí fue **pero** no no la quise volver a ver jeje

80 A: **umm**↑ (ASOMBRO)

Es comúnmente entendido que los hombres utilizan los imperativos más frecuentemente, mientras que las mujeres son reacias y buscan formas indirectas de hacer solicitudes (Lakoff, 1973, p. 56). Además, a partir de los análisis previos, hasta cierto punto se puede concluir

también que, el discurso masculino es, en general, más confrontativo que el femenino. El trabajo de Marjorie Harness Goodwin apunta a que, desde la infancia, los grupos de niños varones sostienen una organización jerárquica, mientras que los de niñas no y también muestra que el uso de directivas no mitigadas en modo imperativo son más frecuentes en niños (Coates, 2013, p. 94). Candace West (2015) entiende, en concordancia con Goodwin, que las directivas son formas de establecer un orden social entre las partes (p. 66). Esto es importante, ya que establecer el orden, como se ha visto en secciones anteriores, es una forma de controlar el discurso y ejercer poder. Por ello, el uso del imperativo representa una violación de la imagen negativa del interlocutor (Trenado, 2011, p. 69), pues impone al hablante sobre el oyente al plantear expresamente sus demandas (West, 2015, p. 86).

Susan Ervin-Tripp (1976) establece, en función de factores como la situación comunicativa y la relación de los hablantes, una clasificación de las directivas organizada de mayor poder relativo a menor, como aparece a continuación:

Need statements, such as ‘I need a match’.

Imperatives, such as ‘Gimme me a match’ and elliptical forms like ‘a match’.

Imbedded imperatives, such as ‘Could you give me a match?’ In these cases agent, action, object, and often beneficiary are explicit as in direct imperatives, though they are imbedded in other syntactic and semantic properties.

Permission directives, such as ‘May I have a match?’ Bringing about the condition stated requires an action by the hearer other than merely granting permission.

Question directives, like ‘Gotta match?’ which do not specify the desired act.

Hints, such as ‘The matches are all gone’². (p. 29)

Según esta clasificación, los MD encontrados formarían parte de los *imperativos*, ya que solicitan la atención de los oyentes de manera directa. Por su parte, Jacqueline Sachs (1987) propone la siguiente categorización:

1. 1. Imperatives (a) positive, e.g. *bring her to the hospital*
(b) negative, e.g. *don't touch it*
2. Declarative directive, e.g. *you have to push it*
3. Pretend directive, e.g. *pretend you had a bad cut*
4. Question directive, e.g. *will you be the patient?*
5. Tag question, e.g. *that's your bed, right?*
6. Joint directive, e.g. *now we'll cover him up*
7. State question, e.g. *are you sick?*
8. Information question, e.g. *what does she need now?*
9. Attention-getting device, e.g. *lookit*³. (p. 182)

2 Afirmaciones de necesidad, como ‘necesito un cerillo’; imperativos, como ‘dame un cerillo’ y formas elípticas como ‘un cerillo’; imperativos implicados, como ‘¿podrías darme un cerillo?’. En estos casos, el agente, la acción, el objeto y, muchas veces, el beneficiario son explícitos como en las imperativas directas, si bien, son implicados en otras propiedades sintácticas y semánticas; directivas de permiso, como ‘¿puedo tener un cerillo?’ Traer a colación la condición que se enuncia exige una acción por parte del oyente que va más allá de la mera concesión de permiso; directivas de pregunta, como ‘¿tienes un cerillo?’ Las cuales no especifican el acto en cuestión; indirectas, como ‘ya no hay cerillos’ (trad.)

3 1. Imperativos a) positivo, e. g. llévala al hospital b) negativos, e. g. no lo toques; 2. Declaración directiva, e. g. tienes que presionarlo; 3. Pretensión declarativa, e. g. díganos que tienes un mal corte; 4. Pregunta directiva, e. g. ¿serías paciente?;

Esta segunda clasificación es más amplia al contemplar los apéndices interrogativos, pero también es menos específica en torno a las formas más directas.

Las conversaciones que se analizaron en esta investigación presentaron una amplia variedad de formas, pero la función parece ser bastante regular. De acuerdo con la clasificación de Sachs, todas las expresiones, salvo ‘no manches’ coinciden con un uso principal de llamada de atención; el noveno punto. Retomando las propuestas de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), son MD *conversacionales enfocadores de la alteridad* (p. 4171). Por lo tanto, el MD ‘no manches’ ha quedado excluido del análisis a pesar de coincidir con el criterio morfológico. La Tabla 11 muestra las apariciones de MD en modo imperativo entre hombres y mujeres tanto antes como después de descartar ‘no manches’, el cual apareció únicamente entre mujeres. No se olvide que el aspecto de mayor interés es el funcional. Así, resulta que, a partir de un criterio funcional (Sachs, 1987), los MD a tratar son *instrumentos de llamada de atención* y, a partir de un criterio estructural (Ervin-Tripp, 1976) forman parte de los *imperativos*.

MD ‘no manches’	Hombres	Mujeres
Incluido	7	4
Excluido	7	2

Tabla 11. MD imperativos antes y después de excluir ‘no manches’.

Inicialmente, la diferencia entre hombres y mujeres en el uso de MD imperativos no parece ser muy significativa comparándola con las de 5. Apéndice interrogativo, e.g. *ésa es tu cama, ¿de acuerdo?*; 6. Directiva conjunta, e.g. *ahora lo cubrimos*; 7. Pregunta de estado, e.g. *¿estás enfermo?*; 8. Pregunta de información, e.g. *¿qué le hace falta ahora?*; 9. Mecanismos de llamada de atención, e.g. *¡mira!* (trad.)

los análisis anteriores. El interés por este tema surge principalmente de la caracterización de un lenguaje masculino teóricamente competitivo, asertivo y directo. Aun así, al descontar ‘no manches’ por la discrepancia en el factor pragmático, la diferencia se acentúa. Visto del lado opuesto, se puede decir que la función de llamada de atención es cumplida por el modo imperativo más frecuentemente entre hombres que mujeres. Además, si se piensa en MD que cumplan la misma función, se encontrarán una vez más los MD de toma de turno, como ‘este’ y ‘es que’, comentados en el capítulo anterior. Es decir, no sólo el uso del imperativo, sino también la función de llamada de atención es más propia del discurso masculino. Así, resulta que todos los elementos incluidos en el análisis cumplen con la función de llamar la atención del oyente, tal como sucede en (26).

Según Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999), los enfocadores de alteridad tienen, por un lado, una carga de cortesía—o descortesía—en tanto que sirven para establecer las relaciones entre los hablantes—amistosas, respetuosas, etc.—y, por otro, una carga de modalidad epistémica, al expresar la relación subjetiva del hablante con el enunciado (p. 4171-72). Resumida la totalidad de funciones encontradas en estos MD, se podrían definir como se hace a continuación:

Primero, presentan una función dentro de la estructura de la interacción, similar a los MD de toma de turno, al ubicarse al inicio para introducir un enunciado. Segundo y más importante, influyen en la estructura de la acción debido al factor de cortesía y las consecuencias de la misma en la construcción de la relación. Además, en este mismo nivel tienen la intención y el efecto de llamar la atención del interlocutor y solicitar su concentración en lo que se dirá. En concordancia con lo anterior, en tercer lugar, estos MD, al definir un grado de cortesía

y estructurar la relación entre los participantes, trabaja también en el marco de participación. En cuarto y último lugar, se puede decir que son constructores de coherencia en el nivel del estado de la información, ya que dan pistas sobre las propiedades informativas del enunciado, o al menos de la interpretación que el hablante tiene de ello. En su mayoría, estos MD parecen introducir información aparentemente nueva u omitida anteriormente. Esto, sumado a la carga de modalidad epistémica que Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999, p. 4172) reconocen en ellos, representa la coherencia que desde el discurso construyen los hablantes en torno al estado de la información entre los participantes. Así pues, se puede vislumbrar la amplitud de los MD en términos funcionales.

De todo lo anterior, son la estructura de la acción y el estado de la información los niveles de mayor interés para este análisis. Como se ha dicho, el aspecto más importante y evidente de los MD ‘oye’, ‘mira’ y ‘fijate’ es su funcionamiento en la estructura de la acción. Aquí se da el establecimiento del grado de cortesía y también el llamado de atención. Por el lado de la cortesía resulta esencial la morfología de estos MD como verbos en imperativo, ya que, en español, permiten una conjugación en la segunda persona singular formal. No es lo mismo decir ‘oye’ que ‘oiga’, ‘fijate’ que ‘fijese’ o ‘mira’ que ‘mire’. Así, la conjugación puede indicar un mayor nivel de cortesía, si bien, en todos los casos el uso del imperativo representa una violación de la imagen negativa (Trenado, 2011, p. 69). Lo mismo sucede con otras formas de directivas como las preguntas y las indirectas, pero en el caso del modo verbal representa una forma agraviada por ser una orden directa y expresa (West, 2015, p. 86). En ese sentido, aunque el acto de habla que implican los MD en cuestión no sea una demanda muy compleja,

la decisión de usar el modo imperativo y no una forma mitigada tiene un efecto en la imagen de todos los involucrados. En el caso de las conversaciones analizadas en la presente disertación, todos los usos corresponden a una afectividad más familiar que cortés, debido a que los participantes eran todos pares de amigos o familiares. Esto, claro, no quiere decir que todos fueran igualmente descorteses. De nuevo, tomando en cuenta la Tabla 11, el análisis de estas unidades refleja una mayor consideración por la imagen del otro entre las mujeres. Por ejemplo, en (27)–interacción entre dos amigas–, C usa ‘oye’ para expresar una intención, pero mitiga el efecto de ello al consultar la opinión de su interlocutora.

(27)

115 C: [**oye** / quiero verla] / ¿quieres verla al ratito / la dell Diablo

[Viste a la Moda]? †

116 D: ¿§[**pero** en dónde] está?

En cuanto a la modalidad epistémica, se puede decir que, de manera general, ‘fijate’, ‘oye’ y ‘mira’ introducen enunciados que representan información nueva que el hablante tiene y el oyente no. No sólo eso, sino que existe un contraste entre los MD que reconocen la subjetividad del enunciado y aquéllos que tratan de distanciarse de ella. Además, los autores españoles notan que si un MD enfocador de la alteridad se ubica al inicio de un enunciado, es más autónomo que si se encuentra al final, donde participa de la fuerza ilocutiva del mismo (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4071). Esta consideración fue de mucha ayuda a la hora de caracterizar la modalidad de los MD encontrados, ya que permitió echar mano del contexto lingüístico de aparición de cada palabra para hacer una interpretación. Nótese cómo,

en (28-182) donde E y F son ambos hombres, ‘mira’ está precedido por ‘yo creo que’ y, por ende, parece ser más subjetivo que el resto de entradas donde ‘mira’ es consistentemente un elemento que distancia al enunciado de la subjetividad y lo marca como uno de mayor objetividad, lo cual se puede ver en (29-12). En este último ejemplo, ‘mira’ queda precedido por ‘entonces’, que, como se ha visto anteriormente, introduce una causa o razonamiento, por lo que el MD adquiere una carga más objetiva. Aún es posible argumentar que en ambos casos ‘mira’ no está realmente al final del enunciado. Siguiendo ése razonamiento se diría que lo que se encuentra en (28-182) es una reformulación de la modalidad y no una yuxtaposición de los MD. Por ahora se entenderá el enfocador de alteridad, en este caso, está atendiendo a la subjetividad del enunciado, pero dicha interpretación deberá ser puesta a consideración de futuras investigaciones y puntos de vista.

(28)

180 F: **a ver** / ¿qué es lo que ya está abajo? / ¿*Men in Black*? / **no**

181 E: ¿**no**? / **okey**

182 F: yo creo que ya **mira** / Nosotros los waa / top cinco / de atrás para adelante / Nosotros los Nobles / *Men in Black* / *Shrek* / ¿Qué Pasó Ayer? / *Infinity War* / ¿o quieres bajar *Infinity War*?

(29)

11 E: [en general]1 // [**okey**]2 /// [**okey**] 3 / **va**

12 F: §**entons(ces) mira** / superhéroes / [**ahh**]

13 E: [lo mejor] del em / lo mejor dee / [de Marvel↓]

Es interesante ver que, hasta cierto punto se puede hablar de una cualidad léxica entre los MD. Mayoritariamente, ‘fijate’ señala una modalidad subjetiva, similar a una confidencia. Por lo general introduce valoraciones personales que no pueden ser evaluadas en térmi-

nos veritativos, tales como “casi no me gusta”, “no la quise volver a ver”, “quiero verla” y “me gusta mucho”. Por otra parte, ‘mira’, precede a enunciados que sí se pueden evaluar en sus condiciones de verdad, además son frecuentemente directivas declarativas como, por ejemplo, “hay que acomodarlo”, “hay que meter cinco categorías” o directivas imperativas como “superhéroes”. También es acompañado de MD como ‘es que’ y ‘entonces’, que tienen una mayor carga de objetividad, por lo que parece inclinarse a esta modalidad epistémica.

La Tabla 12 muestra la distribución de los MD analizados entre las modalidades epistémicas de objetividad y subjetividad, y los participantes de género masculino y femenino. La distribución entre los hombres es regular, pero es relevante que la incidencia de objetividad entre las mujeres es nula. Esto quiere decir que, además de hacer un menor uso de los enfocadores de alteridad imperativos de llamada de atención, las mujeres procuran un mayor reconocimiento de la condición objetiva de su enunciado.

Modalidad epistémica	Mujeres	Hombres
Objetiva	0	4
Subjetiva	2	3

Tabla 12. Distribución de las modalidades epistémicas de objetividad y subjetividad.

La diferencia en el uso de la modalidad subjetiva y objetiva de los participantes femeninos y masculinos aparentemente suma a la descripción de las dos estrategias, masculina y femenina, en el nivel del estado de la información. Mientras que la estrategia femenina consiste en reconocer la subjetividad y dar lugar a la discrepancia, la estrategia masculina consiste en proteger las ideas y opiniones que se ponen en juego mediante un velo de objetividad. Así se puede ver que no sólo

existe la idea popular de que sólo el discurso informativo es “importante y real” y que los hombres tienden a centrar la charla en torno a ello, sino que los hombres procuran cumplir con dicho estereotipo. El tratar de cumplir con una serie de expectativas dadas por la condición biológica, es una clara consecuencia de las constricciones de género. Evidentemente, se está hablando una estandarización del discurso que se inclina a las estrategias masculinas.

Asimismo, el mayor empleo de los imperativos de llamada de atención representa una menor consideración de la imagen del interlocutor, lo que vuelve a los hombres más propensos a violaciones de la cortesía negativa. Al mismo tiempo, las mujeres, al otorgar más importancia a la cortesía, quedan estancadas en un rol pasivo (Trenado, 2011, p. 169).

Lo cierto es que hace falta un estudio mucho más minucioso y, se podría decir que estos son, de entre los MD analizados en esta tesis, los resultados más cuestionables y menos conclusivos. Esto debido, principalmente, a estar fundados *a priori* sobre un criterio estructural y no funcional como lo es la conjugación del verbo en modo imperativo. No queda completamente descartado el criterio funcional, el cual descartó al MD ‘no manches’, pero tuvo un menor protagonismo en la primera selección del grupo de palabras a estudiar. Aun así, se puede decir que se trata de un fenómeno muy interesante, ya que pocos MD presentan flexión verbal y menos una flexión significativa, como es el caso, donde indica un grado de cortesía.

Observaciones generales

Los MD como unidad de análisis representan un área de estudio sumamente vasta e inexplorada. Como se ha visto, en español queda mucho por decir de palabras como ‘oye’, ‘fíjate’ y ‘¿verdad?’, las cuales habían sido relegadas hasta hace poco a interjecciones y partículas, cuando mucho, que no reflejaban más que alguna forma de expresividad insustancial (Landone, 2012, p. 435). Esta tesis presenta cuatro fenómenos de MD en relación con las estrategias discursivas femeninas y masculinas: el uso de los apéndices interrogativos, la mitigación mediante risas y bromas, la toma de turnos y las llamadas de atención. Todos estos fenómenos apuntaron en mayor o menor medida a una relación de poder entre los participantes que favorece la dominación masculina de la conversación, pero además de ello, se puede decir que se identificaron puntos de gran interés para el estudio de esta unidad de análisis.

Primero que nada, es importante mencionar que un análisis del tipo que se pretendía en esta investigación—discursiva e interaccional, que explique dinámicas sociales y las relaciones entre los participantes—exige necesariamente una prioridad por los factores funcionales sobre los estructurales y más aún sobre MD de manera particular e independiente. Es decir, no se podrían haber obtenido las mismas conclusiones si se hubiera optado por analizar los MD en imperativo sin considerar que ‘no manches’ no cumple la misma función que ‘fíjate’, ‘oye’ o ‘mira’. Igualmente, posiblemente no se habría identificado fenómeno alguno en el MD ‘¿no?’ de haberlo analizado de manera individual y sin agruparlo con el resto de palabras que se contemplaron conjuntamente como apéndices interrogativos.

En este mismo sentido, es importante recalcar la posibilidad de que la construcción conjunta, espontánea y no predispuesta del orden discursivo de la conversación parece provocar que los participantes se asienten por comodidad en algún MD particular. Los hablantes tienden a habituarse a usar ciertas palabras que muchas veces terminan siendo muletillas, de hecho, ésta es la interpretación tradicional de los MD (cf. Poblete B., 1998, p. 94). Además, es más fácil para un hablante retomar palabras que su interlocutor ya ha dicho que introducir nuevas y, por lo tanto, parece que hay MD que aparecen con mucha más frecuencia en unas conversaciones que en otras porque una vez que se dijeron es mucho más probable que se vuelvan a decir. En la Conversación 1 (Anexos C y D) es mucho más frecuente ‘mm’, en la Conversación 2 (Anexos E y F) es ‘obviamente’ y en la Conversación 3 (Anexos G y H) ‘este’ y ‘es que’, entre muchos otros ejemplos. Por esta razón es importante hacer un reconocimiento de las funciones y los significados procedimentales de los MD agrupados por categorías. Esto, por supuesto, no quiere decir que se deba omitir el análisis particular de cada caso en su semántica, morfología y sintaxis, además del uso. Hasta cierto punto, parece que el significado procedimental nunca separa al MD de su significado conceptual original—en los casos donde lo hubo—sino que éste siempre deja algún residuo casi vestigial que logra distinguir uno de otro, sin importar que cumplan exactamente la misma función principal. Todos los MD presentaron algún matiz que los caracteriza, si bien, se puede decir que suelen ser intercambiables hasta cierto punto. Particularmente, la modalidad y la afectividad son propiedades que fluctúan entre los diferentes vocablos.

Las propiedades de los MD generalmente reconocidas son la independencia sintáctica y el significado procedimental. La indepen-

dencia sintáctica ha sido crucial para evitar confusiones con formas que cumplieran la misma función que un MD pero dentro de la sintaxis oracional, como, por ejemplo, las perífrasis verbales como ‘creo que...’ o ‘¿verdad que...?’. Existe una relación entre estas estructuras y las unidades que aquí se han analizado, pero por eso mismo es importante ser capaces de determinar que al formar parte de la oración se trata de otras unidades, sin importar que cumplan la misma función. Son lo que Bruce Fraser (1996) identifica como *marcadores pragmáticos básicos estructurales (pragmatic structural basic markers)*, que dan señales de interpretación del enunciado pero dentro de la sintaxis oracional. El significado procedimental, como se ha dicho, no está completamente desligado de su significado conceptual original y está matizado en su afectividad y modalidad por el mismo. En este trabajo, estas características se tomaron como esenciales a la hora de definir la unidad de análisis, pero constantemente se tuvo en cuenta que no son las únicas. La posibilidad de yuxtaposición e igualmente la reduplicación permiten al productor intensificar, replantear, mitigar o matizar las instrucciones de interpretación como un total. Al mismo tiempo, permiten al analista identificar más fácilmente los MD a partir de grupos de ellos. Si una palabra está entre MD es más probable que sea un MD. También la posición, y su relación con el contexto, en términos semánticos y no sintácticos, ayudan a interpretar la función de esta unidad en un enunciado. Así, si un MD está inserto en un enunciado que refleja certeza, es posible que él también esté señalando un alto grado de modalidad epistémica de certeza o incluso objetividad.

Por último, está el tema de las categorías de MD. En esta tesis se han planteado, comentado y utilizado tres clasificaciones de estudio, aunque el enfoque ha recaído en dos, principalmente. Primero

y más importante fue el modelo discursivo de Deborah Schiffrin (1987), de cinco niveles de funcionamiento entre los que cualquier MD dado puede señalar relaciones de coherencia (p. 316). También se utilizó con buenos resultados la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999) quienes proponen cinco categorías y dieciséis subcategorías (pp. 4081-82). En mucha menor medida se utilizó la clasificación de Bruce Fraser (1996), quien plantea tres tipos de marcadores pragmáticos básicos y siete tipos de marcadores pragmáticos de comentario (pp. 171, 180).

El problema con la propuesta de Fraser es que no logra integrar los marcadores pragmáticos como una unidad de análisis consistente y exige al investigador estar revisando constantemente la terminología para coincidir con la diversidad de términos que él utiliza. En lugar de adjuntar una subcategoría, asigna un nombre completo a cada categoría y es difícil vislumbrar una unidad consistente, ya que incluye oraciones, distingue las oraciones de las preguntas y únicamente llama “marcadores discursivos” a los conectores argumentativos y señales de referencia intratextual (Fraser, 1996, p. 186).

En cambio, la clasificación de los autores españoles es mucho más clara y concisa, para empezar, al llamar uniformemente “marcador discursivo” a toda aquella palabra con alta independencia sintáctica, algún grado de gramaticalización y un significado procedimental (Martín Zorraquino & Portolés Lázaro, 1999, p. 4057). Además, en concordancia con los objetivos y criterios de la presente investigación clasifica a los MD por su función pragmática, aunque también se ponga énfasis en su estructura. Una clasificación como esta es útil porque atiende a las diferencias que a primera vista son más evidentes, como la diferencia entre ‘oye’ y ‘sin embargo’. Una de las mayores compli-

caciones de usar clasificaciones como ésta es que son planteamientos *a priori* que pueden resultar en incongruencias e inconsistencias. Por ejemplo, MD como ‘pues’ pueden ser tanto MD conversacionales como operadores argumentativos. En casos como éste, las clasificaciones terminan siendo mera referencia a la multifuncionalidad de los MD, pero al final pierden su finalidad principal. Afortunadamente, esto sólo sucede en ocasiones y no demerita el trabajo de categorías y análisis general. En cambio, facilita el enfoque en los mecanismos específicos y situacionales que hacen de ésta un área tan profunda e interesante. De hecho, se puede decir que la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro fue mucho más práctica y útil de lo que se esperaba en un inicio. No cabe duda de su aplicabilidad y relevancia teórica.

Por su parte, el modelo discursivo Deborah Schiffrin, ha sido absolutamente crucial por una variedad de motivos. Primero que nada, hace falta aclarar que se trata de un modelo discursivo y no una clasificación, realmente. Es decir, su propuesta no ofrece categorías en las que dividir los MD, sino que presenta un modelo funcional de cinco niveles del discurso en los que cualquier enunciado, no sólo los MD, puede establecer relaciones de referencia y coherencia. Este esquema hace énfasis en la relevancia de los vínculos construidos por el enunciado entre múltiples niveles y unidades (Schiffrin, 1987, p. 315). Así, el uso de elementos que apuntan a un nivel o unidad del discurso puede tener implicaciones en otros niveles o unidades, las cuales puede ser más o menos evidentes para los participantes de la interacción. En este sentido, el modelo de Schiffrin, en conjunto con los planteamientos de naturalización de ideologías de Norman Fairclough (1989, p. 91), permite hacer evidentes algunos de los mecanismos ocultos de poder y control.

En general, mediante el análisis de los MD en términos de los cinco niveles del discurso de Schiffrin, es posible entender sus funcionamientos de manera mucho más puntual, situacional y específica. Este modelo es útil en tanto que elude las constricciones de una clasificación y permite analizar las funciones del MD dentro de la totalidad del discurso dentro de un marco bien definido, pero al mismo tiempo flexible y adaptable.

Finalmente, vale la pena hacer notar que se han encontrado tendencias que abren la puerta a nuevas clasificaciones de los MD todavía más funcionales. La premisa principal de esta propuesta es la aparición de los apéndices interrogativos en profunda relación con los MD, ya admitida por Bruce Fraser (1996, p. 177). En este trabajo no se encontró ni se hizo distinción alguna entre los apéndices interrogativos y los MD. Una de las complicaciones, quizá, es que muchas de las palabras que, en forma interrogativa, son apéndices interrogativos tienen formas declarativas que como MD tienen otras funciones particulares. Éste parece un problema de la aproximación a las clasificaciones más que de interpretación de los resultados y relaciones entre ambos conceptos. Es posible que sea más fructífero hacer una clasificación de las funciones que de los MD en sí. En inglés ya existe una tendencia a analizar funciones como las *tag questions*, *directives* y *hedges*, con las que se ha logrado explicar más satisfactoriamente las relaciones entre los participantes que se construyen mediante el uso y prejuicio de estos elementos.

Caracterización de las estrategias individuales de los participantes

A partir del análisis realizado, se pueden identificar algunas tendencias en el uso de los MD y la conversación en general. En primer lugar, por ejemplo, llama la atención que, en todos los casos, se puede ver claramente una división de roles: una persona propone películas y la otra las acepta, rechaza y, ocasionalmente, comenta de manera breve. El primer rol, que se podría denominar propositivo, es adoptado por A, C y F, dos mujeres y un hombre. El segundo, el decisivo, es adoptado por B, C y E, dos hombres y una mujer. *A priori*, la adopción de estos roles no parece poder entenderse como un indicio categórico de control sobre la conversación. La actitud propositiva implica control en la estructura de la interacción, ya que frecuentemente determina la organización de la información, los turnos y los temas, como cuando C propone desde el inicio una dinámica que facilita los acuerdos. Por otra parte, la actitud decisiva también implica control, en este caso sobre la estructura de la acción, ya que muchas veces da la resolución final de las películas que entran o no en la lista. Además, de esta forma, el participante con un rol decisivo no tiene que exponer sus posturas a la crítica y valoración de su interlocutor. El individuo con rol propositivo tiene la ventaja de traer a colación las películas que le interesan, mientras que su contraparte tiene un mayor poder de decisión y juicio.

Sin embargo, hay momentos puntuales muy claros en los que sí parece haberse establecido una relación de poder derivada de los roles que, además, queda reconocida por los hablantes en la propia interacción. Este mismo conflicto ocurre en dos conversaciones cuando A (Anexo D. Conversación 1-Turno 135) y F (Anexo H. Conversación

3-Turno 96) se quejan de que su interlocutor no está participando de la misma manera que ellos. De ello se puede decir que la frustración de los participantes A y F deriva de una percepción de que la relación está siendo construida de manera asimétrica cuando el participante de rol decisivo es poco participativo—en el caso de B—o poco colaborativo—en el caso de E.

Así pues, la investigación y el material recopilado de MD han revelado una amplia variedad de uso no sólo entre la variable de género, sino también de manera individual. Cada uno de los participantes ha hecho uso particular de unos y otros. En ocasiones, un participante ha dado la misma instrucción de procesamiento que otro hablante, pero haciendo uso de una palabra diferente. A partir de esto se puede describir brevemente la estrategia de cada uno de los informantes.

La participante A, como se ha dicho, adopta un rol participativo y colaborativo. Por un lado su actitud propositiva la lleva a hacer uso de múltiples apéndices interrogativos con una función facilitadora. Esto también tiene relación con el conocimiento que tiene de su interlocutor, ya que, frecuentemente, ella hace referencia al conocimiento de los gustos y opiniones de su hermano, tal como en (30). Su uso de la risa como una herramienta para la construcción de un espacio reconfortante y propicio para la expresión personal de B coincide con dicha estrategia cooperativa. Como se ha visto, mediante esta estrategia, por momentos, A es capaz de estimular la fluidez de la interacción para que, por lo menos en broma, B proponga películas en la discusión. Además, se puede inferir que la hablante está priorizando los puntos en común sobre los que podría desarrollar y negociar para llevar a buen fin la actividad en lugar de sus películas favoritas en lo personal. Este esfuerzo la lleva a sentirse frustrada por el poco entusiasmo de

B, por lo que ella, en su momento, recurre a la confrontación para aclarar sus sentimientos y solicitar más cooperación. Recuérdese que uno suele esperar del otro el mismo nivel de compromiso y esfuerzo.

(30)

51. A: umm (DANDO BRINCOS) ¡igh! / de miedo no te gustan ¿verdad?

52. B: § no / jaja

Por su parte, B es posiblemente el informante menos participativo de todos. En su conversación con A, él adopta el rol decisivo, pero le cuesta trabajo dar su opinión, posiblemente porque no se siente tan cómodo hablando de películas. Éste hablante es quien hace mayor uso del MD ‘mm’, con el que principalmente mantiene su turno de habla o solicita tiempo para pensar, pero debido a que no consigue formular un comentario que lo satisfaga, no dice nada y se generan extensos silencios que marcan negativamente el ritmo de la interacción.

La informante C, al igual que A, se caracteriza por una estrategia facilitadora, definida por sus apéndices interrogativos, ya que no hace uso del MD ‘ah jajaja’ en particular, aunque sí de la risa y el humor, como sucede en (31). Igualmente, es ella quien dirige la organización de la interacción cuando propone dividir la tarea en una propuesta de tres películas para cada una y considerar una de ellas como “comodín” en caso de ser necesario. A diferencia de los participantes A y F, que también adoptan el rol propositivo, C no tiene ningún problema con su interlocutora. En contraste, expresa el orgullo que siente por haber logrado el objetivo de manera fluida y amena junto con D y por haber sabido dirigir la interacción de buena manera.

(31)

39. C: [es que por eso] // ¿cuáal?

40. D: la dee / ahh

41. C: jah ah! [*don't do it*↑ / *don't do it*↑ / *HE DID IT!*!]

42. D: [jajaja / jajaja sí / jajaja sí] / [ésa es muy buenaa]

Es interesante que en la Conversación 2 (Anexos E y F), siendo ésta la más ágil y menos conflictiva, la participante D destaca por una baja tasa en el uso de todos los MD estudiados. Además del caso especial de ‘ah jajaja’, utilizado únicamente por A, fue la única que no enunció ningún imperativo de llamada de atención y su uso de estas unidades pragmáticas es igualmente bajo entre los apéndices interrogativos y la toma o mantenimiento del turno. Posiblemente, esto se debe a que los apéndices interrogativos de función facilitadora son más propios de los participantes con rol propositivo y D adoptó el rol complementario, el decisivo. Por esa misma razón, no haría uso de las llamadas de atención mediante imperativos como ‘oye’ o ‘mira’, ya que su rol le requería lo contrario, ser ella quien pone atención y responder oportunamente con su perspectiva cuando C le ceda el turno. Sumamente importante es notar que, dado que la interacción entre las dos ha sido tan claramente organizada y ambas adoptan diligentemente su función, D no tiene necesidad de señalar su toma de turno puesto que sabe que C le concederá uno y será ella quien usará MD—principalmente apéndices interrogativos—para indicar el cambio. En ese mismo sentido, hay que decir que la postura colaborativa, al mismo tiempo que paciente, de D es de vital importancia para el funcionamiento de la estrategia. Los conflictos de las conversaciones 1 y 3 son resultado de la falta de participación y colaboración. Entonces, la parti-

cipación de D no es completamente pasiva, puesto que activamente escucha y atiende a su prima procurando que sus contribuciones sean constructivas y favorezcan el flujo de la interacción. Al igual que con la risa, parece que este fenómeno desafía las preconcepciones de que la iniciativa y la asertividad son la vía óptima para la comunicación transaccional. En cambio, la escucha, la atención y la simpatía son igualmente importantes.

El caso contrario es el de F, quien presenta el más alto índice de MD tanto de toma y mantenimiento de turno como de imperativos de llamada de atención. Como ya se ha mencionado, parece que desde el inicio de la Conversación 3 (Anexos G y H), los participantes E y F compiten por el rol propositivo. La disputa se resuelve cuando F consigue que E acceda a seguir una dinámica según géneros cinematográficos. A partir de ahí, el discurso de F se caracteriza por su uso de categorías, argumentos, ejemplos y conocimientos de crítica de cine. Ejemplo de ello es (32-104), donde F refiere una forma de ver películas que él considera correcta. Por ello, se ha concluido que los MD que utiliza tienen la intención de introducir argumentos y hechos presuntamente objetivos. Sin embargo, también cabe decir que en casos como el mismo (32-104), la argumentación va acompañada de una clara expresión de frustración como lo es: “ay ¿cómo te dio ((una mamada))?” Al respecto, a partir de los planteamientos de las investigadoras de los usos masculinos y femeninos de la lengua, se puede interpretar que F tiene unas expectativas de realidad y objetividad que no se están cumpliendo en el desarrollo de la actividad, ya que E está apelando a una experiencia subjetiva y espontánea.

(32)

102. F: [es que / no me acuerdo // sí estamos de acuerdo pero ahh]
// ¿has visto / este / Pesadilla en la Calle del Infierno? / la uno

103. E: ssí / [pero / me dio risa]

104. F: [¿no la no / te gustó mucho?] / ay ¿cómo te dio ((una mamada))? es que tienes que / cuando ves una película tienes que / ponerte en el / contexto en el que se hizo / [entonces] / yo creo que eso sí

También vale la pena mencionar que, posiblemente, existe una relación entre las causas de la incomodidad de B y la frustración F. Aunque sus roles son distintos y uno es mucho más elocuente y vocal que el otro, parece que ambos tienen dificultades expresándose más que comunicándose y no logran conectar sus gustos personales con los de su interlocutor. Esto deriva ni más ni menos que de la misma ideología de que sólo el nivel informativo es importante y real y que representa para los hombres un obstáculo importante a la hora de construir relaciones personales (Tannen, 1991, p. 31).

A diferencia de F, el participante E actúa más tranquilo en general. Es ágil para decir sus opiniones y no teme defenderlas a partir de sus experiencias personales y subjetivas como se ha visto en párrafos anteriores. Su uso de MD no destaca por un uso particularmente bajo o alto ni por una función distintiva. Además, como ya se ha mencionado, en un inicio, compite con F por el rol propositivo, pero no lo consigue. Sin embargo, hay un momento (Anexo H. Conversación 3-Turno 118) en que los dos han acordado cinco películas y piensan que ya terminaron, pero F duda y decide que quiere cambiar una de ellas. En ese momento, quizá porque consideraban finalizada la interacción, E consigue retomar el rol propositivo y entonces es él quien pasa a

plantear películas. A diferencia de F, pero al igual que A y C, en este rol, E procura películas que piensa que le gustan a ambos, no sólo las que son de su gusto personal. Ya anteriormente, este participante había hecho una sutil referencia a esta actitud cuando en (33-101) comenta que él sabe películas buenas, pero no las propone si sabe que F no las ha visto.

(33)

97. E: [ash]//°(porque yo siempre tengo buenas recomendaciones)°

98. F: pero sí está okey lo acepto / maa

99. E: no me dijiste además ninguna mejor que *Infinity War*

100. F: bueno pero bueno está bien / okey ésa me tomé [°()°]

101. E: [no me dijiste] nada mejor que El Conjunto Doos / obviamente la mejor [película de terror / de la historia es] / El Exorcista pero no la has visto

Así pues, mediante estas caracterizaciones individuales del uso de MD por parte de los informantes, se pueden obtener algunas conclusiones importantes. Primero, que el uso de los MD depende de factores personales y no únicamente sociales. Algunos hombres usaron muchos más que otros y lo mismo con las mujeres. También dependen de los roles adoptados en la interacción; en el caso que aquí atañe, quienes proponen películas son más propensos a usar apéndices interrogativos—tal como A y C usaron más que D. También que en los MD se puede encontrar una gran carga de emotividad y expresividad, como sucede con ‘mm’, ‘ah jajaja’ y ‘es que’, más allá de sus instrucciones de procesamiento. Asimismo, siendo que B, A y F son respectivamente los principales usuarios de los MD anteriores, también se puede intuir que la exaltación emocional propicia un incremento de dichas unidades pragmáticas.

El análisis del uso individual de MD, en contraste con aquél realizado de manera estadística revela muchos más aspectos puntuales que dependen del contexto. La situación de la interacción en el momento de la enunciación, los roles y el estado emocional de los participantes, son ejemplo de elementos que enriquecen la comprensión de estas unidades y las relaciones de coherencia que establecen, incluso entre los participantes. Así, es más significativa la descripción del control de los niveles discursivos y la caracterización de las relaciones de poder, aunque no siempre se trate de poder social.

La viabilidad de un salto teórico desde los MD hasta las dinámicas de poder y caracterización general de las relaciones de poder observadas

Este trabajo partió de la presunción de que existe una relación de poder social que sitúa a los hombres por encima de las mujeres. El análisis de los MD obtenidos en las conversaciones grabadas también se vio influido por esta presunción. Dicha relación de poder, lamentablemente, no es algo que se pueda negar, pero es importante ser capaces de demostrar efectivamente su presencia en la unidad de análisis.

Como se ha comentado, el modelo discursivo de Schiffrin ha sido la herramienta más útil para atender las relaciones de poder en términos de Fairclough (1989, 1995) y Van Dijk (1995, 2011, 2016). La admisión y búsqueda de conexiones entre unidades de un nivel y otro permite explicar las consecuencias de los actos y usos lingüísticos de los participantes, incluso si ellos mismos no son conscientes. Por su definición, todas las relaciones de poder tienen que aparecer en el nivel del marco de participación, pero las ideologías que las sostienen

se hacen evidentes en el estado de la información y estructuras de la acción, intercambio e ideacional.

Además, a partir del trabajo de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro se ha identificado una importante variación en cuanto a la modalidad y afectividad de los MD en uso. Incluso cumpliendo una misma función principal, estas palabras pueden dar pistas de la interpretación del hablante sobre su relación con el interlocutor, con el discurso y con el mundo que lo rodea. Es interesante ver que, aparentemente los oyentes reaccionan acorde a las intenciones y ligeros matices del productor, al mismo tiempo que no son plenamente conscientes. Esto es claro, por ejemplo, cuando los participantes responden adecuadamente a los apéndices interrogativos en función de si se trata de uno con función modal, a lo que corresponde una respuesta corta, o uno con función afectiva facilitadora, a lo que corresponde generalmente una respuesta larga o turno completo. En ese sentido, se puede interpretar que los hablantes reconocen las cargas de modalidad y afectividad de los enunciados con una alta precisión, incluso si no están completamente conscientes de ello.

Existen dos formas en las que se puede entender la relación de poder entre hombres y mujeres expresada por los MD y el uso lingüístico en la conversación. Por un lado, se puede pensar que los hablantes asumen rápidamente roles de sumisión y dominación que facilitan la interacción fluida y correcta en tanto que uno hablará y otro escuchará, uno sabrá y otro aprenderá y uno decidirá y otro aceptará. Otra interpretación sería que los hablantes se aproximan a la conversación con estrategias previas diferentes, pero sin ser conscientes de ello. O sea, los hablantes, primero, no saben que sus aproximaciones al desarrollo de la conversación son distintas y, segundo, no saben que median-

te esta diferencia está produciendo un relación asimétrica. Las dos estrategias identificadas consisten, a grandes rasgos en cooperatividad y competitividad, identificadas ya por otros investigadores (Coates, 2013, p. 126). La cooperatividad está expresada en el interés por la participación del otro y sus opiniones y una mayor consideración de los efectos de lo dicho en la imagen del otro—cortesía negativa. La competitividad se expresa en la protección del turno propio y la intención de remarcar la objetividad de los enunciados. Las llamadas de atención en el discurso femenino parecen buscar la participación activa—es decir, hablar—del interlocutor, mientras que en el discurso masculino parecen apelar a la participación pasiva—escuchar. Estas estrategias resultan en una tendencia generalizada a que los hombres toman y las mujeres conceden, ya sea el turno, la temática o la valoración del discurso. Dicho fenómeno se vuelve más evidente en el surgimiento de malentendidos y discrepancias cuando los participantes ven incumplidas sus expectativas de ser tratados de la misma manera que ellos tratan al interlocutor, pero esto no afecta la estructura de poder en tanto que no se vuelven conscientes de las estrategias, las ideologías ni las relaciones en juego.

Notas al final

i Esta traducción corresponde con las de Cestero Mancera (2019) y Móccero (2010, p. 69).

ii Según Bruce Fraser, es difícil, en muchas ocasiones, distinguir lo que es o no es un md, debido a que muchas veces mantienen algunos aspectos de su significado conceptual y existe ambigüedad. Esto es congruente con su interpretación de los MD como parte de una categoría mayor que son los ‘marcadores pragmáticos’ (pragmatic markers). El autor, de hecho, considera que las estructuras sintácticas y las variaciones fonéticas, entre ellas las de una pregunta, también funcionan como marcadores pragmáticos, ‘estructurales’ (structural) específicamente (1996, pp. 170–171).

iii En la fuente original hay un error de cálculo que aquí se corrige: la suma de las apariciones de apéndices interrogativos en hombres es de cuarenta, en lugar de treinta y nueve. No se puede asegurar si el error está en el total o en el ingreso de los datos.

iv Tanto E al intentar tomar el turno como F al recuperarlo utilizan los MD ‘eh’, ‘pues’ y ‘bueno’, para ganar primero el canal auditivo y poder luego tener un turno para decir lo que quieren. La lucha masculina por los turnos de habla, tanto en conversaciones de género homogéneo como mixto, es una característica que ha sido desarrollado por Coates (2013, p. 113).

v Ante la necesidad de establecer unidades concretas para definir una posición inicial, intermedia o final, en el caso de los MD de toma y mantenimiento de turno se acude a este como unidad de referencia.

vi En realidad la estructura ideacional no es necesariamente infértil para las investigaciones de las relaciones de poder, pero éstas tendrían que establecerse en ideologías textualmente explícitas. Es decir, haría falta que, en términos de contenidos (Fairclough, 1989, p. 170) se hable de género y las relaciones sociales entre hombres y mujeres.

VII. CONCLUSIONES

Finalmente, mediante el análisis de resultados y las interpretaciones provistas, se espera que la tesis presentada pueda establecer sus conclusiones finales de manera clara, válida y suficiente para todos. Para ello, convendrá hacer un repaso de las observaciones generales de cada uno de los capítulos, contrastar los logros con los objetivos y premisas de partida y dibujar un esquema general de la posición donde queda ubicada esta investigación, los retos subsiguientes y las vetas de estudio que se abren a continuación.

El primer tema que se tocó fue la conversación como el género discursivo que enmarca las grabaciones recuperadas. Según Antonio Briz (2000), ésta se caracteriza por ser dinámica, dialogal y cooperativa, pero sobre todo, por el intercambio no predeterminado ni negociado de turnos (p. 225). Esta característica resultó fundamental en el análisis de las funciones de los MD y del establecimiento de las

relaciones de poder entre los participantes, ya que fue en la organización espontánea de los turnos, donde se construyeron la mayoría de los fenómenos identificados. Además, siendo que Schegloff (2010) entiende la conversación como una forma básica de la interacción y un bloque de construcción básico de las sociedades (p. 346), se puede ver la importancia de ésta como unidad de análisis. En conjunto, estas dos características de la conversación en suma con el análisis presentado, apunta a que las relaciones de poder de género se construyen no sólo desde las instituciones, sino también desde la interacción más básica. Por esta razón, resulta importante que los individuos femeninos y masculinos por igual puedan acceder a información al respecto y sean conscientes de ello. De esta manera será posible que, a partir de sus propias voluntades individuales, los afectados ganen control sobre su comportamiento social.

En cuanto al aspecto metodológico del trabajo de recuperación de las conversaciones, se remarca la eficacia de una actividad colaborativa para estimular el habla de los participantes y minimizar la tensión que podría producir el no saber de qué hablar. Otro gran beneficio es que es aplicable en muchos casos y para fines distintos. Así como, en esta ocasión, se realizó un estudio socio-pragmático, lo mismo podría hacerse para investigaciones de sintaxis, fonética y léxico. Aun así, evidentemente, ésta no es la forma cotidiana de llevar a cabo dicha interacción. Además, la naturaleza de la actividad es cooperativa y tiene una finalidad transaccional, ambas cualidades que se interpretaron propias de los discursos femenino y masculino, respectivamente. Está claro que sería imposible encontrar una forma discursiva perfectamente neutral, pero vale la pena mencionarlo, en caso de que haya

habido un sesgo en las interpretaciones debido a las condiciones naturales de la conversación.

Si bien, el material de análisis constituido se conforma enteramente de conversaciones, ésta son entendidas como una forma de discurso y, por ello, esta tesis hizo su aproximación desde el ACD. Por un lado está la comprensión de la conversación como un género discursivo, aunque, ciertamente, uno de los más fundamentales y constitutivos de otros géneros. Por otro, se espera que el modelo y las conclusiones del análisis de MD no se limiten a la conversación, sino que se puedan extrapolar a otros espacios y estructuras.

La inclinación por insertar esta investigación en el marco del ACD y no de su versión acrítica responde a las necesidades y principios de participación social y aplicación práctica del conocimiento obtenido. Ni la lingüística ni ninguna otra ciencia social pueden compararse al microbiólogo que observa bacterias consumirse y reproducirse en la caja de Petri. Estos trabajos y análisis tratan de personas y, por lo tanto, no deben permanecer al margen de los acontecimientos históricos y sociales que describen. En cambio, sin importar que el investigador se asuma o no científico, sí debe asumirse humanista y, como tal, atender a las necesidades y luchas de las comunidades humanas de las que forma parte; debe participar conscientemente, ya que, de no hacerlo así, será inconscientemente herramienta del *statu quo*. La no participación o la idea de un análisis objetivo e imparcial es también una ideología y, quizá, una de las que más sirven a la preservación de las estructuras de poder.

Este concepto, el de ideología, introducido por Norman Fairclough (1989, p. 36), ha resultado sumamente útil e ilustrativo de las causas originales de las expresiones del poder, como lo son las distintas

estrategias de comunicación. Básicamente, los hablantes tienen una ideología sobre cómo debe llevarse a cabo la comunicación que se expresan en expectativas y en una noción de que lo propio es claro y razonable (Tannen, 1991, p. 31). Sin embargo, estas expectativas no se aplican no únicamente a uno mismo o su grupo, ni siquiera de manera universal, sino de manera sectaria, al asignar órdenes específicos a grupos sociales específicos. Se piensa que un grupo habla y debe hablar de una determinada forma y otros lo hacen diferente, pero no se debe alterar el orden (*orderliness*) (Fairclough, 1995, p. 28). No sólo existen prejuicios sobre los grupos y su identidad, sino que también los hay sobre la “verdad del discurso”, sobre las formas adecuadas, respetadas y prestigiosas de hacer el discurso. Esto último es la estandarización de la lengua, el enaltecimiento de unas formas específicas de hablar por encima de otras variantes, evidentemente, de manera arbitraria e ideológica (Fairclough, 1989, p. 55). Mediante la conformación de estas dos ideologías—la identidad lingüística de los grupos y las formas prestigiosas del discurso—se constituye una discriminación de los comportamientos lingüísticos y los grupos sociales a los que corresponden.

En el caso que atañe a esta tesis, la discriminación de interés es la de los grupos sociales derivada del género como construcción social, específicamente entre hombres y mujeres. Autoras como Robin Lakoff (1973), Deborah Tannen (1991, 1994), Jannet Holmes (1984; 2003), Susan C. Herring (1992; Herring et al., 1995), Paloma Trenado (2011) y muchas más que estas páginas no alcanzan a desarrollar han comentado a profundidad y detalle las dinámicas de ejercicio del poder masculino en el sistema de la lengua y en los prejuicios sobre el mismo. En términos generales, las diferencias lingüísticas

entre hombres y mujeres consisten en una mayor consideración femenina por la imagen de su interlocutor, uso de formas de prestigio y, muchas veces, un menor volumen de participación en la conversación con hombres, mientras que el discurso masculino es más proactivo en la toma de turnos, está preparado para las interrupciones, pues son frecuentes, y tiende a asumirse a sí mismo como objetivo e imparcial más que el femenino. Estas tendencias en el uso lingüístico son comúnmente entendidas como estrategias cooperativas y competitivas, respectivamente, pero las diferencias no ser reflejan únicamente en el uso. Existen muchos prejuicios sobre las distintas formas de comunicación propias de hombres y mujeres. Contrario a los estudios de las autoras referidas, es popular la idea de que las mujeres hablan más que los hombres. Además, en general se asume que el discurso masculino es más informativo y real, mientras que su contraparte femenina es frívola e insustancial.

Una gran ventaja de tener una bibliografía tan amplia en este tema es que permitió una amplia diversidad de fenómenos que buscar en las conversaciones para la aplicación del modelo de análisis de MD. Así, se pudo mantener cierta flexibilidad que permitió dedicarse a los fenómenos más interesantes en términos tanto de poder de género como de MD. Así como lo fue para esta tesis, el estudio de los MD es un área en desarrollo que abre muchas posibilidades de análisis del discurso. Además, recalca la importancia de las aproximaciones funcionales y las nutre de herramientas e indicadores. Precisamente, para un análisis de las relaciones de poder de género entre los participantes, un análisis funcional es lo que se ha considerado más adecuado. En primer lugar, coincide con el modelo discursivo de Schiffrin (1987, p. 316) y con las clasificaciones de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999, p.

4072), así como la propia de Fraser (Fraser, 1996). Además, permite establecer las funciones priorizadas por los hablantes y, así, dibujar un esquema de sus estrategias y usos. Ya se ha comentado cómo las estrategias sirven para interpretar las expectativas y, de esa misma manera, las ideologías de los participantes.

Respecto a los modelos de clasificación y descripción de los MD propuestos por los tres autores principales en este tema, Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, Deborah Schiffrin y Bruce Fraser, se puede decir que, en general, todos tienen su valor y aplicación. Todos los autores han sido de utilidad en algún punto del análisis, algunos más que otros, y se puede decir que sus estudios tienen vigencia. Fraser, siendo el menos aplicado, en este caso parece ser quien más se distancia de los demás o quien es más complicado empatar. Su interpretación tan específica y limitada de la unidad de análisis impide desarrollar interrelaciones entre las funciones, los diferentes usos y niveles del discurso. En este aspecto, la clasificación de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro es mucho más abarcadora y sí permite entablar relaciones entre las diferentes clases. Además, es un excelente punto de partida para la descripción general de los MD antes de adentrarse en las mecánicas particulares de estas palabras en un uso contextualizado. Finalmente, el modelo discursivo de Schiffrin ha resultado profundamente útil y explicativo de las unidades de interés para la tesis presentada. El mayor valor de esta propuesta está en analizar siempre los MD de manera situacional y concreta, sin necesidad depender de generalizaciones. Es decir, permite analizar el uso en contexto y el funcionamiento particular de estas unidades, más allá de meramente asignar una clase. El uso conjunto de las clasificaciones,

sin importar el autor, y el modelo discursivo de Schiffrin ofrece una caracterización muy completa y específica de los MD.

Por otra parte, es interesante que los resultados obtenidos en los análisis presentados apunten a la posibilidad de nuevas clasificaciones de funciones más específicas de los MD. Si bien, la mayoría de los elementos comentados ya entran en la categoría de MD conversacionales según la perspectiva de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, ya sean metadiscursivos conversacionales o comentadores, también se puede hablar de grupos de funciones mucho más específicas que se han identificado en las conversaciones analizadas y se han estudiado, a su vez, por otras investigaciones de manera independiente. Estas nuevas clases serían la llamada de atención, los apéndices interrogativos–modales y afectivos facilitadores y atenuadores–, la atenuación de manera general y la toma de turno. Con estas funciones en mente, sería posible una clasificación con un alto nivel de especificidad, donde el investigador podrá decidir la profundidad a la que desee aplicarla según sus necesidades, sin que sea la falta de detalle una limitante de análisis futuros. Además, la investigación de las funciones discursivas desde los MD contribuye también a la causa de cualquier tratado de coherencia discursiva con relación a cualquier unidad de análisis.

Dado que los MD sirven para interpretar las relaciones de coherencia que construyen los hablantes en múltiples niveles discursivos, también han servido para identificar de manera general las estrategias que implican. Los MD no contienen en sí a las relaciones de poder de género u otras formas de poder social. Ni siquiera sostienen las relaciones de poder entre los participantes de una interacción particular. Sin embargo, esto no significa que no se haya cumplido el objetivo planteado en un inicio: demostrar la validez del estudio de los MD

como indicadores de las relaciones de poder de género y dominación masculina identificadas en un corpus de conversaciones dentro del marco del ACD. Efectivamente, estas unidades pueden funcionar como indicadores de relaciones de poder cuando se comparan los discursos femeninos y masculinos. Ni los MD, ni las estrategias, por sí mismos, explican el poder. Ni ser cooperativo ni ser competitivo produce necesariamente relaciones de poder, pero un orden social donde unos adoptan y esperan estrategias competitivas y otros adoptan y esperan estrategias cooperativas sí las genera. Lo que sucede, básicamente, es que los sistemas y organizaciones sociales propician que un grupo tome y otro dé. En este sentido, se considera que esta investigación satisface su propósito, al igual que la hipótesis: que gracias a su funcionamiento como señales de interpretación y constructores de coherencia en todos los niveles del discurso, mediante el estudio de los MD, se pueden explicar las relaciones de poder y dominación masculina presentes en la conversación oral del habla de hombres y mujeres. Quizá haría falta incluir la coherencia como un paso intermedio entre la interpretación de los MD y las relaciones de poder, principalmente, para mayor claridad, pero se puede decir que ha sido bastante certera la hipótesis planteada.

Por su parte, el análisis de resultados dejó ver una amplia variedad de fenómenos, pero estos se pueden resumir en las ya comentadas estrategias de cooperación y competición. En lo particular, se habló de los apéndices interrogativos, de la toma de turnos, de la mitigación y de las llamadas de atención mediante imperativos. La sección que trató los apéndices interrogativos, en primer lugar, contrastó con los antecedentes de Janet Holmes sobre las *tag questions*, según los cuales, cabía esperar que los índices de aparición total fueran iguales

entre hombres y mujeres y que la diferencia se encontraría únicamente en las funciones e intenciones de su uso. En cambio, entre la muestra de hablantes analizada se descubrió una diferencia total a favor de las mujeres que coincide más bien con el pensamiento popular de que las mujeres usan más comúnmente estas formas. Esto podría deberse a la diferencia sociolectal de los hablantes mexicanos en oposición a los ingleses o a una falta de datos. De todas formas, sí existió una apabullante mayoría de usos afectivos facilitadores en coincidencia con los estudios de Holmes. En cuanto a la toma de turnos, se notó que los hombres son más propensos a usar MD con este propósito y tienen una mayor diversidad de recursos. Se comentó también que los MD sirven como cápsulas que protegen el contenido proposicional del enunciado y sólo arriesgan las instrucciones de procesamiento ante la posibilidad de solapamientos e interrupciones. Posiblemente, esto es una consecuencia de la mayor frecuencia de los solapamientos en conversaciones masculinas o, inversamente, una cualidad del discurso masculino que las propicia. Luego, se analizó también el MD ‘ah jajaja’ que se interpretó como una forma de mitigar la fuerza de un enunciado al convertirlo en broma o chiste de lo que se espera una risa posterior. Finalmente, se habló de las llamadas de atención con imperativos como ‘mira’ y ‘oye’. De ello se concluyó también que los hombres son menos considerados de la imagen negativa de su interlocutor y tienden a calificar su propio discurso con una mayor objetividad, tratando de distanciarlo de la subjetividad. Evidentemente, a todos estos resultados les hace falta detalle y refuerzo estadístico. Se puede decir que se trata de puertas abiertas a futuras investigaciones.

Para concluir esta disertación, será necesario ahora repasar los logros conseguidos a partir de los objetivos planteados en un inicio.

Para evaluar el cumplimiento de los mismos, lo más conveniente es comenzar por los objetivos secundarios que se propusieron en servicio del objetivo principal.

El primer punto fue constituir un corpus de conversaciones orales a partir de una actividad semiestructurada para un estudio de caso. Esta fue una tarea que requirió de un extenso proceso de diseño y pilotaje de múltiples modelos de actividad. La mayor dificultad surgió de la intención de propiciar las conversaciones más naturales que fuera posible, al mismo tiempo que se mantenía un control que permitiera delimitar la interacción y estimular un flujo de habla constante. Así, se esperaba que se obtendrían conversaciones más similares y, por lo tanto, más comparables en términos de las variables sociolingüísticas que se buscaban. Se considera que la actividad aplicada consiguió tales objetivos y produjo un corpus sumamente interesante y valioso. Tal como se ha mencionado brevemente en otros párrafos, a primera vista se intuyen fenómenos llamativos que no se han desarrollado aquí, pero que podrían ameritar otras investigaciones. Además, este mismo modelo podría ser una herramienta útil para la recopilación de conversaciones con otros propósitos, tal como lo sería una actualización del *Atlas Lingüístico de México* (1990).

El siguiente objetivo era construir una tabla de apariciones de los MD encontrados en las conversaciones obtenidas. Esta tabla se diseñó utilizando el programa en línea, *Google Sheets*. Cabe mencionar que, a la hora de introducir en ella las unidades encontradas, se decidió desde un inicio el descartar algunos MD que eran muy frecuentes, pero se consideró que, por su naturaleza, carecían de las cargas de modalidad y emotividad que atienden a la relación y, por tanto, pueden dar luz sobre la percepción del individuo respecto al marco de participa-

ción. Un ejemplo son los operadores argumentativos como ‘porque’, ya que estos atienden únicamente a la estructura de la información y son insuficientes para las intenciones de la presente investigación. Por otra parte, no hay razón para pensar que se puede encontrar una diferencia estadística de uso tan sustancial como para definir las relaciones entre géneros masculino y femenino. La tabla, entonces, no recopila la totalidad de los MD que se pueden encontrar en el corpus, sino aquéllos que tenían más posibilidades de ser de interés. Asimismo, se realizaron tablas independientes para visualizar y describir los fenómenos particulares que se han tratado en las distintas secciones del Análisis de Resultados.

Todas estas tablas se pueden encontrar en la siguiente liga. Tabla de MD (*Google Sheets*): <<https://docs.google.com/spreadsheets/d/1KrJaHQMY639cy4N2HRj4bRZ7DU15z3UL6zLPTOjoa4/edit?usp=sharing>>

Los últimos objetivos secundarios fueron analizar el funcionamiento de los MD cuya frecuencia de aparición es diferente entre hombres y mujeres en términos de las relaciones de poder de género y relacionar el funcionamiento de los MD descritos con fenómenos observados por investigaciones previas. Estos objetivos se han cumplido en conjunto, ya que, por un lado, la teoría previa ha guiado la búsqueda e interpretación de las funciones de las distintas unidades de análisis y, por otro, se ha interpretado que la evidencia encontrada realmente coincide con lo esperado a partir de esa misma teoría.

Gracias a ello, se puede decir que el objetivo principal de esta tesis, demostrar la validez del estudio de los MD como indicadores de las relaciones de poder de género y dominación masculina identificadas en un corpus de conversaciones dentro del marco del ACD, se cumplió

de manera satisfactoria. En buena parte, se logra en tanto que muchos de los estudios sobre diferencias lingüísticas de género, particularmente aquéllos centrados en unidades léxicas, como son los casos de apéndices interrogativos y titubeos comentados por Holmes (1984). Al igual que en los antecedentes, en este trabajo se concluye que las diferentes tasas de uso de unos y otros MD y particularmente su funcionamiento en contexto reflejan estrategias diferentes. La estrategia del grupo de mujeres, como se esperaba es mayoritariamente cooperativa y facilitadora, mientras que la masculina es más competitiva entre los participantes que aquí se presentaron.

Además, también se ha notado que lo encontrado en el análisis contradice algunas preconcepciones sobre el habla de hombres y mujeres que se tenían al inicio de esta investigación. Por ejemplo, se ha llegado a la conclusión de que no existe una estrategia con más capacidades comunicativas que otra. Más aún, no se puede decir que, por ejemplo, la estrategia cooperativa sea menos efectiva a la hora de completar el objetivo transaccional de la interacción. Tanto las estrategias de A, al estimular la participación de su interlocutor, como la de C y D, quienes terminan la actividad en el menor tiempo, demuestran que la cooperación y concesión también sirven a los objetivos prácticos. Esto no quiere decir que la actitud competitiva masculina sea mala, sino que denota una serie de prejuicios, incluso dentro de la academia, sobre los discursos valiosos y prestigiosos.

Por estas mismas razones, Deborah Tannen (1994) nota que una estrategia que quizá se llamaría “competitiva”, podría derivar de la intención del participante por demostrar a su interlocutor que está comprometido con la interacción, no necesariamente porque esté compitiendo por el dominio de la misma. En sentido opuesto, la

búsqueda de la igualdad y la alineación de los intereses, gustos y perspectivas del otro a los propios, como sucede en la Conversación 2 (Anexos E y F) entre C y D, también implican un ejercicio de poder. Por ende, el debate final de esta tesis es el mismo que se ha tenido por años entre los enfoques de dominación y de diferencias culturales: ¿se puede decir que, entre grupos relacionados asimétricamente en términos de poder, toda diferencia es consecuencia de un ejercicio del poder?

Las estrategias de los hablantes derivan de expectativas en torno a su propio comportamiento y el de su interlocutor. Esto, a su vez, es parte de una ideología. Las ideologías que valoran las estrategias cooperativa y competitiva, por extensión, valoran el habla de hombres y mujeres, pero, como se ha comentado por un momento, tampoco es verdad que la correspondencia entre género y estrategia corresponde siempre de manera categórica, como se ve con E, quien, en la última parte de la Conversación 3 (Anexos G y H). Recuérdese que Coates apunta que la misma estrategia, el silencio, puede ser signo de poder para los hombres al mismo tiempo que de falta de poder entre las mujeres (2013, p. 124). Así que también hay que preguntarse, ¿cómo se construye el poder social en la lengua si no es en la estrategia discursiva?

La conclusión que se aventurará en este trabajo será que la clave es *la diferencia*. Así, la respuesta que se daría a la pregunta crucial entre el enfoque de la dominación y el enfoque de las diferencias culturales, sería que sí, toda diferencia entre grupos históricamente jerarquizados contiene en mayor o menor medida un ejercicio de poder. Esto se debe a las ideologías de prestigio, que no valoran las características textuales tanto como el prestigio de los grupos sociales involucrados. Es decir, a nivel social, las categorías sociales prevalecen sobre las

categorías estructurales en la valoración del discurso; importa más quién lo dice que el contenido de su discurso. No se debe olvidar que estamos hablando todo el tiempo de poder social, no individual.

El punto es que, cuando existe contraste, diferencia, siempre reluce el prestigio para valorar positivamente las formas masculinas, en este caso. Gracias a ello, un grupo tiene el control directo sobre el marco de participación mediante el control de la diferencia de estrategias. Cuando un hombre quiere marcar el poder social que históricamente se le ha otorgado, basta con que distinga su estrategia cualquiera que sea la de su interlocutora. Esto es un privilegio, ya que los grupos sometidos tienen que adecuar su cortesía a la de los grupos poderosos para ser admitidos en lo discursivamente prestigioso y no tienen otra forma de conseguirlo. La conclusión no es que ninguno de los participantes buscara activamente dominar a su interlocutor, sino que existen ideologías que forman una brecha entre las expectativas, posibilidades y prestigio de unos y otros en función de su género.

En parte, dicha dinámica no está intrínsecamente originada en las relaciones de género, sino en la construcción del discurso como herramienta de poder. Por lo tanto, el poder está en la naturaleza del discurso y es preciso ser cuidadosos en su uso para no permitir que se perpetúen las relaciones desiguales entre grupos sociales. Así como en un partido de fútbol es una falta de respeto que un equipo no compita al máximo de sus capacidades, no se trata de elegir una u otra forma de hablar, sino evitar las categorías sociales como constructores de diferencia. No basta con ceder la palabra o estar de acuerdo, sino que todos los participantes deben constantemente ratificar su respeto genuino por los grupos afectados, mediante la búsqueda de igualdad de condiciones y también de estrategias discursivas.

Las posibilidades que siguen a esta investigación se dividen según las necesidades de especificidad de los temas. Por un lado, están los MD. En primer lugar, hace falta un método de descripción lexicológica. En dicho método lexicológico, las instrucciones de procesamiento deben ser consistentes, claras y mínimas, como tendrían que serlo al ingresarse a un programa de computadora. De esta manera se evitan confusiones, repeticiones y contradicciones. Además, hace falta un detalle sobre los factores de modalidad y afectividad que tienen estas unidades, no como parte de la instrucción sino como cargas de significado que hacen matices importantes en la comunicación. De otro modo, la descripción no sería suficiente. También sería posible, como se mencionó, clasificar las funciones de los MD de una manera más específica, de lo cual el mejor ejemplo son los apéndices interrogativos.

Por parte de las relaciones de poder, sería posible continuar la búsqueda de diferencias en el uso de MD y, por ende, de relaciones de poder entre otros grupos—estudiantes y maestros, empleador y empleado o compradores y vendedores. Continuando con la línea de la construcción del género—sobretudo a través de una caracterización clara de lo femenino y masculino—se puede hablar también de grupos homosexuales, bisexuales y transgénero. También se puede continuar evaluando la relación particular de hombres y mujeres en otros aspectos. Aún quedan muchos aspectos que se podrían analizar, incluso dentro de los MD. La porción de entradas que se analizó fue mínima dentro de la totalidad de las palabras encontradas, así que todavía queda mucho por estudiar. Además, fuera de los MD como unidad de análisis, todavía queda mucho que analizar. Ejemplos de esto son la preferencia por formas de prestigio, los usos fonéticos y también los sintácticos.

Los proyectos que siguen a éste ya contemplan la necesidad de una mayor especificidad, por una parte, y amplitud del material de análisis por otra. Esta investigación se hizo desde el inicio en consideración de ello. El punto más interesante es actualmente el de los apéndices interrogativos. Haría falta, pues, obtener un corpus mayor y detectar tendencias estadísticas con mayor contundencia. También se identifica la importancia de incluir la cortesía y la coherencia como conceptos dentro del marco teórico. Durante el análisis ha sido muy claro que estos son relevantes y útiles para este tipo de estudio. En fin, mucho es lo que queda por hacer y descubrir, pero, esta investigación cumple su propósito de trazar el camino a seguir para avanzar en las investigaciones de género en español y en México, algo que todavía hace mucha falta. Poco a poco, mediante las bases que la academia debe ofrecer, será posible atender las problemáticas sociales para mejorar la condición de vida y oportunidades de todos.

VIII. ANEXOS

Anexo A. Caracterización de los participantes.

	Participante					
	A	B	C	D	E	F
Género	Mujer	Hombre	Mujer	Mujer	Hombre	Hombre
Edad	22	25	26	25	25	24
Nivel de estudios	Alto (Licenciatura)					
Ocupación	Pasante de Nutrición	Administrador de red	Empleado	Agente de callcenter	Ingeniero en Sistemas	Pasante de Medicina

Anexo B. Descripción de las conversaciones obtenidas.

		Conversación		
		1	2	3
Datos de la grabación	Participantes	A y B	C y D	E y F
	Permutación (género)	M-H	M-M	H-H
Situación comunicativa	Fecha	14-05-2021	21-05-2021	07-06-2021
	Duración	10'05"	7'57"	9'08"
	Lugar de grabación	Casa particular (Aguascalientes)		
	Tema	Las cinco películas favoritas de ambos		
	Propósito	Interpersonal		
	Relación entre participantes	Hermanos	Primas	Amigos
	Tipo de discurso	Conversación		
Otros detalles	Técnica de grabación	Semidirigida		
	Turnos	139	131	194

Anexo C. Ficha técnica #1

1. Investigador: Carlos Enrique Mora González
2. Datos identificadores de la grabación:
 - a. Fecha: viernes 14 de mayo de 2021
 - b. Duración: 9 min
 - c. Lugar de la grabación: Ciudad de Aguascalientes (casa particular)
3. Situación comunicativa:
 - a. Tema inicial: Top 5 de películas favoritas
 - b. Propósito o tenor funcional predominante:

 Interpersonal (X)

 Transaccional ()

c. Tono: informal

d. Modo o canal: oral

4. Tipo de discurso: conversación

5. Técnica de grabación:

a. Conversación libre:

 Observador participante ()

Grabación secreta ()

Observador no participante ()

 Grabación ordinaria ()

b. Conversación semidirigida (grabación ordinaria): (X)

6. Descripción de los participantes:

a. Número de participantes: (2) Claves: (A) (B)

b. Activos: (A) (B)

c. Tipo de relación que los une: A y B son hermano y hermana

d. Sexo:

	A	B
Mujer	X	
Varón		X

7. Edad:

A: 22

B: 25

8. Nivel de estudios:

	A	B
Analfabetos		
Primarios		
Secundarios		
Medios		
Universitarios	x	x

9. Ocupación:

a. A: Pasante de servicio social en Nutrición

b. B: Administrador de red cableada e inalámbrica

10. Nivel sociocultural:

	A	B
Bajo		
Medio	x	x
Alto		

11. Lengua habitual:

	A	B
Monolingüe español	x	x
Bilingüe		

12. Grado de prototipicidad coloquial:

Coloquial prototípica	x
Coloquial periférica	

Anexo D. Conversación 1

1. A: supongo quee // ¿cuál era? /
[¿Infinity War?]
2. B: [¿In / m] / Infinity o
[Endgame?]
3. A: [¿o Endgame?] pu(e)s las dos
¿no?↑ / creo que de las dos llegamos
así como: [¡guau!]
4. B: [síi] bien impactados / pon
las dos pon las dos (4") mm ¿de
la infancia cuál te / cuál recuerdas
más?→
5. A: mm / Mulán tiene algo /
siempre la uso de referencia
6. B: mmm
7. A: § sus canciones / um creo que
es muy épica↓
8. B: § ¿Tarázán no? ↑
9. A: [uhh] (OPOSICIÓN O
DESAGRADO)
10. B: [yo] a Tarzán la tengo
en mis top (/p/ IMPLOSIÓN
EXAGERADA)
11. A: ¿fa de favoritas?↑
12. B: ujum (AFIRMATIVO)
13. A: pues /// no está en mi top jaja
pero [jeje]
14. B: [bueno] entons(ces) no / tiene
que ser algo de los dos / mmm
15. A: mmm / estoy record(ando)
pensando en alguna de cine / que
hayamos salido y ¡guau!
16. B: sí yo también como quee
buscar ell / el mismo [impacto]
17. A: [¿las dee] Piratas del Caribe
no te gustaban? / mucho
18. B: § síi / sí me gustaban pero no
no [yo no las tengo en]
19. A: [pero no] / sí o sea / en el
momento sí gustó pero ahorita ya no
sirven
20. B: ¿Tierra de Osos? / a mí sí me
gustó mucho
21. A: °(ujum)° [(AFIRMATIVO)]
22. B: [igual puedes ponerla ((ésa
acá)) puedes ponerla ((acá))]
23. A: (CANTA) [que sepa el mundo
que marcha] jejeje (TARAREA)
24. B: es que las de Disney sonn (3")
¿Big Hero // Grandes Héroeos?
25. A: § mtch ¡ah!
26. B: mtch / ¿no?
27. A: ah ¿pero para favoritaa?↑ [ah
jajaja]
28. B: [uumm↑] (ACLARA LA
GARGANTA)

29. A: ¿Toy Story?→ ah jajaja [¿no?]
30. B: mm [nah] yo no
31. A: umm // je Bob Esponja ah jajaja [la película]
32. B: [la pel Los] Simpsons
33. A: § Los Simpsons / la película jejeje
34. B: je /// ammm ¡HACHIKO!
35. A: § ¡ah sí!↓ clásico / sí sí sí (3'') cómo dolió
36. B: ujum // no a fuerzas tiene que gustarnos
37. A: ¿dijo cinco?
38. B: sí
39. A: falta uno
40. B: (ACLARA LA GARGANTA) mm (6'')
41. A: (TARAREA) ¿no tienes alguna más seria? [ah jejeje]
42. B: ¿más seria? [mmm]
43. A: [bueno Hachiko] sí era muy seria pero (4'') mmm (7'') mmm
44. B: tantas películas que hemos visto yy→ // no podemos elegir ni cinco→ jeje
45. A: ¿no te gustó como la dee Los Treinta y Uno? // sí es Los Treinta y Uno ¿no?
46. B: Los Treinta y Tres [¿Los mineros?]
47. A: [Treint jajaja] sí
48. B: [emmm no] no como para tenerla en [favoritos]
49. A: [no tanto] // la de las Torres Gemeelas o algo así
50. B: las de las Torres Gemelas no sé / QUÉ me causa a mí // me estresa
51. A: umm (DANDO BRINCOS) ¡igh! / de miedo no te gustan ¿verdad?
52. B: § no / jaja
53. A: § ni a mí / jajaja / ahh / bueno sí me gustan pero no están en [mi top]
54. B: [de comediaa] // ¿Qué Pasó Ayer? // ammm
55. A: (TARAREA)
56. B: Son como Niños // ammm // (ACLARA LA GARGANTA) (5'')
57. A: volvamos a Disney jajaja
58. B: umm ¡SHREK! (truena los dedos) / ¡Shrek 2!
59. A: ¡ah sí Shrek!↓ / [sí]
60. B: [¿Shrek] 2↑ o Shrek? // yo Shrek 2
61. A: § sí la dos la canción
62. B: (ACLARA LA GARGANTA) la canción (ENTRE RISAS) jajaja

63. A: jajaja
64. B: la canción de Shrek Doos / sí
65. A: sí // ya está ¿y ahora? / ahoraa el orden
66. B: § NONN ¿ÉASAS?
67. A: sí
68. B: o sea / bueno es quee
69. A: § ah pu(es) /primero es Infinity War y luego End Game Tierra de Osos / pero es que así nos vamos acordando / ¿estás / de acuerdo que serían así?
70. B: m noo yo pondría Shrek 2 antes que Tierra de Osos
71. A: sí // yo po(ndría) / Tierra de Osos la dejaría al final
72. B: § sí yo también
73. A: eh ¿pero éstas las pondrías en primero? ↑
74. B: umm es que fueron [las que más me emocionaron]
75. A: [yo yo pondría en] primer lugar a Hachiko / jaja ay mi favorita / porquee no sé // es algo
76. B: es que fíjate yo / sólo la vi una vez // pero con ésa sí fuee pero no no la quise volver a ver jeje
77. A: umm↑ (ASOMBRO)
78. B: o sea sí las [tengo acá dee]
79. A: [y la de éstas] las viste como veinte mil veces [jeje]
80. B: [sí] Endgame la vi como seis veces (ACLARA LA GARGANTA)
81. A: mm // la de Endgame fue la que más te gustó→ ¿verdad?↑
82. B: sí / era la que más esperaba y sí
83. A: sí / creo que a mí también // puede ser Endgame y luego Hachiko para hacer un acuerdo AH JEJE y luego yaa Infinity War
84. B: um (ASIENTE)
85. A: ¿Shrek 2?
86. B: Tierra de Osos sigue sigo con mi duda↓
87. A: ¿cuál podría ser otra?
88. B: § o sea yo nomás dije Tierra de Osos para que la anotaras así [paraa] // para ver luego más opciones
89. A: [ah] °(entonces / ¿se te ocurre una mejor?)°
90. B: mmm (ACLARA LA GARGANTA) (11”) es que hay máas es que hay máas a ver (7”) (A SÍ MISMO) piensa / piensa / [piensa (ACLARA LA GARGANTA)]
91. A: [jejeje] / Jimmy Neutron el Niño Genio [jaja]

92. B: [ujum] / la película ///
mm /// Los Rugrats Conocen a
los Strawberries / [jajaja ésa me
gustaba mucho] (ACLARA LA
GARGANTA)
93. A: [jajaja / no manches / muy
apenas] / muy apenas y te acordabas
de ésa / es que también el chiste es
que entre más fresco esté significa
que te gusta más
94. B: [entre más veces las hemos
visto]
95. A: [si tienes que pensar mucho /
sí] tienes que pensar mucho significa
que no te gusta tanto porque no la
tienes en tu cabeza / tan presente /
¿no crees? / porque por ejemplo las
primeras dos fue como de / ésta
96. B: § síi / [luego luego lo
sabíamos]
97. A: [porque lo sabíamos / ajáa] ///
ya las otras fueron más rebuscadas
pero / fueron las primeras que
llegaron / yo cre-o /// tierra / ¿no?
98. B: bueno / pon de una vez Shrek
2 aquí / en el cuatro
99. A: a mí me gustó la de Toy Story
3 // cuando todos se agarraban de la
mano y se iban a morir
100. B: mm / a mí no [jeje] // [jeje]
101. A: [bueno] // [jeje] // mm
102. B: mmm /// °(Caars)°
103. A: ¡¿Cars?! // [¿es en serio? /
noo no manches / jajaja / ay]
104. B: [no estoy diciendo estoy
diciendo nomás para decir jejeje] //
mmm
105. A: ¡ih! / En Busca de la
Felicidad // [es una película épica] /
ah jaja
106. B: [jahh!]
107. A: ésa también la he visto
muchas veces / y no me aburro de
verla /// [siempre] lloro / ah jajaja
108. B: [mmm]
109. A: [¿no te gusta?]
110. B: pu[es sí] / noo / es que sí
deja un gran mensaje pero / no sé
se me hace / no sé
111. A: o sea la cuestión es que si te
gustaa o no te [gustaa]
112. B: [sí me] gusta / sí me gusta
// pero me pasa lo mismo como con
Hachiko
113. A: § pero a Hachiko ya lo puse
en el segundoo
114. B: síi↑ síi↑ pero pu(e)s /// pu(e)
s me da la misma sensación pu(e)s
/// ummm (INCONFORME)
115. A: mm (INCONFORME)

116. B: hum / lo tengo en el top dos y sólo la he visto una vez jajaja
117. A: § y todo pasa porque no te gusta mi película favorita
118. B: § ¿y cuál es?
119. A: § la de Walter Mitty
120. B: mm no / no la tengo considerada como favorita // (ACLARA LA GARGANTA)
121. A: um (INCONFORME)
122. B: En Busca de la Felicidad hay otraa ¿Búsqueda Implacable? // ¿no se te hace chida? [¿no?]
123. A: [no] // o sea sí está chida pero no para decir que es de mis favoritas
124. B: § de intensaas
125. A: § Intensamente me gusta mucho
126. B: °(síi)° (INCONFORME)
127. A: um (INCONFORME) (10'')
¿Lluvia de Hamburguesas? jejeje
128. B: no la tengo en↓ /// ah (CANSANCIO)
129. A: ¿Norbit? // ((CANTA) [es Norbit] / es Norbit / ah jaja)
130. B: [jaja]
131. A: ésa la hemos visto mil [vecees]↓ sí
132. B: [ujum] (ASIENTE) / pero la veo porque pasa mucho en la teele
133. A: ¡ohh B! (QUEJÁNDOSE)
134. B: § ¡noo! / yo no estoy diciendo que no
135. A: § noo pues ya piensa en algo jeje / di algo // estás rebuscando demasiado
136. B: °((CANTA) Es Norbit es Norbit) es que el cinco ya es el más difícil↓
137. A: pu(e)s para mí el cinco podría ser cualquiera ah jaja / bueno no cualquiera pero / hay muchas que me gustan
138. B: mmm /// jeje (ENTRE RISAS) Shrek Uno Shrek Dos Shrek Tres Shrek Cuatro / ¡Monsters Inc!
139. A: ujum↑ (ASIENTE) // de acuerdo // ¡uy! no se re- / ¡no se escribe! (RESPIRA) // ah ya ahí está /// listo

Anexo E. Ficha técnica #2

13. Investigador: Carlos Enrique Mora González

14. Datos identificadores de la grabación:

- a. Fecha: viernes 21 de mayo de 2021
- b. Duración: 7 min
- c. Lugar de la grabación: Ciudad de Aguascalientes (casa particular)

15. Situación comunicativa:

- a. Tema inicial: Top 5 de películas favoritas
- b. Propósito o tenor funcional predominante:

Interpersonal (X)	Transaccional ()
-------------------	-------------------

- c. Tono: informal
- d. Modo o canal: oral

16. Tipo de discurso: conversación

17. Técnica de grabación:

- a. Conversación libre:

Observador participante ()	Grabación secreta ()
Observador no participante ()	Grabación ordinaria ()

- b. Conversación semidirigida (grabación ordinaria): (X)

18. Descripción de los participantes:

- a. Número de participantes: (2) Claves: (C) (D)
- b. Activos: (C) (D)
- c. Tipo de relación que los une: C y D son primas

d. Sexo:

	C	D
Mujer	X	X
Varón		

19. Edad:

C: 26

D: 25

20. Nivel de estudios:

	C	D
Analfabetos		
Primarios		
Secundarios		
Medios		
Universitarios	x	x

21. Ocupación:

a. C: Empleada

b. D: Agente de callcenter

22. Nivel sociocultural:

	C	D
Bajo		
Medio	x	x
Alto		

23. Lengua habitual:

	C	D
Monolingüe español	x	x
Bilingüe		

24. Grado de prototipicidad coloquial:

Coloquial prototípica	x
Coloquial periférica	

Anexo F. Conversación 2

1. C: YO digoo↑ que nada más escojamos / tres películas y tres películas cada quién↓
2. D: okey (NASAL)
3. C: § para que entonces no sea tan difícil↑ / y nada más tenga / tenemos como un comodín / de que es la sexta películaa↑ para por si no nos decidimos con en una / para ponerla en orden
4. D: § okey (NASAL)
5. C: § YO dig(o)↑ / YO↑ voy a poner a mi Mean Giirls→ porque dijistee↑
6. D: § *Mean Girls*
7. C: § ajá // *Mean Girls* // y luego / voy a poner también / voy a poner Hércules / porque me gusta mucho esa película /// y luego voy a poner también *Midsummer*
8. D: § OBVIAMENTE *Midsummer* / sí sí [sí]
9. C: [obv]iamente / ésa va a ser la uno / ¿[te] parecee↑?
10. D: [sí] jajaja
11. C: okey / ésa ya aquí está de / number one // *Midsummer* // °(es la uno)° // lueegoo / yo digo que pongamoos
12. D: § Mulán / y Cusco
13. C: °(Mulán / y Cusco // mm // un dos [tres])°
14. D: [yo] ya puse tres
15. C: § ¿cuál pusiste? *Mean Gir(1s)* yo puse *Midsummer*
16. D: § puse *Mean Girls* / Mulán y Cusco
17. C: § ah okey y *Midsummer* ¿cuál es? / ah oh me falta una // mm / ay / ¿cuál podrá ser que esté muy buenaa? / es que yo había pensado en Mulán también / era / [para mí]
18. D: [entons(ces)] obviamente MulÁN / ya queda
19. C: § la dos
20. D: § o sea también le podemos podemos / ponerle un éste↑ : / de que ésta ya no se mueve↓
21. C: § ajá // sí // yy yo digo que también podría seer→ / ¿cuál cuál otra podría ser? ↓
22. D: Triunfos Robados jeje
23. C: § noo Triunfos Robados noo // eemm // ¿qué tall? /// ¿Wide Chicks?
24. D: Wide Chicks es buena

25. C: um (ASCIENTE)
26. D: [mm // la dee]
27. C: [°()°]
28. D: ¿cuál otra hemos visto vei / nte mil veces?
29. C: ay / la del camión que ((pue lo ve)) y la mujer↑
30. D: ¿que sale el de pelo chinito?↑
31. C: noo ésa es la / la [dee]
32. D: § [la de] Estar Guapo / de ésa casi no me acuerdo
33. C: § ah / sí quee / ajá / que es la dee la del guapo // mm
34. D: la dee She's the Man
35. C: sh(e) ohh ¿de Amanda Byynes?↑ / ¿She's the Maan↑ / o la de Snowwhite?↓
36. D: me gusta más She's the Man
37. C: § ohh (DECEPCIONADA)
38. D: aunque Amanda Byynes tiene buenaas / ¿[la de los Castawaays] o cómo se llama eso?↑
39. C: [es que por eso] // ¿cuál?
40. D: la dee / ahh
41. C: ¡ah ah! [don't do it↑ / don't do it↑ / HE DID IT!!]
42. D: [¡ajaja / jajaja sí / jajaja sí] / [ésa es muy buenaa]
43. C: la de los náaufragoos↓
44. D: § la de los náau[fragoos↓ se me hace m(())]
45. C: [pero nada más la he visto como dos] veces yo // [bueno no me gusta taantoo]
46. D: [ahh yo sí la vi] varias veces // pero me gusta más la de She's the Man
47. C: voy a ponerla [aquí abajo de de Byynes]
48. D: [o de las de Hillary también] son buenas
49. C: ¿pero como cuál?
50. D: °(ohh / la dee)° / la dee Viernes de Locos
51. C: ¿Viernes de Locoos?↑ [la dee]
52. D: [ah no no no] la otra la otra la dee / Confesiones de una Típica Adolescente
53. C: ¿¡ay ÉSAA!? / a mí / fíjate que ésa a mí casi no me gusta de / de Lindsay Lohan
54. D: ¡um! / a mí me gusta mucho
55. C: ¿sí?↑ /// mm / estamos pensando en puras películas viejitas aparte
56. D: § ¡es que son las que hemos visto diez mil veces!

57. C: § pues sí eso sí / la de la Nueva Cenicienta la de Hillary la vis(te)↑
58. D: § ¡AHH!
59. C: ésa es buena / ésa es buena / [ésa me gusta mucho]
60. D: síi ésa es muy buenaa // [la de mi amiga] la sirena también me gustaba mucho
61. C: ahh sí es cierto ¡ih! // Pijamada
62. D: Pijamaa[daa]
63. C: [la que hac(en) la que se van de pijamada y hacen una listaa↑]
64. D: [sí sí síi / que hacen] como unn // dead hunt
65. C: § ajá / hacen un scavenger [hunt]
66. D: § [ajá]
67. C: ésa la vemos muchas veces
68. D: sí
69. C: [la película de ((Bob Esponja))]
70. D: [la de Wild Child]
71. C: ¿cuál es [la de?] (RÍE PASUADAMENTE)
72. D: [ay me picó el ojo] // de estaa /// Emma Roberts // quee la mandan de intercambio [aall]
73. C: [ahh] / na(da) más la vi o / esa vez cree↑oo↓
74. D: §¿sí?↑
75. C: § sí / y creo que la tengo en la casa y nunca más la he visto nunca más la he vuelto a ver / [es que no soy TAN fan de Emma Roberts]
76. D: [yo me acuerdo de haberla visto ((varias veces))]
77. C: o sea / sí soy lo suficientemente fan como que / creo que sí [((he visto sus películas))]
78. D: [yo sí soy súper fan]
79. C: ¡IHH! Made of Honor
80. D: mm Made of Honor es muy buen(a) (SUBE EL VOLÚMEN) [me gusta más Made of Honor]
81. C: [Made of Honor a mí] también me gusta más / Made of Honor la voy a poner aquí↑ arriba↓ (9”) ay / ¡D ya nos pasamos de las seis!↓
82. D: jajaja ya sé ya va estar muy difícil /// [ya con ésas]
83. C: okey / [yo digo que] Midsommer / aquí / *Mean Girls* tiene que ser la dos
84. D: §*Mean Girls* tiene que ser la dos
85. C: § sí

86. D: § y después de ésa yo pondría Mulán
87. C: ¿Mulán↑?
88. D: porque vería Mulán antes de / cualquiera de ésas
89. C: ohh pero es que yo vería↑ // Hércules antes de Mulán↓
90. D: § es que a mí Hércules no me gusta tanto
91. C: ay a mí me encanta Hércule[es okey / okey] / vamos a hacer esto
92. D: [sí me gusta mucho Hércules]
93. C: por categorías↑ / ¿verías más / Hércules o Cusco?
94. D: Cusco
95. C: (RISAS) yo vería más Hér(cules) / pero okey okey / ¿verías más Mulán o Cusco?
96. D: ahh // hijole (5") Cusco porque es más divertida
97. C: pero Mulán tiene las canciones↓
98. D: §Mulán tiene las canciones
99. C: § pero como / no escogimos Hércules / que yo prefiero Hércules antes de Cusco pero prefiero Cusco antes de Mulán / igual que tú / [Cusco] es la tres
100. D: [Cusco] / sí
101. C: § ¿viste?↑ qué buen sistema de de / eliminación
102. D: eres el rival más débil / adiós (MIENTRAS MASTICA)
103. C: ahoraa↑ / ahoraa↑ van las de carne y hueso (RISAS) eso está muy difícil / YO↑ / de todas éstas↑ / vería primero Made of Honor
104. D: yoo //
105. C: ah pero no puse la de Veintisiete Deseos y ésa también es muy buena // creo // la volvería a ver / no / sí la volvería a ver /// ¿El Diario de la Princesa? /// ésa es buena
106. D: vería El Diario de la Princesa antes que Made of Honor→
107. C: § yo también / por eso me acordé / bien / entonces / El Diario de la Princesa (4") ¿y si la cinco es el diario eh El Diablo Viste a la Moda?
108. D: §sí
109. C: § ¿¿verdad que síi?!↑
110. D: §sí
111. C: bien / o sea / ME LLEGÓ / ME LLEGÓ
112. D: § y yo no lo dudé [jejeje]
113. C: [síi noo]
114. D: [y yo dije síi / claaaro que sí]

115. C: [oye / quiero verla] /
¿quieres verla al ratito / la dell
Diablo [Viste a la Moda]?↑
116. D: ¿§[pero en dónde] está?
117. C: (SUSPIRA)
118. D: ¿no estará en Prime?
119. C: yo creo que en una tiene
que estar / tenemos [como cinco
aplicaciones]
120. D: [ahorita lo busco] / pero
hay que ver hay que terminar de ver
Rupol
121. C: buen(o) el último capítulo
luego vemos el día El Diablo Viste a
la Moda
122. D: ah pu(e)s en tu casa↑
123. C: ah pu(e)s sí // ¿y si no
no tienes un devedé? yo tengo la
película
124. D: ahhh↓ // creo que tengo uno
que no cierra
125. C: ay / cierra / ¿si no cierra
cómo va aa // a reproducirse D? ¡por
favor! / [¡JESUS CHRIST!]
126. D: [se le pone] una cosita arriba
pa'(ra)que cierre y ya
127. C: ¿ah sii↑?
128. D: es el d(e) / es el que le haces
/ ¡blup!
129. C: ah ((entons(ces))) sí sirvee→
[¿tiene entrada HDMII↑?]
130. D: pero no sé en dónde está ///
[ahorita buscamos]
131. C: [ahh↓] bueno ya / ya
tenemos top cinco / ¿sí son cinco? /
ya tenemos top cinco

Anexo G. Ficha técnica #3

25. Investigador: Carlos Enrique Mora González

26. Datos identificadores de la grabación:

- a. Fecha: viernes 7 de junio de 2021
- b. Duración: 9 min
- c. Lugar de la grabación: Ciudad de Aguascalientes (casa particular)

27. Situación comunicativa:

- a. Tema inicial: Top 5 de películas favoritas
- b. Propósito o tenor funcional predominante:

Interpersonal (X)	Transaccional ()
-------------------	-------------------

- c. Tono: informal
- d. Modo o canal: oral

28. Tipo de discurso: conversación

29. Técnica de grabación:

- a. Conversación libre:

Observador participante ()	Grabación secreta ()
Observador no participante ()	Grabación ordinaria ()

- b. Conversación semidirigida (grabación ordinaria): (X)

30. Descripción de los participantes:

- a. Número de participantes: (2) Claves: (E) (F)
- b. Activos: (E) (F)
- c. Tipo de relación que los une: E y F son amigos

d. Sexo:

	E	F
Mujer		
Varón	X	X

31. Edad:

E: 25

F: 24

32. Nivel de estudios:

	E	F
Analfabetos		
Primarios		
Secundarios		
Medios		
Universitarios	x	x

33. Ocupación:

a. C: Empleada

b. D: Agente de callcenter

34. Nivel sociocultural:

	E	F
Bajo		
Medio	x	x
Alto		

35. Lengua habitual:

	E	F
Monolingüe español	x	x
Bilingüe		

36. Grado de prototipicidad coloquial:

Coloquial prototípica	x
Coloquial periférica	

Anexo H. Conversación 3

1. E: películas del Hombre Araña / [en corto] / [entonces]2 por eso una poor desta es más [variable]3
2. F: [estee] / eh la uno de Tobey Maguire 11. E: [en general]1 // [okey]2 // [okey] 3 / va
3. E: §la uno de Tobey Maguire / [top uno / okey] 12. F: §entons(ces) mira / superhéroes / [ahh]
4. F: [okey / okey okey] // ¿peroo realmente es nuestro top top? 13. E: [lo mejor] del em / lo mejor dee / [de Marvel↓]
5. E: ahorita lo ve↑mos / eeh / hay que meter las mejores cinco 14. F: [dee super] / de Marvel / yo [diría] / El Capitán América y El Soldado del Invierno
6. F: § mira / hay que meter / hay que meter cinco categorías / superhéroes / terror / ficción / estee acción oo aventura bueno ee acción y estee [¿qué otro?] 15. E: [ehh] // yo diríaaa // ehh Logan
7. E: [es que] / si nos piden un top cinco de cualquier tipo de películas / ((que/demos)) en internacional porque si no nos vamos a ir muy amplio 16. F: ¿eso no es MCUu!
8. F: §noo pero así es más fácil ¿no? 17. E: noo po(ue)s dije Marvel
9. E: mejor vámonos / es más / [top cinco del / MCU] 18. F: (RISAS) noo no me gustó Logan / est[ee]
10. F: [yo digo que es más fácil porque así es súper] / noo / es que no te / es que es muy específico / y te pide top cinco / [dee]1 en general 19. E: [ash]
20. F: de / noo puro MCU
21. E: okey
22. F: más fácil / yy [de esas dos]
23. E: [Infinity War]
24. F: Infinity War Infinity War / es que es muy buen(a)
25. E: [okey]
26. F: [y fíjate] quee / es que la dos fue más fan service / [estee]
27. E: [síi] Infinity War

28. F: a ver / (ah)ora de terror↑ / yo dir[ía]
29. S: [El Co]njuero Dos
30. F: ahh / me gustó más la dee→ / ¿Midsommar no te gustó↑?
31. E: es que no la considero terror / esa la considero thriller
32. F: [mm bueno]
33. E: [y me] gustó máss / El [Conjuero Dos]
34. F: [El Conjuero Dos] // a ver / deja ver si no me gustó una más ahhh // noo pues yo creo que del Conjuero sí eh El Conjuero Dos [((sí de todos sí va va))]
35. E: [okey / El Conjuero]
36. F: yo creo que sí es mi favorita de las que / favorita de terror
37. E: okey / drama
38. F: drama / estee
39. E: que hayas llorado como perra
40. F: Titanic
41. E: noo ((en Titanic yo no lloré como perra))
42. F: ooo // laa
43. E: es que aquí si vamos a ser / vamos a [discrepar bastante]
44. F: [sí sí sí] haay que brincar una / para no perder tiempo
45. E: okey
46. F: estee acción oo bueno fantasía // [yo diría] estee /// ahh
47. E: [fantasía] / Let it / no
48. F: ¿te gusta El Señor de los Anillos?
49. E: [no]
50. F: [no] / a mí tampoco / Harry Potter
51. E: tampoco
52. F: rayos / es que no sé
53. E: no se no serían de las mejores / La Forma del Agua
54. F: ¡ahh sí! / va
55. E: La Forma del Aag(ua)
56. F: noo entons(ces) mejor // ahí mete ahh Pacific Ream / la dee Guillermo [del Toro]
57. E: [no no] me gustó
58. F: §¿no te gustó?
59. E: §no / nada / me aburrió bastante
60. F: okey luego / estee
61. E: del universo de Guillermo del Toro sí es la mejor / más que El Laberinto del Fauno
62. F: es que la vi en el cine como tres veces / yy nunca le presté atención pero por ((causas externas)) (TARAREA Y GOLPEA LA MESA) (4") estee // aheemm // ahmm

63. E: comedias románticas
64. F: ¿ah okey / comedias románticas / ¿mexicanas?
65. E: ehh
66. F: ¿o en general?
67. E: ¿en general
68. F: ¿en general yo diría Cuatro Bodas y un Funeral→
69. E: ¿no la he visto
70. F: ¿Mujer Bonitaa→
71. E: ¿no la he visto
72. F: ¿La Boda de mi Mejor Amigoo|
73. E: ¿no la he visto
74. F: ¡wey! / tienes que verlas estee
75. E: modernas / de este siglo // Mi Novia Ideal / Pasante de Moda / El Diablo Viste a la Moda
76. F: El Diablo Viste a la Moda
77. E: okey // El Dia-blo Vis-te a la Moda okey tenemos tres hasta ahorita
78. F: sí
79. E: nos faltaa
80. F: a ver
81. E: mexicanas
82. F: okey / ¿dee / modernas?
83. E: sí
84. F: okey
85. E: yo diríaa
86. F: creo que Cindy la Regia
87. E: ¿más que Nosotros los Nobles?
88. F: Nosotros los Nobles cierto / ¿yy te acuerdas [que la odiaba en la prepa?]
89. E: [°(((entra pues)) Nosotros)]° los Nobles
90. F: estee
91. E: falta una // la de fantasía nos falta
92. F: o acción / laa // [me gustaa]
93. E: [es que no] / no considero una película de acción para mejor película
94. F: a ver / estee / Matrix
95. E: [no la vi]
96. F: [es que es] que no has visto nada, Poo // estee / de hecho ¿sí te das cuenta que más bien yo estoy aceptando lo que tú propones? / [estee]
97. E: [ash] // °(porque yo siempre tengo buenas recomendaciones)°
98. F: pero sí está okey lo acepto / maa
99. E: no me dijiste además ninguna mejor que Infinity War
100. F: bueno pero bueno está bien / okey ésa me tomé [°()°]

101. E: [no me dijiste] nada mejor que El Conjunto Doos / obviamente la mejor [película dee terror / de la historia es] / El Exorcista pero no la has visto]
102. F: [es que / no me acuerdo // sí estamos de acuerdo pero ahh] // ¿has visto / estee / Pesadilla en la Calle del Infierno? / la uno
103. E: ssí / [pero / me dio risa]
104. F: [¿no la no / te gustó mucho?] / ay ¿cómo te dio ((una mamada))? Es que tienes que / cuando ves una película tienes que / ponerte en el / contexto en el que se hizo / [entonces] / yo creo que eso sí
105. E: [°()°]
106. F: ahh Blade Runner ¿te gustó?
107. E: no la he visto↓
108. F: la vimos en clase dee literaturaa↑ / del haré krishna / mm
109. E: noh la pinteamos / y ustedes la hicieron de tarea y yo no
110. F: (RISAS)
111. E: y me pasaste el ensayo
112. F: quiero creer / puede ser / no me acuerdo específicamente (CHASQUEA LOS DEDOS) // ¡eell Volver al Futuro!
113. E: mm noo / no me gusta / me aburre
114. F: okey / [estee]
115. E: [mm]
116. F: mm / ¡animada! / mejor / Shrek / sí
117. E: sí Shrek
118. F: ¿sí ya / ya tenemos top cinco // bueno noo / estoy en desacuerdo del Conjuro Dos / es quee debe de haber una mejor de terror / y es que me gusta pero no mee / no dije (GESTO CON LA MANO)
119. E: [entonces]
120. F: [mejor una] de comedia de comedia
121. E: ah / ¿comedia? / ¿Qué Pasó Ayer?
122. F: [¿Qué Pasó Ayer?] / sí
123. E: [parte dos]
124. F: noo parte uno parte uno / parte dos es la copia de parte uno pero en Shanghái
125. E: cierto / el otro día la volví a ver
126. F: sii parte uno / sii fíjate que ésa me gusta mucho eh y / siento que [nos identifica mucho]

127. E: [¿Qué Pasó Ayer? sí sí sí] / y tú eres el que se pierdee↑
128. F: sí pues / a ver / veredicto final / Infinity War / ¿Qué Pasó Ayer? Parte Unoo→ / El Diablo Viste a la Modaa→
129. E: hay que acomodarlo / mira / los métodos dee↑ / dee→
130. F: no / espé(r)ate / es que / El Diablo Viste a la Moda no me convence por el doblaje
131. E: ¿qué te pasa mamón con [el doblaje]? ↑
132. F: [noo no] / me caga el doblaje↑ de Anne Hathaway // como tenemos tiempo yo creo que podemos o sea / si se nos acaba el tiempo ya / pusimos ésa / sí pero yo creo que la podemos °(catafixiar)° / y era dee / de drama, ¿verdad?
133. E: ehh pue(s)
134. F: bueno cuenta como algo ahí↑ re / algo ahí rarillo↓ // estee
135. E: ¿Dónde Están las Rubias?
136. F: es que ya / pusimos una de comediaa
137. E: pero ¿cuáles películas [[[no podemos dejar de ver]]]?
138. F: [ahh no pusimos nada de comedia]
139. E: §¿Qué Pasó Ayer?
140. F: ahh sí / qué menso // ah [es que °()°]
141. E: [¿Qué Pasó Ayer? es mejor] que ¿Dónde Están las Rubias?
142. F: sí es que siento que nos identifica más / siento que es algo más [mutuo]
143. E: ah okey / va va va
144. F: y acuérdate que es un top cinco mutuo
145. E: mm okey
146. F: estee
147. E: El Diario de la Princesa
148. F: noo / ¿Guerra Mundial Z?
149. E: es que me gustó más el libro / pero la película / ahh en ese caso es mejor Soy Leyenda (CHASQUEA LOS DEDOS) / ya sé / Siete Almas / es muy buena / [°()°]
150. F: [°()°] / adem(ás) ¡ah! / ¡una de Will Smith!
151. E: una de Will Smith
152. F: § a ver aver/ ¡ah! / ahí (e)stá la de fantasía / Hombres de Negro / [no la has visto]
153. E: [¿cuál?]
154. F: la uno la uno / o la tres
155. E: ¿la tres es cuando van al futuro pasado?

156. F: sí
157. E: ah la tres
158. F: ¡arre! / (APLAUDE) ya / tenemos el top cinco oficial // da el veredicto / [por favor]
159. E: [a ver] / esto está en / esto está en corto // ¿Men in Black primero que Shrek? // no
160. F: no / pero deja las dos / porque una es animada
161. E: no pero espérate / es para hacer el top top
162. F: okey
163. E: tie / tenemos que tener [un orden]
164. F: [okey okey]
165. E: ¿Men in Black primero que Shrek? [no]
166. F: [no]
167. E: okey / entons(ces) queda abajo que Shrek
168. F: ey
169. E: ehmm / ¿Shrek es mejor quee // Nosotros los Nobles? // sí
170. F: § sí fácil
171. E: § entons(ces) ésta pasa para acá
172. F: ey
173. E: eh // no / uma / uno
174. F: okey
175. E: ¿Shrek / es mejor quee / ¿Qué Pasó Ayer?? // [no]
176. F: [no] / noo sí / no no no
177. E: no
178. F: noo queda ahí
179. E: okey / entonces queda aquí // eh ahora / Nosotros los Nobles // [¿mejor quee / Men in Black?]
180. F: a ver / ¿qué es lo que ya está abajo? / ¿Men in Black? / no
181. E: ¿no? / okey
182. F: yo creo que ya mira / Nosotros los waa / top cinco / de atrás para adelante / Nosotros los Nobles / Men in Black / Shrek / ¿Qué Pasó Ayer? / Infinity War / ¿o quieres bajar Infinity War?
183. E: sí
184. F: ¿a qué posición?
185. E: [ehh]
186. F: [yo la bajaría] abajo dee // [¿Qué Pasó Ayer?]
187. E: [¿Qué Pasó Ayer?] sería top uno
188. F: ey / luego / yo diría Infinity War
189. E: [¿Qué Pasó] / Ayer? // Infinity War
190. F: Shrek / [estee] / Hombres de Negro / yy Nosotros los Nobles

191. E: [Shrek] /// Hombres de Negro // y Nosotros los Nobles

192. F: tres ¿verdad?

193. E: okey / listo

194. F: sí / va

Anexo I. Ejemplo parcial de matriz general de MD

No.	167	168	169
MD	¿sí?	aparte	es que
Conversación	2	2	2
Turno	55	55	56
Interlocutor	C	C	D
Género	Femenino	Femenino	Femenino
Contexto	54 D: ¡um! / a mí me gusta mucho 55 C: ¿sí? /// mm / estamos pensando en puras películas viejitas aparte 56 D: ¡es que son las que hemos visto diez mil veces!	54 D: ¡um! / a mí me gusta mucho 55 C: ¿sí? /// mm / estamos pensando en puras películas viejitas aparte 56 D: ¡es que son las que hemos visto diez mil veces!	55 C: ¿sí? /// mm / estamos pensando en puras películas viejitas aparte 56 D: § ¡es que son las que hemos visto diez mil veces!
Clasificación Schiffrin	Estructura del intercambio		Estructura ideacional
Clasificación M. Z. y P. L.	Conversacionales - Metadiscursivos Conversacionales		Operadores argumentativos - Refuerzo Argumentativo

Anexo J. Convenciones de transcripción¹

:	Emisión de un interlocutor.
?:	Interlocutor no reconocido.
§	Sucesión inmediata, sin pausa apreciable, entre dos emisiones de distintos interlocutores.
=	Mantenimiento del turno de un participante en un solapamiento.
[Lugar donde se inicia un solapamiento o superposición.
]	Final del habla simultánea.
-	Reinicios y autointerrupciones sin pausa.
/	Pausa corta, inferior al medio segundo.
//	Pausa entre medio segundo y un segundo.
///	Pausa de un segundo o más.
(5")	Silencio (lapso o intervalo) de 5 segundos; se indica el nº de segundos en las pausas de más de un segundo, cuando sea especialmente significativo.
↑	Entonación ascendente.
↓	Entonación descendente.
→	Entonación mantenida o suspendida.
Cou	Los nombres propios, apodos, siglas y marcas, excepto las convertidas en “palabras-marca” de uso general, aparecen con letra inicial en mayúscula.
PESADO	Pronunciación marcada o enfática (dos o más letras mayúsculas).
pe sa do	Pronunciación silabeada.
(())	Fragmento indescifrable.
((siempre))	Transcripción dudosa
((...))	Interrupciones de la grabación o de la transcripción.

¹ Recuperadas de Briz (2016, p. 55).

(en)tonces	Reconstrucción de una unidad léxica que se ha pronunciado incompleta, cuando pueda perturbar la comprensión.
pa'l	Fenómenos de fonética sintáctica entre palabras, especialmente marcados.
°()°	Fragmento pronunciado con una intensidad baja o próxima al susurro.
h	Aspiración de “s” implosiva.
(RISAS, TOSES, GRITOS...)	Aparecen al margen de los enunciados. En el caso de las risas, si son simultáneas a lo dicho, se transcribe el enunciado y en nota al pie se indica “entre risas”.
aa	Alargamientos vocálicos.
nn	Alargamientos consonánticos.
¿i !?	Interrogaciones exclamativas.
¿ ?	Interrogaciones. También para los apéndices del tipo “¿no?, ¿eh?, ¿sabes?”
i !	Exclamaciones
És que se pareix a mosatros:	Fragmento de conversación en valenciano. Se acompaña de una nota donde se traduce su contenido al castellano.
Letra cursiva:	Reproducción e imitación de emisiones. Estilo directo, característico de los relatos conversacionales.
Notas al pie de página	Anotaciones pragmáticas que ofrecen información sobre las circunstancias de la enunciación. Rasgos complementarios del canal verbal. Añaden informaciones necesarias para la correcta interpretación e determinadas palabras (la correspondencia extranjera de la palabra transcrita en el texto de acuerdo con la pronunciación real, siglas, marcas, etc.), enunciados o secuencias del texto (p.e., los irónicos), de algunas onomatopeyas, etc.
Sangrados a la derecha	Escisiones conversacionales.

* Las incorrecciones gramaticales (fónicas, morfosintácticas y léxicas) no aparecen marcadas por lo general. Así pues, según el usuario del corpus (p. e., si este es utilizado por un estudiante de español como segunda lengua), puede ser recomendable el soporte explicativo del profesor.

*Los antropónimos y topónimos no se corresponden por lo general con los reales.

Anexo K. Clasificación de Martín Zorraquino y Portolés Lázaro

Tipo de marcador	Ejemplos
Comentadores	<i>pues, pues bien, así las cosas</i>
De inicio	<i>en primer lugar, para comenzar</i>
Estructuradores de la información	
Ordenadores	<i>por otro lado, por otra parte</i>
De cierre	<i>para terminar, finalmente</i>
Digresores	<i>por cierto, a todo esto</i>
Aditivos	<i>además, aparte</i>
Consecutivos	<i>por tanto, por ende</i>
Contraargumentativos	<i>en cambio, por el contrario</i>
Conectores	

Explicativos	<i>o sea, es decir</i>
Rectificación	<i>mejor dicho, Más aún</i>
Distanciamiento	<i>en cualquier caso, de todos modos</i>
Recapitulativos	<i>en fin, en conclusión</i>
Operadores Argumentativos	
de Refuerzo Argumentativo	<i>en realidad, de hecho</i>
de Concreción	<i>por ejemplo, en particular</i>
Modalidad Epistémica	<i>por lo visto, dese luego, obviamente</i>
Modalidad Deontica	<i>bueno, bien, vale</i>
Marcadores Conversacionales	
Enfocadores de la Alteridad	<i>hombre, mira, oye</i>
Metadiscursivos Conversacionales	<i>bueno, eh, este</i>

Anexo L. MD apéndices interrogativos encontrados

MD	No.	Conversación	Participante	Género
¿no?	1	3	A	Fem.
¿no?	1	45	A	Fem.
¿verdad?	1	51	A	Fem.
¿verdad?	1	81	A	Fem.
¿no crees?	1	95	A	Fem.
¿te parece?	2	9	C	Fem.
¿sí?	2	55	C	Fem.
¿sí?	2	74	D	Fem.
¿viste?	2	101	C	Fem.
¿verdad?	2	109	C	Fem.
¿no?	1	29	A	Fem.
¿no?	1	97	A	Fem.
¿sí?	2	127	C	Fem.
¿no?	1	122	B	Masc.
¿no?	3	8	F	Masc.
¿verdad?	3	132	F	Masc.
¿verdad?	3	192	F	Masc.
¿no?	1	26	B	Masc.

Anexo M. MD de toma y mantenimiento de turno encontrados

MD	No.	Conversación	Participante	Género
este	3	6	F	Masc.
este	3	6	F	Masc.
este	3	18	F	Masc.
este	3	77	F	Masc.
este	3	38	E	Masc.
este	3	46	F	Masc.
este	3	46	F	Masc.
este	3	60	F	Masc.
este	3	62	F	Masc.
este	3	74	F	Masc.
este	3	90	F	Masc.
este	3	94	F	Masc.
este	3	96	F	Masc.
este	3	96	F	Masc.
este	3	114	F	Masc.
este	3	134	F	Masc.
este	3	146	F	Masc.

este	3	190	F	Masc.
es que	1	24	B	Masc.
es que	1	68	B	Masc.
es que	1	69	A	Masc.
es que	1	74	A	Masc.
es que	1	76	B	Masc.
es que	1	90	B	Masc.
es que	1	90	B	Masc.
es que	1	93	A	Masc.
es que	1	110	B	Masc.
es que	1	136	B	Masc.
es que	2	17	C	Masc.
es que	2	39	C	Masc.
es que	2	56	D	Masc.
es que	2	75	C	Masc.
es que	2	89	C	Masc.
es que	2	90	D	Masc.
es que	3	7	E	Masc.
es que	3	10	F	Masc.
es que	3	10	F	Masc.

es que	3	24	F	Masc.
es que	3	77	F	Masc.
es que	3	31	E	Masc.
es que	3	43	E	Masc.
es que	3	52	F	Masc.
es que	3	62	F	Masc.
es que	3	93	E	Masc.
es que	3	96	F	Masc.
es que	3	102	F	Masc.
es que	3	104	F	Masc.
es que	3	118	F	Masc.
es que	3	118	F	Masc.
es que	3	130	F	Masc.
es que	3	136	F	Masc.
es que	3	140	F	Masc.
es que	3	142	F	Masc.
es que	3	149	E	Masc.
mm	1	4	B	Masc.
mm	1	5	A	Fem.
mm	1	6	B	Masc.

mm	1	14	B	Masc.
mm	1	15	A	Fem.
mm	1	30	B	Masc.
mm	1	31	A	Fem.
mm	1	42	B	Masc.
mm	1	51	A	Fem.
mm	1	58	B	Masc.
mm	1	81	A	Fem.
mm	1	90	B	Masc.
mm	1	92	B	Masc.
mm	1	100	B	Masc.
mm	1	101	A	Fem.
mm	1	102	B	Masc.
mm	1	104	B	Masc.
mm	1	108	B	Masc.
mm	1	115	A	Fem.
mm	1	120	B	Masc.
mm	1	138	B	Masc.
mm	2	13	C	Fem.
mm	2	17	C	Fem.

mm	2	33	C	Fem.
mm	2	55	C	Fem.
mm	2	80	D	Fem.
mm	3	32	F	Masc.
mm	3	108	F	Masc.
mm	3	113	E	Masc.
mm	3	115	E	Masc.
mm	3	116	F	Masc.
mm	3	145	E	Masc.
este	3	2	F	Masc.
este	3	102	F	Masc.
este	3	2	F	Masc.
mm	1	7	A	Fem.
mm	1	34	B	Masc.
mm	1	43	A	Fem.
mm	1	43	A	Fem.
mm	1	48	B	Masc.
mm	1	51	A	Fem.
mm	1	56	B	Masc.
mm	1	74	B	Masc.

mm	1	77	A	Fem.
mm	1	114	B	Masc.
mm	1	116	B	Masc.
mm	1	121	A	Fem.
mm	1	127	A	Fem.
mm	1	138	B	Masc.
mm	2	23	C	Fem.
mm	3	62	F	Masc.
mm	3	108	F	Masc.
mm	3	169	E	Masc.
es que	3	96	F	Masc.

Anexo N. MD en modo imperativo encontrados

MD	No.	Conversación	Participante	Género
fíjate	1	76	B	Masc.
no manches	1	93	A	Fem.
no manches	1	103	A	Fem.
fíjate	2	53	C	Fem.
oye	2	115	C	Fem.
mira	3	6	F	Masc.
mira	3	12	F	Masc.
fíjate	3	26	F	Masc.
fíjate	3	126	F	Masc.
mira	3	129	E	Masc.
mira	3	182	F	Masc.

I X . R E F E R E N C I A S

- Adger, C. T., et al. (2001). *The Handbook of Discourse Analysis* (D. Schiffrin, D. Tannen, & H. E. Hamilton (Eds.); Primera). Blackwell. https://doi.org/10.1007/978-3-030-56711-8_3
- Alonso González, C. (2012). *Del Movimiento Social a la Institucionalización de la Perspectiva de Género. La Formación del Instituto de las Mujeres en Aguascalientes*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Antúnez Reyes, E., Bautista Martínez, J., Cárdenas García, E., Guerrero Galván, A., Hernández Albarrán, L., Hernández Pons, E., Jaén Ésquivel, T., Jasso Martínez, I. J., Lagunas Rodríguez, Z., Martínez de la Rosa, A., Mejía Pérez Campos, E., Migeon, G., Navarrete Cáceres, C., Olay Barrientos, M. de los Á., Peña Sánchez, E., Reyna Robles, R. M., Rionda, L. M., Salas Cuesta, M. E., Serrano Sánchez, C., ... Wright Carr, D. C. (2017).

- El Bajío mexicano. Estudios recientes* (P. Correa, A. Gámez Espinosa, A. Herrera Muñoz, E. Mejía Pérez Campos, E. F. Nava L., E. Y. Peña Sánchez, & C. Rodríguez Lazcano (Eds.); Primera). Sociedad Mexicana de Antropología.
- Bajtín, M. M. (1982). El Problema de los Géneros Discursivos. En T. Bubnova (Ed.), *Estética de la Creación Verbal* (pp. 248–293). Siglo XXI.
- Blakemore, D. (2001). Discourse and Relevance Theory. En D. Tannen, D. Schiffrin, & H. E. Hamilton (Eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (Primera ed, pp. 100–119). Blackwell.
- Bourque, S. C., Butler, J., Conway, J. K., Cucchiari, S., Lamas, M., Ortner, S. B., Rubin, G., Scott, J., & Whitehead, H. (2013). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (M. Á. Porrúa (Ed.); 4a ed.). Programa Universitario de Estudios de Género.
- Briz, A. (2000). Las unidades de la conversación. *RILCE: Revista de Filología Hispánica*, 16(2), 225–246.
- Briz, A. (2004a). *¿Cómo se comenta un texto coloquial?* Ariel.
- Briz, A. (2004b). La estructura de la conversación. Orden externo y orden interno. *Archivo de Filología Aragonesa*, 59–60(1), 265–280. <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/26/50/014briz.pdf>
- Briz, A. (2016). El relato coloquial: un hecho conversacional narrativo y una estrategia. *Le Forme Del Narrare: Nel Tempo e Tra i Generi*, 7–60.
- Brown, P., & Levinson, S. C. (1988). *Politeness: Some Universals in Language Usage* (J. J. Gumperz (Ed.); Primera, Vol. 4). <https://doi.org/10.2307/3587263>

- Cambridge English. (2014). *YouTube*. C1 Advanced Speaking Test - Raphael and Maude | Cambridge English. <https://www.youtube.com/watch?v=5nGESyDgmdw&t=608s>
- Cestero Mancera, A. M. (2019). Apéndices interrogativos de control de contacto: estudio sociolingüístico. *Cuadernos de Lingüística de El Colegio de México*, 6(1), 1–65. <https://doi.org/10.24201/clecm.v6i1.111>
- Chapetón Castro, C. M. (2009). The Use and Functions of Discourse Markers in EFL Classroom Interaction. *Profile Issues in Teachers` Professional Development*, 11, 57–78. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1657-07902009000100005&lng=en&tlng=en
- Coates, J. (2013). *Women, Men and Language*. Routledge.
- Código de Ética*. (2022). Radio BI. <https://binoticias.com/codigo-etica.cfm>
- De Barbieri, T. (1993). Sobre La Categoría Género. Una Introducción. *Debates En Sociología*, 18, 145–169.
- Ervin-Tripp, S. (1976). Is Sybil there? The structure of some American English directives. *Language in Society*, 5(1), 25–66. <https://doi.org/10.1017/S0047404500006849>
- Escavy Zamora, R. (2011). El yo interpersonal. En *Pragmática y subjetividad lingüística* (pp. 111–176). Servicio de Publicaciones Universidad de Murcia.
- Fairclough, N. (1989). *Language and power* (C. N. Candlin (Ed.); Décima). Longman. <https://doi.org/10.4324/9781315549354-11>
- Fairclough, N. (1995). *Critical discourse analysis: the critical study of language*. Longman.

- Fierro Inalef, F. (2018). *Análisis pragmático de marcadores del discurso derivados de verbos de percepción en el habla de Santiago de Chile : oye , mira y a ver*. Universidad de Chile.
- Foucault, M. (1978). *El orden del discurso* (T. A. G. Troyano (Ed.)). Tusquets. <https://doi.org/10.2307/3466552>
- Fraser, B. (1990). An approach to discourse markers. *International Review of Pragmatics*, 1, 293–320. [https://doi.org/10.1016/0378-2166\(90\)90096-V](https://doi.org/10.1016/0378-2166(90)90096-V)
- Fraser, B. (1996). Pragmatic markers. *Pragmatics*, 6(2), 167–190. <https://doi.org/10.1075/prag.6.2.03fra>
- Fraser, B. (1999). What are discourse markers? *Journal of Pragmatics*, 31(7), 931–952. [https://doi.org/10.1016/S0378-2166\(98\)00101-5](https://doi.org/10.1016/S0378-2166(98)00101-5)
- García Mouton, P. (2003). *Así hablan las mujeres*. La Esfera de los Libros.
- Gascueña, R. M. (2016). La conversación guasap. *Pragmática Sociocultural / Sociocultural Pragmatics*, 4(1), 108–134. <https://doi.org/10.1515/soprag-2015-0010>
- Geoffrey Leech, J. T., & Mary Louise Pratt, E. O. (2000). *PRAGMÁTICA Conceptos Claves* (T. por J. G. R. (Ed.); Primera ed). Abya-Yala.
- Goffman, E. (1967). On Face-Work. En *Interaction Ritual* (pp. 5–45). Doubleday.
- Goffman, E. (1974). *Frame Analysis*. Northeast University Press.
- Goffman, E. (1981). *Forms of Talk* (Tercera im). University of Pennsylvania Press.
- Gómez Serrano, J. (1998a). *Aguascalientes en la historia 1786-1920 Tomo III/Vol. I Sociedad y cultura* (Primera, Vol. 1, Issue 3). Instituto de Investigaciones José Ma. Luis Mora.

- Gómez Serrano, J. (1998b). *Aguascalientes en la historia 1786-1920 Tomo III/Vol. II Sociedad y cultura* (Primera, Vol. 2, Issue 3). Instituto de Investigaciones José Ma. Luis Mora.
- Handman, M.-É. (2008). L'Anthropologue et le Système Sexe/Genre. *Connexions*, 90(2), 77–85.
- Harris, Z. S. (1951). *Structural Linguistics* (Sexta impr). Phoenix Books. <https://doi.org/10.7551/mitpress/8998.003.0008>
- Herring, S. C. (1992). *Gender and Participation in Computer-Mediated Linguistic Discourse*.
- Herring, S. C., Johnson, D. A., & DiBenedetto, T. (1995). “This Discussion Is Going Too Far!” Male Resistance to Female Participation on the Internet. En K. Hall & M. Bucholtz (Eds.), *Gender Articulated: Language and the Socially Constructed Self* (pp. 67–96). Routledge.
- Hierro, G. (2001). La Mujer Invisible y el Velo de la Ignorancia. *GénEr♀♂s*, 8(25), 11–12.
- Holmes, J. (1984). Hedging, fencing and other conversational gambits: an analysis of gender differences in New Zealand speech. En A. Pauwels (Ed.), *Women and Language in Australian and New Zealand Society* (pp. 59–79). Australian Professional Publications. <https://www.researchgate.net/publication/246363637>
- Holmes, J., & Stubbe, M. (2003). Feminine Workplaces: Stereotype and Reality. En J. Holmes & M. Meyerhoff (Eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (pp. 573–599). Blackwell.
- Kerbrat-Orecchioni, C. (1997). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje* (Tercera). Edicial.

- Lakoff, R. (1973). *Language and Woman's Place. Language in Society*, 2(1), 45–80. <https://doi.org/10.2307/4166707>
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría de “género.” *Nueva Antropología*, 8(30), 173–198.
- Landone, E. (2012). La clasificación de los marcadores del discurso y su valor operativo. *Metalinguaggi e Metatesti. Lingua, Letteratura e Traduzione, XXIV Congresso AISPI, 2007*, 431–440.
- Martín Zorraquino, M. A., & Portolés Lázaro, J. (1999). Los Marcadores del Discurso. En V. Demonte & I. Bosque (Eds.), *Gramática Descriptiva de la Lengua Española* (pp. 4051–4214). EspasaCalpe.
- Mendelberg, T., & Karpowitz, C. F. (2016). Power, Gender, and Group Discussion. *Advances in Political Psychology*, 37(1), 23–60. <https://doi.org/10.1111/pops.12320>
- Meneses, A. (2000). Marcadores Discursivos en el Evento “Conversación.” *Onomazein*, 5, 315–331. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134518327021>
- Meneses, A. (2002). La Conversación Como Interacción Social. *Onomazein*, 7, 435–447.
- Metodología del “Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y de América”* (p. 19). (2003). <https://presea.linguas.net>
- Móccero, M. L. (2010). Las preguntas confirmatorias como indicadoras de posicionamiento intersubjetivo. *Estudios Filológicos*, 45, 67–78. <https://doi.org/10.4067/s0071-17132010000100006>

- Montañez Mesas, M. P. (2007). Marcadores del discurso y posición final: la forma ¿eh? en la conversación coloquial española. *Elua*, 21, 261. <https://doi.org/10.14198/elua2007.21.13>
- Palacios, N. (2002). Algunos marcadores discursivos característicos del habla de los adolescentes mexicanos. *Iztapalapa*, 53(23), 225–247.
- Poblete B., M. T. (1997). Los Marcadores Discursivo-Convencionales en la Construcción del Texto Oral. *Onomazein*, 2, 67–81.
- Poblete B., M. T. (1998). Los marcadores discursivo-convencionales de más alta frecuencia en el español de Valdivia (Chile). *Estudios Filológicos*, 33, 93–103. <http://revistas.uach.cl/index.php/efilolo/article/view/1671>
- Portolés Lázaro, J. (2015). Los marcadores del discurso. En *Enciclopedia Lingüística Hispánica* (Vol. 1, pp. 689–699). Routledge. <https://doi.org/10.1075/sic.18001.lan>
- Prieto, L., & San Martín, A. (2002). Diferencias de género en el empleo del discurso referido: aproximación sociolingüística y pragmático-discursiva. *Boletín de Filología*, 39(1), ág. 269-303.
- Rabanales, A. (1992). Fundamentos teóricos y pragmáticos del “Proyecto de estudio coordinado de la norma lingüística culta del español hablado en las principales ciudades del mundo hispánico.” *Boletín de Filología*, 33(1), 252–272.
- Sachs, J. (1987). Preschool boys’ and girl’s language use in pretend play. En C. Phillips, Susan, Steele, Susan and Tanz (Ed.), *Language, Gender and Sex in Comparative Perspective* (pp. 178–188). Publisher: Cambridge University Pres.
- Sacks, H., Schegloff, E. A., & Jefferson, G. (1974). A simplest systematics for the organization of turn-taking for conver-

- sation. *Language*, 50(4), 696–735. <https://doi.org/10.1016/b978-0-12-623550-0.50008-2>
- Schegloff, E. A. (1988). Goffman and the Analysis of Conversation. En P. Drew & A. Wootton (Eds.), *Erving Goffman: Exploring the Interaction Other* (pp. 89–135). Polity Press.
- Schegloff, E. A. (1999). Discourse, pragmatics, conversation, analysis. *Discourse Studies*, 1(4), 405–435. <https://doi.org/10.1177/1461445699001004002>
- Schegloff, E. A. (2001). Discourse as an Interactional Achievement III: The Omnirelevance of Action. En D. Schiffrin, D. Tannen, & H. E. Hamilton (Eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (Primera, p. 851). Blackwell.
- Schegloff, E. A. (2010). Conversational Interaction The Embodiment of Human Sociality. En D. Schiffrin, D. Tannen, & H. E. Hamilton (Eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (Segunda, pp. 346–366). Blackwell. <https://doi.org/10.1017/cbo9780511621079.011>
- Schegloff, E. A., Koshik, I., Jacoby, S., & Olsher, D. (2002). Conversation Analysis and Applied Linguistics. *Annual Review of Applied Linguistics*, 22, 3–31. <https://doi.org/10.1017/s0267190502000016>
- Schiffrin, D. (1987). *Discourse Markers*. Cambridge University Press.
- Schiffrin, D. (2001). Discourse Markers: Language, Meaning and Context. En D. Schiffrin, D. Tannen, & H. E. Hamilton (Eds.), *The Handbook of Discourse Analysis* (Primera ed, pp. 54–73). Blackwell.

- Scott, J. W. (2016). Género: ¿Todavía una categoría útil para el análisis? *La Manzana de La Discordia*, 6(1), 95–101. <https://doi.org/10.25100/lamanzanadeladiscordia.v6i1.1514>
- Serrano, M. J. (1997). Marcadores discursivos en español: acerca de la verdad y pues. *Boletín de Filología*, 36, 265–286.
- Tannen, D. (1991). *¡Yo no quise decir eso!* Paidós.
- Tannen, D. (1994). *Gender and Discourse*. Oxford University Press.
- Trenado, P. (2011). Reflexiones sobre las diferencias entre el lenguaje femenino y masculino en español. 清泉女子大学紀要, 59, 165–183.
- Tusón Valls, A. (2002). El análisis de la conversación: entre la estructura y el sentido. *Estudios de Sociolingüística*, 3(1), 133–153. <https://doi.org/10.1558/sols.v3i1.133>
- Van Dijk, T. A. (1980). *Texto y contexto Semántica y pragmática del discurso* (T. J. D. Moyano (Ed.)). Cátedra.
- Van Dijk, T. A. (1995). Discourse, Power and Access. En C. R. Caldas-Coulthard & M. Coulthard (Eds.), *Discourse and Power* (pp. 84–104). Routledge. https://doi.org/10.1007/978-1-137-07299-3_3
- Van Dijk, T. A. (2011). Cincuenta años de estudios del discurso. *Discurso & Sociedad*, 9(1–2), 15–32.
- Van Dijk, T. A. (2016). Análisis Crítico del Discurso. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 30, 203–222. <https://doi.org/10.4206/rev.austral.cienc.soc.2016.n30-10>
- West, C. (2015). Not just “doctors” orders’: directive-response sequences in patients’ visits to women and men physicians. *Discourse & Society*, 1(1), 85–112. medical discourse, conversatioin

analysis, speech acts, directives, doctors, physicians, patients,
women, men

Wooffitt, R. (2005). *Conversation Analysis & Discourse Analysis A Comparative and Critical Introduction* (Primera ed). SAGE Publications.

Zarembeg, G., & Guzmán Lucero, Á. F. (2019). Aborto, movimientos y femocracias: Un análisis relacional. *Revista Mexicana de Sociología*, 81(1), 145–177. <http://dx.doi.org/10.22201/iis.01882503p.2019.1.57830>

Zwiezen, Z. (2021). *Former World of Warcraft Designer Apologizes For Disastrous 2010 Blizzcon Answer*. Kotaku. <https://kotaku.com/former-world-of-warcraft-designer-apologizes-for-disast-1847362737>